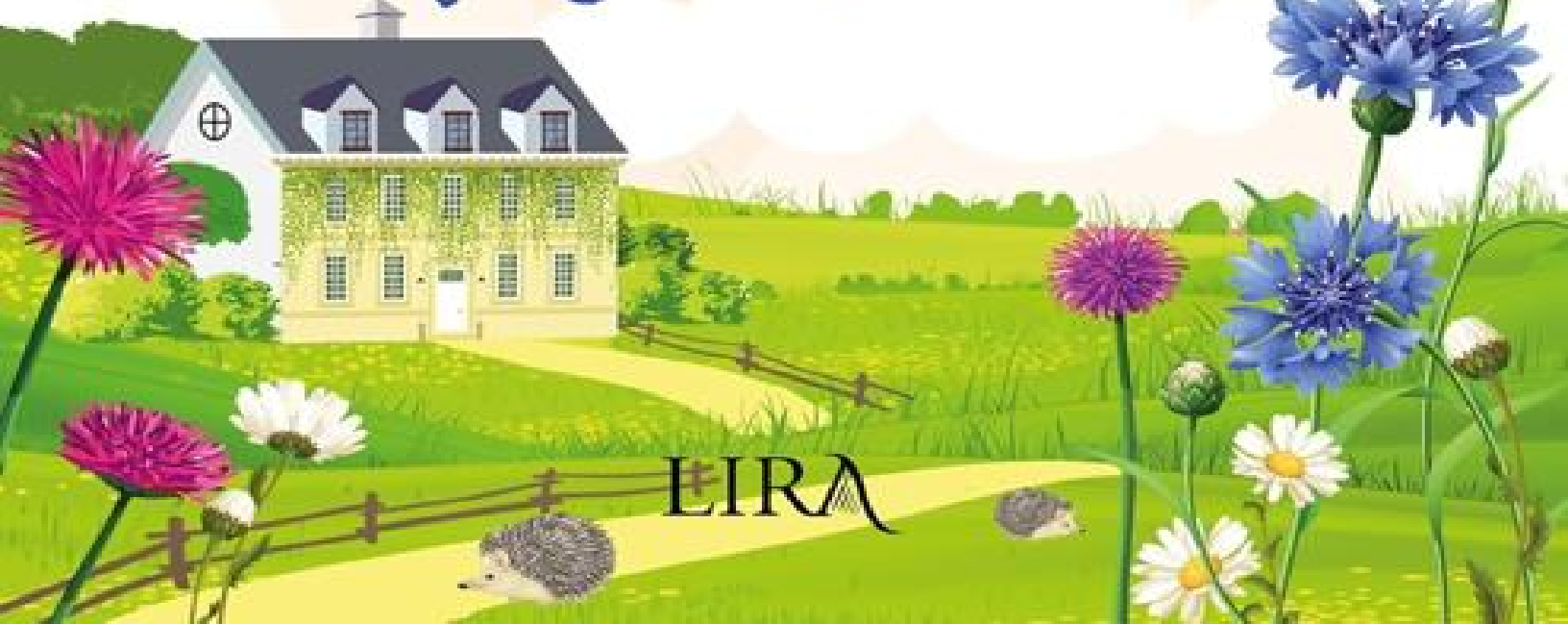
Jessica Redland

Encontrar el amor en Hedgehog Hollow



LIRA

Jessica Redland

Encontrar el amor en Hedgehog Hollow

SERIE HEDGEHOG HOLLOW

Traducción de
Isabel Fuentes

LIRA

Para mi tía Gwen, una auténtica «señora de los erizos».
Con mucho cariño, besos

CAPÍTULO 1



—¿Me equivoco si digo que no ha sido fácil para ti? —susurró papá poco después de que saliéramos de la iglesia detrás de los recién casados.

El estómago me dio un vuelco. ¿Me había pillado?

—Ha sido facilísimo —respondí en voz baja, con la esperanza de distraerlo—. Solo tenía que sonreír, aguantar el ramo, arreglar la cola del vestido y sonreír otra vez. Me duelen las mejillas.

—Y seguro que el corazón también. A mí me dolería si mi prima acabara de casarse con el amor de mi vida.

—¡Papá! ¡Chist! —Aunque había hablado en voz baja, sentí la necesidad de agarrarlo del brazo y arrastrarlo por el sendero de la iglesia para alejarlo de posibles oídos indiscretos… como los de la tía abuela Agnes. La tía de mamá ya me odiaba por razones que escapaban a mi entendimiento, así que prefería no darle más munición.

—James no es el amor de mi vida —insistí, muy consciente del temblor de mi voz—. Nosotros solo… bueno, él… fue… —Al mirar los cálidos ojos castaños de mi padre, me derrumbé. No tenía sentido negarlo—. No, no ha sido fácil. Si tuviera que hacer una lista de los peores días de mi vida, la muerte del abuelo la encabezaría, pero el día de hoy no estaría mucho más abajo. —Se me quebró la voz al pronunciar las últimas palabras.

Papá me rodeó con un abrazo, y al instante me confortó con su calor y su fuerza. Medía casi un metro noventa, así que había mucho

cuerpo al que aferrarse, y nunca sería demasiado mayor para rechazar un abrazo suyo, sobre todo en un día como aquel.

—Gracias, papá —dije cuando nos separamos—. Lo necesitaba.

—¿Podrían apartarse todos menos los novios de la entrada de la iglesia, por favor? —pidió el fotógrafo.

Levanté la falda de mi vestido de dama de honor mientras papá y yo avanzábamos unos pasos por el sendero. Con el corazón encogido, me giré para ver cómo Chloe y James se miraban con adoración bajo un arco de rosas de tonos rosados y crema. A su vez, el fotógrafo hacía fotos y trataba de apartar a los parientes y amigos que, como si fueran *paparazzi,* alzaban los móviles para capturar su propio recuerdo. El sol de mediados de agosto me calentaba los brazos desnudos y cerré los ojos un instante, con la cabeza inclinada hacia atrás, mientras una suave brisa me acariciaba la cara de forma reconfortante y calmada.

Papá y yo permanecimos en silencio durante unos minutos y observamos al fotógrafo, quien les daba instrucciones a los novios para que se pusieran uno al lado del otro, se cogieran de las manos, se miraran y se besaran. No pude evitar fantasear con ser yo quien llevase el vestido de color marfil en lugar de mi prima e iniciase mi propio «felices para siempre» con el hombre del que llevaba perdidamente enamorada casi dos años.

Incapaz de seguir mirándolos, aparté la mirada, pero esta fue a parar a una escena igual de incómoda: mamá sonreía orgullosa mientras abrazaba a la tía Louise, la madre de la novia. Una familiar oleada de tristeza me recorrió el cuerpo. Comprendía perfectamente que su unión fraternal se multiplicara por ser gemelas idénticas, pero nunca llegué a entender por qué esa calidez y ese afecto no podían extenderse también a papá y a mí. De hecho, ni siquiera recordaba la última vez que mamá me había abrazado. Había personas a las que no les gustaba el contacto físico, pero ella no era una de ellas: abrazaba a menudo a la tía Louise y a Chloe. Siempre había tenido una relación difícil con ella, y muchas veces me había preguntado si parte del problema era su envidia por la estrecha relación que tenía

con mi padre. Aunque estaba tan unida a su hermana que no debería sorprenderle que papá y yo, los eternos olvidados, hubiéramos establecido un vínculo tan fuerte. «Basta ya, Sam. Hoy no. Bastante difícil es este día como para seguir por ese camino».

—Mamá está guapa —comenté. En sintonía con la paleta de colores de la boda, llevaba un vestido vaporoso de un rosa pálido, una chaqueta a juego y un tocado.

—Tu madre está preciosa —reafirmó papá con un tono melancólico—. Me alegra verla con algo que no sea negro, para variar.

No recordaba haberla visto vestida con algo distinto a tonos oscuros y apagados. La tía Louise, en cambio, solía llevar colores vivos, aunque ese día se había decantado por un conjunto más discreto: un elegante vestido ajustado de color rosa oscuro con un cuerpo de encaje marfil, chaqueta a juego y un sombrero de ala ancha.

—Y tú estás muy elegante —añadí. Papá era veterinario, así que estaba acostumbrada a verlo en camisa y pantalones, pero había apostado por un traje de tres piezas de color carbón y unos zapatos nuevos para la boda. Tenía un aspecto muy distinguido.

Cuando volví a mirar a los novios, suspiré. Hacían una pareja preciosa. Con su complexión atlética, el cabello rubio oscuro, la barba perfectamente cuidada y esos penetrantes ojos azules, James podría haber sido modelo, igual que Chloe. El corpiño palabra de honor y la parte inferior del vestido de color marfil estaban cubiertos de un intrincado bordado en tonos rosa y crema. Se había recogido la melena rubia y larga hasta la cintura en unos rizos sueltos en la nuca, sujetos con flores brillantes, y dos trenzas delicadas se entrecruzaban por encima de su cabeza a modo de diadema. Absolutamente impresionante. Aunque Chloe podría haberse puesto una bolsa de basura y seguiría estando increíble. Su padre, mi tío Simon, tenía raíces danesas, y esos genes la habían bendecido con el pelo rubio platino, unos ojos azul claro y unos pómulos marcados.

Chloe atraía miradas masculinas allá donde iba y, desde la adolescencia, nunca había estado soltera. Con los años, se convirtió en un imán para hombres que la trataban como si fuera un trofeo, sin apreciarla realmente. Le habían puesto los cuernos varias veces, la habían humillado o le habían hecho sentir tonta. Recordaba sobre todo a un ex que se burlaba de su trabajo como asistente en una guardería. Le repetía constantemente: «te pasas el día jugando con niños porque eres demasiado torpe para enseñarles». No era de las que se dejaban pisotear, así que nunca tardaba en dejarlo y seguir adelante, aunque parecía que nunca aprendía la lección, ya que siempre elegía al mismo tipo de chico: dominante y problemático.

También le costaba mantener amistades femeninas. Sufría las acusaciones celosas de quienes creían que coqueteaba con sus novios o intentaban eclipsarla, así que se aferraba a mí, la única persona que siempre había permanecido a su lado.

Me entristecía que, después de tantas experiencias negativas, Chloe se sintiera insegura con respecto a su aspecto cuando no tenía motivo alguno, mientras que yo, que pasaba desapercibida entre la multitud, me sentía bastante cómoda con mi cuerpo la mayoría del tiempo. Medía un metro setenta y cinco y era delgada, igual que ella, pero nuestra tez era totalmente opuesta. Tenía el pelo grueso y castaño, como mamá y la tía Louise. Durante años, Chloe había intentado convencerme de que me lo aclarara o me hiciera mechas «para atraer a los hombres», pero yo me negaba. Si un hombre necesitaba un peinado caro para fijarse en mí, no merecía la pena, y ningún tinte iba a convertirme en el tipo de mujer que acapararía todas las miradas si Chloe estaba cerca. Aunque eso tampoco era necesariamente malo.

Mi rasgo favorito eran mis ojos, de color avellana con motas verdes y ámbar y un círculo oscuro alrededor. Cuando no estaba con Chloe (es decir, cuando no era invisible), era lo primero en lo que la gente se fijaba.

—Chloe está deslumbrante, ¿verdad? —pregunté.

—Desde luego que sí —concordó papá—, y tú también. Me encanta verte con un vestido, para variar.

—¿Aunque sea rosa? —bromeé. Me encantaba el corte: falda larga de tul con vuelo, cuerpo plisado de escote barco, cinturón de raso y cordones tipo corsé en la espalda. Pero ¿el color?

Papá rió.

—Te sienta bien. Aunque creía que Chloe te dejaría opinar sobre el color, ya que eres la única dama de honor.

—Me dio algunas opciones más con muy poco entusiasmo, pero ya sabes cómo es. Lo que Chloe quiere…

—Chloe lo consigue —terminamos los dos al unísono, con una sonrisa en nuestros labios.

—Eso estaba bien cuando erais niñas y se trataba de una de tus Barbies o de un vestido —continuó él—. Pero sabes que puedes negarte, ¿verdad?

—Lo sé, pero estaba claro cuánto le ilusionaba el rosa, y es su gran día, no el mío. —Se me quebró la voz. «No, sin duda no es el mío. Ojalá…». Me aclaré la garganta y continué hablando—: Su entusiasmo pesaba más que mi objeción, así que preferí dejarme llevar.

Papá me miró con seriedad.

—Me encanta que seas tan amable y considerada como siempre, Sammie, pero también me preocupa. Ya no sois unas crías. No tienes que seguir dándole lo que es tuyo.

—Lo sé, pero James nunca fue mío. —Se me hizo un nudo en la garganta y tuve que contener las lágrimas.

Mi padre sacudió la cabeza con el ceño fruncido.

—Solo os vi juntos unas pocas veces, pero parecíais felices. Y, de pronto, está con Chloe y tú eres la dama de honor.

—Sí, es una faena. Si de mí dependiera, me habría casado con James, tendríamos hijos y envejeceríamos juntos. Pero él no sentía lo mismo. Y cuando por fin lo sintió, no era por mí.

—Oh, Sammie —murmuró con suavidad, con los ojos llenos de compasión y los hombros caídos—. Lo siento mucho.

—Por favor, no hagas eso o me echaré a llorar otra vez. —Inspiré hondo—. Ya sé que es un rollo que haya elegido a alguien de la familia, pero si no hubiera sido Chloe, habría sido otra. Tarde o temprano, lo habría perdido igualmente, por mucho que yo lo quisiera. Pero fue Chloe de quien se enamoró, y así son las cosas. Y mira lo feliz que está ella. Se merecía encontrar a un buen hombre después de tantos malos.

¿Cómo podía reprocharle que fuera feliz con un hombre realmente encantador, cuya única falta (que yo supiera) era no haberse enamorado perdidamente de mí como yo de él?

—¿Pueden acercarse la dama de honor y el padrino, por favor? —nos llamó el fotógrafo—. Y que la familia inmediata se prepare.

—Es nuestra señal. —Mi padre me apretó la mano mientras avanzábamos—. Ya sabes que estoy aquí si quieres hablar.

—Gracias, papá. Lo sé, y te quiero por eso.

Mientras posábamos para lo que parecieron cientos de fotos, me olvidé de la pena y me centré en la felicidad de Chloe. No era solo mi prima, era mi mejor amiga de toda la vida. Con apenas seis meses de diferencia de edad, habíamos ido a la misma clase y asistido a muchas actividades extraescolares juntas. Vivíamos a un par de calles de distancia y nuestras familias veraneaban juntas, así que todos los aspectos de nuestras vidas habían estado siempre entrelazados. Y ahora también nos unía James, y tenía que aprender a vivir con eso si no quería arriesgarme a perder a Chloe.

CAPÍTULO 2



Dos años antes

Mientras conducía por el pintoresco pueblo de North Emmerby, en el norte de Yorkshire, de camino a la villa de Hannah y Toby, sentí unas mariposas en el estómago. Aquella noche iba a conocer por fin al mejor amigo de Toby, James Turner, el hombre del cual ambos estaban convencidos de que sería perfecto para mí.

Hannah era mi mejor amiga desde hacía ocho años, desde que nos conocimos en la Universidad de Liverpool, donde estudiamos Enfermería. Ella conoció a su prometido, Toby, unos años después de graduarse y, con el tiempo, pasé muchas noches o fines de semana con ellos. La idea de que James y yo saliéramos juntos había surgido a menudo, pero nunca habíamos estado solteros al mismo tiempo, así que no había sido posible. Hasta ahora.

Las mariposas revolotearon con más fuerza al pasar frente al Fox & Badger, donde se celebraría aquella noche el trigésimo cumpleaños de Toby. «Respira hondo. Cálmate. No puedes pasarte las próximas cuatro horas nerviosa perdida».

James y Toby estaban jugando al golf, y James tenía órdenes estrictas de regresar al *pub* a las seis de la tarde, donde Toby esperaba reunirse con Hannah y conmigo para una cena de cumpleaños. Lo que no esperaba era que cincuenta amigos y familiares fueran a recibirlo con una fiesta sorpresa.

Aparqué en el camino frente a su casa, Fuchsia Cottage. La puerta se abrió y Hannah salió corriendo para abrazarme.

—Gracias por venir con tanta antelación.

—No podía permitir que decoraras todo tú sola —le respondí mientras le devolvía el abrazo—. ¿Crees que sospecha algo?

—Ni por asomo. Y, si lo hace, lo disimula de maravilla.



Veinte minutos después, habíamos llevado todo al salón del Fox & Badger y habíamos empezado a colgar pancartas de «Feliz 30 cumpleaños».

—¿Estás nerviosa por lo de esta noche? —preguntó Hannah con una mirada traviesa y un guiño. Ya sabía a qué se refería, y las mariposas se dispararon otra vez.

—Un poco emocionada y muy nerviosa. Siento que la expectativa es enorme, como si tuviéramos que encajar y que saltaran chispas al instante. ¿Y si no le gusto?

Se colocó las manos en las caderas y me miró con las cejas arqueadas.

—¿Por qué no le ibas a gustar? Además, puede que seas tú la que no lo encuentre interesante, aunque dudo que eso pase. Sigo convencida de que sois perfectos el uno para el otro.

Mientras seguíamos decorando, Hannah insistía en todo lo que, según ella, teníamos en común: música, cine, libros, sentido del humor, manera de ver la vida. Si (o, mejor dicho, cuando) nos dejaran a solas, tendríamos tema de conversación de sobra.

—¿Él sabe que intentáis emparejarnos? —pregunté, y coloqué un ramo de globos en una esquina mientras ella hacía lo mismo en la opuesta.

Se enrolló un mechón de pelo alrededor del dedo y me dedicó una mirada pícara.

—He dejado caer un par de pistas. Sutiles. Muy discretas.

Me eché a reír.

—O sea, nada sutiles.

Hannah fingió que se ofendía.

—¿A qué viene eso?

Negué con la cabeza y le dediqué una sonrisa.

—Quizá por lo «sutil» que fuiste conmigo. ¿Qué fue lo que me dijiste? Ah, sí: «El mejor amigo de Toby es un bombón y acostarte con él es la mejor forma de olvidarte de Harry». Creo que esas fueron tus palabras exactas.

Tuvo la decencia de ruborizarse.

—Era una buena idea. Hace más de dos años que dejaste a Harry, y ¿cuántas citas has tenido desde entonces?

Suspiré.

—Ninguna.

—Exacto. Ya va siendo hora de volver al ruedo.

Sabía que tenía razón, pero mi experiencia con Harry había minado mi confianza. Fue mi primer novio serio y creía que todo iba bien, que estábamos enamorados y que envejeceríamos juntos. Por lo visto, no era así.

Harry era médico residente en la clínica donde empecé a trabajar tras graduarme. Fuimos amigos durante un par de años, hasta que la amistad derivó en algo más. Como las relaciones entre compañeros no estaban bien vistas en el trabajo, pedí el traslado al equipo de enfermería a domicilio de Whitsborough Bay. En nuestro primer aniversario, me pidió que me fuera a vivir con él, pero dos años después, me dijo mientras desayunábamos una mañana que aquello no funcionaba y que debía irme. De inmediato. Me dejó helada. Afirmó que nuestra relación nunca había sido nada serio, que solo había sido por diversión, y que era mejor dejarlo ahora que todavía conservábamos recuerdos bonitos antes de que la relación se deteriorara y termináramos odiándonos. Hice las maletas sin derramar ni una sola lágrima, demasiado confundida para discutir. Si no quería estar conmigo, no iba a rebajarme a suplicarle nada.

Cuando cargaba las últimas bolsas en el coche, apareció una mujer con su propio vehículo lleno de maletas y cajas. Al parecer,

llevaban cuatro años viéndose, pero ella estaba casada y no quería dejar a su marido. Por lo visto, su relación conmigo había sido una estrategia para darle celos… y había funcionado. No me quedé para comprobarlo.

Desde entonces, no había vuelto a confiar en nadie, pero la idea de salir con alguien recomendado por dos de mis mejores amigos me resultaba tranquilizadora. Sabía que no me empujarían a los brazos de un manipulador.

—Ya tenemos fecha para la boda —dijo Hannah, lo que me devolvió al presente—. El 3 de marzo del año que viene.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué buena noticia!

—Serás mi dama de honor y James será el padrino, así que será perfecto si vosotros ya sois pareja.

—O un poco incómodo si no lo somos.

Me guiñó un ojo.

—Lo seréis. Estoy convencida.



—¡Sorpresa!

Los cañones de confeti estallaron y las serpentinas volaron cuando Toby entró en el salón aquella noche. Por su cara de asombro, Hannah tenía razón: no sospechaba nada.

Toby la abrazó y la besó. Yo me quedé atrás un momento y aproveché para observar a James mientras saludaba a los padres de Toby. Hannah había acertado al describirlo como «un bombón». Ojalá su personalidad estuviera a la altura de su aspecto porque, de entrada, los fuegos artificiales ya habían empezado.

Estaba tan nerviosa que me temblaban las manos cuando Hannah apareció a mi lado con James.

—¡La famosa mejor amiga! Por fin nos conocemos. —Me dedicó una amplia sonrisa—. Me han hablado tanto de ti que siento que te conozco de toda la vida.

Relajé los hombros y solté una carcajada.

—Lo mismo digo. Seguro que te pitaban los oídos en el campo de golf, ya que alguien se pasó toda la tarde elogiándote.

—Qué curioso. Toby hizo lo mismo contigo. —James le dio un suave codazo a Hannah—. Sois tan discretos como un taladro.

Ella alzó las manos con fingida inocencia.

—No sé de qué habláis. Lo único que queríamos Toby y yo era que el padrino y la dama de honor se conocieran, así que os dejo para que lo hagáis.

Sin esperar respuesta, dio media vuelta y se marchó con una sonrisa satisfecha.

—¿Te apetece una copa? —preguntó James.

—Me encantaría, gracias. —Lo seguí hasta la barra.

—No se lo digas a esos dos, pero tenía muchas ganas de conocerte. No veía la hora de que llegaran las seis.

El corazón me dio un vuelco.

Clavó sus intensos ojos azules en mí y sonrió.

—¿Qué quieres tomar?

Mientras pedía las bebidas, las mariposas emprendieron el vuelo. Siguieron revoloteando cuando me llevó a un rincón apartado para charlar y cuando me estrechó entre sus brazos en la pista de baile. Y se volvieron locas cuando me tomó de la mano al volver andando a Fuchsia Cottage tras la fiesta.

—Sabía que haríais buena pareja —balbuceó Hannah, aferrada a Toby mientras se tambaleaban a nuestro lado—. ¿A que tenía razón?

—Toda la razón del mundo, Hannah —replicó James, y puso los ojos en blanco. Nos reímos al ver cómo se tropezaban con sus propios pies.

Nos metimos en la cocina para preparar café, pero en cuanto Hannah llenó la cafetera, declaró que no le entraba nada más en el estómago y se fue a dormir. Toby la siguió arriba, de manera que James y yo nos quedamos solos.

—¿Lo decías en serio cuando dijiste que Hannah tenía razón? —pregunté gracias a la valentía que me habían conferido las copas de vino que me había tomado a lo largo de la noche.

James me cogió las manos y me acercó a él. Luego me besó con dulzura. Sus labios eran cálidos y su barba, suave, cuando depositó un beso en mi mejilla y luego volvió a mis labios.

—Espero que eso responda a tu pregunta —susurró.

—Y tanto.

—¿Te gustaría salir a cenar algún día de esta semana? ¿Estás libre el martes?

—Lo estoy, y sí, por favor.



Una hora más tarde, estaba tumbada en mi cama con una sonrisa en los labios al recordar los suaves besos de James. Hannah y Toby habían acertado de lleno. Nos hacíamos reír el uno al otro, compartíamos gustos y, cuando nos besábamos, parecía que nos habían diseñado para encajar juntos. Saber que estaba en la habitación de al lado no me ayudaba a conciliar el sueño, pero al final conseguí dormirme.

A la mañana siguiente, me desperté poco después de las siete al escuchar cómo se cerraba la puerta principal. Me asomé por la ventana y vi que James se dirigía hacia su coche con su bolsa de viaje. Se me revolvió el estómago. Seguro que se había arrepentido de todo al despertarse y huía para evitar cruzarse conmigo. Quizá no éramos tan perfectos el uno para el otro.



Media hora después, abrí la puerta para irme.

—¿Te ibas sin despedirte?

Pegué un bote y me giré para ver a James apoyado en el marco de la puerta de la cocina. Tenía una expresión un tanto insegura.

—Pensaba que ya te habías ido —comenté.

—Aún no. Quería verte antes de irme. Asegurarme de que todo está bien entre nosotros después de lo de anoche.

El estómago volvió a darme un vuelco. ¿Significaba eso que se arrepentía de lo que pasó y solo quería evitar que nos sintiéramos incómodos en la boda del año que viene?

—Todo está bien. Anoche fue genial, pero no te preocupes, no te obligaré a salir a cenar esta semana. —Intenté sonar despreocupada, pero la voz me tembló.

—¿No quieres salir conmigo? —Parecía dolido.

—Eh… claro que quiero, pero te estoy ofreciendo la oportunidad de escaquearte.

—¿Y si no quiero escaquearme? —preguntó. Sus labios se curvaron en una sonrisa y dio un paso hacia mí.

Sonreí con timidez y dejé mi bolsa en el suelo.

—Pues parece que tenemos una cita el martes.

—¿Y si no puedo esperar tanto? —Dio otro paso más, hasta que nuestros cuerpos casi se rozaron.

—Mañana por la noche también estoy libre.

—¿Y si tampoco puedo esperar hasta mañana?

—Hoy no tengo nada que hacer —susurré, con la mirada clavada en sus ojos.

—En ese caso, ¿quieres pasar el día conmigo?

—Me encantaría.

Me rodeó con los brazos y me besó suavemente.

—Temía que te lo hubieras pensado mejor y hubieras cambiado de opinión —confesó cuando nos separamos.

Vi la incertidumbre y la vulnerabilidad en su mirada, las mismas que sentía yo, y en ese instante me enamoré un poco de James Turner.

CAPÍTULO 3



Seis meses después, Hannah y Toby se dieron el «sí, quiero». Me derretí por dentro al ver cómo se sonreían con ternura y se besaban por primera vez como marido y mujer. Le lancé una mirada a James, que estaba irresistible con su traje gris claro de tres piezas, su corbata coral y su pañuelo a juego, pero él miraba al frente y no me vio. Me alisé el vestido de dama de honor, también de color coral, y sonreí para mis adentros. ¿Seríamos nosotros los siguientes dentro de un año? Ojalá.

Cuando los recién casados se giraron hacia sus familiares y amigos, radiantes de felicidad, y caminaron por el pasillo entre aplausos, James se colocó a mi lado para ir tras ellos, seguidos por las dos sobrinitas de Hannah. Me apretó la mano y me dedicó una de sus sonrisas más cálidas, de manera que las mariposas empezaron a revolotear en mi estómago. Quizá el ambiente romántico de la boda le daría las fuerzas para declararme sus verdaderos sentimientos… James aún no había dicho que me quería, pero sabía que era precavido y que prefería ir despacio después de que su relación anterior terminara mal. Y yo estaba decidida a no ser la primera en decirlo, ya que Harry siempre me respondía con un evasivo «yo también» cada vez que le decía esas palabras.

Como James vivía y trabajaba en York y yo me había establecido en Whitsborough Bay, a una hora de distancia, no podíamos ser muy espontáneos, pero nos las arreglábamos. Pasábamos casi todos los fines de semana juntos e intentábamos vernos alguna noche entre semana.

James había venido un par de veces a Whitsborough Bay y había conocido a mis padres, pero mi madre no hizo nada por hacerlo sentir bienvenido. Así pues, resultaba más práctico que yo condujera hasta York, sobre todo porque James tenía casa propia.

Vivir de nuevo con mis padres no era lo ideal, pero tenía sentido desde el punto de vista económico. Después del desastre con Harry, papá insistió en que volviera a mi antiguo dormitorio mientras ahorraba para dar la entrada de una casa, algo que disgustó profundamente a mamá.

James y yo pasábamos mucho tiempo con Hannah y Toby, y me encantaba lo unidos que estábamos los cuatro. Imaginaba años por delante llenos de vacaciones conjuntas y, más adelante, incluso de viajes en familia.

Cuando estábamos juntos, siempre había muchas charlas y risas, lo que me hizo darme cuenta de lo superficial que había sido mi relación con Harry. Él no era el adecuado para mí y yo era demasiado inexperta para verlo, pero James era todo lo contrario.



—¿Te imaginas haciendo esto algún día? —le pregunté a James mientras estábamos sentados en una mesa vacía, observando cómo los recién casados se balanceaban en su primer baile. Cinco o seis copas de champán me habían dado valor para preguntarle, aunque no tanto como para añadir «conmigo».

—Algún día —respondió James—. Cuando conozca…

El estómago se me encogió al ver que se mordía el labio, incómodo y sin mirarme a la cara. Y, en ese momento, lo entendí todo con una claridad apabullante. La razón por la que nunca me había dicho que me quería no era que tuviera miedo ni que no quisiera precipitarse. Era porque, sencillamente, no sentía eso por mí. ¿Cómo había podido estar tan ciega? ¿No había aprendido nada de lo ocurrido con Harry?

—Cuando conozcas a la persona adecuada —terminé por él, con la esperanza de que la música ocultara el temblor de mi voz. Tragué saliva con fuerza, obligándome a no llorar, y añadí—: Pero esa persona no soy yo, ¿verdad?

James negó despacio con la cabeza y luego se giró hacia mí.

—Lo siento mucho, Sam. Te quiero, pero… —volvió a negar con la cabeza— no de esa forma. Ojalá fuera así, pero no puedes controlar de quién te enamoras. Me encanta estar contigo, pero falta algo entre nosotros.

—¿El qué?

—Una chispa, supongo. La sentí cuando nos conocimos, pero creo que fue la emoción de empezar algo nuevo y… se apagó… Lo siento tanto. —Su voz estaba cargada de pesar, y supe que decía la verdad. Había intentado quererme, pero el amor no había brotado para él.

Enredé un mechón de pelo entre los dedos y conseguí preguntar:

—¿Hay otra persona?

—¡No! Nunca te haría eso.

—Entonces, ¿qué intentas decirme? —exigí saber—. ¿Quieres dejarlo?

Me cogió la mano.

—No, esa es la cuestión. Me importas mucho, me divierto contigo y no hay nadie con quien prefiera estar. —Me acarició la mejilla con la otra mano. Me incliné contra su suave palma con el corazón desbocado. No estaba todo perdido… hasta que añadió esas fatídicas palabras—: Por ahora.

Dos simples palabras, pero devastadoras. «Por ahora». No había conocido a nadie por ahora. Estaba esperando a que apareciera alguien mejor.

—Vale —repliqué, porque ¿qué otra cosa podía decir? No me parecía bien. Nunca me lo parecería.

—No nos veo juntos a largo plazo —continuó diciendo James—. Ojalá sí, pero no. ¿Cómo te sientes tú?

«¿Cómo me siento? Te quiero y quiero casarme contigo». Pero, por supuesto, no dije eso. No sé qué me poseyó (quizá el instinto de supervivencia, el miedo al ridículo o el deseo de aferrarme a él tanto como pudiera), pero abrí la boca y las palabras salieron solas:

—Yo siento lo mismo, aunque no me había dado cuenta hasta que vi a Hannah y Toby pronunciar sus votos. Empecé a imaginarme mi boda, pero no te veía siendo el novio. Aun así, no quiero perderte. Me parece bien seguir con esto… sea lo que sea.

Esperaba que se riera y me desenmascarara. Seguro que mis balbuceos y mis nerviosos dedos, que jugueteaban con el mantel, eran prueba suficiente. Pero, para mi asombro, se le iluminaron los ojos.

—¿De verdad? Me preocupaba hacerte daño.

Sonreí.

—Si estuviera locamente enamorada de ti, ahora mismo estaríamos recogiendo los pedazos de mi corazón roto del suelo, pero como no lo estoy…

James me abrazó.

—Eres la mejor, Sam.

¿De verdad se lo creyó? ¿Cómo podía tragarse semejante mentira?

—Tú también —respondí mientras le devolvía el abrazo—. Prométeme una cosa: si conoces a alguien que te haga sentir esa chispa que buscas, dímelo enseguida, ¿vale? No dejes que me entere más adelante ni por otra persona. No podría soportarlo de nuevo, después de lo que pasó con Harry.

James se apartó y asintió con seriedad.

—¿Me lo prometes tú también?

Asentí con los dedos cruzados bajo la mesa. Yo ya había encontrado a esa persona, y solo me quedaba esperar a que aquella chispa que sintió al principio volviera a encenderse. Porque la que sentí yo por él jamás se había apagado.

CAPÍTULO 4



Nada cambió entre James y yo durante los siguientes tres meses. O, mejor dicho, nada cambió por fuera. Seguíamos viéndonos con la misma frecuencia. Seguíamos hablando sin parar y riéndonos mucho. Pero, por dentro, todo había cambiado para mí. Me estaba desmoronando, y el corazón se me rompía un poco más cada día al saber que el hombre al que amaba no me quería ni lo haría nunca. Me engañaba a mí misma al pensar que, algún día, se despertaría y se daría cuenta de que sentía algo más que un afecto amistoso.

No podía confiarle esto ni a Hannah ni a Chloe, las dos personas a las que siempre acudía cuando algo me preocupaba. Odiaba mantener en secreto algo tan importante, pero sabía por qué lo hacía: me dirían que pusiera fin a nuestra relación, porque ese sería el consejo que yo misma les daría si alguna de ellas estuviera en mi lugar. ¿Para qué perder el tiempo en algo que no era correspondido? Sin embargo, no estaba lista para enfrentarme a eso, así que mentí. Les repetí las mismas palabras que me dijo James: que nos lo estábamos pasando bien, pero ninguno de los dos veía la relación como algo a largo plazo porque no había chispa.

Hannah se enfrentó conmigo poco después de volver de su luna de miel.

—Lleváis casi siete meses juntos —afirmó con el ceño fruncido—. Es mucho tiempo si la relación no va a ninguna parte. ¿Qué sentido tiene seguir juntos?

—¿Recuerdas que me dijiste que esta era la mejor manera de superar lo de Harry? Pues estoy siguiendo tu consejo y lo estoy

disfrutando mucho, gracias. ¿Acaso todas las relaciones tienen que llevar a algo serio?

Se encogió de hombros.

—No, pero ten cuidado, ¿vale? No soportaría ver que te hicieran daño otra vez.

—Solo me haría daño si estuviera perdidamente enamorada de él, y no lo estoy. Tarde o temprano, alguno de los dos conocerá a otra persona y lo nuestro se acabará. De momento, somos buenos amigos…

—Con derecho a roce —concluyó ella.

—¡No! No digas eso, suena horrible.

—¿Y cómo lo llamarías tú? Mira, si a los dos os parece bien, adelante, disfrutad. Pero si tú sientes algo más que amistad…

—Qué va. —Me di cuenta de que lo había dicho demasiado deprisa y con demasiada firmeza, así que sonreí e intenté que mis siguientes palabras sonaran creíbles—. Admito que al principio estaba bastante prendada de él y pensé que James podría ser el indicado, pero falta algo. No es mi «felices para siempre».

—¿Segura?

—Segurísima. Bueno, ¿tienes ganas de volver al trabajo?

Me miró con los ojos entornados, pero mi sonrisa radiante debió de convencerla, porque se recostó en el sillón y empezó a parlotear de su reincorporación.

Chloe, en cambio, aceptó con más facilidad la naturaleza informal de mi relación con James. Aún no se lo había presentado y él no tenía redes sociales, aunque yo había publicado algunas fotos suyas en Facebook e Instagram.

—Bien por ti —me animó mientras paseábamos del brazo por el paseo marítimo de North Bay en una tarde tranquila de finales de marzo—. Si yo tuviera un amigo como James, estaría encantada de disfrutar de un poco de sexo sin compromiso.

—No es exactamente sin compromiso —aclaré—. No podemos ver a otras personas y, si alguno conoce a alguien, tiene que decírselo al otro.

—Parece el acuerdo perfecto. ¿Dónde puedo conseguir a alguien así?

—Ni idea. ¿Pasillo diez del supermercado?

Se echó a reír.

—Ojalá. Entonces, ¿cuándo me lo vas a presentar? Lleváis juntos una eternidad.

—No llevamos tanto, y sabes que no ha sido intencionado. Mamá no permite que se quede a dormir en casa, así que es más fácil que yo vaya a York.

Me apretó el brazo.

—No le hagas mucho caso —dijo con suavidad. No había mucho más que pudiera decir. Mi madre adoraba a Chloe, pero a mí me detestaba. Mi prima siempre insistía en que eran imaginaciones mías cuando éramos jóvenes, pero cuando cumplimos los veinte, tuvo que admitir que también veía la diferencia en cómo nos trataba.

—Ya me conoces —respondí—. Siempre intento mantener la paz y dejarme llevar.

—Ojalá no tuvieras que hacerlo.

—Yo también. —Suspiré—. Pero, bueno, hablemos de algo más alegre. Iré con James al setenta y cinco cumpleaños del abuelo en junio, así que lo conocerás entonces, si no antes.

—Ya era hora.



Mamá y yo nunca tuvimos muy buena relación, pero con su padre, mi abuelo, sí. A veces me preguntaba si, al principio, me había colmado de cariño para compensar la indiferencia de su hija hacia mí, pero fuera cual fuese el motivo, yo lo adoraba, y el vínculo que había entre nosotros era muy especial.

Durante mi infancia, pasaba mucho tiempo en casa de mis abuelos, en Meadowcroft, un gran bungaló rodeado de dos acres de terreno en el pueblecito de Little Tilbury, a unos cuarenta minutos al sur de Whitsborough Bay. A menudo me quedaba con ellos durante

las vacaciones escolares, y me dedicaba a hornear galletas con la abuela o a ayudar al abuelo en el jardín.

El abuelo era un apasionado ornitólogo, y su extenso jardín, que incluía un pequeño bosquecillo, era un paraíso para las aves. Me enseñó sus nombres, sus comidas favoritas y sus costumbres de anidación. Detrás del jardín se extendían campos abiertos que atraían a toda clase de animales salvajes, sobre todo de noche. Erizos, conejos, zorros e incluso tejones visitaban con frecuencia los setos y el bosquecillo en busca de la comida que el abuelo dejaba para ellos. Mis abuelos me dejaban quedarme despierta hasta tarde, y los tres nos escondíamos en el invernadero con las luces apagadas para observar en silencio la actividad nocturna. A veces venía Chloe, pero la naturaleza la aburría, así que casi siempre disfrutaba yo sola de toda su atención.

Mis abuelos hacían una pareja adorable. Siempre se reían juntos e iban cogidos de la mano cuando salían. Era evidente que su amor era profundo y duradero, pero la abuela se fue demasiado pronto. Cinco años atrás, cuando tenía sesenta y nueve años, le hicieron una cirugía rutinaria. A nadie le preocupó demasiado y todos esperábamos celebrar tres grandes acontecimientos cuando se recuperara: el setenta cumpleaños del abuelo, sus bodas de oro y sus propios setenta años. Sin embargo, contrajo una infección que derivó en sepsis. Nadie se creía que se hubiera ido, y mucho menos el abuelo. Fue como si su mirada se hubiera apagado para siempre, y temí no volver a verlo sonreír nunca.

Tras la muerte de la abuela, pasé todo el tiempo que pude con él. Iba a Meadowcroft casi todas las tardes después del trabajo y al menos un día de cada fin de semana. Estaba perdido sin ella, y no encontraba ninguna razón para seguir viviendo. Me partía el alma verlo así. Incluso perdió el interés por los pájaros y la naturaleza, pero poco a poco lo fui convenciendo para que volviera a salir. Le recordé cuántos seres vivos dependían de él y le di razones para continuar. Con el tiempo, el color volvió a sus mejillas y su sonrisa reapareció. Todavía veía la tristeza, la soledad y el desinterés por la

vida sin la abuela, pero la melancolía fue cediendo. Empezó a pasar el tiempo con otro viudo del pueblo y, poco a poco, fue reconstruyendo su vida sin su mujer.

Empezamos a dar paseos juntos y, en cada uno de ellos, compartía conmigo algo nuevo sobre la abuela. Creo que era su forma de mantenerla viva, de transmitir sus recuerdos más preciados, pero también hacía que me sintiera más vinculada a ambos.

A principios de año, durante una caminata por el pueblo, le propuse celebrar una fiesta por su setenta y cinco cumpleaños.

El abuelo se detuvo un momento y sonrió.

—Creo que a tu abuela le habría gustado. No pudimos celebrar aquellas tres fechas tan especiales el año que la perdimos. Estoy seguro de que le gustaría que celebráramos el siguiente hito.

—Entonces, ¿es un sí?

—Es un sí, siempre y cuando me ayudes a organizarlo todo.

Lo abracé.

—Te ayudaré encantada.

CAPÍTULO 5



—Estoy orgulloso de ti, Sammie —dijo el abuelo cuando entramos en el salón de eventos del hotel Sanderslea House, a unos kilómetros de Meadowcroft—. Está precioso.

Fue recorriendo la sala, observando las fotos que había mandado ampliar de él desde bebé hasta la actualidad. Se me humedecieron los ojos cuando rozó con los dedos una foto que les tomé a la abuela y a él en el jardín, pocos días antes de su operación. Parecían sanos y felices. Jamás habríamos imaginado que sería la última foto que le haríamos. Respiré hondo y me puse a recolocar unas flores de uno de los centros de mesa.

—Gracias —murmuró cuando volvió a mi lado.

—Ha sido un placer, abuelo. —Vi que volvió a mirar la foto—. Seguro que la abuela está aquí en espíritu.

Se volvió y me dedicó una sonrisa dulce.

—Te lo garantizo. Estaría tan orgullosa de ti… Sin duda, yo lo estoy.

—La echo de menos.

—Lo sé. Era la mejor —comentó con voz temblorosa.

Nos quedamos un momento en silencio, uno al lado del otro, perdidos en nuestros pensamientos.

—¿Por qué no nos hacemos uno de esos selfis antes de que llegue nadie? —propuso, ya con la voz más firme.

Al abuelo le encantaban los selfis, y yo tenía una estupenda colección de ambos, ya fuera serios, sonrientes o sacando morritos. Nos acercamos a los globos y me hice varias fotos con él. Sentí una

calidez en el pecho cuando vi cómo las miraba con una sonrisa en los labios.

—¿Me imprimirás algunas para nuestro *collage?*

—Por supuesto.

Habíamos hecho un maravilloso *collage* de selfis en la pared de una de las habitaciones de invitados de Meadowcroft. Cuando la ausencia de la abuela lo golpeaba con fuerza, le gustaba sentarse en la cama para contemplarlo. Decía que le levantaba el ánimo y le recordaba lo mucho por lo que tenía que vivir.

—¿A qué hora llega tu chico? —preguntó.

—Sobre las ocho, pero tiene muchas ganas de verte de nuevo.

—Bien. Hace siglos que no lo veo. Tengo que asegurarme de que sigue siendo lo bastante bueno para mi nieta favorita. —Me guiñó un ojo y le di un suave codazo.

—¡Chist! No puedes mostrar esos favoritismos.

—¿Y por qué no? Eres realmente especial, Sammie. Siempre lo he sabido y, si no fuera por los cuidados y la atención que me brindaste cuando perdimos a tu abuela, no creo que hoy estuviera aquí celebrando mi setenta y cinco cumpleaños. Espero que sepas cuánto te quiero, mi ángel, y lamento que haya ciertas personas en tu vida que no te vean como yo te veo.

—Ay, abuelo. Yo también te quiero. —Lo abracé con fuerza, y contuve las lágrimas una vez más. Sabía que se le rompía el corazón al ver cómo me trataba mamá, pero él no tenía ni idea de que sus palabras también podían aplicarse a mi relación con James.

—¡Feliz cumpleaños! —Nos separamos al oír el fuerte saludo. Cuando nos giramos, vimos que la tía Louise, el tío Simon y Chloe se acercaban con bolsas de regalos. Mamá y papá llegaron pocos minutos después, y la sala empezó a llenarse rápidamente de familiares y amigos, besos y abrazos, regalos, charlas y risas.

Tenía el corazón henchido por ver al abuelo tan contento. Miré la foto de la abuela colgada en la pared y le sonreí. No había ninguna duda de que estaba celebrando la ocasión con nosotros.

Me pregunté si el abuelo nos vería el plumero a James y a mí aquella noche. Había ido poniendo excusas para no traer a James a Meadowcroft porque el abuelo se fijaba en todo y, si estábamos los tres solos, seguro que notaría que pasaba algo. No pararía hasta sonsacarme la verdad y me daría el consejo que no quería oír. Creía que la fiesta, con tanta gente y distracciones, sería el escudo perfecto. Me equivoqué.



Poco antes de las ocho, me escapé al baño del fondo para refrescarme un poco antes de que llegara James. Cuando salí, el abuelo me esperaba con una copa grande de vino rosado.

—Me habría gustado traértela antes, pero no paraba de llegar gente.

—Gracias, abuelo. —La cogí y di varios sorbos, agradecida. Había estado tan ocupada haciendo de anfitriona que aún no había bebido nada—. ¿Te lo estás pasando bien?

—De maravilla, mi ángel. ¿Aún no hay señales de James?

—Debe de estar al caer. —Asentí hacia el otro lado del salón, donde mi prima charlaba con una vecina del abuelo—. Chloe está guapísima esta noche. —Llevaba un vestido de color melocotón de cuello *halter* y el pelo en ondas sueltas.

—Y tú también —me aseguró el abuelo.

—Gracias.

Chloe miró hacia la puerta y se quedó quieta unos segundos. Luego se echó la melena hacia atrás.

—Vaya, ¿a quién le ha echado el ojo ahora? —murmuró el abuelo.

Seguimos su mirada hacia la puerta… y el estómago se me cayó a los pies. James acababa de llegar, pero no estaba mirando alrededor de la sala para buscarme. Alguien había captado su atención primero. Abrió la boca y se acarició la barba con los dedos,

como si estuviera hipnotizado. Apenas me atreví a seguir su línea de visión, pero tenía que confirmarlo.

Con la mirada clavada el uno en el otro, Chloe y James cruzaron la sala como si fueran imanes que se atraen. Y, en ese preciso instante, supe que lo había perdido. La atracción física era evidente y, en cuanto hablaran, encajarían sin remedio.

—¿Ese es James? —preguntó el abuelo, y se ajustó las gafas cuando empezaron a hablar.

Asentí lentamente con la cabeza.

—Entonces voy a ejercer de anfitrión y a darle la bienvenida —dijo con un tono defensivo, uno que revelaba que había visto lo mismo que yo.

Me agarró de la mano y me sacó de las sombras para arrastrarme hacia el otro lado del salón.

—¡El novio de Sammie! —anunció en voz alta—. Me alegro mucho de que hayas podido venir.

Mi prima y mi novio parecieron despertar de su trance y se dieron cuenta de que no estaban solos.

—Eh, sí… perdón por el retraso, William. ¡Feliz cumpleaños! —Le estrechó la mano y, luego, se volvió hacia mí para darme un beso torpe en la mejilla, como si fuéramos prácticamente desconocidos.

—Veo que ya has conocido a mi prima, Chloe —dije, tratando de mantener a raya la rigidez de mi voz.

—Sí, justo ahora. Yo… eh… le estaba preguntando dónde estabas y… aquí estás.

—Aquí estoy.

El silencio era insoportable. Notaba que el abuelo me presionaba mentalmente para que dijera algo, para marcar territorio, pero ¿qué podía decir? Solo se me ocurría una cosa: «¿Queréis que os dejemos solos?».

—¿Qué tal el trabajo? —pregunté.

—¿A qué te dedicas? —se adelantó Chloe, antes de que le diera tiempo a contestar.

—Soy director de *marketing* en Denleigh Insurance, en York.

—¿Director? ¡Guau! Debes de ser un genio —lo elogió mientras le tocaba el brazo. El corazón se me aceleró al verla coquetear a un palmo de mí. ¿Sería consciente siquiera de que lo estaba haciendo?

—Tengo un poco de calor, Sammie. —El abuelo me apretó la mano—. ¿Me acompañas a tomar el aire?

—Claro. Disculpadnos un momento.

Diría que ni se fijaron en que nos íbamos. Me bebí el vino de un trago y dejé la copa vacía en una mesa mientras seguía al abuelo hacia una puerta lateral.

Una brisa suave me enfrió las acaloradas mejillas cuando nos sentamos en un banco de madera que había en la esquina, alejado de las ventanas del salón.

—¿Era la primera vez que Chloe y James se veían? —preguntó el abuelo.

—Sí.

—¿Y los habías mantenido separados a propósito?

Me encogí de hombros.

—No. O al menos eso es lo que quiero pensar. Tal vez lo hice inconscientemente.

El abuelo me rodeó con un brazo y apoyé la cabeza en su hombro.

—Dime que me he imaginado los fuegos artificiales que acabo de ver.

—Ojalá pudiera.

Me dio un apretón en el hombro y nos quedamos callados varios minutos, hasta que el aire de la noche fue demasiado frío y empecé a temblar, con la piel de los brazos de gallina.

—Hace mucho frío —afirmó mientras se levantaba y me tendía la mano—. ¿Tienes planes para mañana?

—James vuelve a York esta noche para una despedida de soltero, así que pensaba darme una vuelta por las tiendas de Whitsborough Bay. Pero tampoco lo tengo muy claro.

—Pues pasemos el día juntos. Ven a Meadowcroft y hablaremos.



Cuando volvimos dentro, Chloe y James seguían charlando animadamente y riéndose muy pegados el uno al otro.

—Voy un momento al baño —le informé al abuelo.

—¿Estás bien? —Sus ojos grises rebosaban preocupación mientras me miraba con dulzura.

Asentí y le sonreí para tranquilizarlo, ya que no me fiaba de mi propia voz. Podía derrumbarme aquí mismo. Ya hablaríamos mañana. El abuelo lo había visto. Yo lo había visto. Probablemente toda la sala lo había visto.

Por suerte, el baño estaba vacío. Caminé de un lado a otro varias veces, respirando hondo y obligándome a contener las lágrimas. Cuando recuperé el control, me incliné sobre el lavabo y me mojé la cara con agua fría. Mientras me secaba con una toalla de papel, negué con la cabeza con los ojos clavados en la mujer que se reflejaba en el espejo. ¿Por qué no me había esmerado más? Iba con unos vaqueros, una blusa blanca holgada y chanclas. Mi maquillaje era mínimo y llevaba el pelo recogido en una coleta baja, no muy diferente a como voy en el trabajo. Y ahí estaba Chloe… como era ella. Le bastó una mirada a través de la sala para que saltaran chispas. Lo que James echaba en falta conmigo, acababa de encontrarlo con mi prima. De entre todas las mujeres que había en el mundo…

Abrí la puerta y volví al salón. El calor y las risas me envolvieron y eché los hombros hacia atrás. «Socializa. Pásalo bien. Enseguida vendrá a buscarte y podrás actuar como si todo fuera bien. Ya estás acostumbrada a eso».



A la mañana siguiente, recogí al abuelo y nos fuimos a Great Tilbury. Recorrimos el pueblo de punta a punta e incluso paramos para dar de comer a los patos sin mencionar ni a Chloe ni a James. No

obstante, en cuanto propuso ir a tomar algo al April's Tea Parlour, supe que ya no podía posponerlo más.

—James y tú —dijo en cuanto nos sirvieron las bebidas—. Cuéntame.

—No hay mucho que contar. Quiero a James, pero él no me quiere a mí. Es así de simple.

—¿Te lo ha dicho?

—Hace tres meses, en la boda de Hannah y Toby.

—¿Sabe lo que sientes por él?

Jugueteé con mi coleta con los dedos.

—No. Decidimos permanecer juntos hasta que encuentre esa chispa con otra persona.

El abuelo suspiró despacio y negó con la cabeza mientras se echaba la leche en el té.

—¿Recuerdas el dicho que solía decir tu abuela? Si quieres algo, tienes que dejarlo libre.

Se me hundieron los hombros.

—Sí. Y también recuerdo cómo sigue: si vuelve, es tuyo; si no, es que nunca lo fue. Y se que él no volverá.

—Entonces es que nunca fue tuyo, ¿verdad?

Se me escapó una lágrima y la limpié a toda prisa.

—Siempre lo he sabido.

—Tu abuela también decía que la fragancia permanece en la mano que regala la rosa.

Fruncí el ceño.

—Nunca había escuchado ese dicho. ¿Qué significa?

—Significa que un acto de bondad, como el que ya sabes que estás a punto de hacer, también beneficia a quien lo hace. —Puso su mano sobre la mía—. Puede que tardes en ver ese beneficio, pero todo…

—Pasa por una razón —terminé la frase por él—. Lo sé. Y gracias por fijarte en lo que pasó anoche.

—Siempre me he fijado en todo lo relacionado contigo. He visto cómo siempre te ocultas entre las sombras para que tu prima brille.

He visto cómo te duelen las miradas o la crueldad de tu madre y, aun así, no entras al trapo. He visto cómo minimizas tus logros y ensalzas los de los demás, como si lo que hicieras tú no importara. Pero quiero que sepas que brillas como un diamante, mi ángel. No dejes que nadie te convenza de lo contrario.

—Gracias. Eso es muy bonito, abuelo. —Serví el té en nuestras tazas y suspiré—. No sé si podré soportar ver a James y a Chloe juntos.

—No sabes si eso llegará a pasar. Sí, anoche hubo algo, pero una relación no se basa únicamente en la atracción física. Puede que no empiecen nada serio o que, si lo hacen, no dure. Y, entonces, él desaparecerá de vuestras vidas y tú podrás seguir adelante.

—Lo sé. No debo dar por sentado lo peor.

El abuelo añadió media cucharadita de azúcar a su té y lo removió despacio.

—¿Cuándo vas a dejarlo?

Solté un suspiro largo y profundo.

—Hemos quedado para cenar el martes. Lo haré entonces.

—Será duro, pero sabes que es lo correcto, ¿verdad?

—Lo sé, abuelo. —Mi cabeza me decía que debería haberlo hecho hace meses, pero mi corazón aún quería aferrarse a él.

—Prométeme que lo dejarás marchar —me pidió, con sus ojos grises llenos de amabilidad clavados en los míos, y me apretó la mano—. Busca tu propio «felices para siempre».

—Lo haré, abuelo. Lo prometo.



Al llegar a casa, le envié un breve mensaje a James. Le dije que había pasado un día estupendo con el abuelo, que esperaba que la despedida fuese bien y que tenía ganas de verlo el martes. Me respondió con varios emojis: el del pulgar hacia arriba, el de la jarra de cerveza y el de la cara alocada. Me tumbé en la cama con el móvil sobre el pecho, y una sensación de pérdida me envolvió por

completo. La próxima vez que viera a James, pondría fin a nuestra relación. ¿Sería un adiós definitivo o volvería a verlo… esta vez como el novio de Chloe? Un escalofrío involuntario me recorrió el cuerpo al pensar en ese escenario.

CAPÍTULO 6



A la mañana siguiente, me sentía vacía cuando me desperté, ya que sabía que quedaba un día menos para decirle adiós a James.

Desde el minuto en que bajé a prepararme una taza de té, mi mera presencia pareció irritar a mamá.

—Gracias por poner la lavadora ayer —espetó con la voz cargada de sarcasmo mientras rebuscaba en el cesto de la ropa.

—Me dijiste que no la pusiera porque querías lavar los pantalones que llevaste ayer.

—Podrías haber puesto una lavadora de blanco.

No tenía sentido responder. Iba a perder hiciera lo que hiciera, un escenario demasiado familiar para mí. Si hubiera puesto la de blanco, me habría reñido por ignorar sus instrucciones de no hacer toda la colada.

—¿Quieres una taza de té? —pregunté.

—¿Tengo pinta de tener tiempo para tomar el té?

«Mantén la calma. Cuenta hasta tres…».

—¿Quieres que haga algo?

—Quiero que salgas de mi cocina para que pueda poner la lavadora.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudar? ¿Ir a comprar? ¿Limpiar?

—Si tengo que pedírtelo, no serías de mucha ayuda, ¿no crees?

Odiaba esa frase sin sentido. Cada vez que me adelantaba a hacer algo sin que me lo pidiera, me arrancaba la cabeza por no hacerlo con sus exigentes estándares. Si iba a comprar, me acusaba

de traer la marca equivocada o el tamaño equivocado. Si limpiaba, supuestamente me dejaba una zona sin hacer y tenía que volver a limpiarlo todo.

No me gustaba que mamá viera que me había hecho daño, así que me duché, me vestí y luego me acerqué a Whitsborough Bay para imprimir las fotos de la fiesta del abuelo.

De vuelta en el coche, fui pasando las fotos, y el corazón se me aceleró al ver una imagen de Chloe y James juntos. Acaricié suavemente la cara de James y suspiré, ya que la inminente pérdida me oprimía el pecho. Luego guardé con cuidado las fotos en el bolso y puse rumbo a Meadowcroft.



No hubo respuesta cuando llamé al timbre, así que saqué la llave y entré. El abuelo me la había dado cuando murió la abuela. Decía que pasaba más tiempo en el jardín que en casa, y que nunca me vería si dependía de que oyera el timbre.

Lo llamé cuando entré en el recibidor. Estaba inusualmente oscuro, y una inquietud me arañó por dentro cuando abrí la puerta del salón. ¿Por qué no estaban abiertas las cortinas?

—¿Abuelo? —grité.

Nada.

—Abuelo, son más de las once. ¿Sigues en la cama?

Empujé con cautela la puerta de su dormitorio, pero no estaba ahí. Las cortinas estaban abiertas y la cama, hecha. Respiré hondo varias veces para calmar mi corazón desbocado.

—¿Abuelo? ¿Dónde estás?

Volví al pasillo. Tal vez quería aprovechar que el cielo estaba despejado y hacía sol y había salido directo al jardín.

Abrí la puerta del dormitorio del fondo con la idea de mirar por la ventana, y grité.

El abuelo llevaba la misma ropa del día anterior y estaba recostado contra el cabecero, frente al *collage* de selfis. Tenía una

invitación de su setenta y cinco cumpleaños sobre la rodilla y, en la mesilla, había un plato con un trozo de tarta a medio comer.

—Ay, abuelo… —El labio me tembló y se me llenaron los ojos de lágrimas al mirarlo.

Me acerqué muy despacio y le cerré los ojos con suavidad. No hacía falta tomarle el pulso. Había visto la muerte muchas veces, y era evidente que se había reunido con la abuela la noche anterior.

—Dale recuerdos a la abuela —susurré, y luego besé su fría mejilla y le quité las gafas—. Dale un abrazo muy fuerte de mi parte y las gracias por dejar que te quedaras conmigo cinco años más.

Un sollozo me sacudió por completo y las lágrimas me corrieron por las mejillas. Con las manos temblorosas, saqué el móvil del bolsillo. Quería llamar a papá, pero sabía que debía decírselo primero a mamá. A fin de cuentas, el abuelo era su padre. Mamá casi nunca me contestaba, y ese día no fue la excepción, así que llamé a papá.

—Hola, Sammie.

—¿Papá? El abuelo ha muerto. Estoy en Meadowcroft y está muerto. ¿Puedes avisar a mamá y a la tía Louise? —balbuceé entre sollozos.

—¡No! Ay, Sammie… ¿Estás bien?

—No mucho. ¿Puedes venir?



Perder al abuelo fue insoportable. Nunca había conocido un dolor igual. En lugar de unirnos por la pérdida, la brecha entre mamá y yo se abrió aún más. Ella, comprensiblemente desolada por la muerte de su único progenitor vivo, me acusó de no intentar salvarlo. ¿Por qué no había llamado a una ambulancia antes? ¿Por qué no le había hecho RCP? ¿Cómo podía considerarme una enfermera? Incluso cuando el forense confirmó que un paro cardíaco fulminante se lo había llevado la tarde anterior, no hubo forma de razonar con ella.

No podía dejar de llorar en el trabajo. Preocupada por mi estado emocional, mi supervisora insistió en que me tomara unos días libres hasta después del funeral. Aunque no había duda de que era lo mejor para mis pacientes, para mí no era la solución ideal, ya que de ese modo tenía demasiado tiempo para pensar.

Mamá se pidió un permiso por fallecimiento y dejó claro que le molestaba tenerme rondando por la casa. Era imposible decir o hacer nada bien. Me ofrecí a ayudar con el funeral o el velatorio, pero me acusó de entrometerme. Propuse ir a Meadowcroft para dar de comer a los animales y mantener el jardín, pero me acusó de intentar apropiarme de la casa. Papá intentó mantener la paz, pero terminamos discutiendo todavía más. Así pues, como no quería meter a la tía Louise, al tío Simon y a Chloe en nuestras peleas, pasé los siguientes días entre la casa de Hannah y la de James.

James estuvo de diez. Me dejó llorar y desahogarme, y siempre tenía abrazos y palabras de consuelo a mano. Sabía que tenía que poner fin a nuestra relación, pero no era el momento adecuado, no cuando ya tenía el corazón roto.

Volví a Whitsborough Bay el martes, un par de días antes del funeral. Por suerte, mamá se había calmado, y su ira había dado paso al silencio, que era ligeramente mejor.

Chloe y yo preparamos una elegía que papá se ofreció a leer en nuestro nombre, porque sabíamos que no podríamos pronunciar más de tres frases sin venirnos abajo. La única forma de conseguir el visto bueno de mamá fue que Chloe la presentara como idea suya con algunas aportaciones mías, en lugar de al revés. En realidad, daba igual. Lo importante era recordar a ese maravilloso hombre como se merecía.

Durante la ceremonia, me acurruqué junto a James. Sin embargo, mientras escuchaba a papá leer las palabras que habíamos escrito Chloe y yo, solo podía pensar en mi último día con el abuelo y su última petición. No podía seguir posponiéndolo. Me centraría en despedirme del abuelo y luego tendría que despedirme de James. Pronto.

No esperaba que ese «pronto» fuera esa misma noche.

CAPÍTULO 7



En la actualidad

Tras hacernos las fotos grupales frente a la iglesia, tuvimos un rato para charlar mientras Chloe y James posaban en el extremo opuesto del cementerio, delante de un precioso sauce llorón.

Busqué entre los invitados y vi a Hannah sentada en un banco a la sombra. Estaba embarazada de ocho meses y probablemente agradecía la oportunidad de descansar los pies y resguardarse del sol.

Le hice un gesto con la mano, me levanté la falda del vestido y empecé a avanzar hacia ella. Justo en ese momento, una mano fría se posó en mi brazo y me dejó helada. Dedos huesudos. Perfume Lily of the Valley. Me recorrió un escalofrío.

—Tía abuela Agnes. —«Sonríe. Sé amable», me recordé—. Qué alegría verte.

—Lo mismo digo, querida —respondió entre dientes. Una mentira como un templo.

—La ceremonia ha sido preciosa —añadí al ver que no se movía.

—Desde luego. Es maravilloso ver a nuestra pequeña Chloe tan feliz. Pero estoy algo confundida. ¿Ese joven no era tu novio, querida?

Y ahí estaba. Directa a la yugular.

—Sí, lo era, pero nunca fue nada serio. James y Chloe hacen una pareja mucho mejor que la que hacíamos James y yo.

—Bueno, ya lo dicen: las personas hermosas tienden a atraerse entre sí.

¡Au!

Me dio unas palmaditas en el brazo que me pusieron los pelos de punta.

—Aun así, hay muchos peces en el mar, como se suele decir. Seguro que algún día encuentras a alguien de tu nivel. —Juraría que se reía por lo bajo mientras se alejaba con sus aires de vieja vencedora.

—¿Quién era esa? —preguntó Hannah cuando me dejé caer a su lado con un gruñido de frustración.

—Mi tía abuela Agnes —murmuré con una mueca en los labios, y me estremecí de forma exagerada.

—Ah. Lo imaginaba. Por tu reacción, deduzco que ha estado tan encantadora como siempre.

—Por supuesto. Ha ido directa a comentar que James era mi ex y que estaba fuera de mi alcance.

Hannah frunció el ceño.

—Espero que la hayas ignorado.

—Ya me gustaría. Siempre suelta algún insulto demoledor, como quien lanza una granada, y se marcha mientras me deja ahí tirada, recogiendo los pedazos rotos. Ojalá se me ocurriera una réplica ingeniosa, pero siempre me quedo en blanco.

—No la necesitas. Eres mejor que ella. Si se divierte haciendo sentir mal a los demás, el problema es suyo. Es una vieja chocha.

—Lo sé, pero siempre consigue afectarme. Quizá no me molestaría tanto si tratara así a todo el mundo, pero no es el caso. Chloe siempre ha sido la niña de sus ojos y yo, la que no soporta, y no sé por qué.

—Así son las familias. —Se frotó la barriga en círculos y puso los ojos en blanco—. Bueno, ¿cómo lo llevas?

—Estoy bien. La ceremonia fue preciosa.

—Sí, pero no te he preguntado eso. —Su tono se suavizó y me miró con compasión.— Pasaste un mal trago, ¿verdad?

Bajé la vista y quité una pelusa imaginaria de mi vestido.

—Estoy bien. Es agua pasada y, como ya te dije, nunca fue nada serio.

Hannah enlazó su brazo con el mío y me atrajo hacia ella.

—No insultes nuestra amistad fingiendo que nunca estuviste enamorada de él. Y, si no me equivoco, todavía lo estás.

Me apoyé en su hombro y suspiré.

—Acabo de tener esta misma conversación con mi padre. ¿Es tan evidente?

—Solo para quienes te queremos tanto como nosotros. Nunca me creí eso de que erais amigos con derecho a roce, pero estabas tan decidida que pensé que solo era mi deseo de veros juntos, de tener una pareja con la que salir los cuatro. Luego vi cómo los mirabas mientras se daban el "sí, quiero", y lo tuve claro. Siento mucho que no haya salido bien.

Me llevé los dedos a los labios y negué con la cabeza.

—¿Crees que Chloe lo sabe?

—No. No te preocupes. Está tan colada por James que no se daría cuenta ni aunque te salieran cuernos y te pusieras a bailar un fandango.

—Me ha enviado una «primicia» esta mañana. Mira. —Le pasé el móvil a Hannah.

Chloe y yo no hablábamos todos los días, pero manteníamos el contacto por mensajes y redes. Desde hacía años nos mandábamos textos que empezaban con la palabra «PRIMICIA» cuando encontrábamos algo que sabíamos que a la otra podría gustarle: un libro, una película, un anuncio, un perfume o una prenda. Nos conocíamos tan bien que siempre acertábamos. A veces, la primicia era un consejo o algo gracioso.

De Chloe:
¡PRIMICIA! Samantha Wishaw. El unicornio de las mejores amigas. Rara, preciosa y amable. Seguro que aportará luz a tu mundo. Muchos dicen que no existen, pero yo sé que sí, porque tengo la suerte de tener uno. Besos.

—Me siento tan culpable —gruñí cuando Hannah me devolvió el teléfono—. Dudo que me hubiera mandado eso si supiera la verdad.

Hannah negó con la cabeza.

—No puedes pensar así, Sam. Dejaste a James para que estuviera con Chloe y, desde luego, eso te convierte en el unicornio de las mejores amigas. No todo el mundo haría algo así. Oh, espera, que viene.

—Hola, chicas —nos saludó Chloe.

—Enhorabuena —la felicitó Hannah mientras se levantaba con esfuerzo y le daba un beso en ambas mejillas—. Estás preciosa, Chloe. Da una vuelta para que te veamos el vestido.

Mientras Chloe se levantaba la falda y giraba para mostrarnos los detalles del corpiño, Hannah me miró con tristeza. Le sonreí débilmente y asentí para asegurarle que estaba bien.

—Un vestido deslumbrante para una novia deslumbrante —comentó Hannah cuando Chloe volvió a ponerse de frente—. James es un hombre muy afortunado.

—La afortunada soy yo. —Chloe me tomó de la mano—. Y le agradezco tanto a Sammie que nos animara a estar juntos.

—Así es Sam —afirmó Hannah con un tono ligeramente cortante —. Siempre pensando en lo mejor para los demás.

Me encogí de hombros.

—Soy una romántica empedernida, eso es todo. Enseguida vi que eran perfectos el uno para el otro. —Nunca entenderé cómo fui capaz de seguir sonriendo.

—El fotógrafo va a hacer la foto con el confeti en unos cinco minutos —nos informó James cuando se unió a nosotras. Su cercanía hizo que el corazón se me desbocara. ¿Dejaría de hacerlo algún día?

—Perfecto —respondió Chloe—. Me encanta el confeti.

James le sonrió con tanta ternura que las mariposas de mi estómago se alborotaron hasta que me sentí mareada. Jamás me había mirado así. Era lo correcto que se hubieran encontrado, y me

alegraba de corazón por Chloe porque, junto con Hannah, era mi mejor amiga y la quería muchísimo.

—¿Se lo has preguntado a Sam? —dijo James.

—Estaba a punto.

—¿Preguntarme qué?

—Voy a buscar a Toby —intervino Hannah, y se marchó para dejarnos solos.

—La hemos liado —me contó Chloe en cuanto Hannah ya no podía oírnos—. ¿Sigues asegurada para conducir coches ajenos?

—Sí. ¿Por qué?

—Después de la foto con el confeti, tenemos que pedirte un favor enorme…

CAPÍTULO 8



—Esto es ridículo. —Tras soltar un gritito frustrado, aporreé varias veces el volante del coche de James hasta que la mano se me puso roja y empezó a dolerme.

Inspiré hondo y ejecuté otro cambio de sentido en tres maniobras. Aunque, en ese camino rural tan estrecho, tuve que hacer siete maniobras. O más bien nueve.

«Se ha pasado de su destino. Por favor, dé la vuelta en la siguiente salida».

—Y tú cállate. —Apreté el botón del navegador con fuerza—. Me has mentido tres veces, pedazo de… —Volví a tomar aire—. Ninguno de esos destinos se parecía ni remotamente a una casa de campo, ¿verdad?

Hasta ahora, me había mandado a una hípica, a un camino sin salida y, por último, a mi desastre final: un granero medio derruido en mitad de la nada. Literalmente, no había nada alrededor. Ni casas, ni vehículos, ni animales; solo prados y setos verdes hasta donde alcanzaba la vista.

Eché un vistazo al reloj del salpicadero e hice una mueca. Ya llegaba con una hora y cuarto de retraso. Me había perdido el cóctel y las fotos, lo cual no era precisamente ideal teniendo en cuenta que yo era la única dama de honor. El banquete debía de haber empezado quince minutos antes y, si no encontraba el camino de vuelta a la civilización pronto, iba a perderme también toda la comida y los discursos. Aunque no fuera culpa mía, Chloe se iba a

enfadar muchísimo por haberle estropeado los planes de su perfecto día.

Paré el coche y rebusqué el móvil en el cajón de la puerta. Seguía sin cobertura. ¿En qué demonios estaba pensando cuando acepté la petición de Chloe? Papá tenía razón: era demasiado buena con ella y siempre era mi perdición. Se habían dejado por error una planta (un detalle para uno de los invitados que había ayudado a organizar el gran día) en casa de la tía Louise y el tío Simon. Así que, por supuesto, acepté volver a Whitsborough Bay con el coche de James para ir a buscarla. Pensaba que, como mucho, llegaría media hora después que los demás, así que no había ningún problema. Tras pedirme disculpas por las molestias y llamarme «salvavidas», James programó su GPS con el código postal de Aversford Manor, donde se celebraba el banquete, y me enseñó cómo activar la ruta cuando saliera de Whitsborough Bay. Todo parecía bastante sencillo. Luego me abrazó y me besó en la mejilla, y el roce de sus labios contra los míos, su aliento cálido en mi oído y el aroma amaderado de su desodorante me devolvieron de golpe al mundo del amor no correspondido. Durante los días previos a la boda, me había esforzado mucho por convencerme de que ya no estaba enamorada de él, pero mi corazón traicionaba a mi cabeza una y otra vez. ¿Podría complicarse más la vida?

Fulminé con la mirada a la planta, sujeta entre toallas en el hueco para los pies del pasajero.

—Quienquiera que sea tu nuevo dueño, espero que flipe de agradecimiento.

Me recosté en el asiento, suspiré con fuerza, metí de nuevo la marcha y avancé por el camino. Me detuve en el cruce, intentando decidir hacia dónde tirar. ¿Cómo era posible que no conociera esta zona? Había vivido toda la vida en Whitsborough Bay y las colinas de Yorkshire empezaban a menos de dieciséis kilómetros al suroeste del pueblo. Sin embargo, nunca había explorado esta área. El abuelo había vivido allí, pero yo nunca había visitado el pueblo de al lado. Como vivía en un sitio tan bonito y tranquilo, no había necesidad de

ir más allá. Aunque iba a tener que acostumbrarme. El mes que viene empezaría un trabajo nuevo por la zona y me mudaría en cuanto estuviera asentada.

Dejar a mis amigas del equipo de enfermería comunitario de Whitsborough Bay no entraba en mis planes, pero nada había salido como esperaba en los últimos años, así que no debería haberme sorprendido cuando Chloe anunció con emoción que ella y James habían cambiado de idea con respecto a empezar su vida de casados en York. A finales del año pasado, él vendió su casa, compraron y se mudaron a una vivienda de obra nueva en una pequeña urbanización cerca de sus padres y de los míos, y James empezó a ir al trabajo en tren.

Podía mentalizarme y poner buena cara cuando organizaran algún evento familiar, pero tener a James a diez minutos andando era demasiado. Vivía en tensión constante, preocupada por si me lo cruzaba en cualquier momento y volvía a la casilla de salida. Si quería olvidar a James, necesitaba poner distancia, y la única forma era irme de Whitsborough Bay.

Mudarse a las colinas de los Wolds me atraía. Estaba lo bastante lejos como para justificar un traslado, pero lo bastante cerca de casa como para ver a mi familia con regularidad. Hannah era enfermera comunitaria allí y me habría encantado unirme a su equipo, pero no había vacantes.

Durante meses, dudé sobre si volver a dedicarme a la enfermería quirúrgica, pero al final no me vi capaz de postular a ninguna plaza. Estaba empezando a plantearme un cambio total de profesión cuando vi un anuncio de profesora de Salud y Atención Social en Reddfield TEC. Nunca había considerado la enseñanza, pero siempre era yo quien ponía al día a las nuevas incorporaciones, y me encantaba. Así pues, rellené la solicitud, convencida de que no le darían el puesto a alguien sin experiencia ni titulación docente. Pero me lo dieron. Me incorporaría a la escuela técnica a principios de septiembre, al inicio del curso. Iba a ser muy distinto, pero me ilusionaba empezar de cero y, si no era lo mío, siempre podría volver

a ser enfermera comunitaria después de uno o dos años. Al menos pondría la distancia física que tanto necesitaba entre James y yo.



Veinte minutos más tarde, contuve un grito de frustración cuando el GPS me llevó hasta una granja y la voz robótica volvió a declarar que había llegado a mi destino.

—¡No! No he llegado. ¿Esto te parece Aversford Manor?

Cogí el móvil de nuevo. Seguía sin cobertura. Miré a través del camino agrícola, pero no se veían edificios. De un poste oxidado colgaba un cartel de madera vieja, con el nombre «HEDGEHOG HOLLOW» escrito en pintura negra desconchada.

—Por favor, que haya alguien en casa que pueda decirme dónde demonios estoy. O que tengan teléfono fijo para llamar a papá. O ambas cosas.

Me metí en el camino de grava, que se extendía hasta el horizonte. Unos campos repletos de maleza flanqueaban la carretera por ambos lados tras una valla de madera cochambrosa que había visto días mejores. Un sinfín de baches llenos de agua embarrada por la tromba del día anterior me zarandeaban de lado a lado y me arrancaron un jadeo. A James no le iba a hacer gracia el estado en que quedaría su coche, pero no había otra opción.

Tras pasar por un pequeño bosquecillo, el camino hizo un giro brusco a la izquierda y apareció una gran casa de piedra de tres plantas cubierta de hiedra. Alrededor había varios graneros y dependencias de piedra en distintos estados de abandono, incluido uno de madera que parecía que se vendría abajo con un simple estornudo.

Me detuve en el patio que había frente a uno de los graneros de piedra más sólidos y comprobé que no hubiera ninguna boñiga ni ningún charco en el suelo antes de salir del coche. Solo me faltaba mancharme los zapatos y el vestido tras la pesadilla que estaba viviendo ese día.

De pie en el patio, estiré los hombros entumecidos y me protegí los ojos del sol mientras observaba el maravilloso entorno. A mi alrededor, los campos se extendían por todas las colinas de los Wolds (si es que seguía allí), y alguna que otra construcción se alzaba por encima del verde. Los pájaros piaban y los grillos cantaban en la hierba alta. No obstante, parecía que las aves y los insectos eran los únicos signos de vida que había por allí. Ni otros animales, ni personas, ni vehículos. Inhalé con fuerza. Tampoco olía a granja. Era evidente que la finca no estaba activa y, a juzgar por su lamentable estado, bien podría estar abandonada. Sería la guinda del pastel en este día perfecto…

Tras recogerme la falda, me acerqué a la casa principal de dos puertas, llamé al timbre y agucé el oído. Nada. Golpeé la aldaba y esperé. Sin respuesta. Como sentía que estaba husmeando y temía que en cualquier momento un granjero forzudo me agarrase del brazo y me echara de ahí de malas maneras, me dirigí con cautela hacia una de las ventanas con cuarterones que había a la izquierda. Parecía que hacía una década que no limpiaban el cristal, lo que reforzaba mis sospechas de que este lugar estaba abandonado. Con una mueca en los labios, quité un poco de la suciedad con los dedos y eché un vistazo al interior: parecía una cocina-comedor enorme. A no ser que los ocupantes se hubieran marchado a toda prisa, era evidente que allí vivía alguien, ya que había platos amontonados en el fregadero, así como una caja de cereales y un cartón de leche abiertos sobre la encimera.

Volví a la puerta y llamé otra vez. Luego abrí la ranura del buzón y grité:

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —Me incorporé y esperé un minuto. Después me agaché de nuevo para gritar por la ranura—: ¿Hola?

Nada. ¡Maldita sea! Me aparté de la puerta y escudriñé las ventanas del primer piso y los tragaluces de la planta de arriba en busca de signos de vida, pero no vi nada. Probaría con alguna otra ventana de la parte delantera y, si no, tendría que asumir que no

había nadie en casa y rezar por toparme con otra granja (a ser posible, una que estuviera habitada).

Cuando regresé a la puerta, me detuve y miré hacia abajo al notar que algo húmedo me salpicaba los tobillos.

—¡Noooo!

Se me había escurrido el vestido de las manos y llevaba un rato arrastrándolo por los charcos de barro, de modo que una franja de mugre trepaba desde el bajo de la falda. Mis zapatos rosas también estaban manchados de barro. Chloe iba a flipar. En serio, ¿podía ir peor el día?

Volví a levantarme la falda (algo bastante inútil, dada la situación) y me subí al alféizar de otra ventana, a la derecha de la puerta. Limpié un cristal, me hice sombra con la mano y miré al salón. De nuevo, se apreciaban signos de vida: una taza y un periódico sobre la mesa de centro. «Espera. ¿Hay una mujer de pie junto a la puerta?» El graznido de un cuervo me distrajo un segundo y, cuando volví a mirar, se me cortó la respiración. «¡Oh, no!».

Corrí hacia la puerta, giré el picaporte y me sentí aliviada cuando cedió.

—¿Hola? —grité mientras echaba a correr por el pasillo—. ¿Puede oírme?

Un hombre de pelo blanco de unos ochenta años se había desplomado contra la pared del salón, con la cara cenicienta y los ojos cerrados. Un hilo de sangre le bajaba de unos cortes en la sien y la mejilla. El corazón me dio un vuelco. «¡Por favor, que no sea demasiado tarde!».

—¿Hola? Me llamo Sam y soy enfermera.

Le cogí la muñeca y le tomé el pulso. Era débil, pero ahí estaba. «Gracias a Dios».

—Aguante. Voy a ayudarle.

Vi un teléfono fijo sobre una cómoda grande y descolgué el auricular. Aliviada al oír que daba tono, marqué el número de emergencias.

Con la ambulancia en camino, no podía hacer gran cosa sin mi maletín médico, salvo intentar que estuviera cómodo y tranquilizarlo. Encontré una manta sobre el respaldo del sofá.

—Siga conmigo —le pedí mientras lo arropaba y le enderezaba las gafas de montura oscura—. La ayuda está en camino.

Sus párpados se agitaron y murmuró algo ininteligible.

—No intente hablar. Está a salvo, ya viene la ambulancia. —Le comprobé el pulso otra vez—. Lo está haciendo muy bien. Me ha dado un buen susto, ¿eh? Solo había parado para pedir indicaciones. Verá, voy de camino al banquete de la boda de mi prima…

Mientras le hablaba sin parar y le tomaba el pulso cada pocos minutos, no pude evitar ver al abuelo, desplomado contra el cabecero aquella horrible mañana de domingo. Aquel día llegué demasiado tarde para salvarle, pero quizá hoy había llegado justo a tiempo para salvar a este hombre.

CAPÍTULO 9



—Aquí tiene mi número —le dije a Rich, uno de los paramédicos, mientras su compañero aseguraba al paciente dentro del vehículo—. Sé que no siempre es fácil conseguir información, pero, si puede, me encantaría saber cómo evoluciona.

Rich cogió el papel y sonrió.

—Haré lo que pueda. Se da cuenta de que, por haberse perdido, probablemente le haya salvado la vida, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Si el GPS no hubiese sido tan inútil, nunca habría estado aquí. Y él habría… —No fui capaz de terminar la frase.

—Bueno, lo importante es que usted estaba aquí y que él sigue con vida gracias a eso. Qué suerte que sea enfermera. —Rich cerró las puertas traseras y subió al asiento del conductor—. ¿Sabe ya adónde va?

Resultó que estaba en una zona llamada Huggleswick, a apenas unos kilómetros de Aversford Manor.

—Sí, gracias. Comprobaré si hay alguna mascota en la casa, cerraré con llave y pondré rumbo a la boda.

Rich arrancó el motor.

—La mantendré informada.

Observé cómo la ambulancia avanzaba despacio por el camino de la granja y, cuando desapareció entre los árboles, volví a entrar en la casa. Cerré la puerta detrás de mí y me apoyé en ella. De repente, me sentí temblorosa, con ganas de llorar y con el estómago revuelto. En mis siete años como enfermera comunitaria, había

afrontado situaciones de este tipo muchas veces. Era algo rutinario, normal. Pero aquel no era un día normal para mí. Llevaba puesto un vestido de dama de honor, sin equipo médico, no había comido ni bebido nada desde el desayuno, estaba perdida en medio del campo y el hombre al que amaba acababa de casarse con mi prima.

«Tranquilízate, Sam. Céntrate en buscar mascotas». Fui hasta la cocina, pero no vi ningún cuenco de perro ni de gato, aunque eso no significaba que no los hubiera.

Recorrí el resto de la planta baja, abriendo y cerrando puertas, y una sensación de tristeza me envolvió. Las habitaciones eran enormes, con ventanales descomunales y unas vistas preciosas. El lugar rezumaba potencial para convertirse en un hogar familiar maravilloso, pero se notaba que no le dedicaban ni energía ni cariño. La decoración era anticuada, y toda la casa necesitaba una buena limpieza. En mis años de enfermera, había visto muchas casas así: antiguos hogares llenos de vida y amor que se habían convertido en cárceles para un cónyuge superviviente que ya no tenía energía, ilusión o salud para mantenerlas.

En el salón de Hedgehog Hollow se veían reflejadas historias de cenas para dos frente al televisor, aunque uno de ellos solo estaba presente en las fotografías. Frente a un sofá verde y abultado se alzaba un aparador galés (la única superficie sin una capa de polvo) repleto de marcos plateados relucientes. En ellos aparecía una y otra vez la misma mujer: primero una joven de rostro fresco y pelo castaño, y después una mujer de unos cincuenta y muchos años, ya con mechones grises.

En el centro del aparador destacaba una foto de boda en blanco y negro. Sin duda, hacían una pareja preciosa en aquella época. El estilo de su vestido recordaba mucho al del de mi abuela, así que probablemente se habían casado a principios o mediados de los sesenta.

No había niños en las fotos, pero sí muchos animales: perros, gatos, caballos, ovejas y varios erizos. Sonreí al acercarme a un marco triple con tres imágenes. En una, la mujer sostenía tres crías

diminutas de erizo en las palmas de las manos; en otra, sujetaba un gran erizo hecho una bola; y en la última, le daba de comer a uno herido.

—¿Nombraron la granja Hedgehog Hollow por ti? —susurré—. Me encantan los erizos. Veo que a ti también.

Los erizos no eran los únicos animales que me gustaban; cualquiera me derretía. No era de extrañar, ya que papá era veterinario y el abuelo, un apasionado de la naturaleza. De niña, mamá se negó a dejarme tener mascotas. Siempre decía que, si permitía que mi padre trajese a casa un animal abandonado, se abriría la veda y acabaríamos «invadidos por gatos, chuchos y conejos cojos». Entre el jardín de Meadowcroft y los ratos en los que ayudaba con las jaulas y las tareas en la clínica donde trabajaba papá, me las apañaba para saciar mi amor por los animales.

Me enderecé, miré alrededor del salón y negué con la cabeza. Me planteé usar el teléfono fijo para llamar a papá, pero el estado de la casa sugería que el dinero escaseaba y no quería aumentar la factura sin permiso. Tenía que irme ya. Lavaría los platos, tiraría la leche abierta y vaciaría los cubos de basura para evitar que, si el hombre pasaba una temporada en el hospital, la casa se llenara de plagas. Si es que podía volver a casa, claro.

Estaba a punto de marcharme cuando un sonido me hizo girar la cabeza. ¿Era un maullido? Dejé la bolsa de basura y agucé el oído. Sí, no había duda de que era un gato, y venía del fondo de la casa.

Abrí la puerta de un amplio guardarropa y, al mirar abajo, me encontré con un precioso gato atigrado de rayas grises. Me observaba con unos ojos de color verde grisáceo y la cabeza ladeada, como si intentara averiguar quién era yo y si traía comida.

—Hola, Tabby —saludé—. ¿De dónde has salido? No estabas aquí antes.

Aparté un abrigo que colgaba de la puerta trasera y descubrí una gatera. Coloqué el abrigo en uno de los percheros.

—No podrás salir si eso se queda ahí.

Me agaché y le tendí los dedos para que los oliera. Tabby se enroscó entre mis piernas y ronroneó con fuerza con la cola erguida, lo que me confirmó que era una gata.

Encontré un cuenco vacío escondido tras unas botas de agua volcadas. Lo llené con agua fresca del fregadero y lo dejé en el suelo. Debía de estar muerta de sed, porque se la bebió enseguida.

—Comida… —murmuré mientras abría y cerraba armarios. En el tercero encontré varias cajas de pienso seco y húmedo y un par de cuencos—. Te dejaré esto y luego tendré que irme, pero volveré mañana para darte de comer si consigo una llave de repuesto. Si no, dejaré comida fuera. Espero que tu dueño vuelva pronto, pero te prometo que no pasarás hambre.

Cuando puse los cuencos llenos en el suelo, Tabby empezó a comer mientras seguía ronroneando.

La puerta del guardarropa estaba cerrada cuando llegué, así que era evidente que era una gata callejera que solo entraba para alimentarse. Estaría bien en la granja mientras me pasara de vez en cuando, y no me importaba hacerlo hasta que su dueño regresara. «Por favor, que el hombre esté bien y vuelva».

CAPÍTULO 10



Miré el reloj y se me encogió el estómago mientras cruzaba a toda prisa el aparcamiento de Aversford Manor un rato después, con aquella maldita planta en las manos. Cuatro horas. Me había perdido cuatro horas del banquete y allí estaba yo, presentándome con un vestido y unos zapatos cubiertos de barro, el pelo desaliñado y un coche que parecía haberse metido en un mar de lodo. No obstante, con un poco de suerte, había salvado la vida de una persona. Y había entregado la planta intacta. ¿Sería capaz Chloe de centrarse en esos aspectos positivos y no enfadarse mucho porque su única dama de honor había desaparecido en combate?

—¡Papá!

Mi padre se paseaba de un lado a otro en la recepción del hotel. Había conseguido algo de cobertura en una esquina del patio de la granja y había podido llamarle justo antes de salir.

Papá abrió los brazos y me lancé agradecida hacia ellos, con la planta sujeta a mi costado.

—Parece que has pasado por un buen calvario —comentó cuando me aparté.

—Podría decirse que sí. Te lo contaré todo con una copa bien grande.

—Quizá sea mejor que te asees un poco antes —sugirió, con la nariz arrugada.

Me llevé la mano al pelo, que empezaba a escaparse a toda velocidad del bonito recogido que me habían hecho.

—Creo que puedo salvar el pelo. —Me miré el vestido y los zapatos—. Pero el atuendo… ya no estoy tan segura. Chloe se pondrá hecha una furia, ¿verdad? Seguro que ya está que echa humo conmigo.

Me di por respondida al ver la mueca de papá.

—Seguro que lo entenderá cuando se lo expliques. Además, fue culpa suya. ¿En qué estaba pensando al mandar a su única dama de honor a por una planta, a ver?

Mi reacción natural siempre era proteger a mi prima.

—No sabía que el GPS me la liaría parda y que me perdería sin remedio.

—Aun así, podría habérselo pedido a cualquiera de los otros invitados. A esto me refería antes cuando decíamos que eres demasiado buena para tu propio bien… —Papá suspiró—. Anda, ve a arreglarte. Yo buscaré a Chloe, le diré que ya estás aquí, le daré la planta y luego te espero en el bar con una copa grande de vino. —Metió la mano en el bolsillo y me tendió una llave electrónica—. Ya te he hecho el *check-in* y he subido tu bolsa.

Cogí la tarjeta y le di la planta.

—Gracias, papá. ¿Qué haría sin ti? —Le lancé un beso y subí las escaleras que llevaban a las habitaciones.

—¿Chloe te dijo para quién era la planta? —gritó.

—No. ¿Para quién?

—¿Quién insistió en encargarse de las flores? —preguntó, con sorna.

—¡No! ¿Así que he pasado por todo eso por la tía abuela Agnes?

—Pero has salvado la vida de una persona. Eso es increíble.

Suspiré y negué con la cabeza.

—Bajo enseguida.

El espejo de mi habitación de hotel reflejaba una estampa lamentable. El pelo se me salía por todas partes, y unos mechones

grandes colgaban inertes sobre mis hombros. Tenía una mancha de barro en la mejilla izquierda, churretes de máscara de pestañas bajo los ojos y las mejillas rojas y sucias. ¿Y el vestido? Un desastre. Había barro y mugre por todo el corpiño y en otras partes de la falda (no solo en el bajo, como había pensado al principio). ¿Y aquello era sangre? Había decidido no limpiarle las heridas al hombre porque no quería dejarlo solo mientras buscaba un paño, y seguramente me rocé con él.

No tenía nada más que ponerme. Solo me había traído unos vaqueros y una camiseta para la mañana siguiente, y era impensable presentarme con eso para la fiesta en aquel pijo hotel campestre. Tendría que arreglarme un poco el pelo y el maquillaje, y dejar el vestido tal cual. Al menos tendría tema de conversación para rato, y agradecía cualquier cosa que desviara el centro de atención del temita de «¿James no era tu novio, querida?». Además, habría discoteca, así que estaría oscuro. Igual colaba. Con suerte, nadie repararía en la sangre.



Quince minutos después, con el pelo y el maquillaje arreglados y tras quitar algo de barro de los zapatos con la esponja, estaba a punto de bajar cuando me llegó un mensaje al móvil.

De Rich:
Thomas ha recuperado el conocimiento. Creen que ha sido un ictus leve, pero tiene la tensión baja, así que seguro que se queda ingresado esta noche, quizá más. ¿Quieres que te avise si averiguo algo más? Rich.

¿Se llamaba Thomas? Tenía pinta de Thomas.

Para Rich:
Muchísimas gracias. Sí, por favor, manténme informada. Encontré una preciosa gata atigrada. Había una llave de repuesto, así que volveré a darle de comer mañana cuando vuelva a casa. No me dio tiempo a decírtelo antes,

pero el mes que viene empiezo a dar clases en Reddfield TEC, así que me mudaré por la zona. Cualquier información local será bien recibida. 🙄

De Rich:
¡Perfecto lo de la gata y enhorabuena por el nuevo trabajo! Te encantará vivir aquí… en cuanto te ubiques. Yo me compraría un GPS mejor, si fuera tú. Si necesitas una visita guiada por el pueblo, solo tienes que decírmelo. Mi pareja, Dave, y yo hemos vivido aquí toda la vida, así que conocemos todas las carreteras secundarias… y los mejores pubs. 🙄

Sonreí al leer el comentario sobre su pareja. Era evidente que a Rich le gustaba poner las cartas sobre la mesa desde el principio. Se me había pasado por la cabeza que era atractivo (complexión atlética, hombros anchos y pelo oscuro), pero no me sentí remotamente atraída por él. ¿Cómo iba a estarlo si James seguía aferrado a mi corazón con fuerza?

Para Rich:
¡Os tomo la palabra! Gracias. Mejor bajo a la boda con este vestido lleno de barro y me marco unos pasos en la pista… si es que mi prima todavía me dirige la palabra, claro.

Tengo varias llamadas perdidas de Chloe, papá y Hannah, junto con una docena de mensajes para preguntarme dónde estoy de Chloe y papá. Hannah también me había enviado uno más largo.

De Hannah:
O te has rajado o te has perdido a base de bien. Sea lo que sea, espero que no te haya pasado nada. Chloe ha tenido un momento de «noviadzilla» neurótica cuando no estabas para las fotos. Estaba convencida de que yo sabía dónde estabas, pero me hice la loca y, por supuesto, no dije nada de nuestra conversación de antes y nunca lo haré. La espalda me está matando y estoy hecha polvo, así que me he ido a casa después del banquete. Toby cogerá un taxi más tarde. Ya sabes dónde estoy si quieres hablar. Un abrazo enorme. Te quiero.

La reacción de Chloe no me sorprendió nada. Tendía a dramatizar en situaciones de alto estrés y entendía perfectamente que mi

ausencia no hubiera sido de su agrado.

> Para Hannah:
> Me había perdido a base de bien. Ya he vuelto sana y salva, pero cubierta de barro. Es una historia muy larga, te la cuento mañana. Gracias por preocuparte. Espero que te encuentres mejor después de poner los pies en alto. Te quiero.

El corazón me iba a mil por hora mientras bajaba las escaleras y, de hecho, las piernas me temblaban. Me aferré a la barandilla para estabilizarme, respiré hondo, eché los hombros hacia atrás y seguí bajando. No pasaba nada. Todo iba bien. El vestido estaba embarrado, pero no roto. El amor de mi vida era ahora mi primo político, si es que eso existe, pero hacía feliz a Chloe, lo que me hacía feliz a mí. Algún día lo superaría, y poner un poco de distancia física me ayudaría a hacerlo. Cuando me asentara en mi nuevo puesto, buscaría un piso de alquiler y empezaría de cero.

—¿Me puede indicar dónde es la boda, por favor? —pregunté a la recepcionista.

—Baje por ese pasillo y encontrará el salón y el bar a la izquierda. La sala Arundel está a la derecha, un poco más adelante.

Le di las gracias y me encaminé por el largo pasillo de baldosas oscuras. A medida que me acercaba al final, empecé a escuchar risas y el sonido del bajo de la música. «Puedes hacerlo. Solo llegas tarde y cubierta de barro. No es el fin del mundo».

Eché un vistazo al bar cuando pasé por al lado. Estaba lleno, pero no había rastro de los recién casados. Primero tenía que localizar a Chloe para disculparme por haberme perdido todo, y luego ya buscaría a papá y me pimplaría esa copa de vino que tanto necesitaba.

Casi había llegado al final del pasillo cuando la voz de la tía abuela Agnes me atravesó:

—No tan deprisa, jovencita.

¡Maldita sea! Debía de estar en el bar y había visto cómo intentaba escabullirme. Me di la vuelta para encararla y me preparé

para el sermón.

—¿Dónde has estado toda la tarde?

—Me perdí un poco y…

—¿Un poco? ¿¡Un poco!? Salimos de la iglesia hace cinco horas, Samantha. ¿Adónde fuiste, a Mánchester? —Su tono estridente me cortó como un cuchillo.

—Tengo que encontrar a Chloe y explicárselo. —Empecé a girarme.

—Espero que tengas una buena excusa. Desde luego, has tenido mucho tiempo para inventártela.

—¿Qué se supone que significa eso? —Me volví para enfrentarme a ella, con las manos en las caderas.

—Sabes muy bien lo que significa. Aunque no te culpo por salir corriendo.

—No salí corriendo. Me mandaron a buscar algo… para ti, de hecho… y me perdí al volver. Varias veces.

—Seguramente porque estabas muy distraída. No debe de ser fácil fingir que eres la solícita dama de honor mientras tu prima se casa con el hombre al que amas. —Alzó la voz al decir esto último y, a juzgar por cómo asintió mientras miraba por encima de mi hombro, supe por qué. Menuda bruja.

—¿Estás enamorada de James? —gritó Chloe.

Con el corazón desbocado y las piernas temblorosas, me giré para enfrentarme a la novia, que estaba de pie cerca de la entrada del salón. Tenía los ojos como platos y la boca abierta de par en par.

—Por supuesto que no. —Esperaba que mi tono fuera convincente.

La tía abuela Agnes pasó por mi lado y se plantó junto a su bisnieta favorita. Las dos me miraban fijamente, y sabía que mis enrojecidas mejillas me traicionaban. No lograba mantener el contacto visual y mis manos parecían tener vida propia, ya que no dejaban de juguetear con hilos imaginarios del vestido.

Chloe dio unos pasos hacia mí.

—Mírame a los ojos y dime que no estás enamorada de mi marido.

Se había formado un corrillo a nuestro alrededor; sin duda, los gritos habían atraído a la gente desde el bar y el salón. Notaba todas las miradas clavadas en mí, como si estuvieran presenciando una telenovela en directo. Y entre ellas estaba la de mi héroe: mi padre.

—Chloe, cariño —dijo mientras se colocaba a mi lado—. ¿Cómo preguntas eso el día de tu boda?

—Lo pregunto porque quiero oír la respuesta —replicó entre dientes—. Así que te lo pregunto otra vez. Samantha Wishaw, ¿estás enamorada de mi marido?

Sentí náuseas, así que tragué saliva con fuerza. ¿Por qué no podía mirarla a los ojos y decir: «No, Chloe, no estoy enamorada de tu marido»?

—Y quiero que lo jures por la vida de nuestro abuelo —añadió.

Nunca se me había dado bien la confrontación, y las piernas me temblaban tanto que temí venirme abajo.

—Chloe, no hagamos esto ahora.

Un murmullo escandalizado recorrió a la creciente audiencia.

—Así que mentiste cuando me dijiste que lo vuestro no iba en serio. —Hablaba con voz alta y estridente.

—No exactamente.

—¡Deja de mentir! —chilló, y dio un pisotón contra el suelo.

—No estoy mintiendo. —Di un paso hacia ella y bajé la voz—. ¿Quieres la verdad? La verdad es que lo nuestro no iba en serio porque…

—¿Por qué? —exigió saber cuando me quedé a medias y bajé la mirada.

—Porque James no iba en serio conmigo —murmuré.

—Lo cual significa que tú sí ibas en serio con él.

—¿Qué importa eso? Está contigo. Te quiere a ti, no a mí. Nunca me quiso. —La desesperación en mi voz era evidente.

Chloe me miró con los ojos llenos de tristeza y, por un momento, pensé que iba a abrazarme y quizá a decirme que sentía que yo

estuviera sufriendo. Pero entonces se irguió, entornó los ojos y negó con la cabeza.

—Creo que deberías irte —siseó.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Vete. Ahora. —Se recogió la falda y se dio la vuelta.

—¡Chloe! —Me lancé hacia adelante y le agarré el brazo, pero ella se zafó y volvió a girarse.

—Lo digo en serio. No eres bienvenida en nuestra boda y, dado que estás enamorada de mi marido, no estoy segura de que seas bienvenida en nuestras vidas tampoco.

—No puedes hablar en serio.

—Sí, claro que sí. Adiós, Samantha.

Volvió a levantarse la falda y se marchó por el pasillo hacia la sala Arundel. El corrillo se disolvió y todos la siguieron como ratas tras el flautista de Hamelín. La tía abuela Agnes me miró de arriba abajo con una mueca inequívoca de desprecio.

—¿Qué? —grité—. ¿Qué te he hecho yo para que me odies tanto?

—Pregúntaselo a tu padre —gruñó, y se dio media vuelta con aires de suficiencia.

Papá me rodeó con el brazo.

—Vamos. Te acompaño a tu habitación —susurró, y me dejé guiar de vuelta hacia la recepción. Los cuchicheos y las risitas de los invitados se fueron apagando con cada paso que dábamos.

Sin embargo, no llegamos muy lejos.

—¡Samantha!

Me volví y vi que mi madre se acercaba a nosotros por el pasillo.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? —soltó, con el rostro encendido de ira.

—No he hecho nada malo.

Se colocó las manos en las caderas y me fulminó con la mirada.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de decir? Estar enamorada del marido de Chloe no es precisamente «nada».

—Debs, yo no… —empezó a decir papá.

—¿Te he pedido tu opinión? —le gritó, con la cara girada hacia él —. Tendría que haber sabido que te pondrías de su parte, como siempre.

—No se trata de ponerse de parte de nadie —murmuró papá.

—No, se trata de que tu preciosa hija ha vuelto a montar uno de sus numeritos.

Hice una mueca.

—¿Qué numeritos?

—Siempre has estado celosa de Chloe y harás lo que sea para impedir que sea feliz. Pero sabotear su boda es un golpe muy bajo, incluso para ti.

—Yo quiero a Chloe —grité, pasmada ante las acusaciones de mamá—. Dejé a James por ella.

—Y ahora estás resentida con ella e intentas recuperarlo.

—Eso no es verdad.

—Pues lo parece. —Con una última mirada de desprecio hacia los dos, se dio media vuelta y regresó al salón.

Me giré hacia mi padre. La miraba con el ceño fruncido mientras se frotaba la nuca.

—¿Por qué me odia tanto? —susurré, con los ojos llenos de lágrimas.

Papá volvió a mirarme y su expresión se suavizó.

—No te odia, tesoro.

—Los dos sabemos que sí.

—Tu madre es muy… —Hizo una pausa, como si estuviera buscando la palabra adecuada—. Compleja —añadió al cabo de unos segundos.

¿Compleja? Se me ocurrían varias palabras que definían mejor a mamá, pero, ahora mismo, tenía asuntos más urgentes que afrontar que otra bronca con ella.

Respiré hondo y me sequé los ojos para evitar que las lágrimas se derramaran. Me enderecé.

—Voy a pedir un taxi y me largo de aquí. Deberías volver a la fiesta. No tiene sentido que tú también te enemistes con todos.

Papá me rodeó con los brazos y me atrajo hacia él.
—No pienso volver ahí dentro.

CAPÍTULO 11



A pesar de que la recepcionista del hotel lo intentó con todas sus fuerzas, no había taxis disponibles hasta pasada la medianoche. Papá había bebido, así que no podía llevarme, y Hannah ya se había ido. Como no tenía muchas más opciones, reservé un taxi para las siete de la mañana para que, con suerte, pudiera escabullirme antes de que los demás se levantaran. Le pediría al conductor que hiciera una parada en Hedgehog Hollow para poder darle de comer a Tabby.

Papá quería acompañarme a mi habitación, pero yo insistí en que debía volver a la fiesta y le aseguré que estaría bien mientras veía la televisión. Al final, aceptó a regañadientes, pero solo después de que le permitiera pedirme algo al servicio de habitaciones.

Cuando me despedí de mi padre y me retiré a mi habitación, me sentía confusa y entumecida. Intentaba ponerme en el lugar de Chloe, pero me costaba comprender su reacción. Sí, le había mentido, pero lo hice para hacerla feliz. Sí, seguía enamorada de James, pero él había sido mi novio primero durante casi un año, así que ella sabía que me importaba. ¿Qué problema había con que yo siguiera enamorada de él si era evidente que mis sentimientos no eran correspondidos? De hecho, James y yo habíamos dejado de ser amigos cercanos, ahora éramos simples conocidos. Yo no suponía ninguna amenaza, así que su reacción no tenía sentido.

Media hora después, me trajeron unos sándwiches y varios aperitivos. Aunque apenas había comido en todo el día, tenía el estómago cerrado y no toqué la comida.

Una hora después, papá vino a ver cómo estaba. Se sentó en el borde de la cama junto a mí y me contó que todo transcurría con normalidad. Chloe estaba encantada de ser el centro de atención en la pista de baile y nadie dijo nada sobre mí.

—Me creo todo menos lo último —mascullé—. Pero no voy a preguntarte qué están diciendo. Prefiero no saberlo.

—Lo siento muchísimo —se disculpó mientras me apretaba la mano.

—Yo también.

—¿Quieres hablar de lo tuyo con James?

Negué con la cabeza y solté un suspiro.

—Esta noche no, pero sí me gustaría hablar de la tía abuela Agnes. Lo que ha hecho esta noche ha estado totalmente fuera de lugar.

—¿Qué quieres saber sobre ella?

—¿Por qué la tiene tomada conmigo? Me dijo que te lo preguntara a ti.

Se le hundieron los hombros con cansancio y negó despacio con la cabeza.

—¿No has tenido suficiente negatividad por una noche?

Me encogí de hombros.

—No puedo sentirme peor de lo que ya me siento.

Papá cambió de postura para poder verme mejor.

—No es por ti, es a mí a quien odia. Pero es una mujer mezquina y amargada, y me imagino que se siente poderosa al desquitarse contigo. —Negó con la cabeza—. La razón es tan absurda que no me creo que aún me lo tenga en cuenta. Creía que Bella había arreglado las cosas hace años.

Fruncí el ceño.

—¿Arreglado el qué?

Bella, la única hija de la tía abuela Agnes, era la prima de mamá, y estaban bastante unidas. Solían llamarse y escribirse, pero yo nunca la había conocido porque vivía en Florida con su pareja, Chanise.

—Conocí a Bella en el instituto —me contó papá—. Corrían rumores en su familia sobre su sexualidad. Agnes, siendo como es, lo odiaba, y ya te imaginarás la sarta de barbaridades homófobas que le soltaba a Bella.

Asentí con la cabeza. Qué mujer tan odiosa.

—Por aquel entonces, Bella todavía no había salido del armario, aunque sabía que era lesbiana. Estábamos a punto de hacer los exámenes finales y Bella estaba desesperada por sacar buenas notas para poder ir a la universidad y alejarse de su madre. Agnes no paraba de presionarla para que saliera con chicos, y eso le causaba mucha ansiedad. En ese momento, yo no estaba saliendo con nadie y no tenía ninguna intención de empezar una relación antes de irme a la universidad, así que acepté ser su novio falso para darle un respiro.

—Qué detalle por tu parte —comenté con una sonrisa en los labios—. Aunque no tendrías que haberte visto en esa situación.

—Lo sé. Me daba muchísima pena. Me la sigue dando, con una madre como Agnes. En fin, una de sus primas se casó. Bella me pidió que fuera su acompañante en la boda, así que fui. Y para disgusto de Agnes…

—Allí conociste a mamá.

Recordaba que me había contado que se habían conocido en la boda de su prima.

—Exacto. Aunque no quería ataduras en casa, me enamoré de tu madre y, mientras estudiaba para ser veterinario, hicimos que nuestra relación a distancia funcionara. Bella también se fue a la universidad, encontró su libertad, se echó novia y no volvió a casa. Se mudaron a Florida, pero lo dejaron al cabo de un año o así. Luego Bella conoció a Chanise y siguen juntas desde entonces.

—Pero no entiendo qué tiene que ver esto contigo, y por qué me odia a mí.

Papá arqueó las cejas.

—Porque, según ella, le rompí el corazón a Bella al irme con tu madre, lo que hizo que odiara a los hombres y buscara consuelo en

otra mujer.

—¡Imposible! ¿Cree que la obligaste a cambiar de acera?

—Te dije que era absurdo.

—¡Vaya! Este día es cada vez más raro. ¿O sea que la tía abuela Agnes me odia porque te culpa de sus propios prejuicios por no aceptar a una hija lesbiana?

—Más o menos, sí.

—Con razón Bella estaba desesperada por escapar, y no me extraña que apenas haya hablado con su madre desde entonces. —Negué con la cabeza y solté un suspiro—. Gracias por contármelo, papá, pero creo que ya es hora de que vuelvas a la fiesta.

—No me gusta dejarte aquí sola.

—Ve. Estaré bien.

Se levantó despacio y miró la comida que había dejado intacta sobre el tocador. Sus hombros hundidos me indicaban lo destrozado que estaba por verme sufrir.

—Volveré dentro de una hora —dijo.

—Puede que me acueste, así que nos vemos en casa por la mañana.

—Lo siento —volvió a disculparse mientras abría la puerta.

—Lo sé. Buenas noches.

Me levanté de la cama y cerré la puerta con llave cuando se fue. Puse la cadena y me apoyé en la puerta, negando con la cabeza. Pobre Bella. Y qué necia era la tía abuela Agnes por comportarse así. Su marido, el padre de Bella, había muerto cuando Bella tenía catorce años, así que la tía abuela Agnes no tenía más familia cercana. ¿No podía haber encontrado la manera de superar sus prejuicios para permanecer en la vida de Bella? Sin embargo, a veces la gente es así: rápida para decidir o sacar conclusiones y demasiado terca para pedir perdón. ¿Chloe también era así?

Me senté al borde de la cama y repasé la velada mentalmente una y otra vez. Con suerte, algún día superaría lo de James, pero nunca superaría la pérdida de mi prima. ¿Por qué había hecho eso la

tía abuela Agnes? Arremetió contra mí, sí, pero también hirió a su bisnieta favorita en el proceso.

Pasaron diez minutos. Puede que quince. Ni siquiera tenía energía para quitarme el vestido. Con un suspiro, me tumbé bocarriba y miré las rosas de color rosa intenso del papel pintado. Me pregunté cómo había acabado así: desterrada a mi habitación el día de la boda de mi prima. Era su única dama de honor, su mejor amiga, y habíamos pasado por mucho juntas. Ahora mismo, deberíamos estar en la pista de baile, riéndonos, abrazándonos y brindando por su futuro. Habría estado encantada de hacer todo eso por mi prima, aunque su futuro fuese el que había deseado para mí.

CAPÍTULO 12



Catorce meses antes

El abuelo había dejado instrucciones detalladas por escrito a la tía Louise, la hija mayor por doce minutos, sobre cómo quería que fuera su funeral. Había insistido en que el sobre no se abriera hasta después de su muerte, de modo que ni la tía Louise ni mamá sabían qué esperar. La mayoría de sus peticiones eran bastante tradicionales, como que quería una ceremonia en el crematorio de Whitsborough Bay y que sus cenizas se esparcieran entre los árboles de Meadowcroft, igual que las de la abuela. Indicó las canciones que debían sonar antes y después del servicio y adjuntó un poema para que se leyera, pero su deseo principal fue una sorpresa. Quería que sus seres queridos celebraran su vida en lugar de llorar su muerte y, por tanto, prohibió el color negro. Nos pidió a todos que nos vistiéramos con algo azul, su color favorito, en el tono o la cantidad que cada uno eligiera.

Me compré un vestido azul aciano, cruzado y hasta media pierna, especialmente para la ocasión.

—¿Qué demonios llevas puesto? —exclamó mamá, y abrió los ojos como platos al verme entrar en la cocina diez minutos antes de que llegara el coche fúnebre.

Malinterpreté su tono como una reacción de sorpresa por verme sin vaqueros.

—Un vestido. Lo sé, hace mucho tiempo que no…

Se le tensó la mandíbula.

—Ya veo que es un vestido. Lo que me pregunto es por qué es de ese color.

—Es azul, como quería el abuelo.

—¿Acaso no tienes respeto, Samantha? Es un funeral.

Vestida de negro de pies a cabeza, pasó por mi lado como una exhalación y se encerró en el salón tras dar un portazo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó papá mientras se ponía la chaqueta azul marino del traje al entrar en la cocina.

—Que llevo el color equivocado —murmuré.

Frunció el ceño.

—Pero el código de vestimenta era azul, y valía cualquier tono.

—Parece que este no —repliqué.



Cuando llegó el coche de la funeraria, los tres nos subimos y nos sentamos en un silencio incómodo. Pocos minutos después, recogimos a la tía Louise, al tío Simon y a Chloe, todos vestidos de azul.

—Estás guapísima, Chloe —exclamó mamá cuando mi prima se sentó a su lado, con un vestido corto de encaje azul celeste—. Ese vestido es precioso. Tu abuelo estaría muy orgulloso de ti.

—Lo echo tanto de menos —susurró Chloe.

—Yo también, cariño. —Mamá le agarró la mano y no la soltó en todo el trayecto hasta el crematorio de Whitsborough Bay. Tragué con fuerza para deshacerme del nudo que se me había formado en la garganta y giré la cabeza hacia la ventanilla. No iba a llorar por su culpa. Era una celebración para el abuelo. Sin lágrimas.



James nos recibió en el crematorio. Le estrechó la mano a papá y al tío Simon, y luego besó a mamá y a la tía Louise en la mejilla para

ofrecerles sus condolencias. Hizo lo mismo con Chloe, y no se me escapó que se demoró un poco más de lo necesario, ni la mirada anhelante que ella le dirigió cuando él se apartó y me tomó de la mano.

Cuando me senté con James en primera fila, me percaté de lo cerca que se colocó Chloe a su otro lado, a pesar de que había espacio de sobra.

No me perdí el modo en que sus dedos se rozaron cuando él le pasó un pañuelo y ambos se dedicaron una sonrisa suave.

Y también me fijé en las chispas que saltaron entre ellos durante todo el velatorio. En las miradas provocativas a través de la sala y los roces disimulados. En los susurros y las risas.

Las últimas palabras del abuelo resonaban en mi cabeza. Tenía que dejar marchar a James. Hoy.

—¿Podemos hablar un momento? —le pedí a James varias horas después, durante el velatorio—. En algún sitio tranquilo.

—¿Estás bien? —preguntó mientras me seguía por la parte trasera del *pub* hasta que salimos al jardín.

Me senté en la mesa de pícnic más alejada, convencida de que allí nadie nos oiría. James se sentó en el banco de enfrente.

Entrecrucé los dedos frente a los labios mientras reunía las fuerzas para decir lo que debía.

—¿Recuerdas lo que acordamos en la boda de Hannah y Toby? Que no éramos el «felices para siempre» del otro, pero que nos parecía bien seguir juntos hasta que llegara la persona indicada.

—¿Has conocido a alguien? —La expresión esperanzada que me dirigió me destrozó, pero también me dio valor.

Negué con la cabeza y apoyé las manos sobre la mesa.

—No. Estoy un poco ocupada ahora mismo.

—Claro, perdona. No sé en qué estaba pensando. —Puso su mano sobre una de las mías, pero enseguida la retiré. Era demasiado íntimo.

—En fin, ha sido genial, pero creo que ha llegado el momento de dejarlo.

—¿Quieres romper?

«¡No, James, quiero que me quieras como te quiero yo a ti!».

—Creo que es lo mejor, ¿no crees?

Se encogió de hombros.

—Si es lo que de verdad quieres…

«¡Claro que no! Pero no me queda otra opción».

—Creo que es lo que ambos necesitamos, darle al otro la oportunidad de encontrar a su «felices para siempre». Aunque me da la impresión de que tú ya lo has encontrado.

Se puso colorado.

—¿Quién?

Puse los ojos en blanco.

—Chloe. No estoy ciega. Vi la atracción instantánea que sentisteis en la fiesta de cumpleaños del abuelo, y he visto cómo os mirabais hoy.

Nervioso, jugueteó con un posavasos abandonado, y el rubor de sus mejillas se intensificó.

—Deberías invitarla a salir —sugerí. No sé cómo, pero conseguí que mi voz sonara ligera y natural, aunque las palabras me desgarraban la garganta como cuchillas.

—No puedo hacer eso. —No levantó la vista—. Es tu prima.

—Y quiero que sea feliz. —Me levanté y me alisé la falda del vestido—. Le diré lo mismo a ella, pero quizá sea mejor esperar a mañana. Me voy a casa.

—¡Sam! —me llamó James cuando me dirigía de vuelta hacia el *pub*.

Me giré con la esperanza de que me pidiera que me quedara, pero sabía perfectamente que eso no iba a pasar.

—Gracias —dijo—. Y tienes razón. Ha sido genial.

Asentí y esbocé una sonrisa débil antes de dar media vuelta. Respiré profundamente para calmarme y regresé al interior del *pub*.

—Lo hice, abuelo —susurré—. Cumplí mi promesa.

A la mañana siguiente, Chloe y yo caminábamos del brazo por el paseo marítimo.

—No me creo que ayer lo dejaras con James —comentó, y me apretó el brazo con suavidad—. Creía que os lo estabais pasando bien.

—Así es, y ese era el problema. Era genial, pero no iba a ninguna parte.

—Pero creía que eso te hacía feliz.

«¡Ya te digo!».

—Es verdad, pero no era justo para ninguno de los dos. Tarde o temprano, uno de los dos tendría que ponerle fin a esto. En realidad, iba a dejarlo el mes pasado, pero no soportaba la idea de ir a la fiesta de cumpleaños del abuelo sin acompañante. Ya sabes cómo es la tía abuela Agnes conmigo. No habría parado de repetirme: «¿Otra vez sin novio, querida? ¿Qué te pasa? ¿No sabes conservar a un hombre?». Y ya sabes cuánto me saca de quicio. Luego el abuelo murió y, a decir verdad, agradecí mucho el apoyo de James.

Nos sentamos en un banco frente al mar. Estábamos a finales de junio, y había hecho calor durante toda la semana. Unas nubes finas y dispersas trazaban una línea discontinua sobre el cielo azul oscuro, y las olas del mar rompían suavemente en la orilla.

—Le he dicho a James que debería invitarte a salir.

—¿Qué? ¿Por qué le has dicho eso? —Aunque Chloe trató de fingir sorpresa, la conocía lo bastante bien como para saber que era puro teatro. James probablemente ya había hablado con ella.

—Os he visto juntos. No hay que dejar escapar la atracción que hay entre vosotros.

Permanecimos en silencio mientras observábamos a un solitario practicante de *paddle surf*.

—No puedo quitarte al novio —dijo al cabo de un rato, con un tono que me suplicaba que la convenciera de lo contrario.

—No lo estarías haciendo, ya que es mi exnovio. Tienes mi bendición para salir con él, si es lo que de verdad queréis los dos.

—Si lo fuera… No digo que lo sea, pero, si lo fuera… ¿me prometes que no nos enfadaríamos por eso?

—Te lo prometo.

—¿Promesa de meñique? —preguntó.

Solté una carcajada.

—Hace años que no hacemos eso, pero sí, promesa de meñique. —Entrecruzamos los dedos meñiques y los besamos por turnos.

—Gracias, Sammie —dijo mientras apoyaba la cabeza sobre mi hombro—. Eres la mejor. No quiero que nada se interponga entre nosotras. No soportaría que no estuvieras en mi vida.

—Yo tampoco.

CAPÍTULO 13



En la actualidad

Debí de quedarme dormida en la habitación del hotel tras la boda de Chloe, porque un golpe en la puerta me despertó de un sobresalto. El reloj digital que había junto a la cama marcaba las 23:52. «¿Quién demonios es?». Quité la cadena y entreabrí la puerta unos centímetros. El estómago me dio un vuelco al ver a James apoyado contra la pared de enfrente, con una jarra a medio beber en la mano.

—¿Puedo pasar? —preguntó con la voz pastosa.

—No creo que sea buena idea.

—Probablemente tengas razón. —Me señaló con el dedo—. Siempre tienes razón en casi todo, ¿eh?

No sabía si aquello era un cumplido o un reproche, así que me limité a encogerme de hombros.

—¿Está bien Chloe?

—Está increíble —replicó—. Tan guapa, tan divertida, tan encantadora y…

—Me refería al incidente de antes. Supongo que sabes lo que ha pasado.

—Ah. Claro. Sí. Está bien.

—Genial. Bueno, ¿querías algo? —Me estremecí al oír el tono altivo que me salió sin querer, ya que sonaba igual que la tía abuela Agnes.

Asintió e intentó dar un sorbo de cerveza, pero falló y se la derramó por la barbilla.

—Ups. —Se secó el cuello y la barba mojada con la mano.

—¿Qué quieres, James? —insistí.

—Abre la puerta. No te veo bien.

Lo mejor sería evitar esto, pero quizá solo quería hablar y marcharse.

—De acuerdo, pero no vas a entrar.

—Está bien. Solo quiero hablar.

A regañadientes, abrí del todo la puerta y medio salí al pasillo.

—Te escucho. Habla.

—Ah, sí. Quería decirte… Es que… —Inspiró hondo y se irguió. Parecía que estaba aunando fuerzas para despejarse—. Quería decirte que siento mucho no haberte querido y lo lamento si te hice daño.

Tragué saliva.

—Es muy amable de tu parte. Gracias.

—Tú también eres increíble, guapa, divertida y encantadora, ¿sabes? Simplemente no eres la indicada para…

—Lo sé. Lo entiendo. —Levanté la mano para que dejara de hablar—. Será mejor que vuelvas a la fiesta antes de que noten tu ausencia.

—¿Estarás bien? —me preguntó con esa mirada triste que conocía tan bien. Su preocupación era sincera.

—Estaré bien —respondí con más suavidad. No era culpa suya. Era mi problema, mis mentiras—. Gracias por venir a verme. Ha sido un gesto muy amable.

—Era lo mínimo que podía hacer. No sabía lo que sentías. Dijiste que… Si lo hubiera sabido, quizá habría…

—¿Quizá habrías qué? —pregunté con ternura al ver que se quedaba callado—. ¿Te habrías quedado conmigo y te habrías obligado a quererme? Los dos sabemos que eso no funciona así. Chloe y tú estáis hechos el uno para el otro. Creo que aparecí en tu vida para que pudieras conocerla a ella. —Siempre había creído en el

destino, y aquello tenía sentido para mí: el universo había sido cruel conmigo para ser amable con dos de las personas a las que más quería.

—Lo siento —susurró James.

—Yo también. Pero lo que más siento es el modo en que la verdad salió a la luz. En serio, ¿cómo está Chloe?

Se bebió lo que le quedaba de cerveza de un trago y, a continuación, se tambaleó y se apoyó en la pared.

—Bastante molesta, aunque finge que no pasa nada. Seguro que mañana recapacitará y estará mejor.

—Eso espero. Intentarás hacerle entrar en razón, ¿verdad?

James asintió.

—Tengo que hacerlo. Es culpa mía.

—No es culpa de nadie. Simplemente… —Me encogí de hombros. Ya no sabía ni qué decir—. Gracias por venir a verme. Significa mucho para mí. Ahora vuelve con tu mujer y tus invitados y déjame dormir un poco.

James me sonrió con ternura.

—Encontrarás a otra persona, y será mucho mejor para ti de lo que yo he sido jamás.

Se me aceleró el corazón. ¿Otra persona? ¿Mejor que James? No tenía ni idea de lo que estaba diciendo… Le devolví una sonrisa débil.

Me guiñó un ojo.

—Bueno, es imposible encontrar a alguien mejor que yo. Nadie podría igualar mi encanto, mi atractivo y mi ingenio. —Hizo una mueca graciosa.

—Siempre sabías cómo hacerme reír —dije con una sonrisa.

—¿Puedo darte un abrazo de disculpa? —me pidió mientras me miraba con ojos de cordero degollado y abría los brazos—. ¿Por favor?

—Está bien. —Me acerqué, lo abracé y le di un ligero beso en la mejilla—. Enhorabuena, James. Vais a ser muy felices juntos.

—¡Dios mío! No puedes evitarlo, ¿verdad?

Lo solté y me giré de golpe. Ahí estaba Chloe.

Tenía los puños cerrados y la mandíbula tensa al tiempo que me fulminaba con la mirada.

—Te echaba de menos en la fiesta. Había decidido que quizá había exagerado y venía a disculparme, pero veo que mi reacción no fue nada exagerada. —Me estremecí al oír la frialdad de su voz.

Miré a James para suplicarle con la mirada que me apoyara, pero había vuelto a apoyarse contra la pared con la cabeza gacha. Rogarle que dijera la verdad, que fue él quien vino a verme y no al revés, no iba a hacerle ningún bien a su matrimonio.

—Solo lo estaba abrazando para darle la enhorabuena —expliqué con las manos extendidas hacia ella para suplicarle que me creyera.

Chloe se llevó los dedos a las sienes con los dientes apretados y luego me gritó, alargando cada palabra para enfatizarla:

—Os estabais besando. ¡Lo he visto!

—Ha sido en la mejilla. Era un beso de enhorabuena, nada más. —Hablé en voz baja con la intención de calmarla, pero no sirvió de nada.

—Y si no llego a aparecer, habría sido un beso de enhorabuena en los labios. Y, después, un manoseo de enhorabuena…

—¡Chloe! Te estoy diciendo la verdad. —Di un paso hacia ella, pero levantó la mano para detenerme.

—Creo que ya no sabes lo que es la verdad, Samantha.

Me estremecí al oír que decía mi nombre completo por segunda vez aquella noche.

—Gracias por arruinar mi boda. —Me lanzó una última mirada de desprecio, agarró a James del brazo y se lo llevó pasillo abajo.

CAPÍTULO 14



Por suerte, no había invitados a la vista cuando salí del hotel a las siete de la mañana siguiente. Acurrucada en el asiento trasero del taxi con mi bolsa de viaje en el asiento de al lado, me sentía como una delincuente que huía de la escena del crimen.

El conductor me esperó en la granja de Hedgehog Hollow mientras yo entraba en la casa con la llave de repuesto que había encontrado escondida bajo un erizo de piedra. No había rastro de Tabby en el guardarropa, pero en cuanto abrí una bolsa de comida, se coló por la gatera sin parar de ronronear.

—Ojalá pudieras decirme cómo te llamas —dije mientras observaba cómo engullía la comida.

La casa estaba tan silenciosa y tan lejos de todas aquellas personas que me habían hecho la cruz, que me habría quedado allí todo el día. Con un suspiro, dejé a Tabby, cerré la puerta, escondí la llave y le indiqué al conductor que me llevara a Whitsborough Bay.

Sabía que iba a suceder, pero aun así me dolió cuando mamá me echó la bronca en cuanto ella y papá llegaron a casa a media mañana. Al parecer, yo era una celosa rompehogares. Me senté en la barra de la cocina mientras ella despotricaba e intenté contener mis reacciones. Había aprendido que era más fácil quedarme ahí sentada y aguantar el chaparrón.

Papá trató de intervenir varias veces, pero ella siempre lo mandaba callar a gritos. Al final, se quedó sin fuelle y sin insultos, cogió el bolso y se marchó dando un portazo, seguramente hacia casa de la tía Louise.

—No debería haber vuelto a casa —le dije a papá—. Lo siento.

Se apoyó en la pared, pálido y demacrado.

—Por favor, no vuelvas a decir eso. Esta es tu casa. Siempre serás bienvenida aquí.

—Para ti sí, pero no para mamá. Parece que cada día está un poco más enfadada y más distante, y no sé cómo arreglarlo. —Me levanté y metí mi taza en el lavavajillas—. ¿Qué vas a hacer esta tarde?

—Tengo que cortar el césped. —Papá miró hacia el jardín trasero por encima de mi hombro—. ¿Y tú?

—Iré al hospital de Reddfield a ver a Thomas, el hombre de ayer, y luego a casa de Hannah. Probablemente vuelva a última hora de la tarde.

—No te sientas obligada a pasar todo el día fuera por culpa de tu madre.

—Está bien. Ya lo había decidido antes de que llegarais. —Mentira. La idea se me había ocurrido mientras mamá me gritaba, pero no hacía falta que papá supiera eso.



Un par de horas después, armada con una bolsa de uvas y un manojo de plátanos, crucé el aparcamiento del hospital de Reddfield.

Seguí las señales hasta el pabellón tres con mariposas en el estómago. Si hubiera conocido a Thomas durante mi jornada laboral, no habría tenido reparos en presentarme en el hospital para comprobar cómo estaba, pero aquello me resultaba extraño. No teníamos una relación profesional, así que no tenía ningún motivo para estar allí, pero algo me impulsaba a visitarlo.

Había seis camas en el pabellón, todas ocupadas por hombres mayores. Thomas estaba en la de la derecha del todo, con la parte superior de la cama parcialmente elevada. Tenía los ojos cerrados, así que dudé al pie de su cama. Los cardenales del rostro eran de un morado intenso y tenía un chichón del tamaño de un huevo en la cabeza. Era evidente que se había dado un buen golpe. Parecía que le habían cosido la mejilla y tenía unas tiras adhesivas sobre el corte de la frente.

Cuando me acerqué, la bolsa de fruta crujió y Thomas abrió los ojos.

—Hola. Probablemente no se acuerde de mí —comenté con voz jovial—. Me llamo Samantha Wishaw y…

Cerró los ojos y se quedó dormido.

Dejé la bolsa de fruta en la mesita, me senté en la silla que había junto a la cama y saqué un libro de texto del curso y un rotulador fluorescente de mi bolso. Ya que tenía que esperar, podía aprovechar para seguir preparándome para mi nuevo trabajo.

Al cabo de unos veinte minutos, noté que alguien me miraba y levanté la vista del libro.

—¡Hola! Está despierto.

Thomas alargó el brazo para coger sus gafas y frunció el ceño tras ponérselas.

—¿Quién es usted? —Su voz era grave y áspera.

—Soy Samantha Wishaw. Soy enfermera comunitaria, pero…

—¿Dónde está su uniforme?

—Hoy no trabajo, pero…

—Entonces, ¿qué hace aquí?

Su tono destilaba irritación, y me sentí interrogada.

—Quería verle porque… —Vacilé, y me pregunté si esto había sido una buena idea.

—Vamos. ¡Suéltelo ya!

—Yo fui quien lo encontró ayer.

Me observó fijamente durante un segundo con los ojos muy abiertos.

—¿Usted llamó a la ambulancia?

Sonreí.

—Sí.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y se supone que tengo que darle las gracias?

La ira de su voz me pilló desprevenida.

—No. No he venido por eso.

—Bien, porque no va a recibir ningún agradecimiento. Todo lo contrario. ¿Quién le concedió ese derecho? Si no fuera por usted, ya me habría reunido con mi Gwendoline, pero lo ha echado todo a perder. Llevo veinte años sin ella. Veinte horribles años llenos de miseria que estaban a punto de acabar. Pero se metió donde no la llaman e intentó hacerme sentir mejor. Pues no me siento mejor. No me sentiré mejor hasta que me reúna con mi mujer.

Fue alzando la voz hasta que empezó a gritar, y me percaté de que los otros pacientes y visitantes nos miraban mientras cuchicheaban. Sus palabras me revolvieron el estómago. Quería morir, y me odiaba por haberlo impedido. ¿Cómo podía responder a eso?

Bajé la voz.

—Siento muchísimo lo de su mujer, pero no podía dejarle allí. Va contra todo para lo que me han formado.

—¿Qué hacía en mi casa, de todos modos? —Seguía enfadado, aunque al menos había bajado el volumen.

—Me perdí, paré para pedir indicaciones, miré por la ventana y vi que se había desplomado.

—Así que se coló en mi casa y se entrometió.

—No me colé. La puerta estaba abierta. —Me mordí el labio—. Esta mañana volví a entrar para…

—¿Para qué? —Intentó incorporarse, pero estaba agotado y se dejó caer de nuevo contra las almohadas.

—Para darle de comer a su gata —expliqué—. Es preciosa. ¿Cómo se llama?

El rostro se le suavizó.

—¿Encontró a Misty-Blue?

Sonreí.

—Es un nombre precioso. Le pega mucho.

—Creía que se había ido, hacía días que no la veía. Pensé que la había perdido también.

—Pues está bien, y ha comido un par de veces. En realidad, he venido por eso. ¿Le parece bien que siga alimentándola hasta que le den el alta?

—¿Para que pueda husmear por mi casa? ¿Cómo sé que no es una ladrona?

—Si lo fuera, ¿de verdad cree que estaría aquí pidiéndole permiso para darle de comer a su gata? Estaría saqueando su casa ahora mismo.

Frunció los labios.

—¿Volvió a guardar la llave donde la encontró?

—Sí.

—Bien. Ya puede irse.

—¿No quiere que le dé de comer a Misty-Blue?

Me fulminó con la mirada.

—Ella se apaña muy bien sola.

—De verdad que no me importa hacerlo.

—Pero a mí sí. Nadie le pidió que llamara a una ambulancia y nadie le ha pedido que alimente a mi gata. No necesito ayuda de nadie. Adiós, enfermera Wishaw.

—De acuerdo. Es su decisión. Siento de veras haberlo molestado. —Guardé el libro y el rotulador, y me colgué el bolso del hombro—. Cuídese, Thomas.

—Señor Mickleby —espetó.

—Le he traído algo de fruta. —Señalé la bolsa que había dejado sobre la mesa y salí de allí antes de que le diera tiempo a lanzarme más pullas… o alguna pieza de fruta. Ya había recibido suficientes ataques aquel fin de semana.

—No sé por qué necesitas mi aprobación —dijo Hannah más tarde mientras se frotaba la espalda y se recolocaba en el sofá de Fuchsia Cottage, después de que le contara todo lo ocurrido desde que la vi por última vez en la iglesia—. Irás a alimentar a esa gata diga lo que diga.

Sonreí.

—Qué bien me conoces. ¿Crees que debería ir mañana al hospital para visitar al señor Mickleby?

Arqueó las cejas y me eché a reír.

—No puedes culparme por necesitar una segunda opinión —dije —. Parece que últimamente lo hago todo mal, y el señor Mickleby no estaba precisamente eufórico por que le haya salvado la vida.

Hannah suspiró.

—Pobre hombre, ha estado solo desde hace veinte años. Es normal que se sienta así, pero es algo muy común, sobre todo en lugares remotos. Lo habrás visto antes.

—Por desgracia, sí. Demasiadas veces.

Hannah clavó la mirada en mí.

—Ten cuidado, Sam. Parece un hombre enfadado y amargado. Puede que tenga motivos para estarlo, pero descargará su frustración contigo y tú no eres su enfermera. No tienes por qué entrar en su vida. Sé que aguantarás lo que te eche porque estás acostumbrada con tu madre, pero las dos sabemos que te afecta, por mucho que intentes aparentar lo contrario.

—Iré con cuidado. Lo prometo. Es que me siento atraída hacia él, no sé por qué. —Me encogí de hombros—. En fin, pasemos a temas más alegres. Ibas a enseñarme la habitación del bebé.

Me quedé otra hora en casa de Hannah. Me mostró el cuarto del bebé y todo lo que habían comprado para su llegada. Babear con la ropita y los peluches fue una distracción agradable de la situación que había vivido en casa y con el señor Mickleby.

Más tarde, en Hedgehog Hollow, Misty-Blue volvió a aparecer para comer. Quería jugar con ella, pero como estaba allí en contra de los deseos del señor Mickleby, no me arriesgué a quedarme más rato del necesario.

Estaba nerviosa mientras conducía de vuelta a Whitsborough Bay. La reacción del señor Mickleby me había descolocado, y no era propio de mí que un paciente enfadado me afectara tanto. Aunque, en realidad, no era paciente mío. ¿Sería porque me sentía culpable? Culpable por haber salvado a un hombre cuando lo único que quería era escapar de su soledad y reunirse con su mujer. Culpable por los años que aún podía tener por delante, completamente solo, mientras la casa que en su día debió de estar llena de amor y risas caía cada vez más en la ruina. Culpable por no haber estado allí para salvar al abuelo, quien, pese a que también sufría por su amor perdido, había encontrado la manera de seguir adelante sin ella y, en las mismas circunstancias, habría querido vivir.

CAPÍTULO 15



La casa estaba a oscuras cuando regresé a Whitsborough Bay. Papá había dejado una nota para informarme de que había salido a tomar algo con un compañero de trabajo. Mamá, que yo supiera, seguía en casa de la tía Louise.

Había llamado varias veces a Chloe a lo largo del día, pero el teléfono siempre daba tono una vez y saltaba el buzón de voz. Me pregunté si me habría bloqueado y, tras hacer una búsqueda rápida en Internet, entendí que probablemente sí. ¿De verdad habíamos llegado a eso? De dama de honor a bloqueada en apenas un día.

Chloe y James saldrán mañana a Mauricio para su luna de miel, y no podía dejar que se fueran sin intentar arreglar las cosas con ella. Tras prepararme la cena, fui andando hasta su casa, con la esperanza de que vernos cara a cara ayudara en algo.

El corazón me latía con fuerza cuando llamé al timbre. «Por favor, que me escuche».

La tía Louise abrió la puerta mientras se reía de algo, pero la sonrisa se le borró de inmediato al verme.

—Hola, tía Louise. ¿Puedo hablar con Chloe, por favor?

—No quiere hablar contigo, Sam. —Lo dijo de forma tajante, sin emoción alguna.

—Lo sé. No contesta a mis llamadas y…

—Y eso debería haber sido una pista suficiente para dejarlo correr.

—Pero es mi prima y mi mejor amiga. Quiero arreglar las cosas. De verdad que me gustaría hablar con ella.

Negó con la cabeza.

—¿Por favor?

Me lanzó una mirada furiosa, y supe que había insistido demasiado.

—¿Acaso no escuchas? Chloe dijo que no. Yo digo que no. ¿Es que no has hecho ya bastante daño? ¿Por qué no puedes dejarlos tranquilos, tanto a ella como a James? —La tía Louise siempre había sido amable conmigo, así que no esperaba semejante estallido de furia.

—Lo siento —balbuceé a duras penas entre susurros.

—Deberías sentirlo. Este debería ser el momento más feliz de sus vidas, pero, gracias a ti, llevamos todo el día entre lágrimas y discusiones. Los que importan son ellos, no tú. Márchate, Sam. Déjalo ya. —Y me cerró la puerta en la cara. Me había puesto oficialmente en mi sitio.

Volví despacio a casa, me puse el pijama y me metí bajo el edredón con la tele a bajo volumen. ¡Menudo día llevaba! Parecía que todo el mundo estaba enfadado conmigo. Tendría que aceptar que era imposible hacer las paces con Chloe antes de que se marchara, y debía olvidarme de ese asunto por ahora. Con suerte, descanse durante el viaje y vuelva dispuesta a hablar. Seguro que James lograría convencerla de que el abrazo y el beso en la mejilla habían sido inocentes y que había sido él quien había venido a verme.

La rabia de mi madre era algo habitual, así que no había nada que pudiera hacer al respecto.

Y, en cuanto al señor Mickleby, no estaba dispuesta a dejarlo estar. La mayoría de mi familia no me quería o no me necesitaba, pero quizá él sí. Puede que unos cuantos gestos de amabilidad pudieran aliviar su soledad… y mi conciencia culpable. Merecía la pena intentarlo.

CAPÍTULO 16



Para Rich:
¿Sigue en pie la oferta de la visita guiada? No trabajo esta semana, así que estoy libre el día que te vaya mejor. Pero no pasa nada si estás muy ocupado. Gracias 😊

De Rich:
El jueves tengo el día libre y no he hecho planes, así que seré tu guía ese día. También estoy libre para comer hoy antes de que empiece mi turno, si te viene bien. Besos.

Conduje hasta Hedgehog Hollow para darle de comer a Misty-Blue (una visita rápida, entrar y salir) y luego seguí hasta el pueblo de Umplesthorpe para encontrarme con Rich en el *pub* local, The Black Swan.

Rich debía de haber llegado unos minutos antes que yo, porque estaba en la barra pidiendo una bebida. Se dio la vuelta y me dedicó una gran sonrisa.

—Justo a tiempo. ¿Qué quieres beber?

—Un zumo de naranja, por favor.

Hizo el pedido.

—¿Vives cerca? —pregunté.

—A tres minutos andando, en esa dirección. —Señaló a su derecha.

—Muy práctico.

Sonrió.

—A veces, demasiado.

Llevamos las bebidas a una mesa que había junto a la ventana.

—Qué suerte tener una semana libre —comentó.

—En realidad, son tres. Dejé mi puesto como enfermera comunitaria el jueves pasado y empiezo en el TEC el mes que viene.Como es la primera vez que me dedico a la enseñanza, quería tener tiempo para repasar el temario, leer el libro del curso y prepararme bien.

—Buena idea. ¿Y qué te hizo cambiar de carrera?

Mientras nos comíamos unos *paninis,* le expliqué brevemente mi situación en casa. Rich me contó más sobre su trabajo y charlamos sobre Dave, su pareja desde hacía cinco años. También hablamos del señor Mickleby, y Rich admitió que, si estuviera en mi lugar, seguiría insistiendo.

El tiempo pasó volando y pronto llegó la hora de que Rich se marchara para empezar su turno, pero yo estaba ilusionada por la amistad que habíamos iniciado. Resultaba muy fácil hablar con él y era un soplo de aire fresco empezar a entablar una amistad con un hombre tras años trabajando en un entorno dominado por mujeres.

—Me muero de ganas de que llegue el jueves —exclamó al salir del *pub*—. Y suerte con el señor Mickleby. Espero que hoy esté un poco más receptivo.

—Oh, Dios, yo también —respondí mientras abría la puerta del coche—. En breve lo averiguaremos. Nos vemos luego.



Thomas Mickleby estaba sentado en la cama cuando llegué quince minutos después de que comenzara el horario de visitas, con la cabeza girada hacia la ventana al fondo de la sala.

—Hola otra vez —lo saludé mientras me acercaba a su cama.

Giró la cabeza con una clara expresión de sorpresa.

—¿Qué hace usted aquí?

—He venido a verlo.

—Pues ya me ha visto. —Hizo una pausa antes de añadir con un tono más hostil—: Ahora puede irse.

—¿Espera a alguien más hoy?

—Sí. Su majestad la reina ha dicho que se pasaría a verme.

Sonreí. Así que el señor Mickleby tenía sentido del humor. Eso era buena señal. Ignoré el sarcasmo y me senté.

—Le he dado de comer a Misty-Blue esta mañana. Le manda recuerdos y espera que vuelva pronto a casa.

—Le dije que no fuera a alimentarla.

—Y yo he decidido no hacerle caso. Mi padre es veterinario y yo, enfermera, así que cuidar de animales y personas forma parte de mi ADN. —Señalé su mesa con la cabeza, donde el racimo de uvas se había reducido considerablemente—. ¿Le gustaron las uvas?

—No estaban mal, supongo —gruñó.

Me incliné, cogí una y me la metí en la boca.

—Mmm. Deliciosas —dije con una sonrisa traviesa—. ¿Cómo se encuentra?

—¿Me lo pregunta porque tiene que hacerlo o porque de verdad le importa?

—Lo segundo. No soy su enfermera, así que no tengo obligación de interesarme por usted. No obstante, soy un ser humano, y quiero saberlo.

Se hizo el silencio. Miró al techo, y yo aproveché para comerme otra uva.

—Soy viejo, me duele todo, no veo bien, el equilibrio me falla, he sufrido un pequeño ictus y tengo gota. ¿Cómo cree que me siento? —Su voz sonaba cansada, y no era de extrañar.

Bajó la cabeza y clavó la mirada en mí, como si me desafiara a que convirtiera sus dolencias en algo positivo, algo que jamás haría. La vejez podía ser muy cruel, sobre todo cuando el cuerpo empezaba a fallar y la mente seguía tan viva como la suya, a juzgar por la agudeza de sus comentarios.

—Podría ser peor. Podría tener a una entrometida que lo inflara a uvas y le diera de comer a su gata. —Sonreí y le guiñé un ojo.

Juraría que sus labios temblaron levemente, pero no dijo nada.

—Su granja está en un paraje precioso —continué diciendo—. ¿Ha vivido siempre allí?

—No.

Esperé unos segundos, pero no se explayó más.

—Mis abuelos tenían un bungaló con un pequeño terreno y unos árboles. Pasaba mucho tiempo allí de niña, y me encantaba. Era tan tranquilo… Siempre lo consideré mi lugar feliz. Y en su granja siento algo parecido.

—Es demasiado tranquilo, maldita sea —refunfuñó.

—¿Por qué no la vende y se muda a un sitio menos aislado?

—No puedo dejar a mi Gwendoline.

Fruncí el ceño.

—Creí que había dicho que murió.

—Me la arrebataron hace veinte largos años. Esparcí sus cenizas allí. Le encantaba esa casa.

—¿Qué le ocurrió?

Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesilla.

—Estoy cansado. Váyase.

Me levanté.

—De acuerdo. Descanse, ya volveré mañana.

—No se moleste.

Apenas había dado unos pasos cuando me llamó:

—¿Enfermera Wishaw?

—¿Sí? —Volví junto a su cama.

—Si vuelve, podría traerme algunas uvas más. Aunque no es que sea bienvenida aquí. No quiero verla, pero si va a insistir en esta farsa inútil, al menos que me sirva de algo.

Sonreí.

—Uvas, entendido. ¿Algo más?

—Me gusta el zumo de grosella negra.

—Uvas y zumo de grosella negra. Délo por hecho.

—Y si va a volver a colarse en mi casa, tráigame el pijama, las zapatillas y la bata. No soporto estas condenadas batas de hospital.

Y mi cepillo y pasta de dientes. No me gusta el sabor del que me han dado. Pero eso no significa que quiera verla, simplemente quiero mis cosas.

—Entendido. Descanse y nos vemos mañana.

—Segunda puerta a la derecha —gritó—. No curiosee en ningún otro sitio.

—Lo prometo.

Sonreí mientras salía del pabellón y caminaba por el pasillo. ¿Acababa de avanzar un pequeño paso con el señor Mickleby? Eso esperaba.



En casa, por el contrario, era imposible avanzar ni un solo paso, ya fuera grande o pequeño. En cuanto abrí la puerta aquella tarde, oí el rugido de la aspiradora en el salón y me preparé mentalmente. Que mamá estuviera aspirando era señal de que estaba de un humor de perros (peor de lo habitual), y seguro que la culpa era mía.

La puerta del salón se abrió de golpe.

—No sé cómo te atreves a aparecer por aquí —espetó. Escupió saliva al hablar y clavó su mirada llena de furia en mí—. Casi pierden el avión por tu culpa. Espero que estés orgullosa.

Con una última mirada de desprecio, volvió a cerrar la puerta y el rugido de la aspiradora volvió a resonar por toda la casa.

Me senté en las escaleras con la cabeza entre las manos. Mi disputa con Chloe se calmaría tarde o temprano. Tenía que hacerlo. Aunque eso no cambiaría mucho mi relación con mamá, ya que siempre encontraría algo por lo que atacarme y, de vez en cuando, volvería a sacar este tema para hacerme sentir como una persona horrible y vengativa empeñada en arruinar la vida de los demás. A veces, cuando me sentía especialmente desanimada y sus palabras dolían más de la cuenta, me preguntaba si tendría razón. Cuando escuchas cosas malas constantemente, empiezas a dudar de ti misma.

CAPÍTULO 17



A la mañana siguiente, me desperté temprano con una determinación renovada. No podía hacer nada para cambiar lo que había pasado con Chloe ni lo que mamá sentía por mí, así que la mejor táctica era evitar el conflicto. No obstante, sí que podía hacer algo por el señor Mickleby.

Me duché y me vestí, pero permanecí en mi habitación hasta que me aseguré de que mis padres se hubieran ido a trabajar.

Cuando no hubo moros en la costa, bajé a la cocina para preparar un estofado. Programé la olla de cocción lenta para que estuviera listo cuando regresaran, puse en marcha el lavavajillas y limpié con cuidado todas las superficies. Incluso vacié la papelera de la cocina para que mi madre no pudiera acusarme de que la cocina apestara a cebolla.

Dejé una nota junto a la olla:

¡Que aproveche! Me pasaré el día en la biblioteca y luego cenaré en casa de Hannah y Toby, así que volveré tarde. Besos.

Eché un último vistazo a la cocina para asegurarme de que no hubiera nada por lo que mi madre pudiera enfadarse. Cogí el bolso, cerré la puerta con llave y conduje hasta Hedgehog Hollow.

Me quedé de pie en el patio de la granja junto a mi coche y cerré los ojos un momento. Respiré el aire fresco, sentí la suave caricia del sol en los brazos y escuché los sonidos de la naturaleza. Qué paz. Me visualicé de nuevo en el jardín de Meadowcroft, con el olor a bizcocho de chocolate o a bollos saliendo por la ventana de la cocina mientras el abuelo me ponía a prueba con los nombres de los pájaros y las plantas.

—Este lugar tiene algo… —susurré, y levanté la vista al cielo—. Aquí me siento tan cerca de ti, abuelo.

Un maullido me hizo mirar hacia abajo.

—¡Misty-Blue! Buenos días. —Me agaché y la acaricié—. ¿Te gusta que te cojan? —La levanté con cuidado y ella se restregó contra mi pelo, ronroneando.

Abrí la puerta del coche y saqué el móvil del bolso.

—¿Nos hacemos un selfi para el señor Mickleby? —pregunté—. Oh, este ha quedado precioso. Venga, vamos a darte de comer.



—Buenas tardes, señor Mickleby —lo saludé con una sonrisa—. ¿Ha dormido bien?

—Fatal. El hombre de la cama tres murió.

—Oh, vaya. ¿Se habían hecho amigos?

Me lanzó una mirada desdeñosa.

—¿Estás loca? ¿Amigos? No estamos en el colegio, ¿sabes?

—Ya me entiende. Pensé que quizá habían charlado un poco.

—Tampoco estamos en el *pub*.

—Uvas —dije, y dejé el racimo sobre su mesa. Luego alcé la bolsa que llevaba en la mano—. Y aquí están su pijama, sus zapatillas y su bata.

Sin decir nada, apartó las sábanas, me quitó la bolsa de las manos, rebuscó en ella hasta que encontró las zapatillas y se marchó despacio por el pasillo con ellas puestas.

Con un suspiro, me senté y saqué el libro de texto. Un «gracias» no habría estado de más.

Cuando el señor Mickleby regresó, me devolvió la bolsa vacía y se dejó caer en la cama en completo silencio.

—Misty-Blue me pidió que le hiciera un selfi esta mañana —comenté mientras sacaba el móvil—. Es muy fotogénica.

Levanté el teléfono para que viera la pantalla y le mostré varias fotos.

—Normalmente no le gusta que la cojan —me informó—. Debes de caerle bien.

—Me alegro de caerle bien a alguien. —Al momento me di cuenta de que parecía una recriminación que podía echar por tierra cualquier avance que había conseguido, así que añadí—: No soy muy popular en mi casa ahora mismo.

Me miró fijamente y, por un momento, me pregunté si iba a pedirme que me explicara.

—Gracias por traerme mis cosas y por darle de comer a Misty-Blue.

—De nada.

Silencio.

—Mañana me dejan volver a la granja —dijo al cabo de unos minutos.

—¿Y cómo se siente?

—Estoy encantado. Iré de una cárcel a otra —respondió con sarcasmo.

—Misty-Blue se alegrará de verlo. ¿Cómo volverá a casa?

Se encogió de hombros.

—Han dicho algo de una ambulancia si no tenía a nadie que viniera a buscarme.

—¿Y tiene a alguien?

Miró a través de la ventana.

—Ni a un alma desde que me arrebataron a mi Gwendoline.

Se me encogió el corazón. Nunca había escuchado una frase que irradiara tanto dolor. No me extrañaba que estuviera enfadado

conmigo por haberlo salvado. Sabía que había perdido a su mujer, pero ¿había estado realmente solo durante veinte años? Era algo imposible de imaginar. Esperaba que estuviera exagerando, pero su mirada y la tristeza de su voz decían lo contrario.

—Mañana vendré a recogerle —afirmé.

Se volvió hacia mí con el ceño fruncido.

—Ni hablar. No lo entiendo, ¿por qué estás aquí? ¿Qué ganas tú con todo esto?

—¿Por qué tendría que ganar algo?

—Porque nadie hace nada por un completo desconocido sin ningún motivo.

—Algunas personas sí.

—¿Y tú eres una de esas personas?

—Ya te lo dije. Cuidar de las personas y de los animales forma parte de mí.

—Pues búscate otra persona y otro animal a los que cuidar. Gracias por traerme mis cosas, por la fruta y por alimentar a la gata, pero hasta aquí hemos llegado. —Su voz volvió a sonar agresiva—. No te pedí que me salvaras el sábado, y no quiero que intentes salvarme ahora. Solo quiero volver a mi granja mañana y que me dejen en paz para… —Se tumbó de lado y me dio la espalda.

Morir. Quería que lo dejaran solo para morir.

—¿Qué pasaría con Misty-Blue si vuelve a Hedgehog Hollow y simplemente espera a morir? —pregunté.

Tensó los hombros, como si hubiera dado en el clavo.

—Estará bien —afirmó con confianza—. Era una gata callejera, así que volverá a serlo. No me necesita.

La leve vacilación en su tono me dio esperanzas. Tenía un motivo para seguir viviendo y debía aferrarme a él.

Me levanté de la silla.

—Nos vemos mañana.

—¿Acaso no me has oído?

—Sí, le he oído. Pero he decidido no escucharlo.



Era tarde cuando regresé esa noche de casa de Hannah, pero oí la televisión encendida en el salón.

—Hola, papá —saludé cuando asomé la cabeza por la puerta.

Me sonrió.

—¿Qué tal el día?

Me senté junto a él en el sofá y le conté mi visita al señor Mickleby. Me repitió las mismas advertencias que me había dado el domingo cuando le hablé de mi primera visita.

—Sé lo que hago, no te preocupes por mí.

—Soy tu padre. Preocuparme por ti es mi trabajo. Por cierto, gracias por el estofado. Estaba buenísimo.

La puerta se abrió.

—Hola, mamá —dije.

—¿Qué estáis viendo? —le preguntó a papá, sin apenas mirarme.

—Nada. Pon lo que quieras. —Le pasó el mando, y ella cambió de canal.

—¿Te ha gustado la cena? —pregunté.

—Le faltaba condimento —respondió sin apartar la vista del televisor—. Y no me ha hecho gracia que me dejaras el lavavajillas por vaciar.

Nunca ganaba. Jamás.

CAPÍTULO 18



—Ah, eres tú. —El señor Mickleby no pareció alegrarse mucho de verme cuando abrió la puerta de Hedgehog Hollow a última hora de la mañana siguiente—. Me has encontrado.

Había conducido hasta el hospital solo para descubrir que anoche pidió el alta voluntaria.

—¿Puedo pasar? —pregunté.

—¿Acaso tengo elección?

—Siempre la tiene, pero… —Misty-Blue corrió por el pasillo y se restregó entre mis piernas—. Pero Misty-Blue me ha invitado a jugar con ella y se sentirá muy decepcionada si me echa.

Juraría que le volvieron a temblar los labios. Con un suspiro exagerado, se dio la vuelta y se alejó por el pasillo arrastrando los pies. Dejó la puerta abierta de par en par, lo cual me tomé como una invitación para entrar. Cerré la puerta detrás de mí y cogí a la gata para rascarle detrás de las orejas.

—¿Eres mi nueva mejor amiga? —le susurré—. ¿Vas a ayudarme con tu dueño?

Thomas me miró con los ojos como platos cuando entré en el salón con Misty-Blue sobre el hombro.

—O la has drogado o eres una encantadora de gatos —musitó.

—Simplemente sé tratar con animales. ¿Dijo que era callejera?

—Más o menos. La encontré en uno de los graneros hace seis años. Por lo visto, su madre murió al dar a luz a la camada. Una estampa horrible. Dos gatitos habían muerto y los otros tres apenas respiraban. Hice lo que pude por salvarlos, pero uno de ellos no

sobrevivió. Misty-Blue y su hermano, Smokey, eran unos luchadores, pero él se marchó hace un par de años, así que hemos estado los dos solos desde entonces.

Misty-Blue saltó de mi hombro al regazo de Thomas. Me miró, sorprendido de nuevo.

—Realmente tienes un don. Nunca había hecho eso conmigo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al ver la expresión de cariño y la ternura con que la acariciaba.

—Seguramente se ha dado cuenta de que daba por sentado que usted siempre estaría aquí y lo ha echado de menos durante su ausencia.

—Ajá. Puede ser.

—Me han dicho en el hospital que anoche volvió en taxi.

—No podía aguantar otra noche en ese pabellón. Demasiado ruido.

—Me lo imagino, sobre todo después de dormir en un sitio tan tranquilo como este. —Le sonreí—. ¿Puedo ayudarle y prepararle un té o un café?

—Va a ser complicado. No hay leche, ni té, ni café.

—¿Cenó en el hospital anoche? —No pude evitar preguntarle. Me salió la enfermera que llevo dentro.

Silencio.

—¿Ha desayunado?

Silencio.

—¿Por qué no está comiendo? ¿Le cuesta retener la comida?

El señor Mickleby suspiró mientras jugueteaba con un hilo suelto del brazo del sillón.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Porque… —Tiró del hilo una y otra vez.

—No ha intentado comer, ¿verdad?

Dejó de tirar del hilo y alzó la vista, pero no la posó en mí. Seguí su mirada hasta el aparador y vi las fotos de su mujer. Y entonces lo entendí. Las heridas podían limpiarse y curarse. Se podía recetar

medicación y ofrecer palabras de consuelo a un paciente con una enfermedad terminal. Pero no existía cura para la soledad. No había receta. No había palabras suficientes. Y, sin embargo, era una epidemia creciente y tan destructiva como cualquier enfermedad diagnosticada. Thomas Mickleby se sentía tan solo que quería morir.

—Señor Mickleby, sé que quiere reunirse con su mujer, pero créame, dejar de comer no es el camino a seguir. Es una forma lenta y extremadamente dolorosa de morir, y no puedo permitir que haga eso.

No respondió, lo cual interpreté como una confirmación de que por ahí iban los tiros. Tenía que hacerle cambiar de opinión.

—¿Es lo que su mujer habría querido para usted? —pregunté, impregnando toda la empatía y comprensión que pude reunir en mi voz.

El señor Mickleby contempló las fotos durante unos segundos más y luego bajó la vista.

—No, no le habría hecho ninguna gracia.

—Entonces, ¿no va a matarse de hambre?

Clavó en mí sus ojos grises.

—No, enfermera Wishaw, no lo haré.

—Bien. Ahora voy a hacerle una pregunta muy importante. ¿Le gusta el atún con mayonesa?

—Sí. ¿Por qué?

Me levanté.

—Enseguida lo descubrirá.

Salí para dirigirme hacia mi coche y abrí el maletero, donde había guardado una neverita con mi comida: bocadillos de atún con mayonesa, un yogur, un plátano y un poco de zumo de naranja.

De vuelta en la cocina, coloqué los bocadillos en un plato, cogí una cucharilla para el yogur, vertí el zumo en un vaso y se lo llevé todo al señor Mickleby en una bandeja pequeña que tenía un erizo dibujado.

—Ya sé que aún no es mediodía, pero tiene que comer.

—¿De dónde has sacado eso? —Aunque fruncía el ceño, su mirada hambrienta era inconfundible.

—Era mi comida, pero, eh… esta mañana he desayunado muchísimo y no tengo hambre.

Estaba demasiado pendiente de los bocadillos como para reparar en mi nerviosismo ni en la falta de contacto visual.

—Si estás segura…

—Se estropeará si no se la come. Buen provecho. —Esperaba que no me rugiera el estómago y me delatara. Esa mañana me había saltado el desayuno, pero ya me compraría algo luego.

Me senté en el incómodo sofá y hojeé mi libro. Intenté aparentar que estudiaba, pero apenas entendía nada de lo que leía. No había razón para que el señor Mickleby siguiera permitiéndome entrar en su casa. Si quería ayudarlo como ayudé al abuelo, tenía que ir con pies de plomo y no parecer que intentaba tomar las riendas de su vida, así que lo mejor era no decir nada por ahora.

Cuando terminó de comer (se comió hasta la última miga), recogí la bandeja y lavé y sequé lo poco que había ensuciado.

—¿Tiene algo de comida en casa? —pregunté cuando volví al salón.

Suspiró.

—Unas cuantas hierbas y especias caducadas. No puedo cocinar mucho con eso.

—¿Cómo hacía la compra antes del ictus?

—Frotaba una lámpara mágica y un genio me la traía. —Puso los ojos en blanco—. ¿Qué crees que hacía? Conducía hasta las tiendas y compraba la comida.

—Pero ahora no puede hacer eso, ¿no?

—No te callarás hasta que te responda por completo, ¿verdad?

—Perdone, pero no. Ya sé que no soy su enfermera, pero no puedo evitarlo.

Se quitó las gafas, las limpió con su camisa de algodón azul y se las volvió a poner.

—Antes conducía, así que me las apañaba con una compra semanal en uno de los supermercados de Reddfield, pero a principios de año le di a otro coche por detrás. Era una muchacha de Addlington que hacía poco que se había sacado el carné. Admitió que fue culpa suya por frenar de golpe, pero daba igual. Como fui yo quien la embistió, tuve que hacerme una revisión de la vista y suspendí, así que ya no podía volver a conducir.

Más que enfadado, parecía resignado.

—Su madre iba de copiloto y a las dos les supo fatal. La madre se ofreció a hacerme la compra cada semana y funcionó bien, pero a finales de julio se mudaron y me quedé tirado.

Nunca lo había escuchado hablar tanto, y lamenté que hubiera perdido lo que sospechaba que era su única compañía desde hacía mucho tiempo, además de su preciado suministro de comida. Su voz se había suavizado al contarlo; se notaba que había agradecido esa ayuda, lo que sugería que no estaba completamente cerrado a que alguien estuviera pendiente de él, pese a sus protestas en el hospital.

—¿Les informó a los del hospital que tenía problemas para hacer la compra?

—Eso no es asunto tuyo, y no soy una obra de caridad. —Alzó la voz, y Misty-Blue saltó de su regazo y salió disparada del salón. Me lanzó una mirada desafiante—. Le pagué a la madre de la muchacha, y fue su forma de disculparse por provocar el accidente.

—Lo entiendo, pero esto tampoco se trata de «caridad». Se trata de echar una mano a quien la necesita. El hospital podría haberlo derivado a Servicios Sociales para que le explicaran las opciones que tiene.

—¿Qué opciones? No pienso consumirme en una residencia en ruinas. Prefiero hacerlo aquí, muchas gracias.

—Nadie va a echarlo de aquí. Mientras conserve la capacidad de pensar por sí mismo y tomar sus propias decisiones, harán todo lo posible por que permanezca en su casa.

—Bien, porque la próxima vez que salga de aquí, será con los pies por delante. Y, con suerte, será pronto.

—¿Quiere que vaya a comprarle algo?

—No. Quiero que te vayas y me dejes en paz.

—¿Y cómo se las va a apañar esta semana?

—No lo sé. Bill Davis lleva la granja de al lado y arrienda mis campos. Quizá lo llame.

—¿Lo conoce bien?

Se encogió de hombros.

—Hace años que no hablamos. Me paga el alquiler cada mes, así que no hay motivo para ponerse en contacto.

—¡Señor Mickleby! Eso no puede ser. ¿Y si me voy de aquí y no consigue que nadie le haga la compra? Me preocuparé muchísimo por usted.

Frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque soy así. A veces desearía que la gente no me importara tanto… —Dejé de hablar y negué con la cabeza. No era momento de pensar en Chloe o en mamá.

—No soy responsabilidad tuya, así que deja de preocuparte por mí —exclamó, pero su tono se suavizó—. Es evidente que eres una buena chica con un gran corazón, pero no eres mi enfermera, ni mi amiga, ni mi familia. Gracias por la comida y por todo, pero esto se termina aquí.

Rebusqué en mi bolso en busca de una libreta y un bolígrafo y apunté mis datos.

—Si cambia de idea o necesita cualquier cosa, este es mi número. Llámeme, por favor. —Fui hasta el aparador y lo dejé bajo el teléfono—. Cuídese.

Inclinó la cabeza, pero no dijo nada. Con el corazón en un puño, salí de la casa y me dirigí al coche. Tenía razón. No tenía ningún vínculo con él y, por tanto, no era mi responsabilidad. Por mucho que lo sintiera como tal.

CAPÍTULO 19



—Tu casa es preciosa —comenté a la mañana siguiente, después de que Rich me enseñara Brook Cottage, el hogar que compartía con Dave.

—Gracias. Estaba hecha un desastre, pero Dave es albañil, así que la vaciamos entera y la convertimos en lo que queríamos. Hemos conseguido un permiso de obras para ampliar la cocina y hacer un tercer dormitorio, pero primero tenemos que ahorrar.

—Al menos la mano de obra es gratis.

Rich sonrió.

—Tiene sus ventajas. ¿Nos vamos?

Tenía más sentido que condujera Rich, así yo podía mirar por la ventana y disfrutar del paisaje. Para cuando llegó la hora de comer, ya había descartado la zona sur de Reddfield. Había muchos pueblos bonitos, pero quedaba demasiado lejos de Whitsborough Bay. Quería distanciarme de James, pero no tanto como para alejarme mucho de papá.

—¿No sería mejor que buscaras alguna casa para comprar? —preguntó Rich.

Le había contado que, en su testamento, el abuelo había repartido su herencia a partes iguales entre sus hijas y sus nietas, así que tenía un buen dinero para pagar una entrada cuando llegara el momento. A mamá no le había hecho ninguna gracia.

—Es demasiado arriesgado. Si lo de la enseñanza no sale bien, puede que tenga que volver a trabajar como enfermera comunitaria, así que tengo que mantener cierta flexibilidad.

La mayor parte de la zona me resultaba desconocida, pero Rich, Hannah, Hedgehog Hollow y el pueblo del abuelo estaban todos al norte, lo que me aportaba cierta familiaridad y hacía que me sintiera más cerca de casa.

Rich era el guía perfecto. Conocía prácticamente a todo el mundo y, mientras pasábamos por granjas, aldeas y pueblos, no dejaba de chismorrear. Puede que los Wolds parecieran un lugar tranquilo donde nunca pasaba nada, pero si la mitad de lo que contaba era cierto, estaba plagado de escándalos. Aun así, parecía una comunidad estupenda y deseaba formar parte de ella.

Me encantó conocer mejor a Rich. Hablamos de nuestras carreras y le conté con más detalle lo ocurrido con Chloe y James, mucho más de lo que había podido explicarle durante la comida del lunes.

—Te comprendo —musitó—. Es una situación complicada. Mi ex, Craig, y mi mejor amigo, Matt, acabaron juntos. Habría sido duro si hubiera pasado al final de nuestra relación, pero ocurrió poco después de que Craig y yo nos conociéramos.

—Oh, Rich, qué horror. ¿Cuánto tiempo estuviste con Craig?

—Dos años. Vivíamos juntos, pero, al parecer, Matt venía cada vez que yo tenía turno de noche. Cuando me enteré, hice las maletas y me largué, y Matt se mudó con él. Quería que siguiéramos siendo amigos, pero era imposible. No podía perdonarle que saliera con mi novio durante todo el tiempo que estuvimos juntos. Los amigos no hacen eso.

—No, desde luego que no. Seguro que lo pasaste fatal.

—Fue horrible en su momento, pero conocí a Dave cinco meses después, y ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Todo pasa por algo —dije con una sonrisa en los labios.

Mientras atravesábamos la aldea junto al pueblo de Hannah, me llamó un número desconocido.

—¿Hola? —contesté.

Silencio.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

—¿Enfermera Wishaw?

—¿Señor Mickleby? ¿Es usted? —Se me aceleró el corazón.

—Sí. Me dejó su número. —Parecía que le faltaba el aire.

—¿Se encuentra bien?

—Me he caído. No llame a una ambulancia. No estoy herido, pero no puedo levantarme. ¿Podría ayudarme?

—Estaré allí en unos veinte minutos. ¿Quiere que…?

Ya había colgado.

—¿Va todo bien? —preguntó Rich mientras me lanzaba una mirada preocupada.

—Tenemos que ir a Hedgehog Hollow. El señor Mickleby se ha vuelto a caer.



—¿Hola? ¿Señor Mickleby? —lo llamé al abrir la puerta de su casa.

—Estoy aquí.

Corrí hacia el salón. Estaba tendido en el suelo, junto al aparador, con el teléfono a su lado.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, y me agaché junto a él.

—Me he caído.

—¿Caído o desmayado? —Le tomé el pulso.

Suspiró.

—Desmayado.

Arqueé las cejas.

—¿Por falta de comida?

—Podría ser —murmuró.

Rich apareció a mi lado con su botiquín.

—Le dije que no llamara a una ambulancia —gritó el señor Mickleby—. ¿Por qué no escucha?

—Sí que escucho, y no he llamado a ninguna ambulancia. Este es mi amigo Rich. Estábamos en su coche cuando recibí su llamada. Es paramédico y siempre lleva un botiquín.

Me aparté para que Rich le hiciera varias comprobaciones, y entre los dos lo ayudamos a incorporarse y a sentarse en el sillón. Aunque

estaba en los huesos, era un hombre alto y me habría costado moverlo sola, así que fue una suerte que Rich estuviera conmigo.

Rich se dirigió hacia la cocina a buscar un vaso de agua.

—¿Dónde estaba cuando empezó a sentirse mareado? —pregunté.

—Bajando las escaleras. Pensé que iba a caer rodando por ellas, pero llegué abajo y me desplomé en el salón. Como ya le he dicho a tu amigo, no me golpeé la cabeza ni nada.

Cuando Rich regresó, le entregó el vaso y le indicó que bebiera a sorbos pequeños.

—Cuando desperté, no tenía fuerza en los brazos para levantarme, pero conseguí arrastrarme hasta el aparador y tirar del teléfono. Su número cayó con él.

Parecía bastante afectado. Seguro que fue muy angustioso marearse en las escaleras. Podría haber acabado mucho peor.

—¿Me dejará traerle algo de comida ahora?

Asintió despacio.

—Bien. Me alegra que hayamos resuelto eso.

—No tengo dinero en casa, pero tengo un talonario.

—Me vale un cheque. ¿Me disculpa un momento? Quiero hablar un segundo con Rich.

Salimos al pasillo.

—No me quedo tranquila dejándolo solo, pero tiene que comer.

Rich asintió con la cabeza.

—Hay una tiendecita en el siguiente pueblo. Puedo ir a comprarle algo básico para la cena y el desayuno, y mañana ya harás tú una compra en condiciones.

—Gracias, Rich. Eres un sol.

Rich se marchó y yo volví al salón para sentarme en el sofá. Ahora sería un buen momento para decirle: «Se lo dije», pero ¿de qué habría servido? Había aprendido la lección por las malas y, al llamarme, por fin había aceptado que necesitaba ayuda.

—¿Tiene frío? —pregunté.

—Un poco.

—¿Le traigo algo?

—Hay una chaqueta azul en la cocina.

Poco después, lo ayudé a ponérsela y le pasé también la manta del respaldo del sofá.

—Tu amigo me resulta familiar. ¿Vive por aquí?

—En Umplesthorpe, pero seguramente le suene del sábado. Es uno de los paramédicos que le atendió. Le pedí que me mantuviera informada de su estado y seguimos en contacto.

—¿Es tu novio?

Sonreí.

—No, solo es un amigo. Hoy me ha estado enseñando la zona para ayudarme a decidir dónde mudarme.

Asintió lentamente, como si estuviera asimilando todo.

—¿No eres de por aquí, verdad?

—No. Empezaré a trabajar en Reddfield el mes que viene, por eso me mudo. Nací y me crié en Whitsborough Bay.

—A mi Gwendoline le encantaba Whitsborough Bay —comentó—. Sobre todo el norte.

Sonreí.

—Es mi zona favorita. Me encanta pasear por el paseo marítimo que hay frente a las casetas de la playa o dar una vuelta por Hearnshaw Park.

Me miró con una expresión difícil de descifrar, y luego se le empezaron a cerrar los párpados. Como estaba tranquila por los chequeos de Rich, que confirmaban que no se había golpeado la cabeza, dejé que durmiera un rato y saqué de nuevo mi libro.



Rich volvió con una bolsa de productos básicos y un envase de comida para llevar con una patata asada con queso y alubias de una cafetería cercana a la tiendecita. Serví la comida en un plato, pero el señor Mickleby insistió en que no nos quedáramos para verlo comer. Se había trasladado del salón a la cocina con bastante soltura, así

que, tras darle de comer a Misty-Blue, nos despedimos y le hice prometer que me llamaría otra vez si tenía algún problema.

Estaba tan cansada mientras nos alejábamos de la granja que me habría gustado volver a casa. Sin embargo, Rich había quedado con su pareja, Dave, para cenar con nosotros en su *pub* habitual, y no podía negarme después de todo lo que me había ayudado durante el día.

Al final, me alegré de haberme quedado. Dave, un gigante de voz cálida, pelo despeinado y barba frondosa, fue de lo más amable conmigo. Los dos formaban una especie de dúo cómico, y no dejaban de competir por quién contaba la anécdota más divertida sobre compañeros de trabajo o vecinos del pueblo.

Para cuando terminó aquella velada llena de risas, supe que había encontrado dos amigos maravillosos y que parte del miedo que sentía ante mi nueva etapa se había disipado. También había avanzado mucho con el señor Mickleby. Aquella noche dormiría como un bebé.

CAPÍTULO 20



—Comida a domicilio —exclamé mientras le mostraba una bolsa reutilizable a media mañana del día siguiente.

Sin decir nada, el señor Mickleby dio un paso atrás para dejarme pasar, cerró la puerta cuando entré y me siguió hasta la cocina.

—Solo he traído algunas cosas básicas por ahora. —Dejé la bolsa sobre la mesa—. He traído sopa de bote y un panecillo para el almuerzo y un plato precocinado para la cena. He pensado que, antes de hacer la compra en serio, quizá sería mejor hablar de lo que le gusta y de lo que sabe cocinar.

—¿De qué es la sopa? —preguntó.

Saqué los dos botes y sostuve uno en cada mano para mostrárselos.

—Guisantes con jamón o puerros con patata.

—Puerros con patata —dijo tras una breve pausa—. Era la favorita de mi Gwendoline.

—Tenía buen gusto, entonces. También es mi preferida. ¿Quiere comérsela ahora?

Asintió con la cabeza.

—Parece que ha pasado una eternidad desde el desayuno.

Vertí la sopa en un cuenco y la metí en el microondas.

—Bonita cocina Aga —comenté mientras se calentaba la sopa.

Se encogió de hombros.

—No tengo ni idea de cómo usarla. Mi Gwendoline era la que cocinaba. La habría ayudado, ojo, pero le encantaba cocinar y hornear, y siempre me echaba de la cocina. —Sacó una cuchara del

cajón que había junto al fregadero—. Compramos esta casa por dos razones, y la cocina era una de ellas.

—¿Cuál era la otra?

—Los erizos.

El microondas pitó y revolví la sopa antes de meterla otro minuto.

—¿Los erizos? —pregunté.

—Sí, los erizos.

Bueno, parecía que esa era la única explicación que iba a conseguir.

—¿Quiere que le unte el panecillo con mantequilla?

—Sí, por favor. —Me tendió un cuchillo y un platillo.

Para cuando terminé de untar la mantequilla, el microondas volvió a pitar. Él mismo sacó el cuenco y se sentó a la mesa de madera desgastada.

—Iré guardando esto mientras usted come —le informé, y saqué un cartón de leche y algo de queso de las bolsas. Quería preguntarle por los erizos. Sin embargo, a juzgar por la forma en que devoraba la sopa, se notaba que estaba muerto de hambre y no quería interrumpirle ahora que había aceptado comer.

Mientras iba guardando los alimentos, aproveché para echar un vistazo a los armarios, que estaban literalmente vacíos. Encontré un estante con hierbas y especias caducadas, tal y como había dicho, junto a varias botellas viejas de aceite vegetal y de oliva. Si no sabía cocinar, imaginaba que llevaban allí desde que murió Gwendoline.

Cuando terminó de comer en silencio, el señor Mickleby se preparó una taza de té y se retiró al salón. Iba a dejar los platos en el fregadero (al fin y al cabo, no era su criada), pero me pareció mezquino no lavarlos cuando apenas me llevaría dos minutos. Eso sí, no pensaba quedarme sin mi taza de té.

El señor Mickleby abrió los ojos de par en par cuando vio que me sentaba con la taza. Me preparé mentalmente para escuchar un comentario sarcástico sobre que me había acomodado demasiado en su casa, pero me dejó helada.

—Mi Gwendoline me echaría la bronca por mis pésimos modales —murmuró—. Ni se me ha ocurrido ofrecerte una taza. Lo siento, muchacha.

Sonreí, aliviada por no haberme ganado su antipatía.

—No pasa nada.

Negó con la cabeza.

—Sí que pasa, y lo siento. No es excusa, pero hace tanto tiempo que no tengo compañía que ya he olvidado cómo comportarme.

Su soledad resultaba desgarradora.

—En ese caso, puede compensarme contándome lo de los erizos.

—¿Los erizos?

—Sí. Dijo que compraron la granja por dos razones: la cocina y los erizos. Me encantaría saber más sobre ellos. Supongo que la señora Mickleby es quien aparece con ellos en las fotos del aparador.

Sonrió, y juraría que ese gesto le quitó varios años de encima. El rostro se le iluminó con amor.

—A mi Gwendoline le encantaban los erizos. Cuando era pequeña, encontró una camada de crías abandonadas, las cuidó y se quedó prendada de ellos. Después de casarnos, cuidamos de cientos de erizos heridos o huérfanos, y siempre fue su sueño hacer algo más por esos animalillos. En cuanto vi este sitio, supe que tenía que comprarlo para ella. Tenía tantos planes. Uno de los graneros, el más grande de todos, iba a ser el centro de rescate. Compramos jaulas de plástico para las camas y un montón de cosas más. Había llegado a un acuerdo con el veterinario local para conseguir medicinas a precio de coste. Todo iba bien. Y entonces…

—¿Qué pasó? —pregunté cuando se quedó en silencio.

—Llevaba un tiempo con dolor de garganta, pero nunca fue de las que se quejan. Resultó ser algo más grave que un simple dolor de garganta. Cuando por fin la convencí para ir al médico porque había perdido mucho peso, ya era demasiado tarde. Cáncer de esófago. En estadio avanzado. Dos meses después, me la arrebataron.

—Lo siento muchísimo.

—Yo también, muchacha. Sé que me juzgas por querer reunirme con ella…

Negué con la cabeza enérgicamente.

—Yo no juzgo a nadie por nada. Pero es mi trabajo preservar vidas, así que solo he hecho lo que me sale de manera natural.

—Lo sé. —Suspiró—. Pero es que desde que mi Gwendoline falleció, no he vivido ni un solo momento alegre.

—Pero murió hace veinte años.

—Exacto. Por eso entenderás por qué quise… ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Sí, lo entendía. Más de lo que imaginaba. Vivir sin James había sido insoportable, y nosotros habíamos estado juntos una mínima fracción de tiempo en comparación con lo que Thomas y Gwendoline compartieron, así que lo que yo sentía debía de multiplicarse por mil en el caso del pobre señor Mickleby. No podía culparle si me odiaba por haberle salvado la vida cuando lo único que quería era poner fin a su dolor y a su pérdida.

CAPÍTULO 21



Los días siguientes transcurrieron entre visitas a Hedgehog Hollow, horas de estudio y búsqueda de alojamiento. Por desgracia, lo único que resultó fructífero fue el estudio: el contenido del temario me resultaba familiar y, según pasaban los días, me sentía más preparada para mi nuevo trabajo.

Encontrar un sitio donde vivir no fue tan sencillo. Nunca había vivido sola y decidí que no era el mejor momento para dar ese paso tan importante, así que empecé a buscar una habitación en una casa compartida. La primera olía tantísimo a tabaco que se me lloraron los ojos de lágrimas, a pesar de que el anuncio afirmaba que era un espacio libre de humo. La segunda era la típica guarida estudiantil, con cubos de basura a rebosar, ollas apiladas en el fregadero y desorden por todas partes. La tercera habría sido perfecta de no ser porque la propietaria no dejó de repetir lo mucho que le fastidiaba tener que alquilar una habitación para llegar a fin de mes desde que su novio la había dejado. Nada era precisamente acogedor.

En cuanto al señor Mickleby, las hostilidades se reanudaron. El viernes salí de la granja con una lista de sus comidas favoritas y el sábado por la mañana me abrí paso entre la multitud del supermercado para comprarle lo que necesitaba. En su defensa, diré que me dio las gracias e incluso me sonrió mientras le llenaba la nevera y los armarios. Tenía el talonario listo y todo fue como la seda… Hasta el lunes por la mañana, cuando volví para ver cómo estaba y me encontré de nuevo en el punto de partida. ¿Qué hacía

allí? ¿Por qué me molestaba en ocuparme de un viejo? ¿No tenía nada mejor que hacer? ¿Por qué no podía dejarle en paz?

El miércoles por la mañana, conduje hasta Hedgehog Hollow con leche fresca, pan y fruta. El viento soplaba con fuerza y llovía a cántaros, así que me dejó pasar al vestíbulo y me indicó que esperara allí. Unos minutos después, regresó con un cheque y me abrió la puerta para que me marchara. Tuve la clara impresión de que ni siquiera me habría dejado entrar si no fuera por la lluvia. No conseguí sonsacarle ni una sola palabra, ni siquiera un comentario sobre el mal tiempo, y volví al coche desanimada.

No tenía planeado visitar a Hannah, pero necesitaba estar con alguien que apreciara mi compañía.

—Puede que tuvieras razón con el señor Mickleby —comenté mientras sostenía una humeante taza de chocolate caliente en Fuchsia Cottage. Le conté las interacciones que había tenido con él aquella semana.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó.

—Sinceramente, no lo sé. Si fuera un paciente, sería amable, haría mi trabajo y aceptaría que no quiere hablar. Pero no lo es, y me siento perdida.

Hannah caminaba de un lado a otro mientras se frotaba la espalda y hacía una mueca de dolor.

—Esto te está afectando de verdad, ¿eh? ¿Por qué no lo dejas?

—No puedo. Se moriría de hambre.

—No es tu responsabilidad, Sam.

—Lo sé, pero…

Se estiró y siguió paseando.

—Pero ¿qué? ¿Qué te pasa con el señor Mickleby? Tiene que haber algo que te empuje a soportar todo este sufrimiento.

Apuré mi taza y la dejé sobre la mesa.

—Yo también me lo he preguntado varias veces, y siempre termino pensando en el abuelo. Se parecen un poco, y su actitud me recuerda muchísimo a la del abuelo cuando murió Nanna. Perdido. Solo. Quiero ayudarle.

Hannah se sentó y se acarició la barriga.

—¿Sabes lo que creo? Creo que después de todo lo que has pasado este último año, tú también te sientes perdida y sola, y buscas a alguien o algo que llene ese vacío. El señor Mickleby cumple ese papel: es un proyecto en el que volcarte y un posible sustituto de tu abuelo. —Su voz era suave y comprensiva.

¿Podría ser eso? Sin duda, explicaría muchas cosas.

—No me importa que no hable mucho, siempre y cuando sea educado. Lo que no soporto es la hostilidad. Ya tengo bastante con la de mi madre.



Esa noche no pude dormir. La situación con el señor Mickleby me afectaba demasiado. Como le había dicho a Hannah, me recordaba mucho al abuelo durante las semanas y meses posteriores a la muerte de Nanna: una sombra de sí mismo, tan consumido por la pena que apenas vivía. Hice todo lo posible por sacarle del abismo y, aunque nunca dejó de echar de menos a la abuela, acabó encontrando la paz y la felicidad. Thomas Mickleby era un desconocido, uno bastante gruñón, así que no sería fácil, pero tenía que intentar darle sentido a su solitaria existencia. Tenía que creer que había una razón por la que había ido a parar a Hedgehog Hollow y le había salvado la vida. De lo contrario, ¿para qué habría servido todo aquello? Había perdido a casi toda mi familia por llegar tan tarde a la boda y me negaba a aceptar que de ese horrible día no hubiera salido nada bueno.

Haría falta mucho tiempo y paciencia para romper del todo esa coraza, pero estaba dispuesta a intentarlo. Tenía paciencia y tiempo. Pero ¿los tendría el señor Mickleby?



Rich y Dave me invitaron a cenar a Brook Cottage el viernes por la noche y me dijeron que podía quedarme a dormir si me apetecía beber. Decidí aceptar su oferta, así evitaba conducir de vuelta a Whitsborough Bay de noche y podía regresar al día siguiente para hacer la compra del señor Mickleby.

Pasamos una velada encantadora, llena de risas otra vez, justo lo que necesitaba después de una semana tan dura.

—¿Ha habido suerte con la segunda tanda de visitas de pisos de hoy? —preguntó Dave.

—Ha sido un desastre —respondí. Ya había hablado con Rich a principios de semana y le había contado lo mal que habían ido las tres primeras visitas. —Dos se cancelaron: una se la quedó otra persona y la otra cambió de idea y ya no quería alquilar la habitación. La tercera estaba en una carretera principal muy transitada y sin aparcamiento. Por ahora vamos seis a cero. No estaréis buscando un inquilino, ¿verdad?

Ambos me sonrieron.

—Pues ahora que lo mencionas… —replicó Rich—. ¿Recuerdas que te conté que queríamos ampliar la casa? Hemos pensado que podríamos ahorrar más rápido si alquilamos el dormitorio libre. Así que nos preguntábamos si, en vez de pagarle a unos desconocidos, querrías alquilar la habitación de tus dos nuevos mejores amigos.

Me miraron con expectación, como si fueran dos perros que esperan su paseo matutino, y me sentí abrumada al pensar que aquellas dos personas maravillosas habían aparecido en mi vida justo cuando había un vacío tan grande en mi corazón, como había dicho Hannah.

—¡Dios mío! ¿En serio? —Miré de uno a otro—. ¡Sí, por favor!

Soltamos una carcajada y nos fundimos en un abrazo colectivo.

—Puedes mudarte cuando quieras —afirmó Dave—. Tenemos que vaciar algunas cosas del armario, pero no nos llevará mucho tiempo. Podrías instalarte mañana, si hiciera falta.

Les sonreí.

—Chloe y James vuelven de luna de miel el lunes. Si regresa relajada, feliz y dispuesta a perdonarme, prefiero quedarme en casa una semana más para asegurarme de que volvemos a estar bien antes de mudarme.

Rich asintió con la cabeza.

—¿Y si vuelve de mal humor y no quiere hablar contigo…?

—Entonces podría mudarme cualquier día a mediados de la próxima semana. Sois fantásticos, chicos. Gracias.

—Vamos a brindar por nuestra nueva compañera de piso —declaró Dave mientras levantaba su jarra de cerveza.

Choqué mi vaso con los suyos. Sospechaba que me mudaría muy pronto. Tenía la horrible sensación de que Chloe no iba a volver de su luna de miel con ganas de retomar nuestra amistad.

CAPÍTULO 22



Durante el desayuno, Rich y Dave me ofrecieron una charla motivadora sobre lo inspiradora que les parecía mi amabilidad hacia un desconocido, y eso me llenó de energía mientras conducía hacia Hedgehog Hollow el sábado por la mañana. Podía hacerlo. Podía ganarme al señor Mickleby. Solo tenía que seguir insistiendo poco a poco y no tomarme sus arrebatos como algo personal. Porque no lo eran.

—No sabía si volverías o no —dijo el señor Mickleby nada más abrir la puerta.

—¿Por qué lo dice?

—El miércoles no fui muy agradable contigo.

Le dediqué una sonrisa amable.

—Si le soy sincera, estuve a punto de no volver.

—Y, sin embargo, aquí estás.

—Sí. Es culpa de Misty-Blue. No deja de mandarme mensajes diciéndome que quiere jugar con la encantadora de gatos. Incluso me obligó a traerle juguetes. —Metí la mano en una de las bolsas y saqué un plumero para gatos.

El señor Mickleby sonrió, lo que disipó del todo mis nervios, y se apartó para dejarme entrar.

—¡Misty-Blue! —la llamó mientras nos dirigíamos hacia la cocina —. La enfermera Wishaw ha venido a verte.

Dejé las bolsas sobre la mesa.

—Por favor, llámeme Sam. O Samantha, si lo prefiere.

—Samantha, entonces. No me gusta que la gente utilice diminutivos.

No me pidió que yo también lo llamara por su nombre. Puede que aún fuera demasiado pronto para eso.

—¡Ah, ahí estás! —Me agaché para coger a Misty-Blue y la mecí entre mis brazos—. Te he traído un juguete, como me pediste. ¿Quieres jugar? —Agité el plumero delante de ella y enseguida atrapó las plumas con las patas.

—¿Sabe qué, señor Mickleby? ¿Por qué no juega usted con ella mientras yo vacío las bolsas?

Sin decir nada, me arrebató el juguete y se sentó al otro lado de la mesa para jugar con la gata. Su sonrisa se ensanchaba con cada salto que daba el felino. Si hubiera sabido que un simple juguete podía obrar semejante magia, lo habría traído mucho antes.

Cuando terminé de guardar la compra, el señor Mickleby me sorprendió al ofrecerse a prepararme una taza de té.

Nos sentamos a la mesa con nuestras tazas mientras él seguía jugando con la gata.

—El miércoles fue un día muy duro para mí —me explicó al cabo de un rato—. Se cumplieron exactamente veinte años de la muerte de mi Gwendoline. —Alzó la vista, y vi que sus ojos eran dos pozos de dolor—. Lo siento. Lo pagué contigo.

Sin duda, eso explicaba el paso atrás en nuestra relación.

—Yo también lo siento. Ojalá me lo hubiera dicho.

—No podía. ¿Quién sigue de duelo después de veinte años?

Alargué el brazo y coloqué la mano sobre la suya con suavidad.

—Alguien que amaba tanto a su mujer como es evidente que usted amaba a la suya.

Asintió con lágrimas en los ojos.

—Eres una buena chica. Gracias. ¿Tienes novio?

—No. Lo tuve y creía que era mi «felices para siempre», pero resultó que yo no era la suya.

—¿Tu «felices para siempre»? Me gusta ese nombre. Gwendoline era mi «felices para siempre», aunque no pudiera quedarse conmigo

para siempre. Estas dos últimas décadas sin ella han sido dolorosas, pero las volvería a vivir por los treinta y siete años que pasé a su lado.

Volvió a mirar a la gata y agitó de nuevo el plumero. Debieron de compartir un amor inconmensurable. Si alguna vez me sentía preparada para dejar entrar a otro hombre en mi vida, eso era exactamente lo que quería.

CAPÍTULO 23



Me pasé toda la mañana del lunes nerviosa, preguntándome si Chloe querría hablar conmigo cuando volviera de su luna de miel a última hora de la tarde. Tenía el estómago como si hubiera un hámster corriendo dentro de una rueda llena de mariposas: una mezcla de náuseas y expectación.

Aún no me había bloqueado en redes sociales… de momento. Mientras comía en la barra de la cocina, eché un vistazo a las fotos que había subido en Facebook de la luna de miel. Bronceados y radiantes de felicidad, era evidente que tanto ella como James habían disfrutado de Mauricio. ¿Y quién no lo haría? Parecía el paraíso en la Tierra.

Tal y como había ocurrido antes de la boda, cada selfi en el que salían abrazados y besándose era como un puñetazo en el estómago, pero tendría que acostumbrarme y superarlo como fuera. No podía seguir así.

A medida que avanzaba la tarde, las náuseas aumentaron. Intenté concentrarme en la preparación de las clases, pero tenía que leer la misma frase una y otra vez porque no me enteraba de nada.

Ni siquiera un paseo por la playa de North Bay consiguió calmarme. No paraba de mirar el reloj y de contar las horas que faltaban para su regreso.

—¿Por qué no puedes creerme cuando te digo que no pasó nada en la boda? —le pregunté a mi madre esa noche. Estaba sentada en las escaleras mientras ella se ponía la chaqueta para acompañar a la tía Louise y al tío Simon a casa de Chloe y James.

—No pasó nada porque Chloe apareció a tiempo —replicó, sin mirarme siquiera.

—Fue un abrazo. Un simple abrazo amistoso para felicitarlo y darle las gracias por preocuparse por mí. Totalmente inocente. No entiendo por qué siempre piensas lo peor de mí.

Con un suspiro exagerado, se giró hacia mí.

—Eso no cambia el hecho de que estés enamorada del marido de tu prima, ¿verdad?

—Pero él quiere a Chloe, no a mí. —Me sentí como si estuviera dentro de la película Atrapado en el tiempo, repitiendo la misma discusión una y otra vez.

—¿Cómo te sentirías si fuera al revés y Chloe estuviera enamorada de tu marido? No creo que te hiciera mucha gracia, ¿verdad?

—No me importaría. Si confiara en mi marido y estuviera segura de su amor, no habría nada de qué preocuparse.

—Exacto. Pero estamos hablando de Chloe. Piénsalo, Samantha.

La puerta principal se abrió y papá entró en el recibidor con una sonrisa, pero esta se desvaneció en cuanto nos vio. Su mirada fue de mamá, que estaba de pie con las manos en las caderas, a mí, encorvada en las escaleras.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

—Pregúntaselo a tu hija. Me voy a ver a Chloe y James —replicó mamá, y lo empujó al pasar por su lado—. Hasta luego.

Cerró la puerta de golpe, y yo me estremecí.

—Lo siento, papá. Cometí el error de pedirle que me dejara acompañarla.

Asintió con la cabeza. El cansancio de las últimas dos semanas se evidenciaba en sus ojeras y en las arrugas de su frente.

—Pon la tetera, anda, y charlaremos un rato. Tengo que cambiarme primero. Mi camisa está llena de vómito de gato.

—Y yo que pensaba que había tenido un mal día.

—La dicha de ser veterinario —bromeó con una mueca, aunque sabía a ciencia cierta que no cambiaría su trabajo por nada del mundo. Adoraba a los animales y amaba lo que hacía. Durante un tiempo me planteé seguir sus pasos, pero al final decidí probar con las personas. A veces me preguntaba si había tomado la decisión correcta. La gente podía ser muy cruel.

Papá me apretó el hombro al subir las escaleras y, con un suspiro, fui a la cocina a preparar el té.

Las dos semanas siguientes a la boda habían sido horribles en casa. Mamá había pasado casi todo el tiempo con la tía Louise, probablemente especulando sobre si yo era la culpable de haber arruinado el matrimonio de Chloe. Por lo visto, la «feliz pareja» había vuelto a discutir en el aeropuerto y estuvieron a punto de cancelar su luna de miel, pero James consiguió convencerla para subir al avión. Según mamá, por mi culpa, por supuesto. Por suerte, Mauricio era tan romántico y bonito que, tras un par de días, Chloe se había calmado y había perdonado a James. Sin embargo, a mí no me perdonó. Y mamá parecía encantada cuando me lo contó.

—No sé a qué se refería mamá cuando dijo eso de «Piénsalo, Samantha» —le pregunté a papá después de relatarle nuestra última discusión—. ¿Tú lo sabes?

Reflexionó un momento mientras le daba sorbos a su café.

—No me ha contado nada, así que solo puedo hacer suposiciones. Dices que mencionaste la confianza, y creo que la cosa va por ahí. Bajo mi punto de vista, creo que no se trata de ti, sino de Chloe, que teme repetir la misma historia tras sus malas experiencias anteriores.

—Pero eso es cosa de James, no mía. Sabe perfectamente que nunca intentaría quitárselo.

Papá se encogió de hombros.

—Ya lo sé, pero no sería la primera vez que la engañan, y la confianza es algo muy importante para ella.

Desde el otro lado de la barra, vi que tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando o llevara noches sin dormir. Eso también era culpa mía.

—Siento que estés en medio de todo esto. No es justo que mamá lo pague contigo.

—No debes sentirte culpable por cómo me trata tu madre —respondió con una sonrisa cansada—. Después de treinta y seis años juntos, ya estoy acostumbrado.

—¿Sois felices? —pregunté.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque no recuerdo la última vez que os vi reír juntos, y nunca salís los dos solos. —Las pocas veces que iban a tomar algo o a comer, siempre lo hacían con la tía Louise y el tío Simon, o con los compañeros de trabajo de papá—. Ni siquiera celebrasteis vuestro aniversario el mes pasado, y era uno importante.

—Treinta y tantos años no es mucho. La gente suele celebrar las bodas de plata o las de rubí. Además, había demasiado ajetreo con los preparativos de la boda de Chloe.

Le lancé una mirada escéptica.

—Por mucho que las películas digan lo contrario, el matrimonio no es fácil —añadió—. Hay que trabajarlo mucho, y algunos requieren más esfuerzo que otros.

—No has respondido a mi pregunta. —El corazón me latía con fuerza porque ya sabía la respuesta. Hacía años que no eran felices. Mamá solo parecía contenta cuando estaba con la tía Louise o con Chloe. Papá no la hacía feliz y, desde luego, yo tampoco.

Papá se levantó del taburete.

—Estamos bien. —Dejó la taza en el lavavajillas y se volvió hacia mí con una sonrisa forzada—. No te preocupes por nosotros. Cuéntame qué tal tu día.

Cuando mamá volvió a casa, poco después de las diez, la estaba esperando en las escaleras. Entró en el recibidor con una sonrisa en los labios, más relajada de lo que la había visto en mucho tiempo. Sin embargo, la sonrisa desapareció en cuanto me vio mientras colgaba la chaqueta y se le tensaron los hombros.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Se lo han pasado de maravilla, y no gracias a ti —respondió con frialdad.

—¿Dijo si está dispuesta a verme o, al menos, a hablar conmigo?

—No quiere saber nada de ti.

—¿Intentaste convencerla?

Mamá entrecerró los ojos.

—¿Y por qué iba a hacerlo si creo que la culpa es tuya?

—Porque soy tu hija. Porque Chloe es mi familia.

—No pienso tener esta conversación otra vez, Samantha —masculló, irritada—. He pasado una velada estupenda y, como siempre, llego a casa y todo vuelve a girar en torno a ti. —Negó con la cabeza y empezó a caminar por el pasillo.

—Bueno, pronto dejará de girar en torno a mí.

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta al recordar la expresión apenada que puso papá cuando comentamos la propuesta de Rich y Dave. No quería contárselo mientras mamá estuviera presente, así que aquella fue mi oportunidad. Mudarse siempre había estado en mis planes, aunque no hubiera aceptado el trabajo en Reddfield, pero no se esperaba que fuera tan pronto. Le dije que terminaría de tomar una decisión en función de la reacción de mamá al volver de casa de Chloe y de si mi prima estaba dispuesta a hablar conmigo, porque si la hostilidad continuaba, él sería la única razón por la que quedarme en Whitsborough Bay. Y, por mucho que lo negara, mi presencia no ayudaba a su matrimonio, ya bastante tenso de por sí, y él sería la única razón para quedarme en Whitsborough Bay.

Mamá se detuvo y me miró a través de los barrotes de la barandilla.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que me voy de casa.

—¿De casa?

—Mis nuevos amigos, Rich y Dave, me han ofrecido quedarme en su habitación libre.

—¿Cuándo te vas?

—La habitación está disponible ya, así que probablemente el sábado.

Frunció el ceño y, por un breve instante, creí que iba a decirme que no había prisa, que lo sentía, que podíamos arreglarlo. El corazón me dio un vuelco y me sudaban las manos mientras la miraba fijamente a los ojos. Esperaba ver alguna señal que me indicara que nuestra relación estaba agrietada, no rota por completo.

—Ya, bueno, creo que es lo mejor para todos. —Enderezó los hombros y caminó hacia la cocina—. ¿Por qué esperar hasta el sábado? —añadió antes de cerrar la puerta.

Me sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Con el cuerpo tembloroso, me aferré a la barandilla para no perder el equilibrio. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué seguía esperando que me tratara con algo que no fuera desprecio o indiferencia?

¿Debería ir tras ella? ¿Decirle que no tenía por qué irme todavía? ¿Suplicarle que habláramos para tratar de entender por qué nuestra relación siempre había sido tan difícil? Pero ¿para qué iba a hacerlo? Ya había tomado su decisión, y era la misma de siempre: la tía Louise y Chloe por encima de papá y de mí.

Subí las escaleras en silencio. Con un suspiro, contemplé mi habitación, que había sido mi hogar durante los últimos veintiocho años (a excepción de mi época en la universidad y de los dos años que viví con Harry). Era hora de despedirse.

Para Rich:

Chloe se ha negado a verme y mamá no puede esperar a librarse de mí. ¿Puedo empezar a llevar mis cosas mañana? Besos

De Rich:
Dave dice que ha tenido un día de mierda y que acabas de mejorarlo con creces. Ya hemos vaciado el armario, así que puedes mudarte cuando quieras. Bienvenida a Brook Cottage 😊 Besos

CAPÍTULO 24



Conduje hasta Whitsborough Bay a primera hora de la mañana siguiente y me di el capricho de comprarme un juego de maletas y varias cajas de almacenaje. Me pasé el día haciendo las maletas mientras mis padres estaban en el trabajo y, a la hora de cenar, llevé una primera tanda de cosas a Brook Cottage.

En cuanto crucé de nuevo la puerta de casa, ya al anochecer, oí gritos procedentes de la cocina.

—¡Estás siendo injusta! —chilló papá—. Deberías intentar reconciliarlas, no aumentar la brecha entre ellas.

—¿Y por qué tengo que hacerlo yo? —replicó mamá a gritos—. Ella se lo ha buscado, que apechugue con las consecuencias.

—Sammie no provocó nada de esto.

—Y Chloe tampoco. Su matrimonio estuvo a punto de romperse antes de que empezara siquiera por culpa de sus celos.

—Esto no tiene nada que ver con los celos. Fue…

Volví a salir, cerré suavemente la puerta y me senté en el escalón de la entrada con la cabeza entre las manos. Seguía oyendo los gritos, pero al menos ya no distinguía las palabras. Una puerta se cerró de golpe y, unos segundos después, se encendió la luz del dormitorio de mis padres. Conté hasta tres, abrí la puerta de nuevo y anuncié con tono alegre:

—¿Hola? ¡Ya estoy en casa!

Papá salió de la cocina con una sonrisa forzada.

—Hola, tesoro. ¿Qué tal el día?

—Bien, aunque mejoraría mucho con un abrazo de mi padre.

—Eso puedo arreglarlo.

Me abrazó un poco más fuerte de lo habitual, y tuve que parpadear para contener las lágrimas. ¿Qué le había hecho? Siempre había estado de mi parte, y eso había destruido su matrimonio. Lo estaba destruyendo a él. Iba a echarle muchísimo de menos cuando me marchara, pero tenía que poner distancia entre mamá y yo. ¿Bastaría con mi ausencia para arreglar su relación? Porque sospechaba que ya no tenía remedio…



—Esta es la última caja —dijo papá mientras cerraba el maletero de su coche a la tarde siguiente.

—No hacía falta que salieras antes del trabajo, pero te lo agradezco mucho.

—No iba a permitir que te marcharas sin despedirnos. Además, así aprovecho para ver tu nuevo hogar y conocer a tus compañeros, y de paso te evito diez viajes en tu diminuto coche.

El asiento trasero y el maletero de mi coche estaban llenos, y seguramente habría tenido que hacer otros tres viajes, sin contar con el de ayer, si papá no se hubiera ofrecido a ayudarme con la mudanza. Al principio no pensaba llevarme todas mis cosas, únicamente lo esencial, pero cambié de opinión cuando anoche me topé con aquella discusión tan acalorada. Mi relación con mi madre nunca había sido buena, pero se había deteriorado aún más desde que volví a casa tras la ruptura con Harry. Por eso tenía que borrar cualquier rastro mío de aquella casa, para que mamá entendiera que me iba y que no pensaba volver. Era un nuevo comienzo para las dos y, con suerte, también para ella y papá.

Mamá había ignorado por completo nuestras idas y venidas mientras cargábamos el coche, pero ahora salió de casa al tiempo que se ponía la chaqueta.

—Voy a casa de Louise —le informó a papá.

—Vale. Hasta luego.

Me miró de reojo y contuve la respiración, ya que no sabía si sus palabras de despedida serían amables o venenosas. Sin embargo, lo último que esperaba era que no dijera ni una sola palabra. Se alisó el cuello de la chaqueta, negó con la cabeza y echó a andar calle abajo.

Me apoyé contra la puerta del coche, bajé la cabeza y cerré los ojos durante un instante. «Así que eso es todo. Me voy de casa para siempre y ni siquiera se despide». Noté la mirada de papá clavada en mí, así que me incorporé y le dediqué una sonrisa.

—Vamos allá. —Me dejé caer en el asiento y cerré la puerta antes de que le diera tiempo a decir nada. Lo último que necesitaba ahora mismo era compasión. Lo que necesitaba era seguir adelante y olvidarme de ella. O al menos intentarlo.

CAPÍTULO 25



El señor Mickleby me esperaba con la puerta abierta y el rostro pétreo cuando crucé el patio de la granja a la mañana siguiente. «Oh, no, ¿y ahora qué?».

—He estado pensando en la cocina Aga —comentó—. ¿Cuánto crees que costaría hacerle una revisión y que alguien me enseñara a usarla?

—Buenos días para usted también, señor Mickleby —saludé con alegría.

Su expresión se suavizó.

—Perdón. Buenos días, Samantha. ¿Ya te has mudado?

¿Así que realmente me estaba escuchando cuando le conté mis planes?

Debió de notar mi sorpresa.

—Te escucho cuando hablas, ¿sabes? Lo que pasa es que no se me da bien conversar.

—Si me deja pasar, le cuento cómo fue la mudanza y usted me cuenta lo de aprender a cocinar.

Lo seguí hasta la cocina y empecé a sacar la compra de las bolsas.

—¿Qué le ha hecho pensar en aprender?

—Los huevos. Compraste una caja y no puedo comerlos, pero me apetecía mucho uno frito.

—Sabe que puede hacerlos en el microondas, ¿verdad?

Hizo una mueca.

—Muy graciosa. Puede que no sepa cocinar, pero hasta yo sé que los huevos explotan si los metes en el microondas.

Contuve una carcajada.

—No se mete el huevo entero. Déjeme guardar esto y le enseño. ¿Por eso quiere aprender a usar la Aga? ¿Para escalfar o freír un huevo?

Asintió con la cabeza.

—No tengo ni idea de cuánto costará una revisión, pero puedo averiguarlo. —Me mordí el labio—. ¿Va justo de dinero? ¿No sería mejor venderla?

El señor Mickleby apretó los labios y negó con la cabeza.

—Puede que mi cuerpo empiece a fallar, pero la vista no. Veo lo mismo que tú, muchacha. Sé que la granja se está cayendo a pedazos, que los establos están en ruinas y la carretera, llena de baches. Sé que he descuidado la casa y que necesita una buena limpieza. Cuando mi Gwendoline vivía, la casa brillaba y relucía, igual que ella. Cuando me la arrebataron, ya no importaba cada cuánto pasara la aspiradora o limpiara el polvo: todo dejó de brillar y relucir. Así que hice lo mínimo, si es que lo hacía, y esperé a reunirme con ella. —Suspiró y volvió a negar con la cabeza—. Eso nunca ocurrió. Tengo dinero. Podría pagar la reconstrucción de los graneros, el arreglo de la carretera y la reforma de la casa, pero lo que no tengo es energía ni ganas. Teníamos planes. Muchos. Pero ¿qué sentido tenía llevarlos a cabo sin mi Gwendoline? ¿Lo entiendes?

Me enorgullecí por no haber hecho suposiciones, pero había sacado una conclusión muy precipitada en lo referente a sus finanzas, cosa que estaba muy mal por mi parte.

—Sí. Tiene sentido. Lo siento mucho. No debería haber supuesto que…

—Así es. Nunca des nada por hecho, porque es muy posible que te equivoques. Monté un negocio con un amigo y lo vendimos por una buena suma. Pero entiendo por qué lo pensaste. Como ya te he dicho, tengo ojos y lo veo. Solo preguntaba lo del dinero por si el

técnico no acepta cheques. Estaba pensando que quizá tendría que extenderte un cheque para que sacaras el dinero en efectivo.

—Deje que pida un presupuesto y ya vamos viendo.

Asintió con la cabeza, y el silencio se adueñó de la cocina.

—¿Quiere que le enseñe a hacer un huevo en el microondas? —pregunté.

—Sí, venga. Eso tengo que verlo.

Le enseñé a escalfar un huevo en una taza, y disfruté viendo su cara de asombro, sobre todo cuando probó un bocado y admitió que estaba bueno. Luego lo intentó él y no pude dejar de sonreír al ver la expresión de dicha que puso mientras devoraba su bocadillo de huevo.

—No comía huevos desde que mi Gwendoline falleció. Gracias.

—Ha sido un placer. —Lo decía totalmente en serio. Luego pregunté con suavidad—: ¿Cómo era ella?

—¿Mi Gwendoline? —Se encogió de hombros—. Era la mujer más bondadosa que nadie haya conocido jamás. Amable con los desconocidos, con los niños, con los amigos y, sobre todo, con los animales. Adoraba todo lo relacionado con la naturaleza y encontraba la belleza en cualquier parte. —Los ojos le brillaban y el rostro se le iluminó mientras hablaba de ella. Se me encogía el corazón al pensar que pudiera existir un amor tan duradero que ni dos décadas de separación habían podido con él.

—Parece que era encantadora.

—Lo era. Pero la gente se aprovechaba. Siempre lo hacen con la gente buena. Se me partía el corazón al ver cómo la trataban su familia y algunos amigos. —Negó con la cabeza y frunció el ceño—. Era feliz aquí, en la granja, pero su tiempo se truncó demasiado pronto. Dicen que los buenos nos abandonan siendo jóvenes, ¿no? Era la mejor persona del mundo. Y si quieres saber lo que sentía por ella… Lo era todo para mí, muchacha. Me hacía reír, me hacía llorar, me hacía sentir. Esa mujer llenaba mis días de dicha. Gracias a ella, soy el hombre que soy a día de hoy… o más bien el que era antes de

convertirme en este viejo cascarrabias, gruñón, maleducado y malhumorado que insistes en aguantar.

Cuánto amor. Cuánta soledad. Tenía la garganta cerrada y los ojos llenos de lágrimas. No me atrevía a hablar por miedo a que las palabras salieran en un torrente confuso y sollozante.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo.

Asentí.

—¿Por qué malgastas tu tiempo conmigo?

Respiré hondo, con la esperanza de ofrecerle una respuesta coherente.

—Porque, por muy cursi que suene, me importa lo que le pase. Me recuerda a alguien que fue muy importante para mí. Me recuerda a mi abuelo.

—¿También te lo arrebataron?

—El verano pasado, dos días después de cumplir los setenta y cinco.

—Lo siento mucho. ¿También era cínico, gruñón, maleducado y malhumorado?

Sonreí y negué con la cabeza.

—Todo lo contrario. Pero también perdió al amor de su vida demasiado pronto, y veo en sus ojos la misma mirada perdida y atormentada. Nunca llegó a decirlo, pero sé que quería reunirse con su mujer, igual que usted. Pero todavía no había llegado su momento. Su familia lo necesitaba. Yo lo necesitaba. Y él también nos necesitaba.

Se hizo el silencio. ¿Había dicho demasiado? Pero ya no había marcha atrás.

—No sé cuáles son sus creencias, señor Mickleby, pero yo siempre he creído en el destino y en que las cosas suceden por una razón. Hay un motivo por el que lo encontré aquel día. Hay un motivo por el que ahora formo parte de su vida. Creo que usted me necesita, aunque solo sea para hacerle compañía y para que alguien se asegure de que come. Pero creo que yo también lo necesito a

usted. Aún no sé por qué, pero estoy segura de que las razones acabarán saliendo a la luz. Siempre lo hacen.

El labio le tembló y sacó un pañuelo blanco del bolsillo para secarse los ojos.

—Lo siento. ¿He ido demasiado lejos? No era mi intención disgustarlo. ¿Quiere que me vaya?

—No. Yo… —Se inclinó hacia delante como si fuera a decirme algo, pero se recostó de nuevo en la silla tras una breve pausa—. En realidad, estoy un poco cansado. Avísame cuando sepas algo de la Aga, ¿de acuerdo?

Me levanté y cogí mi bolso.

—¿Quiere que le traiga algo antes de irme?

—Estoy bien. Gracias. Eres muy amable.

—Hago lo que puedo.



Cuando me detuve junto a mi coche cinco minutos después, respiré hondo y disfruté del aire puro mientras observaba el patio de la granja. Era un lugar precioso, de eso no había duda. ¿Había explorado alguna vez sus tierras el señor Mickleby? Faltaban pocos días para que llegara septiembre y las últimas semanas habían sido cálidas y secas. Si el buen tiempo aguantaba, quizá podía proponerle ir a dar un paseo por la finca algún día. Caminaba despacio, pero no parecía tener problemas de movilidad. Le vendría de maravilla respirar aire fresco. Y si no se sentía con fuerzas, siempre podía remangarme y limpiar las ventanas para que al menos pudiera contemplar el paisaje.

CAPÍTULO 26



Papá condujo hasta Umplesthorpe para invitarme a comer el domingo en The Black Swan.

—¿Alguna noticia sobre Chloe? —pregunté cuando nos sentamos con nuestras bebidas.

Se sonrojó al momento.

—Anoche salimos todos a cenar y Chloe y James nos dieron una gran noticia.

Me lanzó una mirada triste, con los labios apretados en una fina línea, y el estómago me dio un vuelco. «Gran noticia» solo podía significar una cosa.

—¿Van a tener un bebé? —Me costó pronunciar las palabras—. ¿De cuánto está?

—Trece semanas. El viernes les hicieron la ecografía y todo va bien.

Intenté sonreír, pero me daba a mí que fue más bien una mueca, y me odié por ello. En realidad, me alegraba mucho por ellos. Chloe adoraba a los niños y nunca había ocultado su deseo de tener una familia numerosa. Estar rodeada de niños menores de cuatro años durante todo el día en la escuela donde trabajaba como asistente de preescolar había sido duro para ella, sobre todo cuando iba encadenando una relación desastrosa tras otra. Siempre daba por hecho que ninguno de sus novios era un posible candidato a marido o padre, y temía no llegar a encontrar nunca a alguien que sí lo fuera. Pero luego apareció James y todo cobró sentido para ella… y se desmoronó para mí.

—Di algo, por favor —me pidió mientras yo miraba mi gaseosa con lima y removía lentamente el sirope que se había posado en el fondo.

Solté la pajita y me dejé caer contra el respaldo.

—No es por el hecho de que vayan a tener un bebé. Siempre supe que pasaría más pronto que tarde y, como ya sabía las ganas que tenía Chloe de formar una familia, no me sorprende que haya pasado ya. Lo que me duele es que antes yo era la primera en enterarme de este tipo de cosas, pero no me contó que estaba embarazada antes de la boda ni me lo va a contar ahora, porque ya no somos amigas.

Papá le dio un sorbo a su limonada.

—Nadie lo sabía antes de la boda. Bueno, James sí, claro, pero querían que la atención se centrara en la boda, no en el bebé.

—¿Y Chloe dijo que podías contármelo?

Su mirada apenada me partió el alma.

—Lo siento, tesoro. Me costó mucho decidir si te lo contaba o no, pero pensé que te resultaría más doloroso si después te enterabas de que todos te lo habíamos ocultado.

—Has hecho bien, y no es culpa tuya. —Solté un profundo suspiro—. ¿Cómo nos hemos distanciado tanto?

—No lo sé, Sammie. Sigo sin entender por qué Chloe reaccionó de ese modo. Dale un poco de tiempo. Eres su única amiga de verdad. Pronto se dará cuenta de cuánto te echa de menos y te necesita, y entonces volverá arrastrándose.

Yo no estaba tan segura.

—Ahora tiene a James.

—Un marido no sustituye a la persona a la que has querido y conocido toda tu vida. —Habló con voz derrotada.

—¿Hablas de Chloe y de mí, o de mamá y la tía Louise?

—¿Tan evidente soy?

—Para mí, sí. Supongo que mamá sabe que has venido a contarme lo del bebé. ¿Qué dijo?

Vaciló y luego sonrió.

—No te preocupes por eso. —Cogió un menú y le echó un vistazo —. Todo tiene muy buena pinta. ¿Qué me recomiendas?

Su entusiasmo no me engañaba. La discusión debió de ser espantosa. Chloe y yo no éramos las únicas que se habían distanciado.

CAPÍTULO 27



—Bienvenida al equipo, Sam. —Mi nueva jefa, Lauren, me estrechó la mano con entusiasmo en mi primer día en el TEC—. Me alegro de tenerte con nosotros.

—Me alegro de estar aquí —repliqué. La formación del personal estaba programada para los dos primeros días del nuevo curso académico. Los alumnos empezarían el miércoles.

—Había pensado que podíamos dejar tu bolso y tu abrigo en la oficina del departamento, hacer una visita rápida, tomar algo y volver a la oficina para repasar unos temas. ¿Qué te parece?

—Perfecto.

Poco después de empezar la visita, abrió una puerta.

—Esta será tu aula. He dejado los pósteres y materiales que usaba tu predecesor, pero siéntete libre de cambiar lo que quieras.

—Parece un buen punto de partida. Gracias.

Los nervios me recorrieron el cuerpo. De pronto, todo parecía muy real. El miércoles me plantaría frente a la clase para enseñar de verdad. Tenía los conocimientos, la experiencia práctica y había estudiado a conciencia, pero ¿estaría a la altura como profesora? Solo el tiempo lo diría.



—Tenemos media hora antes de que empiece la formación —me informó Lauren mientras se recostaba en su silla en la pequeña oficina del departamento. Habíamos dado una vuelta rápida por el

edificio y repasado el organigrama y algunos datos importantes—. Mañana por la tarde te harán una presentación formal junto con el resto del personal nuevo, así que ahora es un buen momento para conocernos un poco mejor. ¿Empiezo yo?

Sonreí.

—Adelante.

—Mi formación es en enfermería, como tú. Llegué a la docencia por accidente, pero me encanta. Me he divorciado dos veces y no pienso buscarme un tercer marido. Ya he tenido suficiente con dos. —Puso los ojos en blanco—. No digo que nunca vuelva a tener pareja, pero, de momento, no voy a jugármela. No tengo hijos, pero sí una hermana gemela, Connie, y un sobrino fantástico. Detesto limpiar y cocinar, pero me encanta la jardinería. No me complico con el pelo ni las uñas, lo cual resulta irónico viniendo de la persona que dirige los cursos de peluquería y estética. Me apasionan los deportes de aventura y el año que viene cumplo cincuenta, así que voy a celebrarlo con un salto en paracaídas en tándem. Ah, y Connie ha conseguido convencerme para hacer una fiesta conjunta. Qué se le va a hacer. Vendrá todo el equipo, así que espero que tú también vengas. Es el viernes 28 de febrero. Apúntalo en tu agenda.

—Gracias. No aparentas cincuenta para nada. —Y era cierto. Con su melena rubia con reflejos de color miel y su rostro juvenil, le habría echado poco más de cuarenta.

Me dedicó una sonrisa radiante.

—Sabía que había una razón por la que eras mi candidata favorita en la entrevista. Bueno, te toca. Cuéntame la historia de tu vida en sesenta segundos.

—Soy de Whitsborough Bay, pero ahora vivo en Umplesthorpe. Estoy de alquiler en casa de unos amigos. Tengo veintiocho años y estoy soltera. Corté con mi novio en junio del año pasado y él se casó con mi prima el mes pasado, lo cual es una de las razones por las que quería marcharme de casa. —Me estremecí. ¿De verdad acababa de contarle eso a mi nueva jefa el primer día? Pero

desprendía tanta calidez que hacía que me sintiera cómoda al hablar con ella.

Asintió con una sonrisa alentadora en los labios, así que continué:

—Mi abuelo murió justo cuando Chloe y James empezaron a salir. Luego ocurrió algo en su boda que provocó una disputa familiar. Ha sido un año duro, pero tengo muchas ganas de empezar de nuevo. —Suspiré—. Y ahora me he quedado en blanco. ¿Qué más quieres saber?

Lauren me dedicó otra de sus sonrisas amables.

—Con eso basta por ahora. Siento que hayas tenido un año de mierda. A veces pasan estas cosas, y la diferencia entre ser feliz o desgraciada está en cómo las afrontas. Puedes revolcarte en la mierda y apestar toda tu vida, o rociar ambientador y seguir adelante. Creo que tú eres de las que echan ambientador, ¿verdad? Olvídate de ese hombre y sigue adelante.

Solté una carcajada.

—Seguro que poner distancia entre nosotros ayudará.

—¿Sabes cuál es la mejor forma de superar una ruptura? Buscarte a otro hombre.

—Uf, no. Todavía es demasiado pronto. —Hice una mueca. Habíamos roto hacía más de catorce meses, así que tampoco era tan reciente.

—¿Demasiado pronto? No está muerto. Te dejó y se casó con tu prima. No hay mejor momento que el presente.

Técnicamente, fui yo quien rompió con él, aunque tampoco es que importara mucho eso.

—Creo que ya tengo bastante con adaptarme al nuevo trabajo sin añadir a un hombre a la ecuación. Y tampoco es que pueda sacarme uno de la manga. No es tan fácil encontrar hombres decentes y solteros.

—Cierto, pero se me ocurren varios que viven por aquí, incluido mi sobrino, que tiene más o menos tu edad. Aunque, bueno, es un hombre bastante dañado, así que mejor él no. Pero conozco a varios más. Cuando estés lista, solo tienes que decírmelo.

Me moría de ganas de preguntarle por el sobrino «dañado» porque era una forma muy curiosa de describirlo, pero ya casi había llegado la hora de que empezara la sesión formativa. Además, no quería darle a Lauren ni la menor pista de que estuviera interesada en conocer a alguien nuevo. Seguro que habría cogido el teléfono al instante y habría organizado una cita para esa misma noche.

—Quizá algún día —dije.

Se levantó y me guiñó un ojo.

—En un futuro próximo. Venga, será mejor que vayamos a la formación.

CAPÍTULO 28



—Te ha pasado algo esta semana, Samantha —comentó el señor Mickleby. Era sábado por la tarde, y nos habíamos apoyado en la valla que separaba su descuidado jardín trasero de un prado de flores silvestres mientras revisaban la cocina Aga—. Has perdido tu brillo.

Arqueé las cejas.

—¿Eso significa que cree que normalmente brillo? ¿Es un cumplido, señor Mickleby?

—Si vas a seguir viniendo por aquí, quizá sea mejor que empieces a llamarme Thomas.

Sonreí. Otro avance importante.

—Thomas. Me alegra que hayamos dejado atrás las formalidades. Y estoy bien. Es agotador empezar un nuevo trabajo. Hay mucha gente que conocer y muchas cosas que recordar.

Volví la mirada hacia el mar de flores y hierbas que se mecían con la suave brisa. Las amapolas silvestres danzaban junto a los tulipanes y los tréboles, aunque no tenía ni idea de cómo se llamaban las demás flores. El olor del ajo silvestre me recordó a los paseos por los senderos costeros de Whitsborough Bay y, por un instante, me transportó a mi infancia. Adoraba los Wolds, pero echaba de menos el mar. El prado descendía suavemente hacia un pequeño bosquecillo y, más allá, se extendían las colinas onduladas.

—Qué bonito es esto —dije—. ¿Siempre ha sido un prado?

—Era un corral cuando nos mudamos. Los antiguos dueños tenían caballos, pero a mi Gwendoline le gustaba más la idea de

convertirlo en un refugio natural. Tardamos horas en esparcir las semillas durante la primera primavera que pasamos aquí. Añadimos las amapolas y algunas más aquel otoño, pero falleció antes de que pudiera ver el resultado final.

—¿Así que los dos creasteis desde cero este hermoso prado de flores silvestres?

Thomas asintió.

—Ya sé que no es mucho consuelo, pero este prado forma parte de vosotros dos. Creasteis vida juntos. Gracias a vosotros, debe de haber miles de insectos y animales viviendo entre las flores.

Apoyó la barbilla en las manos y guardó silencio durante un rato.

—Sí, muchacha —replicó por fin—. Tienes razón. Creamos vida. —Se volvió hacia mí—. Es un pensamiento feliz. Y, sin embargo, tu brillo se ha apagado todavía más.

Maldita sea. Esta charla me había recordado la nueva vida que Chloe y James habían creado y lo difícil que veía ahora la posibilidad de reconciliación. Le había mandado un mensaje a Chloe por Facebook para decirle que me había enterado de la buena noticia y que me alegraba por los dos, pero su respuesta fue: «Creía que había dejado claro que no quiero saber nada de ti. Déjame en paz». Poco después, dejó de seguirme en redes sociales.

—No creo que quiera oír mis penas —murmuré mientras apretaba la valla con los dedos.

—Tú has escuchado bastantes de las mías. Y tampoco tengo nada mejor que hacer.

—Estoy bien, de verdad. Pero gracias por preguntar. —No quería cargarlo con mis preocupaciones familiares. Bastante tenía ya con las suyas.

Permanecimos en un silencio tranquilo durante varios minutos más.

—No me imagino esto como un corral —comenté al cabo de un rato.

—Tengo algunas fotos. ¿Quieres verlas?

—Me encantaría.



Acababa de preparar té para nosotros dos y el técnico de la Aga cuando Thomas bajó las escaleras con una caja de cartón en las manos y una sonrisa en los labios.

—¡Las encontré!

Lo seguí al salón y me senté a su lado en el sofá.

—Gwendoline era muy organizada. —Dejó la caja sobre la mesita de centro y levantó la tapa.

No exageraba. Dentro había docenas de sobres blancos de tamaño A5, y cada uno tenía un tema y un año anotados en la parte frontal.

—Este es el que buscaba. —Sacó un sobre, lo abrió y extendió las fotos sobre la mesa.

Era fascinante ver la serie de fotografías que mostraban el trabajo que había supuesto transformar el corral en un prado. La mayoría eran del terreno, pero en algunas aparecían Thomas y Gwendoline cavando o sembrando, siempre sonriendo.

—No había vuelto a mirar estas fotos desde que me la arrebataron —susurró Thomas mientras las recogía cuando terminamos de verlas—. Pero me ha gustado verlas. Gracias.

—¿Tiene más fotos de erizos? —pregunté—. Me encantan las que tiene sobre el aparador.

—Tengo cientos. —Rebuscó en la caja y sacó varios sobres—. Míralas tú misma.

Durante unos buenos veinte minutos, estuve mirando un sobre tras otro mientras Thomas iba haciendo comentarios sobre algunas fotos.

—Son adorables —dije—. No tenía ni idea de que variaran tanto de color.

—Tenemos fotos de uno albino por aquí. Son muy raros, hay como uno entre cien mil, pero tuvimos dos. Son muy especiales. Y también tuvimos algunos rubios.

Cogí otro sobre y saqué las fotos. Las primeras eran primeros planos de erizos posados en las manos de alguien, seguidos de algunas en las que aparecían erizos sobre la hierba. Al pasar a la siguiente imagen, solté un grito ahogado y me tapé la boca con la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Thomas.

Señalé a la mujer de la foto, que abrazaba a un erizo contra su pecho, demasiado atónita para articular palabra.

Thomas se inclinó para mirar la imagen.

—Esa es Elizabeth Danby. Era amiga de Gwendoline. ¿La conoces?

Asentí con la cabeza, aturdida. Con manos temblorosas, pasé a la siguiente foto: un primer plano de la misma mujer, seguido de otra en la que salía riendo con Gwendoline.

—¿De qué la conoces? —insistió él.

—Es mi abuela.

Ahora fue Thomas quien jadeó. Me quitó las fotos de las manos y las hojeó con rapidez hasta que se detuvo en una en la que Gwendoline levantaba en brazos a una niña de unos cinco o seis años.

—¿Eres tú?

—¡Dios mío! —exclamé al desbloquear un recuerdo olvidado—. La señora de los erizos. Su mujer era la señora de los erizos.

Recordé que venía a Meadowcroft para soltar erizos curados en el jardín. Me contaba sus nombres y por qué los había rescatado, y luego me dejaba acariciarles la tripa. También me traía dibujos de erizos para colorear y se alegraba muchísimo cuando se los enseñaba pintados en su siguiente visita.

Thomas parecía tan sorprendido como yo.

—¿Tú eres Sammie?

Asentí.

—Muy poca gente me llama así.

—Mi Gwendoline te adoraba. No me lo puedo creer.

—Yo tampoco. Lo había olvidado por completo hasta ahora porque hace mucho tiempo de eso, pero acabo de recordarlo todo. Entonces, ¿conociste a mis abuelos?

Negó con la cabeza.

—Por aquel entonces yo estaba volcado en mi negocio y trabajaba muchas horas. No tuve el placer de conocerlos. Fueron al funeral de Gwendoline, pero no recuerdo mucho de aquel día. No tengo ni idea de con quién hablé ni de lo que dije.

Le arrebaté el montón de fotos a Thomas y les eché un vistazo. Yo aparecía en varias fotografías más, tomadas a lo largo de unos cuantos años, desde los cuatro hasta los ocho.

—Recuerdo que mi abuela me dijo que la señora de los erizos se había puesto enferma y que no volveríamos a verla, pero que había muchos erizos en los alrededores para recordarnos lo buena que era. Es increíble que esa señora fuera Gwendoline.

—Solía decir que eras la nieta que nunca tuvo, ¿sabes? Siempre volvía de Meadowcroft llena de historias sobre lo que había dicho o hecho la pequeña Sammie. Pensaba que eras la niña más amable y bonita que había conocido. Si sabía que ibas a estar en casa de tu abuela, intentaba pasarse solo para verte, aunque no tuviera que soltar ningún erizo.

—¿De verdad? Qué bonito. Siempre fue muy amable conmigo, y recuerdo que daba unos abrazos maravillosos.

Thomas sonrió.

—Debías de tener unos siete años cuando compré la granja. Gwendoline estaba deseando invitarte a que nos visitaras durante el primer verano que pasamos aquí. Estaba emocionadísima por que vieras los erizos rescatados, pero enfermó antes de que pudiera hacerlo.

—Yo tendría unos ocho años cuando murió. —Volví a mirar las fotos mientras sacudía la cabeza—. No me lo puedo creer. Es como si hubiéramos estado destinados a conocernos, como si mi destino hubiera sido encontrarte aquel día. —Se me quebró la voz mientras luchaba por contener las lágrimas.

Thomas asintió con los ojos brillantes.

—Sí, Sammie. Creo que tienes razón.



Llamé a mi padre en cuanto regresé a Brook Cottage por la tarde.

—Recuerdo a la señora de los erizos —dijo—. Creo que nunca llegué a saber su verdadero nombre. Qué pequeño es el mundo.

—¿A que sí? Y te diré más. Gracias a esto, la actitud de Thomas ha cambiado por completo. La semana pasada ya estaba más tranquilo y contento de verme, pero hoy parecía que éramos amigos de toda la vida. Me siento liberada.

—Me alegra oírlo, porque empezaba a preocuparme por ti.

—No tienes por qué hacerlo. Ya no. ¿Recuerdas si alguna vez se habló de que yo fuera a visitar la granja cuando abrieran el centro de rescate?

Se produjo una pausa.

—¿Papá?

—Sí, recuerdo que se mencionó, pero… —Suspiró—. A tu madre no le hacía mucha gracia.

—¿Por qué no?

—Fue hace mucho tiempo. No lo recuerdo bien. ¿Acaso importa ya?

—Supongo que no.

—Creo que tengo una foto de Gwendoline por ahí guardada. Intentaré buscarla antes de ir a verte.

Nos despedimos y colgamos. Papá tenía una memoria prodigiosa y estaba convencida de que sí recordaba por qué mamá no quería que fuera a Hedgehog Hollow. Pero, como siempre, intentaba ser diplomático. Seguramente fue una estratagema de mamá para echar por tierra mi ilusión. Lo hacía a menudo.

CAPÍTULO 29



Mi segunda semana como profesora transcurrió sin contratiempos. Ya me orientaba perfectamente en los edificios, había asimilado el horario y me había aprendido los nombres de todos mis alumnos. El tiempo de preparación en agosto me había servido de gran ayuda para tenerlo todo bajo control. Lo cual me había venido de perlas porque tenía planes todas las tardes de esa semana.

Hannah estaba cada vez más incómoda y desesperada por que el pequeño Spiers hiciera su aparición, y Toby no paraba de hacer horas extra para poder tomarse quince días libres cuando naciera el bebé. Encantada de ayudarles, les preparé un par de cenas. También invité a Rich y Dave a cenar fuera para agradecerles que me hubieran dejado mudarme con ellos, y mi padre se unió a nosotros una de las noches. Y, entremedias, dediqué todo el tiempo posible a Hedgehog Hollow.

Thomas era un hombre totalmente diferente. Había revisado la caja entera de fotos y encontró algunas más en las que salía yo con mis abuelos y Gwendoline en Meadowcroft. Papá también había encontrado cuatro fotografías de todos nosotros, lo cual complació a Thomas.

—Era tan guapa —musitó mientras acariciaba la imagen de su mujer con el pulgar cuando se las entregué.

—Desde luego. Fuiste un hombre muy afortunado.

Sonrió.

—Ya te digo. Y se lo recordaba todos los días.

El domingo recibí grandes noticias.

> De Toby:
> ¡Es una niña! Amelia Charlotte Spiers nació a las 5:42 de la madrugada con mucho pelo oscuro y unos pulmones impresionantes. Solo pesa 2,9 kg y ya tiene a su padre completamente hechizado. Hannah está cansada, pero se recupera bien. Al final le hicieron cesárea. Besos

Poco antes de que comenzara el horario de visitas aquella tarde, avancé por el pasillo que llevaba al ala de maternidad con una bolsa de regalos y un globo de helio en la mano.

—¡Sam! —Toby levantó la vista desde la silla que había junto a la cama de Hannah. La bebé estaba dormida en sus brazos.

Hannah se volvió hacia mí.

—Hola. No sabíamos que ibas a venir hoy.

—Quería ser de las primeras en felicitaros y darle la bienvenida al mundo a Amelia Charlotte. Ay, chicos… Es adorable. Estoy deseando… —Me detuve en seco al ver la mirada que intercambiaron.

Hannah frunció la nariz.

—James nos ha escrito para decirnos que él y Chloe vendrían a las dos, y como no sabíamos nada de ti…

—No pasa nada. Ha sido culpa mía. No lo había pensado. —Dejé la bolsa al pie de la cama y até el globo a la barandilla con rapidez—. No quiero causar problemas, así que dejo esto y me voy. Ya iré a veros cuando estéis en casa.

Para que Hannah no se sintiera culpable, me incliné para darle un beso en la mejilla. Fue entonces cuando oí su voz.

—¿Qué hace ella aquí?

El corazón me dio un vuelco y noté que me sonrojaba mientras me incorporaba.

—Sam ya se iba —intervino Toby—. Nos vemos pronto, ¿vale?

—Sí. Enhorabuena otra vez. Me muero de ganas de darle un abrazo.

—No le haces ascos a nadie, ¿eh? —soltó Chloe—. Con tal de que sea el marido de alguien.

—¡Chloe! —espetó James en voz baja.

La miré a los ojos.

—No me creo que acabes de decir eso. —La voz me tembló—. Sabes que me refería al bebé.

—Sí, claro. Pero una cosa es lo que dices y otra, lo que quieres decir de verdad, ¿no?

Me colgué el bolso del hombro y me aclaré la garganta para darle firmeza a mi voz.

—¿Sabes qué, Chloe? Me habría gustado pedirte si podíamos hablar, pero es imposible hablar contigo, ¿verdad? La Chloe que yo conozco y quiero no suelta comentarios mezquinos como ese, así que si la Chloe de siempre vuelve a aparecer y quiere hablar, ya sabe dónde encontrarme. —Me despedí de Toby y Hannah con un gesto débil—. Hasta pronto.

Mientras atravesaba la habitación y salía del ala de maternidad, imaginé que Chloe corría tras de mí para abrazarme y pedirme perdón. Pero sabía que eso no iba a pasar.



—¡Sammie! No esperaba verte hoy —dijo Thomas una hora después. La naturalidad con que había empezado a usar mi apodo me reconfortó, sobre todo porque fue muy tajante cuando dijo que no le gustaban los diminutivos. Me hacía sentir especial.

Me encogí de hombros.

—Yo tampoco esperaba venir de visita. Si te viene mal, puedo marcharme.

Sonrió.

—Claro que no. Pasa, muchacha. ¿Vas a contarme por fin por qué has perdido ese brillo?

Cuando nos sentamos en el salón con una taza de té en las manos, le conté toda la historia con mi familia y el incómodo encuentro en el hospital. También le confesé que ya no reconocía a mi prima. Thomas se disculpó por no poder ofrecerme consejo. Lo obvio sería decirme que le diera tiempo al tiempo, pero no estaba del todo convencido de que el tiempo curara nada porque, desde luego, a él no lo había ayudado a aceptar una vida sin Gwendoline.

Llevé las tazas a la cocina. Había platos del desayuno y la comida en el fregadero, así que lo llené y fregué todo. Cuando volví al salón, Thomas roncaba suavemente. Podría haberme marchado, pero no tenía prisa por llegar a casa. Rich y Dave habían salido, así que estaría sola y no dejaría de darle vueltas a la cabeza.

Observé las ventanas sucias en ambos extremos del salón. Sin duda, aquello me mantendría ocupada. ¿Le molestaría a Thomas? Nunca se había opuesto a que fregara los platos, y frotar enérgicamente las ventanas del piso inferior era justo lo que necesitaba para desahogarme.



Desde el otro extremo del salón, Thomas asintió mientras observábamos el jardín cubierto de maleza, el prado más allá de este, y los campos y colinas al fondo.

—Vaya, no me había dado cuenta de que estaban tan sucias. Gracias. ¿Podrías buscarme un limpiacristales para el resto de ventanas?

—Si tienes una escalera, puedo hacerlo yo. Me gusta limpiar.

—Solo tengo una de madera vieja, y seguro que los peldaños están podridos. Y aunque no lo estuvieran, no pienso dejarte subir hasta el piso de arriba. Está demasiado alto. —Siguió mirando hacia el jardín y suspiró—. ¿Sabes cuál es el problema ahora?

—¿Cuál?

—Que ya no puedo ignorar el estado del jardín. ¿Crees que podrías contratar a alguien para que lo arregle? Si quiero disfrutar

de esas vistas, esa jungla tiene que desaparecer.

—Lo miraré. Uno de mis caseros, Dave, es albañil. Tiene muchos amigos en distintos oficios. Seguro que conoce a algún jardinero.

—Gracias.

—Cuando esté arreglado, podrías poner un banco fuera —sugerí —. Sería fantástico sentarse ahí y disfrutar del prado, tan cerca de lo que creaste con Gwendoline.

—Sí, Sammie. Sería maravilloso. Quizá podrías ayudarme a elegir uno cuando el jardín esté listo.

—Me encantaría. —Miré el reloj. Eran casi las seis—. Creo que es hora de dejarte tranquilo.

—Eres bienvenida siempre que quieras. Espero que lo sepas. Es lo que Gwendoline deseaba.

—¿Y tú? ¿También lo deseas?

—Sí. Ya casi no recuerdo cómo era la vida sin una entrometida bienintencionada que me trae uvas y le da de comer a mi gata. —Me dedicó una sonrisa cálida, y se me derritió el corazón.

—Nos vemos la semana que viene. Adiós, Misty-Blue. —Me agaché para acariciarla un momento—. Cuídate, Thomas.

—Tú también, muchacha. No le hagas mucho caso a tu prima y piensa en toda la gente que te quiere.

Mientras me despedía con la mano, no pude evitar preguntarme si él se incluía en ese grupo. Cada vez que lo veía, se parecía más al abuelo. Aquel carácter áspero y amargado se había suavizado mucho, y cada vez vislumbraba más al hombre cariñoso que realmente era. También tenía ese humor pícaro que tanto me recordaba al del abuelo, y estaba deseando verlo más.

CAPÍTULO 30



Durante las semanas siguientes, me acostumbré a la rutina. Enseñar era muy distinto a lo que estaba habituada, pero, hasta el momento, me encantaba. Tenía un par de alumnos difíciles, aunque la mayoría se comportaban bien y tenían ganas de aprender. Lauren era increíblemente comprensiva: me animaba constantemente y me daba valiosísimos consejos sobre cómo responder a los estudiantes problemáticos, cómo mantenerme organizada y cómo reaccionar ante lo inesperado.

Rich trabajaba varios turnos y Dave solía llegar tarde, pero me gustaba ese equilibrio entre los días bulliciosos y los de paz y silencio. Compartíamos gustos culinarios y todos sabíamos cocinar, así que el primero en llegar a casa preparaba la cena para los demás. Funcionaba de maravilla.

Thomas era cada vez más agradable. Desde que descubrimos mi vínculo con Gwendoline, era como si hubiera encontrado a su nieta perdida. Ahora que la cocina Aga ya funcionaba, a veces cocinábamos juntos, y me fascinaba escucharlo hablar sobre su vida con Gwendoline antes y después de comprar Hedgehog Hollow y sobre todos los animales a los que habían cuidado a lo largo de los años.

Conocí a Amelia, la preciosa hija de Hannah y Toby, y me enamoré de ella al instante. Sin embargo, volví a Brook Cottage al borde del llanto, ya que me preguntaba si me permitirían ver al bebé de Chloe y James cuando naciera. Tal y como iban las cosas, no parecía probable. El tío Simon me había llamado un par de veces

para ver cómo estaba, y hablaba con papá y nos veíamos con frecuencia. Sabía que ambos estaban intentando interceder por mí, pero no parecía dar mucho resultado.

Se acercaba mi vigésimo noveno cumpleaños y no dejaba de mirar el teléfono como una obsesa, preguntándome si Chloe aprovecharía la ocasión para tenderme una rama de olivo. Desde que tenía memoria, siempre nos habíamos pedido el día libre para celebrar nuestros cumpleaños juntas y luego salíamos a cenar con nuestras familias. Como ahora era profesora, me resultaba imposible pedirme el día libre, pero sí podía ir a cenar. Sin embargo, mi familia extensa no me hablaba, así que eso tampoco era una opción. Papá organizó una comida en Great Tilbury, el pueblo que había junto al del abuelo, y me dejó atónita cuando me dijo que mamá se uniría a nosotros.

El 17 de octubre llegó, el día de mi cumpleaños, y no apareció ni una sola tarjeta de Chloe. Ni una llamada, ni un mensaje… Nada. Recibí una tarjeta de la tía Louise y el tío Simon, pero era evidente que la había escrito mi tío. Luego papá me llamó para decirme que mamá tenía un dolor de cabeza horrible y no podía venir. Cero sorpresas.

Cuando papá y yo entramos en el restaurante del *pub,* casi rompo a llorar. En nuestra mesa nos esperaban Rich y Dave, Hannah, Toby y Amelia, y Thomas. Y lo más sorprendente de todo, el tío Simon.

—Feliz cumpleaños —dijo mientras me abrazaba con fuerza—. Ha pasado mucho tiempo. He intentado…

—No pasa nada. Por favor, no discutas con nadie por mi culpa.

La comida estaba deliciosa, pero la compañía era inmejorable. Nos reímos sin parar. Hacía poco más de dos meses, la mitad de aquel grupo eran completos desconocidos, pero todos habían dado un paso al frente y me habían acompañado cuando mi familia no lo había hecho. Puede que no todos compartieran la misma sangre que yo, pero eran mi familia ahora, y me sentía profundamente agradecida de tenerlos en mi vida.

—Siento no haberlos podido reunir a todos —se disculpó papá cuando me llevó de vuelta a casa.

—No lo sientas. Ha sido una noche perfecta. Las personas que vinieron son las que más me importan. —Y lo decía totalmente en serio.



Mamá y la tía Louise cumplieron cincuenta y cinco años a principios de noviembre, lo que solía traducirse en una cena familiar a la que asistíamos los seis. Se siguió celebrando la cena para seis… salvo que, esta vez, el sexto invitado fue James en mi lugar. Papá tuvo que darme la mala noticia. Me dijo que mamá estaba preocupada por la incomodidad que podría haber entre Chloe, James y yo, sobre todo en el «delicado estado» en que se encontraba Chloe.

Aunque me había ignorado en mi cumpleaños, fui incapaz de hacer lo mismo con ella en el suyo. Conduje hasta Whitsborough Bay la tarde del miércoles, la víspera de su cumpleaños, con una tarjeta y un regalo. Solo la había visitado dos veces desde que me había mudado, y ambas habían sido visitas breves y nada agradables.

—¿Habías avisado de que venías? —preguntó al abrir la puerta.

—Es una visita sorpresa para felicitarte y traerte un regalo.

—Sabes que no me gustan las sorpresas, Samantha.

—Lo sé, pero…

—¿Y por qué me sorprendes si sabes que no me gustan?

—Porque es una sorpresa agradable.

—Ninguna sorpresa es agradable.

Estaba claro que no iba a invitarme a entrar. ¿Por qué no me lo había pensado mejor? ¿Qué me hacía creer que sería bienvenida simplemente porque llevaba una bolsa brillante en la mano?

—Bueno, feliz cumpleaños de todos modos. —Le tendí dos bolsas —. La plateada es para ti y la rosa, para la tía Louise.

—Ya se la daré. —Las cogió sin darme las gracias ni nada.

—¿Está papá en casa?

Puso los ojos en blanco.

—Vaya visita. Decías que venías a verme.

—Sí. Pero quería saludarlo antes de irme.

—No está, así que has venido para nada. —Y me cerró la puerta en las narices.

¿Por qué lo intentaba siquiera? ¿Por qué me sometía una y otra vez a este círculo vicioso con la esperanza de que las cosas entre nosotras cambiaran, a pesar de que nunca lo hacían y cada encuentro me destrozaba cada vez más por dentro?

CAPÍTULO 31



El primer día de diciembre cayó en domingo, pero me desperté con una sensación de desasosiego. Navidad. Todavía no habíamos hablado de si pasaría la Navidad en Whitsborough Bay, pero ahora que la fecha se acercaba inexorablemente, ya no podía seguir postergándolo. Después de lo ocurrido con los cumpleaños, estaba casi segura de que, por primera vez en la vida, no pasaría la Navidad con mi familia.

Rich y Dave parecían dos niños emocionados ante la llegada de las fiestas. Llevaban semanas ansiosos y, en cuanto bajé a desayunar, resultaba evidente que la llegada de diciembre había hecho que su emoción se disparara.

El hecho de que fueran a pasar la Navidad y el Año Nuevo en México no iba a impedirles decorar la casa. En cuanto me vestí, insistieron en que los acompañara a una plantación de abetos cercana para elegir el árbol perfecto para el salón, y nos pasamos el día decorando el árbol y el resto de la casa mientras hacían una reposición de películas navideñas en la tele.

Su entusiasmo era contagioso y, una vez más, di gracias al universo por haberlos puesto en mi camino. Nunca me hacían sentir como una simple inquilina ni como si mi estancia empezara a ser una molestia. Para ellos, aquella casa era tan mía como suya. Ambos me apoyaron cuando volví hecha un mar de lágrimas tras entregarle el regalo de cumpleaños a mi madre, y me habían ayudado a recuperar mi habitual optimismo.

Poco después de las diez y media, cuando me estaba preparando para acostarme, me sonó el teléfono. Papá nunca me llamaba tan tarde.

—¿Va todo bien? —pregunté con cautela.

—Ahora sí, pero quería avisarte de que Chloe ha tenido un pequeño susto esta tarde. Temían que estuviera perdiendo el bebé, pero la han examinado y todo va bien. Solo era un sangrado leve.

—¿Y Chloe está bien?

—Un poco asustada, pero sí. Le han dicho que descanse y que evite más situaciones de estrés.

Fruncí el ceño.

—¿Ha estado estresada últimamente?

Papá suspiró.

—Hubo un pequeño altercado durante la comida del domingo.

—¿Qué clase de altercado?

—Simon y yo decidimos sacar el tema de la comida de Navidad y… no fue bien recibido.

—¿Qué pasó?

—Las cosas se caldearon un poco y Chloe se marchó hecha una furia.

Cerré los ojos y conté hasta tres en silencio.

—Por favor, no insistáis más con ninguno de ellos en lo referente a la Navidad o a mí. Agradezco muchísimo que el tío Simon y tú hayáis intentado defenderme, pero ya no merece la pena. He captado el mensaje y, sinceramente, estoy cansada. Tengo que olvidarme del tema.

—Lo siento mucho, Sammie. ¿Qué te parece si voy a visitarte para celebrar la Navidad contigo?

—Ni se te ocurra. De hecho, estaba pensando en pasar el día con Thomas, así que quizá esto sea lo mejor. —No se me había ocurrido hasta ese momento, pero, en realidad, parecía la solución perfecta. Él no tenía a nadie. Si prefería estar solo con sus recuerdos, lo

respetaría y no insistiría, pero si le parecía bien, me sentiría honrada de pasar el día de Navidad en Hedgehog Hollow con mi octogenario favorito.

CAPÍTULO 32



—He traído a los chicos y venimos cargados de regalos —le dije a Thomas al sábado siguiente.

Rich y Dave lo saludaron desde la furgoneta, abrieron la parte trasera y sacaron un árbol de Navidad.

Thomas me cogió del brazo.

—¿Es un árbol de verdad? ¿Para mí? —La emoción en su voz era inconfundible, y me confirmó que había hecho bien.

Unos días antes le había preguntado si quería pasar el día de Navidad conmigo, una propuesta que aceptó con gratitud, y la conversación derivó hacia la Navidad. Me confesó que apenas le habían importado aquellas fechas el año en que perdió a Gwendoline y que, en los años siguientes, había sido incapaz de celebrarla. Yo le había dicho que, si íbamos a pasar el día juntos, necesitaba un árbol. Y él aceptó poner uno pequeño y artificial.

—Un árbol pequeño y artificial habría pasado desapercibido en ese salón nuevo tan precioso que tienes, ¿no te parece? —pregunté mientras Rich y Dave metían el árbol en casa.

—No creo que tenga suficientes adornos.

—Ya hemos pensado en eso. —Fui hasta la furgoneta y saqué varias bolsas—. Vamos a decorarlo.

Thomas me llevó al piso de arriba para coger sus viejas decoraciones mientras Rich y Dave colocaban el árbol.

—La mayoría están para tirar —afirmó cuando bajé un par de cajas al salón—. Hay algunos erizos que me gustaría poner y un ángel que le encantaba a mi Gwendoline.

Añadió los adornos que quería conservar y se sentó con una sonrisa de satisfacción mientras los tres terminábamos el trabajo. Cuando casi habíamos acabado, Rich y Dave se excusaron un momento para ir a buscar algo de la furgoneta.

—¿Qué traman ahora? —preguntó Thomas.

—Pronto lo sabrás.

Cinco minutos después, me aparté para contemplar el resultado.

—Listo. ¿Qué te parece?

—Absolutamente precioso. Como mi nuevo salón, el recibidor, el jardín y el exterior de la casa. Habéis hecho auténticos milagros.

Dave me había puesto en contacto con Rhys Michaels, un paisajista de Whitsborough Bay. Había transformado el jardín de Thomas, aunque dijo que volvería en primavera para plantar algunos bulbos. También había cortado la hiedra descontrolada, y la casa se veía mucho mejor gracias a ello.

Luego Thomas anunció que quería renovar el salón. Al parecer, limpiar las ventanas le había hecho darse cuenta de lo viejo y descuidado que estaba todo. Así que Rich, Dave y yo quitamos el papel pintado un sábado y levantamos la moqueta raída el domingo, bajo la cual descubrimos unas preciosas losas de piedra caliza de Yorkshire. Por suerte, Thomas decidió restaurarlas en lugar de cubrirlas, pero aquello le despertó la curiosidad por saber si también habría losas en el recibidor. Levantamos la moqueta y, efectivamente, aparecieron baldosas victorianas. Algunas estaban agrietadas, pero la mayoría se conservaban en buen estado. Después quiso redecorar el recibidor y las escaleras de ambas plantas, de modo que volvimos a sacar los decapantes y uno de los amigos de Dave lijó las paredes antes de embarcarnos en una maratoniana sesión de pintura.

Ayudar a Thomas a elegir muebles y decoraciones para las habitaciones reformadas había sido divertidísimo. Compramos marcos nuevos para las fotos de Gwendoline y encontré a alguien que consiguió restaurar las copias originales para devolverles el color

y los detalles. La expresión en el rostro de Thomas había compensado con creces el dineral que me costó.

—Ya está listo —dijo Rich mientras asomaba la cabeza por la puerta del salón.

—Perfecto. Salimos enseguida.

Thomas me miró con suspicacia, pero no iba a darle ninguna pista.

—Ponte el abrigo y unas botas.

Obedeció sin dejar de mirarme con desconfianza, y yo abrí las puertas francesas del fondo del salón para salir al exterior. Rich y Dave nos esperaban junto al lateral de la casa. Se apartaron cuando vieron que nos acercábamos.

—¡Mi banco! —exclamó Thomas. Cuando Rhys terminó el jardín, le había enseñado en el móvil algunas fotos de un centro de jardinería local y él había elegido el estilo que quería: un banco robusto de madera con patas gruesas.

—Siéntese —lo instó Dave.

Thomas se sentó y miró hacia el prado.

—Perfecto. Absolutamente perfecto.

—Hoy hace un poco de frío —comenté—, pero cuando llegue el buen tiempo podrás sentarte aquí con una taza de té y contemplar tu prado.

Él sonrió y asintió con la cabeza.

—Sois increíbles, de verdad. Absolutamente increíbles.

Se levantó y les estrechó la mano a los chicos. Después hizo algo que nunca había hecho: me abrazó con fuerza. Aquel abrazo decía más que cualquier palabra. No sé lo que sintieron Rich y Dave, pero, desde luego, yo estaba muy emocionada. Para cualquier otra persona, aquello habría sido un simple banco, pero para Thomas era un vínculo con el lugar que había creado con su mujer y donde ella descansaba. Lo era todo.

CAPÍTULO 33



Por primera vez en toda mi vida, me desperté la mañana de Navidad en una casa vacía. Nunca me había sentido tan perdida ni tan sola. Eran poco más de las cinco y, aunque no tenía ninguna prisa por levantarme ni por empezar a abrir regalos, sabía que no iba a poder volver a dormirme. ¿Cómo habíamos llegado a esto?

No tenía que ir a Hedgehog Hollow hasta las diez, lo que significaba que me quedaban muchas horas por delante. Permanecí tumbada otra hora más y, a continuación, me levanté a regañadientes y bajé descalza para prepararme una bebida caliente.

Una hora después, mientras veía una película navideña, recibí un mensaje de papá.

De papá:
Feliz Navidad, mi maravillosa hija. Llevo un par de horas despierto, y sospecho que tú también. Me parte el corazón que, por primera vez en la vida, no pasemos este día juntos. Te echaré de menos cada minuto de cada hora, pero estoy deseando verte mañana. Besos

Para papá:
¡Qué bien me conoces! Sí, llevo despierta desde las cinco. Feliz Navidad a ti también. Sé que no es lo ideal, pero intenta disfrutar del día. Déjame darte un consejo para hoy: ¡no menciones mi nombre! Mañana pasaremos un día increíble juntos. Besos

—¡Vaya! Señor Thomas Mickleby, está usted impresionante.

Sonrió mientras me hacía pasar para resguardarme del frío.

—Siempre solía vestirme de traje el día de Navidad y mi Gwendoline se ponía un vestido bonito, así que decidí arreglarme un poco. Le encantaban los vestidos. Era una mujer muy elegante.

—Me siento muy honrada de que te hayas arreglado por mí. —Dejé un par de bolsas en el suelo y me quité el abrigo. Y me alegro de haberme puesto un vestido, aunque admito que es un estilo algo más informal. —Llevaba un vestido de lana de color rojo apagado, con unas mallas grises y unas botas planas.

Thomas cogió mi abrigo y asintió con aprobación.

—Te sienta bien, Sammie. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, Thomas. ¿Has encendido el horno?

—Sí, como me indicaste.

—Perfecto. —Cogí las bolsas y puse rumbo hacia la cocina—. Voy a meter el pavo. Todo lo demás está preparado. Me he levantado sumamente temprano esta mañana, así que he aprovechado para pelar las verduras y preparar los saladitos de salchicha.

Thomas me siguió hasta la cocina y pasó las verduras de los recipientes de plástico a las cazuelas con agua mientras yo colocaba el pequeño pavo en una bandeja de horno y lo preparaba para asar. Con una taza de té en las manos (no con mi habitual copa de *prosecco*, ya que luego tenía que conducir), pasamos al salón.

—No te enfades conmigo —supliqué mientras dejaba la taza en una mesita y volvía al vestíbulo—. Sé que dijimos que nada de regalos, pero tengo algo para ti. Vuelvo enseguida.

Salí de nuevo al frío invernal, cogí los dos regalos del coche y regresé al salón.

—Has sido mi abuelo postizo y un gran amigo estos últimos meses, y quería ofrecerte un par de regalos especiales para darte las gracias y desearte una feliz Navidad.

—No deberías haberte molestado…

—Pero quería hacerlo, así que se acabó la discusión. Como puedes ver, este es bastante grande, así que puede que tengas que levantarte para abrirlo.

—¿Un tractor nuevo para la granja? —bromeó mientras me arrebataba el lienzo, que resultaba imposible de ocultar.

Solté una carcajada.

—Más bien una cosechadora.

Con una sonrisa en los labios, rasgó el papel y, al darle la vuelta al lienzo, se quedó sin aliento.

—Es nuestro prado —susurró, y se llevó los dedos a los labios—. Oh, muchacha… ¿Cómo lo has hecho?

—Hice unas fotos en septiembre y encargué a un artista local que pintara el cuadro para que, aunque las flores no hayan florecido o haga demasiado frío o llueva para sentarse en el banco, puedas seguir contemplando tu prado.

Thomas levantó el cuadro y lo apoyó con cuidado contra la pared.

—No sé qué decir. —Me abrazó con fuerza.

—Tengo otra cosa para ti. —Le tendí una cajita plana envuelta con un lazo—. No es tan grande, pero sí igual de significativa.

Desató el lazo y levantó la tapa. Le tembló el labio y se le llenaron los ojos de lágrimas al leer en silencio el poema grabado en la placa de plata que había mandado hacer a medida para colgarla en su banco:

Aunque cambien las estaciones y pasen los años,
jamás has estado solo del todo,
pues Hedgehog Hollow guarda su corazón
y su espíritu vive en el prado que creasteis juntos.
Su risa resuena entre las hojas al viento
y su amor impregna el aire que respiras.
Aunque tengas el corazón roto,
un amor tan profundo nunca se disipa.
Siéntate un rato y contempla el paisaje,
porque Gwendoline está aquí, disfrutándolo contigo.

—¿Lo has escrito tú? —susurró.

—Sí. Y creo que gasté una caja entera de pañuelos mientras lo hacía.

—Es lo más bonito… —Se le quebró la voz—. Oh, dame otro abrazo.

Se secó las mejillas con el pañuelo y se sonó la nariz mientras yo me limpiaba los ojos con un clínex.

—Es el mejor regalo del mundo —afirmó—. ¿Podrías pedirle a uno de los chicos que me la coloque en el banco cuando vuelvan de sus vacaciones?

—Por supuesto.

Thomas acarició la placa con ternura y la apoyó sobre la repisa de la chimenea.

—Así me hará compañía por ahora. Y no te enfades conmigo tampoco, porque yo también tengo regalos para ti. Mira debajo del árbol.

—¡Thomas!

—No empieces, jovencita —me riñó con fingida aspereza—. No eres la única que disfruta de esta nueva camaradería entre abuelo postizo y nieta, ¿sabes?

—¿Y cuándo ha tenido tiempo de comprarme regalos? —pregunté mientras sacaba el pequeño montón de paquetes de debajo del árbol.

—Rich y Dave se encargaron de todo. Los trajeron ya envueltos, así que ni siquiera los he visto. Espero que te gusten.

Me encantaron todos los regalos, pero los mejores fueron una elegante cadena de plata con un erizo y un peluche del mismo animal. Saqué la cadena de la caja, me la abroché al cuello y acaricié el pequeño erizo con la yema de los dedos.

—Me encanta. Me encanta todo. Muchísimas gracias. —Cogí el peluche y lo abracé—. Lo llamaré Mickleby, por ti y por Gwendoline.

Thomas me miró con alegría y asintió.

—Mi Gwendoline estaría encantada, Sammie.

Volví a acariciar el colgante.

—Tengo otra cosa para ti —comentó mientras se levantaba—, pero no sé si te gustará, así que no lo he envuelto. Espera un segundo.

Salió del salón y regresó con una funda de plástico de las que se usan para guardar trajes pegada contra su pecho.

—Era de mi Gwendoline. Nunca llegó a ponérselo. Siempre decía que lo guardaba para una ocasión especial. Tienes un físico parecido al suyo y pensé que te quedaría bien para, ya sabes, alguna ocasión especial. —Abrió la cremallera y retiró la funda, de manera que dejó a la vista un vestido de color melocotón, típico de los años cincuenta, cubierto de tul negro con diminutas flores. Tenía las mangas cortas y varias capas fruncidas en la cintura y la falda.

Me acerqué y toqué la tela con suavidad.

—Es precioso, pero no puedo aceptarlo.

—A mi Gwendoline le habría gustado que te lo quedaras.

—Es demasiado bonito para alguien como yo.

—¿Qué tonterías dices?

—Nunca podría llevar algo así. Es un vestido para una mujer guapa y glamurosa. Como Chloe.

—Y como tú —me reprendió—. Resplandeces, Sammie. Brillas como un diamante, y que nadie se atreva a decirte lo contrario.

Bajé la mano y lo miré con los ojos muy abiertos.

—Esas fueron unas de las últimas palabras que me dijo mi abuelo. Exactamente esas.

—Entonces ya sabes que son totalmente ciertas. ¿Quieres el vestido o no?

Sonreí.

—Sí, por favor. Me encantaría quedármelo.

—Bien. Me alegro de que hayamos aclarado esto. Hay un armario lleno de vestidos como este arriba, y ella habría querido que los tuvieras todos.

Le di las gracias de nuevo, cerré la funda y la dejé sobre un sillón.

—Será mejor que vaya a ver cómo va el pavo. ¿Quieres otra taza de té?

—Sí, por favor.

Cuando volví al salón diez minutos después, Thomas estaba frente a la chimenea, observando de nuevo la placa. Se giró y me sonrió.

—¿Eres aficionada a la poesía y no me lo habías dicho?

—Uf, qué va. No sé nada de poesía. Nunca había escrito algo así. Mi intención era poner una placa en el banco, pero las inscripciones suelen escribirlas las personas que pierden a alguien y van dirigidas al fallecido, por lo que me parecía inapropiado intentar escribir lo que sentías. Entonces me vino ese poema a la cabeza, prácticamente ya completo. Fue como si Gwendoline estuviera a mi lado para indicarme lo que quería decir. —Negué con la cabeza—. Supongo que suena absurdo.

Thomas me miró durante un rato y no supe interpretar su expresión. ¿Había hablado demasiado al insinuar que el espíritu de su mujer me había inspirado?

—Siéntate, muchacha —me instó mientras volvía a su sillón—. Quiero contarte algo porque, a juzgar por lo que acabas de decir, creo que no pensarás que he perdido la cabeza.

Me senté en el sofá, intrigada.

—De acuerdo. Te escucho.

—El día que me desmayé, vi… fue… —Se encogió de hombros—. Vi a mi Gwendoline, tan real como te veo a ti ahora. Estaba de pie en el salón, justo allí, sonriéndome. Le tendí la mano, pero no quiso tomarla. Le pregunté si venía a buscarme, y me dijo: «Lo haré, pero hoy no. Aún no ha llegado tu hora». Luego me pidió perdón por haber estado ausente durante tanto tiempo, pero me dijo que iba a enviarme a alguien que pudiera devolverme las ganas de vivir. Me dijo: «No podremos reencontrarnos hasta que vuelvas a sentir esa dicha». —Le dio un sorbo a su té—. Pensé que se refería a una nueva esposa, así que obviamente protesté. Nadie podría ocupar su lugar en mi corazón. Pero ella se rió y me dijo que no, que no era

una esposa, sino que me enviaría a un ángel que me necesitaría tanto como yo a él. —Dejó la taza—. Y eso fue lo que hizo. Me envió a un ángel. Sé que fui muy grosero contigo y que te dije cosas crueles, pero quiero que sepas que te agradezco que me salvaras la vida aquel día. Llevaba casi veinte años sin mi Gwendoline, y durante todo ese tiempo existía, pero no vivía. Entonces te envió a mí y, en estos últimos meses, he recordado lo que es sentirse vivo. Mi Gwendoline tenía razón. Me has devuelto la dicha de vivir.

Las lágrimas me corrían por las mejillas. Me agaché frente a él y le tomé la mano.

—Creo que ella estuvo aquí. Creo que yo también la vi aquel día.

Thomas asintió, con los ojos llenos de lágrimas.

—Sabía que eras especial. Y ella también lo sabía.

—Creo que siempre está aquí, Thomas, como dice la placa. Y lo que le dijo sobre que yo te necesitaba tanto como tú era verdad. Has sido más familia para mí que la mayoría de mis parientes, y no sé cómo habría sobrevivido estos meses sin tu compañía. Éramos dos almas solitarias que necesitaban un compañero. ¿Recuerdas que, poco después de conocernos, te dije que creía que había una razón por la que lo había encontrado? Esa era la razón.

Él me apretó la mano.

—Dos almas solitarias que ya no se sienten tan solas.

CAPÍTULO 34



A pesar de que solo éramos dos, la cena de Navidad fue tan alborotada y caótica como solía ser con mi familia. Thomas insistió en que abriéramos una caja entera de *crackers* navideños para los dos y nos reímos a carcajada limpia con sus chistes malos. Como nos tocaban seis *crackers* por cabeza, teníamos que llevar seis gorritos de papel cada uno, lo cual no fue nada fácil. Incluso hubo un amago de guerra de comida cuando le colé de tapadillo una col de Bruselas en el plato mientras se levantaba a por la sal.

Cuando terminamos de cenar, llevé los platos al fregadero y pasamos más de una hora con el café y los bombones mientras recordábamos Navidades pasadas. Me encantó que Thomas me explicara las tradiciones que había disfrutado de niño y las que había creado con Gwendoline.

—Solíamos hablar de cómo celebraríamos la Navidad cuando tuviéramos hijos —me contó—. Pero no pudo ser.

—¿No podíais tener hijos? —Siempre había sentido curiosidad, pero no es una pregunta que se haga así como así.

—Perdimos a los dos primeros bastante pronto. Pensamos que a la tercera iba la vencida cuando volvió a quedarse embarazada, pero Andrew nació muerto a los ocho meses. Cuando Olivia también nació muerta a los siete meses, dejamos de intentarlo. —Habló con voz firme, pero noté el dolor y la tristeza.

—Lo siento muchísimo. Debió de ser horrible.

—Sí, muchacha, sobre todo por esas dos criaturas que casi lograron venir al mundo. No estaba destinado a ser, y a veces me

consuela saber que esos bebés ya vuelven a estar con su madre. —Se irguió y me sonrió con dulzura—. Por eso te tenía tanto apego. Eras lo más parecido que tuvo a una hija o una nieta.

—Siempre fue muy cariñosa conmigo. Ojalá me hubiera dado cuenta.

—Eras demasiado pequeña. No podías entenderlo. —Sonrió—. Los animales se convirtieron en nuestros hijos, sobre todo los erizos. Todos eran muy preciados para nosotros y fuimos muy afortunados de tenerlos.

Recogí las tazas y los restos de los *crackers* para darle a Thomas un momento a solas con sus recuerdos.

—Dijiste que ibas a traer un juego de mesa —comentó unos minutos después.

—No sé si te gustará, así que debes decírmelo si te resulta incómodo, pero se llama *Speak Out*. —Lo saqué de una de las bolsas, abrí la caja y le tendí un separador bucal—. La idea es ponerse esto en la boca e intentar decir la frase de la tarjeta. Yo tengo que adivinarla antes de que se acabe el tiempo.

Thomas arqueó las cejas, se encogió de hombros y se colocó el separador. Me hizo el gesto de los pulgares hacia arriba y se lo quitó.

—Vamos allá. Quien pierda, friega los platos.

—Hecho.

Sinceramente, no recuerdo haberme reído tanto en la vida. Nunca había jugado a esto, pero Rich y Dave insistieron en que me lo llevara y me aseguraron que era uno de los mejores juegos que habían comprado. No creía que Thomas se animara a jugar, pero, claro, tampoco esperaba que quisiera abrir seis *crackers* seguidos y ponerse todos los gorritos. Solo aguantamos media hora de juego, pero se nos cayeron las lágrimas durante la mayor parte de la partida, aunque esta vez eran de alegría. Me dolía el abdomen de tanto reírme y a Thomas le dio hipo.

—Menudo juego —exclamó, y me devolvió su separador para enjuagarlo—. Qué idea más simple y graciosa. No me reía así desde que me arrebataron a mi Gwendoline.

Por algún motivo, perdí. No sé si fue porque Thomas vocalizaba fatal o porque yo me reía tanto que no lo oía, pero cumplí con el castigo. Aunque, a decir verdad, habría fregado igualmente si hubiera ganado.

—Ve al salón si quieres y échate una siesta. Recogeré todo esto y me uniré a ti en unos veinte minutos.

Se levantó y me dio otro abrazo.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí, muchacha. Tu padre tiene razón. Aparte de mi Gwendoline, eres la persona más bondadosa que he conocido. Qué pena que esa Chloe, tu madre y tu tía no quieran tenerte en sus vidas.

—Gracias. —Le apreté la mano y me separé—. Quizá podamos empezar de cero en Año Nuevo.

—Ojalá. Creo que el año que viene te traerá también un hombre bueno. Alguien con un corazón tan grande como el tuyo y que lo ha mantenido a buen recaudo para ti. Ese tal James no era para ti, pero seguro que el adecuado está a la vuelta de la esquina. Y cuando os encontréis, vuestro vínculo será tan fuerte y eterno como el que tenía yo con mi Gwendoline.

—Desde luego, es algo a lo que aspirar —dije—. Venga, ve al salón. Enseguida voy.

—Adiós, Sammie. —Me lanzó un beso al salir de la cocina.

Encendí su vieja radio y la voz aterciopelada de Bing Crosby llenó la estancia. Qué día tan emotivo y tan lleno de altibajos. Pero, para mi sorpresa, había sido una de las mejores Navidades de mi vida. No por haberla pasado con Thomas, sino por no haber estado con mi familia. Luego sonreí. Sí que había estado con mi familia. Puede que no nos uniera la sangre, pero Thomas ya era parte de mi familia y atesoraba cada segundo con él. Ojalá el resto cambiara de actitud en Año Nuevo y, si no lo hacían, dejaría de malgastar mi energía en ellos y me centraría en quienes sí querían compartir su tiempo conmigo.



Cuarenta minutos después, había terminado de fregar y había metido las sobras en táperes en la nevera para que Thomas comiera en San Esteban.

Tras poner agua a hervir para prepararnos otro té, miré por la ventana de la cocina y vi un petirrojo dando saltitos por el sendero. Se posó sobre el alféizar y ladeó la cabeza como si me observara. Se le unió otro petirrojo y saltaron juntos por el borde. Me quedé alucinada. Los petirrojos son aves solitarias, así que era una estampa rara y preciosa.

La tetera silbó y me envolvió una sensación de calidez, como si me abrazaran. Me giré, medio esperando ver a Thomas, pero no había nadie.

Preparé las tazas y entré de puntillas en el salón para no despertarlo si dormía. Efectivamente, estaba dormido en su butaca. Dejé las tazas con sus platillos sobre la mesita de centro y volví a mirarle. Había cogido la placa de la chimenea y la abrazaba contra su pecho junto con una de las fotos enmarcadas del aparador. A la tenue luz de las bombillas del árbol de Navidad, se vislumbraba una sonrisa en sus labios.

Encendí una lamparita y miré de reojo a Thomas para asegurarme de que no lo había despertado. Tenía los ojos abiertos y seguía sonriendo.

—¿Has disfrutado de la siesta? —pregunté.

Le dediqué una sonrisa cálida, pero esta se desvaneció cuando no giró la cabeza hacia mí.

—¡Thomas! —grité.

Corrí hacia él y le cogí la muñeca. La placa y el marco resbalaron de su rodilla y cayeron sobre el brazo de la butaca. Lo único que oía era su voz, que no dejaba de repetirme: «Vi a mi Gwendoline, tan real como te veo a ti ahora… Me dijo: "No podremos reencontrarnos hasta que vuelvas a sentir esa dicha"… Entonces te envió a mí… Me has devuelto la dicha de vivir».

—¡No! ¡No me dejes! ¡Thomas! —Golpeé el brazo de la butaca con la palma de la mano—. ¡Te necesito! ¡Te necesito!

Caí de rodillas y solté unos sollozos profundos y desgarradores, con el cuerpo tembloroso.

—Quédate conmigo. —Mis súplicas fueron inútiles. Aquel hombre maravilloso se había ido.

Apoyé la frente en su rodilla, y unas lágrimas silenciosas cayeron sobre la tela de su mejor traje.

—Ya estáis juntos —susurré—. Se ha cumplido tu deseo. Dale recuerdos a la señora de los erizos.

Le rodeé las piernas con los brazos y lo abracé con un nudo en la garganta.

—Te voy a echar muchísimo de menos. Tú también me trajiste dicha. Te quiero, Thomas. Descansa en paz, amigo mío. Por fin te has reunido con tu «felices para siempre».

CAPÍTULO 35



La tarde del viernes 10 de enero, papá encabezó una comitiva de tres coches por el camino lleno de baches que llevaba hasta Hedgehog Hollow. Yo iba en el asiento del copiloto, con la caja que contenía las cenizas de Thomas sobre las rodillas. Aún estaba caliente tras el crematorio.

Papá me lanzó una mirada de soslayo.

—¿Cómo lo llevas?

—Todavía me cuesta creer que se haya ido.

Aparcamos en el patio de la granja. Hannah se detuvo a un lado y Rich y Dave, al otro. Rich ayudó a Hannah con el cochecito de Amelia y avanzamos en *petit comité* hacia el prado. La grava crujía bajo nuestros pies, la hierba susurraba con la suave brisa y los carboneros trinaban en las ramas desnudas de los árboles, pero nosotros permanecíamos en silencio.

El día había amanecido gris y oscuro, como si en cualquier momento fuera a ponerse a llover. Durante la breve ceremonia en el crematorio de Reddfield, la sala se oscureció y la lluvia tamborileó con fuerza sobre el techo durante diez minutos. Sin embargo, cuando salimos después, nos recibió un pálido cielo azul y unos tenues rayos de sol.

Dimos un paseo junto al río y luego celebramos la vida de Thomas con un largo almuerzo en el *pub,* hasta que llegó la hora de recoger sus cenizas y llevarlo con Gwendoline.

De vuelta en Hedgehog Hollow, nos colocamos en semicírculo al borde del prado. Apenas había flores abiertas, pero la hierba y los

capullos se mecían con la promesa de una explosión de color en los meses venideros.

Un maullido me hizo mirar hacia abajo. Misty-Blue se frotaba contra mis piernas. Había subido cada día a la granja para darle de comer y jugar con ella, pero tenía que tomar una decisión sobre su futuro. Rich era alérgico a los gatos, así que Brook Cottage no era una opción, pero tampoco quería despedirme de ella. Tal vez había llegado el momento de buscar una casa de alquiler para mí sola, una donde se admitieran animales.

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta y miré a mi padre y a mis amigos.

—No sabéis cuánto os agradezco que estéis aquí conmigo en un día tan triste. Cuando lo conocí, Thomas Mickleby era un hombre arisco que había renunciado a la vida, pero un poco de amabilidad y mucha perseverancia pueden obrar milagros. Me cuesta creer que solo hacía cuatro meses y medio que lo conocía, porque parece que lo conocía de toda la vida. Él me ayudó tanto o más de lo que yo lo ayudé a él, y me apena muchísimo que no hayamos podido pasar más tiempo juntos.

Me callé para secarme las mejillas y, a continuación, abrí la cancela y me adentré unos pasos en el prado. Los demás se quedaron apoyados en la valla.

—Gracias por dejarme formar parte de tu vida. Nunca te olvidaré.

Quité con cuidado la tapa de la urna y vertí las cenizas en un amplio arco. Se arremolinaron y danzaron con el viento, y luego cayeron al suelo. Era realmente poético que Thomas y Gwendoline descansaran en medio de la vida que ambos habían creado con tanto amor.

—Cuídalo por mí, señora de los erizos. —Me besé los dedos y lancé el beso al prado—. Adiós, Thomas.

CAPÍTULO 36



—Debe de haber un error. —Negué con la cabeza y miré al abogado a primera hora de la mañana siguiente al funeral de Thomas.

El señor Jeffreys, un hombre de unos cincuenta y tantos de aspecto severo, entrelazó las manos bajo la barbilla.

—Le aseguro que no hay ningún error, señorita Wishaw. ¿Está preparada para oír la condición?

¿Preparada? No sabía lo que sentía ahora mismo. Estaba aturdida, confusa, estupefacta.

—¿Thomas me ha dejado todo a mí?

—Así es.

—¿Cuándo hizo esto? Nunca salió de la granja.

—Fui a visitarlo en noviembre.

—Pero ¿por qué a mí?

—El señor Mickleby no tenía familia, o al menos ningún pariente con el que hubiera mantenido el contacto en los últimos cuarenta o cincuenta años. Para él, usted ha sido como la hija o la nieta que nunca tuvo, y quería que fuera su única heredera.

Cuando el señor Jeffreys me llamó para concertar una reunión conmigo, supuse que Thomas me habría dejado algún recuerdo. El banco, tal vez, o algunas fotografías suyas. Jamás habría imaginado que heredaría Hedgehog Hollow, incluida la casa, los edificios anexos y unas sesenta hectáreas de terreno, además de una suma considerable de dinero.

—¿Señorita Wishaw? —insistió Jeffreys—. ¿Quiere saber la condición?

—Perdón. Es mucha información que asimilar.

—Entiendo que el señor Mickleby no le comentó nada sobre su testamento, ¿verdad?

—Ni una palabra.

—Entonces, no tenía ni idea de la condición.

¿Condición? Llevaba repitiendo esa palabra desde que llegué. ¿Qué quería decir exactamente?

—No, todo esto es una sorpresa para mí.

—Ya veo. La condición es que solo podrá heredar si termina lo que el señor y la señora Mickleby empezaron. Quiere que dirija Hedgehog Hollow como un centro de rescate de erizos.

—¿Cómo dice? Pero si no sé nada sobre rescatar erizos.

—Entonces, le sugiero que aprenda deprisa… O tendrá que renunciar.

—¿Renunciar?

—Si decide no aceptar la condición, Hedgehog Hollow se venderá. Las ganancias de la venta, junto con los ahorros del señor Mickleby, se destinarán en su mayor parte a la British Hedgehog Preservation Society, y una cantidad menor se repartirá entre otros refugios locales. ¿Le resulta gracioso?

No me había dado cuenta de que estaba sonriendo. Me sentí como una niña pequeña a la que le estaban echando bronca, así que apreté los labios.

—No. Es que me ha hecho gracia la condición. Es tan típica de Thomas.

—Entonces, ¿acepta la condición?

El corazón me latía con fuerza. Adoraba a los erizos, pero mi conocimiento se limitaba a observar sus andanzas nocturnas en el jardín del abuelo. Sabía qué comían, cuándo hibernaban y cuándo se apareaban, pero nada más. ¿Bastaría para hacer realidad el sueño de Gwendoline? Era una responsabilidad enorme. ¿Podría compaginarlo con la enseñanza o tendría que dedicarme por completo a ello? Había que reparar el granero que pensaban utilizar.

No estaba tan deteriorado como los otros, pero sin duda requería mucho trabajo.

Levanté la vista hacia Jeffreys.

—Es una gran decisión.

—Yo diría que es más bien fácil. ¿Tiene idea de cuánto vale una granja como Hedgehog Hollow? Solo tiene que dirigir el centro durante cinco años y luego podrá venderlo. Sería una mujer muy rica.

Apreté la mandíbula.

—¿Le gustan los erizos, señor Jeffreys?

—¿Cómo dice?

—Le he preguntado si le gustan los erizos.

—No especialmente. Son unas alimañas llenas de pulgas y sin sentido vial. —Se rió ante su propio chiste, pero mi expresión seria lo hizo callar al instante—. Lo siento. Eso ha sido muy inapropiado por mi parte.

—Thomas adoraba a los erizos, y su mujer todavía más. Era su sueño montar un centro de rescate en la granja, por eso la compraron. Ella murió antes de que pudieran hacerlo realidad, y Thomas se quedó destrozado por no cumplir sus deseos. Esta es su manera de llevarlos a cabo. Para mí, no se trata de heredar una propiedad o dinero, sino de ser la persona adecuada para acabar lo que ellos empezaron. Si acepto, no será para cumplir el trámite y vender en cinco años. Si acepto, será por Thomas, por Gwendoline y por los erizos. La decisión fácil sería renunciar, ya que los animales que tanto amaban saldrían ganando igualmente, pero ese no era su sueño. La herencia es lo de menos. Lo único que importa es si soy capaz de cumplir con su misión.

Él asintió despacio con la cabeza.

—Ahora entiendo por qué el señor Mickleby la eligió.

—¿Podría darme un poco de tiempo para pensarlo? —Quería hablarlo con papá y pedirle opinión a Dave sobre el coste y el tiempo que requeriría un proyecto así.

—El señor Mickleby pensó que podría decir eso. Esto es para usted. —Deslizó un sobre azul claro a través de la mesa con mi nombre escrito en letra temblorosa—. Me indicó que se lo entregara si necesitaba un tiempo para reflexionar. Tengo otra cita ahora, así que le recomiendo que lea la carta y vuelva cuanto antes con su decisión. Cuanto antes se decida, antes podrá empezar con el proyecto… o antes podremos poner la propiedad en venta.



Solo había un lugar donde podía leer aquella carta. Me abroché el abrigo y me ajusté la bufanda que Thomas me había regalado por Navidad mientras me sentaba en el banco del jardín trasero. El cielo era de un azul aciano, pero el suelo seguía cubierto de escarcha, ya que el sol de enero no era lo bastante cálido como para derretirla.

Respiré hondo, saqué la carta del bolsillo y la abrí. Misty-Blue saltó sobre el banco y la abracé contra mi costado.

Mi querida Sammie:

Si estás leyendo esto… significa que hemos compartido nuestros últimos momentos juntos y por fin me he reunido con mi Gwendoline. Espero de todo corazón haber tenido la oportunidad de decirte cuánto significas para mí. Por si acaso no pude decírtelo, quiero darte las gracias por salvarme. Y no me refiero solo al día que me encontraste tras el ictus, sino a cada minuto que hemos pasado juntos desde entonces. Has devuelto la luz y la dicha a mi sombría existencia y, desde que te conocí, he vuelto a sentirme vivo. Mi Gwendoline me dijo que me enviaría a un ángel, y eso fue exactamente lo que hizo.

Si estás leyendo esto… sabrás lo de tu herencia y la condición que he impuesto.

Si estás leyendo esto… es porque sé exactamente quién eres: una mujer bondadosa que quiere aceptar porque desea cumplir nuestro sueño, pero teme no ser capaz de hacerlo. ¿He acertado?

Si estás leyendo esto… es porque no se trata de la casa, del terreno o del dinero. Tú no eres de esas. Supe quién eras el día que me diste tu comida. Mi Gwendoline siempre decía que los pequeños actos de bondad demuestran el verdadero carácter de una persona.

Puede que te preguntes por qué te he pedido esto, y la respuesta es porque sé que puedes hacerlo. Sé que amas a los animales. Era una de las razones por las que mi Gwendoline te quería tanto. He visto con mis propios ojos tu naturaleza cariñosa y protectora. ¿Qué más da si se trata de personas o de erizos? Se necesitan las mismas cualidades, y tú las tienes.

Tendrás que aprender a gestionar un negocio, pero creo que también posees esas aptitudes. Cuando me ayudaste a reformar el salón y el recibidor, fue una operación digna del ejército y con un presupuesto ajustadísimo.

Creo en ti, Sammie. Sé que puedes cumplir nuestro sueño y llevar Hedgehog Hollow más lejos de lo que nosotros podríamos haber hecho.

Poco después de conocernos, me dijiste que creías que nos habíamos encontrado por una razón. Que quizá me necesitabas, pero aún no sabías por qué. En ese momento, comprendí el motivo por el que apareciste en mi vida. No fue únicamente para devolverme la dicha, sino también para hacer realidad el sueño de mi Gwendoline y darte a ti tu oportunidad de brillar. Nunca olvides que resplandeces. No pierdas el tiempo con aquellos que intentan apagar tu brillo.

He anotado todo lo que recuerdo sobre el cuidado de erizos, aunque imagino que algunas cosas habrán cambiado con los años. También he dejado escrito el nombre de un veterinario local. Gwendoline llegó a un acuerdo con él sobre medicamentos a precio de coste y consultas con descuento, pero no sé si la clínica seguirá abierta ni si el veterinario recordará aquel acuerdo.

Los dos velaremos por ti. Te queremos y creemos en ti. Por favor, cree tú también en ti misma. Cuida de Misty-Blue por mí.

Con todo mi cariño,
Thomas

P. D.: Además de abrir el centro de rescate, tengo otro proyecto pendiente para ti. NO vivas en un mausoleo. Quiero que saques todas mis pertenencias sin remordimiento alguno y conviertas la casa en tu hogar, no en un santuario en mi memoria. Continúa el trabajo que empezamos juntos. ¡Insisto!

Leí la carta una y otra vez, con las mejillas heladas por culpa de las lágrimas. Luego saqué el teléfono del bolsillo. Había cambiado de compañía y ahora tenía mejor cobertura en la zona. Seguía siendo irregular, pero funcionaba bien dentro de la casa y en algunos puntos del terreno.

—Hola, señor Jeffreys. Soy Samantha Wishaw. He leído la carta y acepto la condición. Quiero intentarlo.

—Perfecto —respondió—. Le diré a mi asistente que prepare la documentación. Si puede venir el lunes o el martes, repasaremos los detalles, firmará y organizaremos la transferencia. Mientras tanto, entiendo que ya tiene una llave de repuesto, ¿verdad?

—Sí.

—En ese caso, ya puede acceder a la propiedad, pero no cambie nada hasta que el traspaso sea oficial.



Me senté en el sofá del salón de Thomas. Mi salón. ¿Podría llegar a acostumbrarme a eso? «El salón de mi casa». Aún no me parecía real. Ni siquiera sabía cuántos dormitorios había. Solo había subido dos veces al primer piso: para coger el pijama de Thomas cuando estaba en el hospital y para buscar los adornos de Navidad. Había quitado el papel pintado del vestíbulo y de las escaleras, pero sin fijarme en cuántas puertas había en cada planta ni qué había tras ellas.

Me sentía como una intrusa, a pesar de que Thomas había dejado escrito que la convirtiera en mi hogar. Con Misty-Blue pegada a mis piernas, subí las escaleras y pasé la mano por la barandilla que Dave había decapado con esmero.

En el primer piso, conté dos cuartos de baño y cinco habitaciones grandes, dos de ellas completamente vacías. En la planta superior, había otras dos habitaciones enormes, también vacías. Los papeles pintados, de flores o con motivos geométricos marrones, verdes, beis y naranjas, desentonaban con las alfombras de gusto dudoso que parecían sacadas de un autobús de los años setenta u ochenta. De las tres habitaciones amuebladas, una parecía un despacho, con un gran escritorio junto a la ventana y una vieja máquina de escribir cubierta de polvo. Las estanterías de las paredes estaban repletas de libros, archivadores y cajas. Otra habitación servía de trastero; era donde habíamos encontrado los adornos navideños. Estaba hasta arriba de cajas de cartón, pero no había ni un mueble. En el

dormitorio de Thomas, la cama estaba hecha y había un pijama gris doblado sobre una de las almohadas. En la otra, descansaba un erizo de peluche que me hizo pensar en Mickleby, el muñeco que Thomas me había regalado la mañana en que murió. Desde ese día, cada noche me dormía abrazada a él. ¿Sabía que se iría aquella misma tarde o su muerte lo había sorprendido antes de lo previsto?

Abrumada, cerré la puerta y me senté en el último peldaño de la escalera. Con la cabeza entre las manos, miré hacia el suelo de baldosas del recibidor. Y, en ese mismo instante, me di cuenta. La reforma del salón, del vestíbulo y de la escalera no había sido por él. Había sido por mí. Sabía que sus días estaban contados y quería dejar la casa lista para mí. Me había pedido opinión sobre cada color, cada mueble, cada detalle.

Me levanté de golpe y bajé corriendo las escaleras hasta llegar al salón.

—¡Vaya! —susurré—. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Todo está a mi gusto. Es exactamente lo que habría escogido para mi propio hogar, incluso los interruptores cromados.

Me tapé la boca con la mano.

—Oh, Thomas —murmuré—. No me creo que hicieras esto por mí.

CAPÍTULO 37



—Estás siendo muy misterioso —le dije a Dave cuando volvió de la barra del Black Swan con una ronda de bebidas aquel martes por la noche.

Había llegado a casa tras el trabajo y nos había ordenado a Rich y a mí que nos arregláramos porque íbamos a salir al *pub* en cuanto él se duchara y cambiara. Ambos protestamos porque habíamos estado allí la noche anterior para celebrar que había firmado los papeles de mi inesperada herencia, pero Dave insistió en que tenía noticias importantes y que querríamos hacer otro brindis de celebración. Miré a Rich en cuanto Dave subió las escaleras, pero parecía tan desconcertado como yo.

—Un brindis —propuso Dave, ignorando por completo mi comentario—. Por Thomas Mickleby: caballero, filántropo y hada madrina.

Rich y yo chocamos los vasos con él e intercambiamos miradas de desconcierto.

—Misterioso y quizá un poco raro —añadió Rich.

—Perdón, no he podido resistirme —comentó Dave con una sonrisa—. Resulta que, además de ser un hombre con propiedades, nuestro difunto amigo tenía una cuenta bancaria más que sustanciosa.

—Eso ya lo sabemos. Me dejó cincuenta mil libras.

Dave se acarició la barba. Se notaba que estaba disfrutando con nuestra incertidumbre.

—En realidad, tenía bastante más que eso. Esta mañana me llamó ese tal Jeffreys y me pidió que me pasara por su despacho, así que lo hice. Parece que Thomas dejó instrucciones de que, si tú aceptabas la granja, mis compañeros y yo debíamos terminar la reforma de la planta baja, vaciar y acondicionar la planta alta, renovar la cocina, reparar el granero, arreglar las vallas y volver a pavimentar el camino y el patio. Y si sobraba algo de dinero, que seguro que sí, también debíamos reparar los edificios anexos.

Lo miré boquiabierta.

—¿Hablas en serio? ¿Thomas te contrató?

Levantó las manos.

—Te lo juro. Me quedé de piedra. Con eso, tenemos trabajo para meses.

Me tapé la boca con la mano.

—Madre mía, Dave, no me creo que hiciera eso.

—Ese hombre no deja de darnos sorpresas —afirmó Rich mientras alzaba de nuevo su vaso.

—No hace falta gastar dinero en la casa —le aseguré—. Ese dinero puede destinarse al centro de rescate.

Dave negó con la cabeza.

—Imposible. Las instrucciones eran clarísimas. —Sacó una hoja azul doblada de su bolsillo trasero y me la tendió.

—¿También te escribió una carta?

—Será mejor que la leas tú misma.

Querido Dave:

Si estás leyendo esto, significa que ya me he ido y Sammie ha aceptado crear un centro de rescate de erizos en Hedgehog Hollow. Me impresionó tanto el trabajo que hicisteis tus amigos y tú en el salón y el recibidor que quiero encargaros tres grandes proyectos:

1. Reformar el resto de la casa. Hay que vaciarla entera. Nunca llegamos a decorar las dos plantas superiores, hay que demoler y renovar la cocina, y el resto de la planta baja requiere una limpieza de cara. El jardinero que me recomendaste, Rhys Michaels, ha cortado la hiedra, pero comprueba que no haya causado daños en la estructura, por favor. He dejado fondos suficientes

para reparar los canalones, las ventanas y el tejado si lo consideras necesario, ya sea ahora o en un futuro próximo.

2 .Reparar el granero que se usará para el centro de rescate. Hay un agujero en el techo y es necesario arreglar las paredes. Hay luz, calefacción y agua, pero todo debe revisarse antes de adaptarlo a las necesidades de Sammie.

3. Repavimentar el camino de acceso y el patio, y reparar la valla adyacente. Si sobra dinero, utilízalo para reparar o desmantelar los edificios anexos, lo que Sammie prefiera.

También debéis poneros un sueldo como es debido, sin descuentos ni tarifas de amigos. Insisto. Hay dinero de sobra para que saquéis un buen pellizco y podáis financiar la ampliación de vuestra casa.

Mi abogado se pondrá en contacto con Rhys para que siga encargándose del jardín y la hiedra.

Quizá te preguntes por qué he reservado el dinero para vosotros en vez de dárselo a Sammie. Lo he hecho porque ella lo invertiría todo en el centro de rescate y no se gastaría ni un penique en la casa. Nunca piensa en ella misma. Quiero que la casa se convierta en su hogar, no el mío, y eso implica hacer borrón y cuenta nueva. No dejes que escatime en gastos, ni elija la cocina más barata, ni deje habitaciones sin amueblar. Exijo una reforma completa y de calidad, porque esa joven maravillosa se merece lo mejor. Sé que puedo confiar en ti y en tus amigos para hacerlo.

Sammie trajo alegría a mi vida y sé que vosotros habéis traído alegría a la suya. Cuidad de ella por mí, por favor.

Atentamente,
Tu amigo,
Thomas

—Vaya —murmuré, y se me llenaron los ojos de lágrimas—. Pensó en todo, ¿eh? Solo le mostré un poco de amabilidad y él ha hecho todo esto por mí. Llegó a conocerme tan bien en tan poco tiempo… Sí que habría destinado el dinero al centro de rescate, pero se aseguró de que no pudiera hacerlo.

No sabía qué sentir. Estaba asombrada, agradecida y emocionada, aunque habría renunciado a todo por pasar más tiempo con Thomas.

—Iba a decir que Thomas era único en su especie —comentó Rich con la mirada clavada en mí—, pero estaría mintiendo. Tú eres

exactamente igual. No me extraña que os llevarais tan bien.

—Opino lo mismo. —Dave volvió a acariciarse la barba—. Bueno, ¿cuándo quieres que empecemos?

—¿Ayer?



Solo nos tomamos una copa, ya que Dave quería revisar su agenda para ver cuándo tenía disponibilidad. De vuelta en mi cocina, me sonó el teléfono mientras ponía el agua a hervir. Número oculto.

—¿Diga? —respondí.

Silencio.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Estaba segura de que había alguien al otro lado del teléfono, pero seguía sin responder, así que colgué.

Acababa de sentarme frente al televisor con un chocolate caliente cuando volvieron a llamarme.

—¿Hola?

De nuevo, no hubo más que silencio.

—¿Chloe? ¿Eres tú? —¿Había oído un sollozo? Me acerqué el teléfono al oído—. Háblame, Chloe. Estoy aquí.

La llamada se cortó. Negué con la cabeza y suspiré. No iba a intentar contactar con ella. Aunque tampoco es que pudiera hacerlo, ya que me había bloqueado. Si de verdad me necesitaba, ya me llamaría.

Pensé en las palabras de Thomas y del abuelo sobre lo de brillar. Thomas me había dado una oportunidad increíble de salir a la luz y marcar la diferencia con un proyecto que era mío y no tenía nada que ver con Chloe. Iba a aprovechar al máximo esa oportunidad y llevarla a cabo. Les demostraría a mamá, a Chloe y a la tía Louise que, aunque no se me dieran muy bien las relaciones, era capaz de hacer realidad los sueños, incluso sin su apoyo.

CAPÍTULO 38



El domingo por la mañana, abrí las cortinas de mi dormitorio y di un paso atrás. ¡Vaya! Estaba todo blanco. Habían caído algunos copos esporádicos durante la tarde del sábado, pero, a juzgar por la capa de nieve en el muro del jardín delantero, se habían acumulado unos diez centímetros durante la noche.

Alguien llamó a mi puerta.

—¿Estás visible? —preguntó Dave.

—Sí. Entra.

Sonreí cuando abrió la puerta y entró en la habitación con una taza de té y un plato de tostadas.

—Oí tu alarma y supuse que estabas despierta. ¿Has visto la nieve?

—Justo la estaba mirando.

—No creo que hoy puedas ir a la granja.

—¿Por qué no?

—¿Qué coche conduces?

—Ay, madre. Voy a tener que cambiar de coche, ¿verdad? —Me encantaba mi Fiat 500 de color verde menta, aunque Thomas se burlaba de él y lo llamaba «Caramelo de Menta». Sin embargo, no iba a servirme de mucho para los duros inviernos en los Wolds—. ¿Crees que necesitaré una furgoneta?

Dave lo pensó un momento.

—No creo que haga falta. Te sugeriría un 4x4 con un buen maletero. Solo vas a transportar unos cuantos erizos, y tampoco es que sean muy grandes.

—Podría comprarme uno de esos *jeeps* y ser una auténtica pueblerina.

—Oh. Espera aquí. Tenemos algo para ti. Llegaron ayer, pero quería enseñárselas a Rich antes de dártelas.

Dave salió disparado de la habitación y bajó las escaleras a toda prisa. Unos minutos después, reapareció y me entregó una gran caja blanca.

—Considéralo un regalo para la casa nueva. Son perfectas para encajar entre los pueblerinos.

Levanté la tapa y sonreí al ver el contenido: unas botas de agua con un diseño de erizos.

—Oh, me encantan. Gracias. Voy a tener que probarlas. ¿Quieres hacer un muñeco de nieve cuando me haya aseado y vestido?

—Estaba deseando que me lo pidieras.



Treinta minutos después, nos apartamos para admirar nuestra obra.

—El cuerpo está un poco torcido —comentó Dave—. Parece una patata.

—Pues lo llamaremos señor Patata. Hace como quince años que no hago un muñeco de nieve.

—¿Y siempre se te ha dado tan mal?

Le di un empujoncito juguetón.

—Es culpa tuya que haya quedado tan mal. Que sepas que mi padre me enseñó de maravilla. Nuestros muñecos aguantaban mucho más que los del resto de la calle.

—¿No hacías muñecos de nieve con Chloe? —Dave ajustó el gorro torcido del señor Patata.

—A Chloe no le gustaban mucho las actividades al aire libre. Odiaba la nieve. No creo que jamás haya hecho un muñeco de nieve, ni una guerra de bolas, ni ángeles en la nieve.

—¿En serio? Eso forma parte de la infancia. —Le introdujo un poco más la nariz de zanahoria al señor Patata—. Supongo que

todavía no se ha puesto en contacto contigo, ¿no?

—No, pero hay alguien que no deja de llamarme. No habla, pero estoy segura de que es Chloe.

—¿Qué harás si es ella y quiere volver a ser tu amiga?

—Volveré a ser su amiga.

Frunció el ceño.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Porque es mi familia.

Me encogí de hombros cuando Dave arqueó las cejas.

—No es la mejor razón del mundo, ¿verdad? —inquirí—. Venga, vámonos. Me estoy congelando y me toca prepararte algo de beber.



—¿Cómo era de niña? —preguntó Dave cuando le llevé una taza de café.

—¿Chloe? —Me acurruqué en el otro extremo del sofá—. Prima, hermana y mejor amiga, todo en uno.

—Me refiero a su personalidad. Di las tres primeras palabras que te vengan a la cabeza. ¡Ya!

—Divertida, insegura, mimada. —Soplé el café—. Eso no ha sonado muy bien, ¿verdad?

Dave me ofreció una pequeña sonrisa, con los ojos llenos de compasión.

—Creo que nada suena muy bien en lo que se refiere a vuestra relación. Mira, no es asunto mío y entiendo que es tu familia, lo que hace que sea un poco más complicado que una amistad tóxica cualquiera, pero…

—¿Crees que nuestra relación es tóxica?

—Por lo que me has contado, sí. Lo siento. Aunque, a decir verdad, solo te conozco desde que ella te dejó de lado, así que podría… —Le sonó el teléfono a mitad de frase—. Es mi madre.

—Cógelo. Ya hablaremos luego.

Cogí mi café y subí a mi dormitorio para darle privacidad.

Había empezado a nevar otra vez. La hierba que había quedado al descubierto tras hacer rodar las bolas para la cabeza y el cuerpo del señor Patata ya no se veía, y como los copos de nieve se habían acumulado sobre su bufanda, parecía que tuviera un caso extremo de caspa. Con la taza entre mis manos, contemplé la nieve, le di un sorbo a mi café y pensé en lo que Dave había dicho sobre Chloe. ¿Estaba en lo cierto? ¿Teníamos una relación tóxica? Era obvio que ahora las cosas estaban mal, pero ¿siempre había habido problemas?

Saqué una caja de plástico de debajo de la cama y cogí un álbum de fotos. Papá me lo había hecho cuando me fui a vivir con Harry. Me lo entregó con los ojos llenos de lágrimas, y me dijo que era un regalo de su parte y de mamá como recordatorio del primer capítulo de mi vida. Por la expresión desinteresada de mamá, supe que ella no había tenido nada que ver.

Acomodé las almohadas, me dejé caer sobre la cama y abrí el álbum. Las primeras páginas eran fotos mías de bebé; primero aparecía sola y luego salía con Chloe, cuando nació seis meses después, en abril. Las fotos de bebé dieron paso a imágenes de cuando éramos niñas. Luego vino el primer día de colegio: aparecíamos cogidas de la mano frente a la verja, con nuestros pichis grises y unas rebecas de color azul marino. Navidades, cumpleaños, vacaciones… En casi todas las fotos salía con Chloe, y cada una de ellas guardaba recuerdos felices. Nos lo pasábamos genial juntas. Me hacía reír muchísimo. Solo tenía que hojear las fotos para verlo.

Sin embargo, no podía negar que era una mimada, y la principal culpable era mamá. Los ingresos de la tía Louise y el tío Simon eran limitados, así que mamá lo compensaba comprándole regalos a Chloe con regularidad o, con demasiada frecuencia, dándole algo que papá me había comprado a mí. En cuanto los ojos de Chloe se iluminaban al ver una muñeca nueva, un libro o un estuche de lápices de colores, mi madre se lo entregaba y me prometía que me compraría otro, algo que nunca llegó a hacer. Si papá me compraba

un vestido, mamá decía que a Chloe le quedaría mucho mejor que a mí y desaparecía de mi armario. Al final, le dije a mi padre que prefería los vaqueros y las camisetas, convencida de que a Chloe no le interesarían tanto.

Cada vez que mamá me reñía o se mostraba indiferente cuando le enseñaba mis buenas notas o algún premio de alguna de mis actividades extraescolares, Chloe aparecía a mi lado con una sonrisa y me abrazaba, de manera que me hacía olvidar la situación y la perdonaba al instante por llevarse mis cosas. Al fin y al cabo, no era culpa suya. Ella nunca las pedía, sino que era mi madre quien se las daba, lo que hizo que creyera que siempre podía conseguir lo que quisiera.

¿Qué más le había dicho a Dave? Insegura. Sí, era extremadamente insegura y dependiente. Apenas nos habíamos separado hasta que me fui a la universidad, y Chloe se alteró mucho con mi marcha, convencida de que haría muchos amigos y que ya no la querría en mi vida. Insistió en acompañar a papá cuando me llevó a Liverpool y se aferró a mí entre sollozos cuando llegó el momento de dejarme en mi habitación de la residencia. Me hizo prometerle con el meñique que nunca la sustituiría como mi mejor amiga. Me reí y la abracé con fuerza mientras le aseguraba que era insustituible, pero recuerdo que tuve que restarle importancia a mi amistad con Hannah porque parecía que se molestaba cuando mencionaba a mis nuevos amigos.

Y nadie escuchaba como Chloe. Cuando éramos adolescentes, caminábamos arriba y abajo por la playa durante horas mientras hablábamos de todo y de nada. Yo estuve ahí para recoger los pedazos rotos de su corazón tras sus fracasos sentimentales, pero ella me reconstruyó a mí cuando lo dejé con Harry. Era la persona a la que acudía cuando mamá me hacía daño y siempre sabía qué decir para ayudarme a ver el lado positivo de las cosas.

Así que sí, estaba mimada, pero eso había sido cosa de mamá. Era insegura, pero como consecuencia directa del modo en que la trataban los demás. Sin embargo, era divertidísima, y eso la definía

por completo. Esa era la verdadera Chloe. Esa era la persona a la que quería y echaba de menos.

CAPÍTULO 39



Cuando me fui al trabajo el miércoles por la mañana, la nieve se había derretido y el señor Patata era una sombra de lo que había sido. Recuperé el gorro y la bufanda empapados, y sentí la misma tristeza que sentía de niña cuando el deshielo deshacía los muñecos de nieve que papá y yo habíamos creado con tanto cariño. El jueves por la mañana, el señor Patata no era más que un montón de nieve, un par de ramitas y un puñado de piedras. La fauna local, obviamente, se había zampado la zanahoria.

Rich y Dave se estuvieron informando y localizaron a alguien en el pueblo de al lado que vendía un Land Rover Defender rojo. Rich sabía bastante de coches y me aseguró que estaba en muy buenas condiciones, así que eché mano de la herencia del abuelo.

Uno de los chicos que trabajaban con Dave llevaba tiempo buscando un coche pequeño para su mujer, así que me despedí a regañadientes de mi precioso Fiat 500. Cuando le entregué las llaves el sábado por la mañana, me percaté de golpe de que esto era definitivo: nunca volvería a vivir en Whitsborough Bay. Mi hogar, mi trabajo, mi aventura empresarial y todos mis amigos estaban ya en los Wolds. Siempre había imaginado que me asentaría en Whitsborough Bay y, sin embargo, en los Wolds me sentía como en mi casa. Echaba de menos el mar, pero siempre podía hacer una escapada. No echaba de menos vivir allí porque… ¿qué me quedaba? Papá. Nada más.

—Bonito *jeep* —admiró Hannah cuando abrió la puerta de Fuchsia Cottage una hora después—. Te pega. Y me encantan las botas.

—Gracias. Un regalo de los chicos para la casa nueva. —Me descalcé las botas en el recibidor—. ¿Cómo está la preciosa Amelia?

—Sigue preciosa y muy escandalosa. Ahora está dormida, pero debería despertarse en breve. Acabo de preparar té.

Vertió el líquido en las tazas y nos sentamos a la mesa de la cocina.

—¿Ya te has hecho a la idea? —preguntó.

Le había contado por teléfono lo del testamento de Thomas, pero ahora por fin podíamos ponernos al día en persona.

—No. No sé si algún día lo haré.

—Seguro que lo echas de menos.

Asentí con la cabeza.

—Casi tanto como al abuelo. Lo cual es ridículo, si tenemos en cuenta el poco tiempo que estuvo en mi vida.

Ella sonrió con ternura.

—No se trata del tiempo que alguien está en nuestras vidas, sino del impacto que tiene en nosotros. Le salvaste la vida a Thomas, así que vuestra conexión fue muy intensa desde el principio, y ambos tuvisteis mucha influencia en el otro.

—¡¡¡Uaaaaahhh!!!

—Ya sabía yo que no tardaría en despertarse. —Hannah se levantó—. Enseguida vuelvo.

Diez minutos después, Hannah reapareció con Amelia. Llevaba un pichi gris monísimo con una cara de un gato en la pechera, una camiseta rosa de manga larga y unos leotardos de lana a rayas. Tenía las mejillas sonrosadas y llevaba el pelo oscuro alborotado por un lado y aplastado por el otro.

—Hola, ricura —arrullé mientras acariciaba una de sus rollizas mejillas con suavidad.

Hannah besó la cabeza de su hija.

—¿Algún avance con tu familia?

—No. Papá les contó lo de Thomas, pero la tía Louise fue la única que actuó en consecuencia. Me envió una tarjeta de pésame, lo cual fue un detalle por su parte, así que le mandé un mensaje para darle las gracias. No me han dicho nada más desde entonces.

—Estoy muy decepcionada con todos, sobre todo con Chloe. Siempre me había caído bien, pero cuanto más tiempo paso con ella, más ganas tengo de darle una bofetada por la forma en que te está tratando.

—¿La has visto mucho últimamente? —Era inevitable, ya que sus maridos eran mejores amigos, pero la idea no me hacía mucha gracia.

Hannah hizo una mueca.

—Un poco. James cree que, como es el mejor amigo de Toby, Chloe y yo también deberíamos ser íntimas, sobre todo ahora que está embarazada. Según él, tenemos «muchas cosas en común». —Hizo el gesto de las comillas en el aire para darle más énfasis.

—Mientras no me dejes de lado y te hagas íntima de ella… —murmuré en un tono deliberadamente infantil.

—Ni hablar. La tolero por Toby y por James, nada más. No has hecho nada malo, y me enerva que no quiera aceptarlo.

Amelia se removió en los brazos de Hannah y me miró.

—Creo que toca mimos. —Hannah me la pasó.

Besé la mejilla de Amelia y le acaricié el suave pelo.

—Es adorable. Creo que me he enamorado.

Hannah sonrió.

—Me alegro, porque tengo una pregunta muy especial que hacerte. Queremos bautizar a Amelia y nos preguntábamos si te gustaría ser una de sus madrinas.

Jadeé.

—¿En serio? Oh, Hannah, me encantaría. Gracias. —Clavé la mirada en los grandes ojos marrones de Amelia y me emocioné. Era un honor para mí—. Me has alegrado el día.

—¿Por qué eres tan sensiblona? —Hannah me apretó la mano—. Debo advertirte que Toby le va a pedir a James que sea uno de los

padrinos.

—¿Y Chloe…?

—La invitaremos al bautizo, pero los padrinos seréis tú, mi hermana, el hermano de Toby y James.

Acurruqué a mi ahijada contra mi pecho.

—¿Cuándo será el bautizo?

—No hasta dentro de unos meses, cuando cumpla un año, así que vamos con tiempo.

Charlamos durante otra hora sobre el bautizo y mis planes para Hedgehog Hollow.

—Será mejor que me vaya —dije, y le devolví la niña a Hannah—. Dave está esperando un paquete poco después de la una y le prometí que estaría de vuelta para recibirlo.

—Me ha encantado verte —afirmó Hannah—. Y tenemos muchas ganas de hacer una visita en condiciones a tu nueva casa, ¿verdad, Amelia?

—No me mudaré hasta que terminen las obras, las cuales llevarán unos meses, pero puedes venir cuando quieras. De hecho, si no tenéis planes el fin de semana que viene, ¿por qué no os pasáis?

—Últimamente nunca tengo planes, pero le preguntaré a Toby y te digo.

Tras darles un abrazo, abrí la puerta y chasqueé la lengua. Había aparcado justo delante de Fuchsia Cottage, bastante cerca del coche que tenía delante. Había espacio de sobra detrás de mí, pero ahora algún idiota había pegado su 4x4 a mi parachoques trasero. Era imposible sacar el coche de ahí.

—¿Pasa algo? —preguntó Hannah.

—Mira.

Ella también chasqueó la lengua.

—El de delante es de los vecinos, pero están de vacaciones. El de detrás es del hombre que vive dos casas más allá, en esa dirección. —Señaló a mi izquierda—. ¿Quieres que vaya a decirle algo?

—Tranquila, ya voy yo. ¿Ese hombre tiene nombre?

Se encogió de hombros.

—No lo conozco mucho. No lleva mucho tiempo viviendo aquí. Está de alquiler y suele ir a su rollo. —Arrugó la nariz—. Es un poco gruñón.

Puse los ojos en blanco.

—Me arriesgaré. Hasta luego.

Inspiré hondo, llamé a la puerta de Wisteria Cottage y me estremecí al oír los gritos que provenían de dentro. Volví a llamar, esta vez un poco más fuerte. La puerta se abrió de golpe y me topé con un hombre sin afeitar, de unos treinta y pocos, con el pelo y los ojos oscuros y los hombros anchos. Se parecía mucho al actor Chris Pratt. Rich y Dave eran muy fans de las películas de Marvel y, desde que me mudé con ellos, habíamos visto *Guardianes de la Galaxia* cuatro veces, como mínimo.

—¿Sí?

Me había quedado embobada mirándolo, así que pensé que quizá sería buena idea decir algo.

—Eh, hola. Siento molestarte. Me preguntaba…

—No me interesa. —Me cerró la puerta en las narices.

¡Maldita sea! Era obvio que pensaba que iba a venderle algo. Los gritos continuaron, pero volví a llamar.

—¿Qué? —exclamó cuando abrió la puerta de un tirón otra vez.

Mi instinto me decía que huyera de aquel hombre tan enfadado, pero ¿de qué me serviría? Necesitaba volver a casa y, para hacerlo, él tendría que mover su coche. Me erguí un poco más.

—Has aparcado justo detrás de mi coche y no puedo salir. ¿Te importaría moverlo?

—Estoy al teléfono.

Ni siquiera me había dado cuenta de que tenía un móvil en la mano.

—Lo siento mucho, pero tengo prisa. —¿Por qué me disculpaba? El que había aparcado de forma desconsiderada era él.

—Moveré el coche cuando acabe la llamada.

Se dispuso a cerrar la puerta de nuevo, y me enfurecí al instante. Durante años, había supeditado lo que yo quería para agradar a los demás, pero eso se acabó. Le había prometido a Dave que estaría en casa para coger el paquete y no pensaba fallarle.

—No. Lo moverás ahora. —Hablé con total seguridad, pero no me sentía así para nada.

Pareció un poco desconcertado, pero ya me había lanzado.

—Has pegado tu coche al mío y no puedo salir. Tengo que estar en un sitio con urgencia. Es culpa tuya, así que arréglalo. Ahora.

Me miró con los ojos muy abiertos durante unos segundos. Esperé a que protestara, pero, en lugar de eso, suspiró.

—Esto no ha terminado —espetó al teléfono—. Te llamo luego.

Si no me hubiera apartado, me habría arrollado al salir.

—No deberías haber aparcado tan cerca del de delante —gruñó —. Hay que ser idiota para hacer eso.

¡Qué grosero! Puede que se pareciera a Chris Pratt, pero tenía una personalidad horrible.

—Hay que ser idiota para pegarse tanto a la parte trasera de mi coche sin comprobar si tenía sitio delante.

Estaba tan nerviosa que se me caló el motor dos veces al intentar maniobrar para salir del hueco, y estoy convencida de que el vecino gruñón de Hannah se rió de mí. ¿Quién se comporta así?

Seguía furiosa cuando aparqué frente a Brook Cottage. El mensajero llegó justo cuando estaba abriendo la puerta, así que había llegado por los pelos. A veces funcionaba lo de defenderse a una misma.

CAPÍTULO 40



El domingo por la mañana, papá condujo hasta Umplesthorpe para comer conmigo en The Black Swan y, después, fuimos juntos a Hedgehog Hollow.

—Es muy de tu estilo —comentó cuando terminé de enseñarle la casa.

—¿De verdad lo crees?

—Sí. Veo una serenidad en ti que nunca percibí cuando estabas en casa.

Llevé a papá de vuelta a la cocina y puse la tetera al fuego mientras pensaba en sus palabras. Tenía razón. Aunque seguía viendo la casa como el hogar de Thomas, Hedgehog Hollow empezaba a convertirse en mi hogar también, y era cierto que allí me sentía en paz. Siempre me había sentido así.

—¿Cómo van las cosas en casa? —pregunté mientras le tendía su taza.

—Como siempre. —Esbozó una media sonrisa para aparentar optimismo, pero no me engañó. La situación lo había dejado exhausto, emocional y mentalmente.

—Esperaba que las cosas mejoraran cuando me fuera.

Papá se encogió de hombros.

—Seguro que lo harán con el tiempo.

¿Cuánto más tiempo necesitaban para darse cuenta de lo que pasaba? Para mí era evidente que su matrimonio había terminado hacía mucho, pero ¿quién era yo para criticar? Sabía muy bien lo que era esperar y tener esperanzas.

Me pasé la hora de la comida del miércoles en la oficina del departamento, poniéndome al día con el papeleo. En un momento dado, me llamó un número desconocido y volvió a ocurrir lo mismo: nadie dijo nada, pero escuché claramente una respiración.

—Si eres tú, Chloe, y estoy segura de que sí, háblame —le supliqué con voz suave—. Te estoy escuchando.

Se oyó algo parecido a un sollozo y, acto seguido, la llamada se cortó.

—¿Malas noticias? —preguntó Lauren mientras me dejaba una carpeta sobre la mesa.

Dejé el móvil a un lado.

—No. No dejo de recibir llamadas en las que nadie habla y estoy convencida de que es mi prima, pero nunca dice nada. Estoy preocupada por ella.

Lauren se sentó en la esquina de mi escritorio.

—Pensaba que habías decidido que no valía la pena después del modo en que te había tratado.

—Así es. Pero es mi familia y tenemos muchos recuerdos juntas. Si está mal y trata de ponerse en contacto conmigo, no voy a apartarla, pero tampoco voy a volver a ser su mejor amiga. No puedes empujar eternamente una puerta cerrada.

—Totalmente de acuerdo. Y hablando de amistades o quizá de algo más… ¿ya estás lista para que te organice una cita? Sigo pensando que mi sobrino sería perfecto para ti.

—¿Nunca te rindes?

—Mi vida amorosa es inexistente, y quiero que siga siendo así. Pero eso no significa que no pueda vivir una a través de ti. Una chica tan espectacular como tú no duraría mucho tiempo soltera.

—¿Espectacular? Creo que tienes que revisarte la vista.

Lauren se echó hacia atrás, atónita.

—Tú, Sam Wishaw, eres una mujer muy atractiva, y no quiero volver a oírte insinuar lo contrario. Bueno, ¿qué me dices? ¿Te

organizo una cita?

—¡No! Tengo tanto trabajo entre la escuela y la granja que apenas tengo tiempo para respirar.

Se bajó de la mesa y negó con la cabeza.

—En mi opinión, ahora es cuando más falta te hace. Si te conozco tan bien como creo, te pasarás todas las tardes y todos los fines de semana trabajando, y eso no es nada bueno. Tener una cita de vez en cuando te vendría de maravilla para desconectar.

—Ya desconecto. Visito a Hannah y a Amelia, y voy al *pub* con Rich y Dave.

—No es lo mismo que una cita apasionada —afirmó mientras salía de la oficina.

—Pero es mucho menos estresante —repliqué—. Y me ahorro los desengaños amorosos.



Tras cinco meses en la zona, ya me orientaba bastante bien, aunque seguía perdiéndome en las zonas más remotas. Una de mis mejores alumnas no podía ir a la escuela porque su madre se había roto una pierna y no podía llevarla. Como no quería quedarse atrás, el jueves me ofrecí a llevarle el libro del curso a la hora de comer.

Sabía que vivía en una aldea llamada Addlington Row, pero el GPS no reconocía el código postal. Además, me quedé sin cobertura. Parecía una repetición del día de la boda.

Volví a incorporarme a la carretera secundaria tras meterme en otro callejón sin salida y avancé despacio por el estrecho sendero, con la esperanza de que el siguiente desvío fuera el correcto. Fui cambiando de emisora hasta que encontré una canción alegre que pudiera cantar. Justo cuando empezó el estribillo, vi aparecer la parte superior de un vehículo que se acercaba a toda velocidad en la siguiente curva. La carretera no era lo bastante ancha para los dos.

Pisé el freno con fuerza y giré el volante a la izquierda, de manera que me subí al margen justo a tiempo para esquivar el

coche, que pasó a escasos milímetros de mí. Con el corazón desbocado, apreté el claxon varios segundos seguidos. ¡Maldito idiota! Por el retrovisor, vi que el conductor se detenía unos metros más atrás.

Salí del *jeep* y comprobé rápidamente si había provocado algún daño por haberme subido al margen. No se veía nada en la carrocería, pero estaba furiosa. Cerré la puerta de un portazo y bajé la cuesta hacia el todoterreno verde, que estaba dando marcha atrás hacia mí.

—Pero ¿qué demonios haces? —grité cuando se detuvo y se abrió la puerta del conductor—. Podrías habernos matado a los dos.

No tenía ni idea de a quién me estaba enfrentando, pero tampoco me importaba. No había justificación alguna para conducir de forma tan temeraria e iba a escucharme.

Un hombre se bajó del coche y abrí los ojos de par en par. De entre todos los posibles conductores, tenía que ser él: el doble de Chris Pratt, el vecino misterioso y gruñón de Hannah que me había bloqueado el coche.

—Tú —espeté—. ¿Qué te pasa? ¿Te crees dueño de todas las carreteras?

Entrecerró los ojos, como si intentara recordarme.

—¿El sábado en North Emmerby? Me bloqueaste el coche. ¿Y ahora qué? ¿Dónde está el fuego?

—¿Qué fuego?

—Supuse que debía de haber una emergencia si tenías que ir a ciento treinta por hora.

—Había una emergencia. Una de la que tengo que ocuparme. ¿Estás herida? —Su tono urgente me irritó. ¿Dónde estaba la disculpa? ¿El arrepentimiento?

—Por suerte, no.

—¿Y tu coche?

—Tampoco tiene daños, pero solo porque iba despacio y te vi a tiempo.

—Pues te felicito por tus brillantes habilidades al volante. —Se metió de nuevo en su *jeep* y alargó el brazo para agarrar la maneta de la puerta.

—¿Eso es todo? —Me acerqué a toda prisa y agarré la puerta—. ¿Ni una disculpa?

Parecía sorprendido. No debía de estar acostumbrado a que lo enfrentaran. Los hombres guapos como él seguramente siempre se salían con la suya: una sonrisa traviesa y un guiño, y todo quedaba perdonado.

—Lo siento —murmuró—. No volverá a pasar, pero de verdad que tengo una emergencia, así que si pudieras soltar la puerta…

—Una cosa más —lo interrumpí.

—¡Madre mía! ¿Qué?

—Me he perdido —confesé en un tono más suave—. Iba de camino a Addlington Row. ¿Sabes por dónde queda, por favor?

—Da la vuelta para dirigirte en mi dirección, primera a la izquierda, luego a la derecha y quedará a tu izquierda. ¿Entendido?

—Entendido. Gracias.

—¿Puedo irme ya?

—Sí. Vete y ocúpate de tu gran emergencia.

—Gracias. ¿Puedes soltar la puerta, por favor?

Ni siquiera me había dado cuenta de que aún la sujetaba. La solté y me aparté para dejarle marchar.

Con las piernas temblorosas, regresé a mi *jeep*. ¿Acababa de pensar que era guapo?

—No —me corregí en voz alta—. Es porque Chris Pratt es muy atractivo y me recuerda mucho a él, pero el idiota del *jeep* verde es un gruñón, un insensible y un conductor temerario.

Solté una carcajada.

—Idiota del *Jeep*. Así lo llamaré a partir de ahora.

Cuando di la vuelta con el coche, me pregunté si me había dado las indicaciones mal para vengarse de mí por haberle gritado. Por suerte, aparqué frente a Addlington Row unos cinco minutos

después. Al parecer, no era idiota del todo, solo un noventa y nueve por ciento.

CAPÍTULO 41



Me pasé el sábado en Hedgehog Hollow, y me volqué por completo en lo que Rich había bautizado como «Proyecto Púas».

Habían montado un andamio y, mientras Dave y su equipo empezaban a reparar el tejado y los canalones, yo me pasé el día en el granero, revisando el material que Thomas y Gwendoline habían comprado antes de que ella enfermara.

Había unas cincuenta jaulas de plástico que serían los hogares perfectos para los erizos una vez les hiciéramos los agujeros de ventilación. Necesitaban un buen manguerazo, pero quedarían como nuevas en cuanto estuvieran limpias. Encontré una caja llena de platillos redondos de plástico (seguramente para la comida y el agua) que, aunque también estaban sucios, se habían conservado bien. Unas treinta bobinas de papel absorbente azul parecían haber sobrevivido a los años, ya que estaban envueltas en varias capas de celofán. Por desgracia, varias mantas de lana estaban cubiertas de moho y tres paquetes industriales de detergente se habían apelmazado por la humedad. Me daba pena tirar tantas cosas, pero dos décadas es mucho tiempo para permanecer en un granero frío y húmedo. Era un milagro que hubiéramos podido salvar algo.

El domingo lo pasé en Brook Cottage. Tras rellenar los formularios en línea para registrar el Centro de Rescate Hedgehog Hollow como una organización benéfica, me dediqué a preparar las clases y a investigar sobre erizos. Tenía mucho que aprender, y eso me emocionaba y me asustaba a partes iguales. No quería defraudar a los Mickleby.

Dave le pidió un favor a un amigo arquitecto suyo, Justin, que visitó la granja la semana anterior y tomó medidas para hacer un altillo independiente. Lo ideal habría sido instalar una segunda planta para aprovechar al máximo el espacio, pero no podía justificar el tiempo y el dinero necesarios para reforzar el granero.

Quedé con Justin en la granja nada más terminar las clases del martes.

—Se acaba de ir —me informó Dave cuando bajé del coche—. Ha venido antes y, como nos está haciendo el favor, no me parecía bien pedirle que te esperara. Pero nos ha dejado los planos y creo que te van a gustar.

—¡Guau! No me esperaba esto —exclamé unos minutos después, mientras analizaba los dibujos que habíamos extendido sobre una mesa plegable en el granero.

—Yo tampoco. Creía que haría un altillo en un extremo del edificio. Ni se me pasó por la cabeza uno que rodeara todo el perímetro, pero así tendrás muchísimo más espacio.

—Me encanta. Gracias por apañarlo.

Dave sonrió.

—A mandar. Y ya que hablamos de apañar, quiero enseñarte algo.

Ya había oscurecido, así que cogió una linterna y lo seguí por la parte trasera de la casa. Enfocó el haz de luz hacia el banco de Thomas.

Una sensación de calidez me envolvió.

—Oh, Dave. Has atornillado la placa. Ha quedado genial. Ojalá Thomas pudiera verlo.

—Al menos pudo leer el poema antes de irse. A mí se me hizo un nudo en la garganta al leerlo. No me creo que lo escribieras tú.

—Yo tampoco. —Pasé los dedos por la placa y recordé la expresión de felicidad de Thomas cuando se la entregué. Lo echaba muchísimo de menos—. Creo que me sentaré un rato con Thomas y Gwendoline. Les contaré todos nuestros planes.

—Te dejo la linterna, entonces.

Me senté en el banco, al lado de la placa, y sonreí cuando la luz de la linterna hizo centellear la plata. Una brisa ligera jugueteó con los mechones que se habían escapado de mi coleta y me hicieron cosquillas en la cara. Me los coloqué detrás de la oreja y saqué un pañuelo del bolsillo para limpiar con cuidado una huella que había dejado en la placa. Luego me giré hacia el prado. La hierba se recortaba contra el cielo, cada vez más oscuro.

—Estoy haciendo lo que queríais —le conté—. Va a quedar fabuloso. Un hotel de cinco estrellas, diría yo. Hemos vaciado el granero y ya están arreglando el tejado. He cambiado mi Caramelo de Menta por un 4x4 y los chicos me han comprado unas botas cubiertas de erizos. Te encantarían. —Me empezó a temblar el labio y los ojos se me llenaron de lágrimas—. Pero tengo miedo, Thomas. Sé que en tu carta decías que creías en mí, pero este proyecto es descomunal. ¿Y si lo echo a perder?

La brisa se detuvo un instante, y juraría que sentí que alguien me apretaba la mano. Me levanté, lancé un beso hacia el prado y rodeé la casa hasta el granero para devolver la linterna.

Como tenía algo de tiempo, decidí ir a visitar la clínica veterinaria con la que Gwendoline había llegado a un acuerdo. Seguramente aún faltaba una hora para que cerrara.



La Clínica Veterinaria Alderson & Son era fácil de encontrar. Estaba situada en una de las carreteras nacionales, a unos ocho kilómetros de Hedgehog Hollow. Seguro que esa era la razón por la que Gwendoline y Thomas la habían elegido. Había varios vehículos en el amplio aparcamiento, que estaba muy bien iluminado, lo que denotaba que era una clínica bastante popular. Me quedé junto a la parte trasera de mi *jeep* para contemplar el entorno. Parecía que el edificio había empezado siendo un bungaló, que luego fueron ampliando hasta convertirlo en un negocio. A la izquierda, por detrás

de la consulta, había una cancela que conducía a una casa. Seguramente era donde vivía el dueño.

Estaba muy nerviosa, ya que negociar algo gratis o a precio reducido no era mi fuerte. Lo ideal sería que el veterinario recordara el acuerdo que había hecho con Gwendoline y quisiera mantenerlo, pero ¿cuán realista era eso después de veinte años? El peor de los casos sería que no lo recordara y no estuviera dispuesto a pactar nada nuevo conmigo. «Respira hondo. Puedes hacerlo. Te mostrarás amable y segura de ti misma, y no aceptarás un no por respuesta».

La recepción era luminosa y moderna, y daba paso a una cómoda sala de espera. Era un contraste notable con la clínica donde trabajaba mi padre, que era oscura, deprimente y, como mínimo, necesitaba una buena mano de pintura. Solíamos bromear y llamar a los propietarios los «Hermanos Macabros», de lo lúgubre que había sido siempre el sitio.

—¿Puedo ayudarla? —me preguntó la joven recepcionista. Me fijé en que todo el personal llevaba unos polos de color azul marino con el nombre de la clínica bordado en el pecho. Muy elegante. La chapa que llevaba en el otro lado me indicó que se llamaba Sadie.

—Hola, sí. En realidad, no tengo cita, pero tampoco he venido con un animal.

Si Sadie pensó que era un poco rara, no se notó para nada. Se limitó a sonreírme para animarme a seguir hablando.

—Es un tema un poco peculiar —continué—. Un amigo mío murió recientemente y me dejó su granja en Huggleswick con la condición de que cumpliera el sueño que compartía con su mujer: abrir un centro de rescate de erizos.

—Oh, qué bonito —exclamó Sadie—. Adoro los erizos. ¿En qué podemos ayudar?

—Mis amigos llegaron a un acuerdo con esta clínica para tratar a los erizos que rescataran a precio de coste. El acuerdo fue con el señor Alderson, pero nunca llegaron a echar mano de él porque la mujer de mi amigo falleció.

Arrugó la nariz.

—No me suena ese acuerdo.

—Me preguntaba si el señor Alderson está libre o si podría pedir cita otro día para hablar con él.

Sadie tecleó un par de cosas en el ordenador.

—Está de suerte. Ha habido una cancelación, pero voy a bajar a preguntarle si está aprovechando para ponerse al día con el papeleo. Enseguida vuelvo.

Una pareja mayor entró con un golden retriever que llevaba un cono alrededor del cuello. Lo acaricié mientras otra recepcionista les tomaba los datos y, para cuando terminaron, Sadie ya había vuelto.

—Dice que no recuerda nada, pero pueden charlar un momento si quiere bajar. Es la cuarta puerta a la izquierda.

—Gracias. Se lo agradezco mucho.

—Lo que sea por los erizos. —Me dedicó una sonrisa radiante.

En cuanto llamé a la puerta, una voz masculina gritó:

—Adelante.

Entré en el despacho y abrí la boca para hablar, pero el señor Alderson, que estaba de espaldas, alzó un dedo para pedirme silencio. Me di cuenta de que estaba al teléfono.

—Sí, sí. No, les estoy echando un vistazo ahora… No es lo que pensábamos, pero eso es bueno…

Tan solo veía la parte de atrás de su cabeza, pero, a juzgar por el color y el corte de pelo, parecía bastante joven. Si Thomas y Gwendoline habían llegado al acuerdo con el dueño hace veinte años, era imposible que este fuera el dueño. A menos que fuera su hijo… como bien indicaba el nombre de la clínica.

—Vale. Tengo una visita, así que tengo que dejarte, pero estate pendiente y mañana hablamos. Adiós. —Colgó y se giró hacia mí—. Perdón por… ¡Tú! ¿Me estás siguiendo?

Se me cayó el alma a los pies. ¡No! El universo debía de estar de broma. Con toda la gente que hay en el mundo, ¿tenía que ser el Idiota del *Jeep?*

—Yo… eh… —Literalmente, me había quedado sin palabras. Necesitaba que me hiciera un favor enorme (o su padre, al menos),

y nuestras dos únicas interacciones hasta entonces habían sido hostiles.

—¿Has venido a echarme la bronca otra vez? —preguntó con voz áspera—. Gracias a que me entretuviste la semana pasada, un buen amigo mío casi pierde a una yegua y a su potro.

La rabia me invadió por completo.

—¿Y cómo iba a saberlo? Me echaste de la carretera. —Así que, en efecto, tenía una emergencia. Ni se me había pasado por la cabeza que fuera veterinario.

—Y paré para comprobar que no estuvieras herida, pero no te bastó con eso. Tuviste que insistir e insistir.

Nos miramos fijamente, con la mandíbula tensa y los dientes apretados. Esto era absurdo. Suspiré y dejé caer los hombros.

—¿Podemos empezar de cero? No he venido a echarte la bronca ni te estoy siguiendo. En serio, no sabía que trabajabas aquí. He venido porque he heredado una granja que debo convertir en un centro de rescate de erizos y los amigos que me la dejaron en herencia me dijeron que habían llegado a un acuerdo con vosotros para tratar a los erizos a precio de coste. Quería saber si podíamos mantener ese acuerdo.

—¿Cómo se llama la granja? —Su tono se había suavizado.

—Hedgehog Hollow, en Huggleswick. Los propietarios eran Thomas y Gwendoline Mickleby.

Negó con la cabeza.

—Conozco la granja, pero Mickleby… no me suena. ¿Cuándo fue eso?

Hice una mueca.

—Ahí está el problema. Fue hace bastante tiempo y creo que llegaron al acuerdo con tu padre, no contigo.

El Idiota del *Jeep* se puso rígido y entrecerró los ojos.

—¿Te ha enviado Beth?

—¿Quién es Beth?

—Da igual. —Se irguió y negó con la cabeza—. Lo siento, pero mi padre ya no trabaja aquí y jamás volverá a hacerlo. No pienso

mantener ningún acuerdo que hiciera ese hombre. Todo lo que haya dicho o hecho no tiene nada que ver conmigo ni con esta clínica. Creo que deberías irte.

Me di la vuelta para marcharme, pero de pronto me recorrió una oleada de confianza. Había prometido no aceptar un no por respuesta y no pensaba permitir que alguien volviera a decirme qué hacer. Me giré de nuevo.

—Siento haberte gritado la semana pasada y siento lo que sea que haya pasado entre tú y tu p… el señor Alderson. No pretendo que mantengas el mismo acuerdo, pero quizá podríamos llegar a uno nuevo.

—Creo que no.

—Por favor. Podría venir en otro momento.

—Cierra la puerta al salir.

La última brizna de fuerza me abandonó. No podía hacer esto. No se me daba bien enfrentarme a la gente. Me sentía completamente derrotada.

—De acuerdo. Bueno, gracias de todos modos. Adiós.

No respondió, así que cerré la puerta y me dirigí de vuelta a la recepción. Ya había fallado a Thomas y Gwendoline.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Sadie, entusiasmada, cuando llegué a su mostrador—. ¿Vamos a tratar a montones de preciosos erizos?

—Tardaré un tiempo en ponerlo todo en marcha —repliqué, ya que no quería hablar mal de su jefe—. Gracias por tu ayuda. Adiós.

Solté un suspiro tembloroso en cuanto cerré la puerta del coche. No podría haber ido peor. Se me había cerrado la garganta y los ojos me escocían, pero me negué a llorar. El hijo del señor Alderson, también conocido como el Idiota del *Jeep,* no podía parecerme menos fiable. De todas formas, no me apetecía especialmente hacer negocios con él si era tan gruñón y agresivo. Había muchas otras clínicas en la zona. Puede que estuvieran más lejos de la granja, pero podía probar suerte con ellas.

Ya lo haría cuando me sintiera un poco más valiente.

CAPÍTULO 42



El pronóstico indicaba que habría una tormenta a comienzos de la próxima semana, así que todos nos pusimos manos a la obra en **Hedgehog Hollow** durante el fin de semana para proteger el granero de la lluvia. Dave y Pete, un especialista en techos, habían trabajado sin descanso durante toda la semana. Habían terminado el tejado de la casa, y la mayor parte de la mampostería dañada de la parte superior del granero ya estaba reparada. Los objetivos para el fin de semana eran colocar los canalones y reemplazar la gran ventana rota de la parte trasera.

Conduje hasta allí a primera hora del sábado. No podía hacer mucho porque era un trabajo para especialistas, pero quería sentirme útil. Delante del granero, vi una manguera enrollada en el lateral de la casa y probé el grifo para asegurarme de que el agua estuviera conectada, así que decidí lavar las jaulas de plástico. Extendí una primera tanda y abrí el grifo, pero la presión del agua no era suficiente. Abrí el grifo un poco más y, a continuación, grité cuando el chorrito se convirtió en un torrente y la manguera cobró vida propia, como si fuera una serpiente que se retorcía en mis manos. El agua no salía únicamente por la boquilla, sino que varios agujeros a lo largo de la manguera lanzaban chorros helados en mi dirección. Con un chillido, me lancé hacia el grifo y traté de cerrarlo frenéticamente, pero la maneta se desprendió del soporte.

—Déjame a mí. —Un hombre me arrebató la pieza y la fijó al grifo. Al parecer, consiguió cerrarlo, ya que el torrente de agua cesó.

Me sacudí los brazos, me eché hacia atrás el pelo mojado y me giré para darle las gracias a mi caballero de brillante armadura.

Sin embargo, descubrí que era más bien un idiota del *jeep* reluciente.

—¿Qué haces tú aquí? —exclamé.

—Por lo visto, salvarte de morir ahogada —bromeó mientras se secaba las manos en los vaqueros.

—Lo tenía todo bajo control.

—Sí, se notaba —respondió con sarcasmo.

Nos miramos fijamente. El agua me goteaba por la cara, así que me la limpié con la mano.Uno de los dos iba a tener que ceder.

—Gracias —murmuré—. Aunque podía apañármelas. Simplemente me tomó por sorpresa.

—Las mangueras son así, retorcidas y astutas. Les gusta pillar a sus víctimas completamente desprevenidas. —Aunque su rostro permanecía impasible, sus ojos brillaban. ¿Acaso escondía algo de sentido del humor bajo esa apariencia gruñona?

Tirité, con la ropa pegada al cuerpo.

—Tengo que ir a cambiarme. ¿Querías algo?

Él miró hacia la casa.

—Puedo esperar aquí mientras te cambias.

Negué con la cabeza.

—Esa no es mi casa. Bueno, sí que lo es, pero todavía no vivo ahí. Mi ropa está en **Umplesthorpe**, en la casa donde vivo temporalmente.

—Entiendo. Pues no te entretengo mucho. Pasaba por aquí y decidí pasarme para disculparme por lo que pasó el otro día en la clínica. Puede que haya sido un poco grosero.

—Pues sí. Muy grosero.

—Lo siento.

—Disculpas aceptadas. ¿Eso era todo?

—No. Eh… si quieres concertar una cita para hablar sobre los erizos, supongo que estaría dispuesto a escucharte.

«Supongo». Si no hubiera dicho esa palabra, probablemente le habría estrechado la mano para cerrar el trato en ese mismo momento, pero al usarla cambió por completo el sentido de su ofrecimiento. ¿Suponía que estaría dispuesto? Qué generoso de su parte. Era como si me estuviera haciendo un favor enorme. Bueno, en realidad lo estaba haciendo, pero esa no era la cuestión. Era la forma en que lo dijo lo que me irritó y me hizo apretar los dientes. Ni en sueños podría trabajar con el engreído y condescendiente hijo del señor Alderson.

—No, gracias —repliqué—. Dejaste muy clara tu opinión, así que buscaré un veterinario que realmente quiera ayudar.

No estaba segura de si seguía temblando por el frío o por la rabia. Me sentía muy tentada de añadir: «Y ahora lárgate de mis tierras», pero logré contenerme.

—Lo siento. Es que mencionaste a mi padre y… es… —Se pasó los dedos por el pelo y suspiró con fuerza—. Olvídalo. No lo entenderías. Será mejor que vuelvas a casa y te cambies. Estás temblando. Ya nos veremos por ahí.

Volvió a grandes zancadas hacia su *jeep* mientras negaba con la cabeza y se alejó a toda velocidad por la carretera. Solté el aire que había estado conteniendo. ¿Por qué había hecho eso? Nunca en mi vida había actuado con terquedad y, sin embargo, justo cuando más debía mantener la calma, había decidido plantarme y complicarme la vida. Él estaba dispuesto a hablar, de manera que podría haber cerrado un acuerdo a finales de la semana. Pero si no le interesaba el rescate de erizos, ¿qué sentido tenía? Debía querer hacerlo, y el tono de voz que había utilizado dejaba claro que no quería tener nada que ver con el asunto. ¿O me lo había imaginado porque quería pensar lo peor de él?

Volví a suspirar. No valía la pena dedicarle más tiempo. Apilé de nuevo las jaulas y añadí una nueva tarea a la interminable lista del Proyecto Púas: «Arreglar el grifo y comprar una manguera nueva». Luego fui a decirle a Dave que iba a pasarme por casa para cambiarme de ropa.

Mientras conducía por la carretera, sentada sobre una toalla, empecé a repasar mentalmente la conversación que tuve con… ni siquiera sabía su nombre de pila. Me sentía tonta refiriéndome a él como «hijo del señor Alderson», pero también bastante cruel al llamarlo «el Idiota del Jeep». Él me había tendido una rama de olivo, aunque a regañadientes, y yo la había rechazado. Y esa mirada dolida que me lanzó cuando mencionó a su padre… Era evidente que su relación era mala. Dijo que no lo entendería, pero, dada la relación que tenía con mi madre, probablemente lo entendería mejor que nadie. Conocía demasiado bien el dolor que podía causar un progenitor.

CAPÍTULO 43



El corazón me dio un vuelco cuando volví a subir por la carretera, ya con ropa seca y limpia, y vi el coche de mi padre en el patio de la granja. Sabía que ese sábado tenía fiesta, pero no esperaba verlo. Estaba charlando con Dave junto al granero.

—¡Papá! —grité. Luego corrí hacia él y lo abracé—. Qué agradable sorpresa.

—Pues tengo otra sorpresa para ti. —Me tomó del brazo y me llevó al granero, donde un hombre estaba mirando el techo de vigas.

—¡Tío Simon!

—¡Sorpresa! —exclamó, y me abrazó con fuerza—. Siento no haber venido antes.

—No pasa nada. Estás aquí ahora, eso es lo que importa. ¿Cómo está todo el mundo?

—Bien. Chloe, Louise y tu madre han ido a Hull a comprar cosas para el bebé, así que pensé que era la ocasión perfecta para venir a ver tu nueva finca.

—¿Finca? —Puse los ojos en blanco—. ¡Qué exagerado!

Me sentó de maravilla pasar el rato con el tío Simon, y también resultó ser inesperadamente tranquilizador. Mientras tomábamos el té y unas galletas, me preguntó sobre los erizos y lo que tendría que hacer para cuidarlos, lo que me hizo darme cuenta de cuánto había aprendido gracias a la investigación que había hecho desde que

acepté el regalo de Thomas. Sabía todo lo necesario sobre alimentación, nidos y cría. Podía enumerar todos los peligros a los que solían enfrentarse los erizos y hablar de las dolencias con las que era más probable que me encontrara, como lesiones por desbrozadoras, pulgas, inanición, deshidratación o problemas causados por comer basura o enredarse en ella.

—¿Sabíais que los erizos saben nadar? —les pregunté a ambos—. Pero a menudo se ahogan en los estanques porque no pueden salir. Les pasa lo mismo con las rejillas para el ganado. Caen dentro de ellas y se quedan atrapados sin comida ni agua. El hombre que fundó la British Hedgehog Preservation Society hizo campaña para que todas las rejillas tuvieran rampas de escape. La mayoría de los condados ya lo exigen.

—Pareces una experta —comentó el tío Simon con una sonrisa en los labios.

—¿Sabes qué? No me había dado cuenta hasta ahora. Me daba miedo no saber lo suficiente.

Las obras no me amedrentaban, gracias a Dave y a sus compañeros y contactos de confianza, pero la idea de gestionar el centro de rescate me ponía nerviosa. Mi prioridad tendría que ser corregir trabajos y preparar las clases, pero había dedicado todas mis horas libres a estudiar los erizos.

—Sabes muchísimo —me tranquilizó papá—. Y diría que has descubierto un nuevo amor.

Sonreí.

—No puedo evitarlo. Son tan preciosos y vulnerables. Me parte el alma que esté bajando tanto la cantidad de erizos. Me dan ganas de recogerlos a todos y protegerlos para siempre.

—Eso es imposible, pero al menos estás poniendo tu granito de arena —afirmó papá—. Estoy muy orgulloso de ti.

—Todos lo estamos —añadió el tío Simon. Debió de ver mi expresión triste, porque apuntó—: Y eso incluye a tu tía Louise.

—Apenas me ha dirigido la palabra desde la boda.

—Lo sé, pero está en una posición muy difícil. Tienes que entenderlo.

Lo entendía, pero todo seguía siendo una estupidez. El castigo no se correspondía con el delito. Porque, en el fondo, ¿qué había hecho yo? Había dejado ir al hombre al que amaba para que él y Chloe pudieran ser felices para siempre.

—Se pasarán por aquí cuando vuelvan de Hull —dijo el tío Simon.

—Qué gracioso —repliqué, sin creerle lo más mínimo.

—Hablo en serio. Les he dado la dirección y vienen hacia aquí.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Y mamá y Chloe han aceptado sin más?

—No, pero cambiarán de idea. Le he dicho a Louise que ya está bien. Quiero poner fin a este asunto familiar, y este paso tiene que darlo ella.

Con un suspiro, me levanté y recogí las tazas.

—Gracias, tío Simon. Te agradezco el esfuerzo, pero te aseguro que no se pasarán por aquí.

—Louise me ha dado su palabra.

—Y seguro que tenía toda la intención de cumplirla. Pero ya sabes lo persuasiva que puede llegar a ser Chloe y, encima, ahora está embarazada. Es su as en la manga. Tan solo tiene que insinuar que está cansada o estresada y volverán directas a Whitsborough Bay.

—No tendrán elección —afirmó el tío Simon—. Louise les dirá que Jonathan se queda a cenar contigo y que tiene que venir a recogerme.

—¡Simon! —exclamó papá—. No me habías dicho eso. Se van a enfadar conmigo por traerte, sobre todo porque has vuelto de una guardia nocturna y tenías que dormir. Y se van a enfadar con Sammie por obligarme a quedarme.

—No, no se enfadarán.

—Estoy de acuerdo con papá —convine mientras me dirigía hacia la puerta—. Aun así, te agradezco que lo hayas intentado.

Unos segundos después, me agarré a la encimera de la cocina y respiré hondo un par de veces. Sus intenciones eran buenas y lo quería por eso, pero estaba convencida de que todo aquello nos iba a estallar en la cara a papá y a mí.



A media tarde, noté que la guardia del tío Simon le estaba pasando factura y necesitaba una siesta, por mucho que insistiera en que estaba bien.

—¿Quién es la enfermera aquí? —pregunté mientras lo miraba con severidad—. Necesitas dormir.

—Vale, me rindo. Una siestecita no me vendría mal.

Papá y yo nos pusimos los abrigos y las botas y volvimos al granero mientras el tío Simon se tumbaba en el sofá.

—¿Cómo van las cosas en casa? —pregunté, y nos sentamos en dos sillas plegables del granero con otra taza de té—. Y no me digas que bien, porque sé que es mentira.

Suspiró y negó lentamente con la cabeza.

—No van bien, Sammie. Ahora mismo, parece que somos dos desconocidos que viven en la misma casa.

—¿El hecho de que me haya ido no ha ayudado en nada?

—No.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. Está claro que nuestra relación no funciona, pero ponerle fin a todo… —Volvió a sacudir la cabeza—. Es más fácil decirlo que hacerlo.

Me puse de pie.

—Venga, vamos a dar un paseo y hablemos de algo bonito. Cuéntame los animales que has visitado esta semana. Hace mucho tiempo que no hacemos eso.

—Me parece bien. —Papá se levantó y me sonrió—. Yo también estoy muy orgulloso de ti, lo sabes, ¿verdad?

—Gracias. Significa mucho para mí.

Y lo decía en serio. Era imposible saber si los intentos del tío Simon por reconciliar a la familia llegarían a buen puerto, pero al menos podía contar con los hombres de mi vida. Papá, el tío Simon, Rich y Dave, los compañeros de Dave, Thomas y… Sacudí la cabeza cuando la imagen del Idiota del *Jeep* me vino a la mente, con los ojos brillantes como cuando hizo aquella broma sobre las mangueras peligrosas. ¿A qué venía eso? Ese sí que era un hombre en el que no podía confiar, y uno al que esperaba no volver a encontrarme jamás.

—Tengo que contarte lo de un veterinario al que conocí… —Me cogí del brazo de papá—. Es el hombre más maleducado del mundo.

CAPÍTULO 44



—¡Dios mío! Han venido. —El corazón empezó a latirme con fuerza al ver los coches de la tía Louise y del tío Simon aparecer por la carretera justo cuando papá y yo volvíamos de nuestro paseo—. ¿Crees que me hablarán?

—No les queda otra —respondió papá.

Louise detuvo el coche junto al de mi padre. Pasaron un par de insoportables minutos sin que nadie se moviera mientras papá y yo esperábamos cerca del granero. Estaban mirando hacia el otro lado y seguramente ni siquiera nos habían visto. Entonces, se abrieron tres puertas y todas se bajaron. Buen comienzo. Papá y yo dimos unos pasos al frente.

—¡Sam! —Para mi asombro, la tía Louise se acercó corriendo y me abrazó. Fue un abrazo torpe, pero al menos fue un abrazo, y eso ya era un avance enorme—. Qué lugar tan bonito.

—Gracias. —Miré a mamá—. Hola, mamá.

—Samantha. —Se limitó a asentir con la cabeza. Ni una sonrisa y, desde luego, ni un abrazo.

—Hola, Chloe.

Me fulminó con la mirada. Intenté no fijarme en su vientre. La última vez que la había visto fue en el hospital, en septiembre, cuando nació Amelia, y aún era demasiado pronto para que se le notara. Ahora estaba casi a punto de parir y me había perdido todo el proceso.

—¿Cómo te encuen…?

—¿Dónde está el baño? —me interrumpió.

—En la casa, bajo la escalera. La puerta principal está abierta.

Con un movimiento de cabeza prácticamente imperceptible, se acercó tambaleándose hacia la casa.

—¿Queréis un té o un café? —pregunté.

—No vamos a quedarnos —replicó mamá con frialdad—. Chloe está agotada y me duele la cabeza. Solo hemos venido a recoger a Simon, aunque no entiendo por qué no pudisteis cancelar vuestra cena para que Jonathan lo llevara de vuelta a casa.

—¡Debs! —saltó la tía Louise—. No es culpa de Jonathan ni de Sam. Tenían planes, pero a Simon le apetecía salir de casa e insistió en que no los cambiaran por él. Además, quería que viéramos la granja.

—Pues ya está —replicó mamá mientras señalaba el patio con la mano—. Ya la he visto. ¿Podemos ir a buscar a Simon e irnos?

La tía Louise negó con la cabeza.

—No. Quiero una visita guiada.

Era la primera vez que veía que mamá le lanzaba una mirada de desaprobación a su hermana. Estaba claro que iba a echarme la culpa a mí.

—Está bien —replicó mamá con brusquedad—, pero me duelen los pies de tanto andar, así que os espero en el coche.

La tía Louise pulsó el mando para cerrar las puertas.

—No. Vas a ver la nueva casa de tu hija.

«¡Vaya! ¡Bravo por la tía Louise! Qué decidida». Tendría que pedirle que me diera clases de asertividad.

—Muy bien. —Respiré hondo—. La granja tiene unas sesenta hectáreas, pero otro agricultor alquila y cultiva la mayor parte, así que en realidad solo cuento con la zona inmediata, el jardín y el prado. Este es el granero donde estará el centro de rescate…

La tía Louise hizo muchas preguntas y, o bien estaba realmente interesada o era una actriz excelente, porque mostraba mucho entusiasmo. Sentí que el hielo entre nosotras empezaba a derretirse. Siempre habíamos tenido buena relación antes de la boda, a pesar

de que mamá le había llenado la cabeza de cosas sobre mí a lo largo de los años, y esperaba que pudiéramos recuperar ese vínculo.

En cambio, mamá se comportó como una niña pequeña que se veía arrastrada a caminar cuando lo único que quería era quedarse dentro jugando con la consola. Se quedó atrás, con cara de aburrimiento y sin decir nada. Y dolía. Seguía deseando su aprobación.

Chloe no se unió a la visita, pero seguramente porque estaba agotada por las compras y necesitaba descansar. Habría preferido quedarse dentro aunque siguiéramos siendo amigas.

Cuando terminé de enseñarles el interior de la casa, Chloe apareció en el recibidor y anunció que estaba cansada y quería irse a casa. Ni siquiera me miró. Quizá esperaba que yo diera el primer paso y entablara conversación.

—¿Encontraste lo que necesitabas en Hull? —le pregunté.

—Sí.

—¿Cuándo sales de cuentas?

—En cuatro semanas.

—¿Y estáis ilusionados James y tú?

Me dirigió una mirada desdeñosa.

—Me preguntaba cuánto tiempo tardarías en mencionarlo.

—Chloe, eso no es justo —intervino la tía Louise—. Era una pregunta de lo más natural.

—No cuando estás enamorada de mi marido.

—Han pasado seis meses —repliqué, y le lancé una mirada suplicante—. ¿No podemos dejarlo ya?

—¿Así sin más? Casi arruinas mi boda, casi arruinas mi matrimonio, ¿y crees que podemos dejarlo porque han pasado unos meses?

Apreté la mano contra la barandilla.

—¡Chloe! Yo no arruiné nada. Si la tía abuela Agnes no hubiera metido cizaña, nunca te habrías enterado.

Soltó una risita desdeñosa.

—Ah, claro, porque estar enamorada de mi marido en secreto es mucho mejor.

Se me tensó el cuerpo y ya no pude contenerme más.

—Por el amor de Dios, Chloe —estallé—, madura y pasa página. James te quiere a ti, no a mí. Nunca me quiso. Así que aparca de una vez tus celos, porque es ridículo. No soy una amenaza para ti ni para tu familia feliz. Jamás lo fui.

—Pero me mentiste.

—Sí, te mentí, ¿y qué? ¿A quién habría beneficiado saber la verdad? Amaba a James, que te recuerdo que era mi novio antes de conocerte. Vi la conexión que teníais, así que lo dejé marchar y me callé porque no habría servido de nada admitir mis sentimientos. Pero ya no lo quiero, así que podéis relajaros de una vez. He conocido a alguien. —Sabía que ya tenía las mejillas coloradas por la discusión, así que no podían sonrojarse más por la mentira.

—Ya, claro. Lo estás diciendo por decir. —Chloe me miró con desdén.

—Es verdad —intervino papá mientras salía del salón con el tío Simon—. Sammie me lo ha contado todo sobre él durante nuestro paseo, ¿verdad, tesoro?

—Sí, así es. —¿Qué? ¡Ay, no!

Papá abrió mucho los ojos y asintió para animarme a seguir hablando.

—Es veterinario, trabaja en una clínica por aquí cerca.

—Qué buena noticia —exclamó la tía Louise—. ¿Cómo se llama?

¡Socorro! No podía decir que era el hijo del señor Alderson ni el Idiota del *Jeep*.

—Chris —respondí cuando recordé a su doble de Hollywood.

—Pues espero que todo vaya bien con ese tal Chris —comentó ella, y luego se giró hacia el tío Simon—. ¿Estás listo? Bien, entonces nos vamos.

Terminé de bajar las escaleras y me planté en el recibidor.

—Gracias por venir.

La tía Louise me abrazó, y esta vez noté una sensación de calidez en su gesto.

—Ha sido un placer verte. Siento haber sido tan tonta.

—No pasa nada —le susurré—. Borrón y cuenta nueva. Gracias otra vez por la tarjeta que me enviaste tras la muerte de Thomas. Significó mucho para mí.

Me estrechó con fuerza entre sus brazos y me dio un beso en la mejilla.

—Eres una buena chica. Hablaremos pronto.

—Este lugar es increíble, y lo que estás haciendo es admirable —me felicitó el tío Simon cuando se acercó para darme un abrazo de oso—. Volveré pronto para ver cómo va todo.

—Pásate cuando quieras —repliqué.

Vi que la tía Louise le hacía señas a mamá; parecía que intentaba incitarla a que me abrazara también. Como si eso fuera a pasar… Pero al menos habló, aunque fuera un murmullo apagado.

—Suerte con el resto de las reformas.

—Gracias.

Todos se dieron la vuelta para irse, y el corazón se me encogió. Chloe no iba a decir ni una palabra.

—¿Puedo enviarte un regalo cuando nazca el bebé? —pregunté mientras los acompañaba hasta la puerta.

—El niño —corrigió.

—¿Vas a tener un niño? —A juzgar por la cara que puso, supe que no había tenido intención de revelar eso.

—Puede. Y en cuanto al regalo, haz lo que quieras. Es lo que haces siempre.

Se acabó. No aguantaba más sus desplantes.

—No, Chloe. Eso es lo que haces tú, no yo.

Durante unos segundos, pareció sorprendida. Luego negó con la cabeza y se marchó.

—No debería haber dicho eso —le dije a papá cuando se fueron.

Me pasó un brazo por los hombros y me atrajo hacia su cuerpo.

—Sí que debías. Necesitaba oírlo.

CAPÍTULO 45



—¿Cómo ha ido? —preguntó Rich cuando por fin llegué a casa el lunes. Habían sido las jornadas de puertas abiertas en el TEC.

—Estoy agotada tras pasarme dos horas seguidas hablando sin parar, pero ha ido bien.

—Dave ha hecho lasaña y te ha guardado un plato —me informó después de que le contara algunas anécdotas sobre los alumnos que había conocido y las preguntas divertidas que me habían hecho.

—¿Qué voy a hacer sin vosotros dos? ¿Queréis veniros a vivir conmigo a la granja?

Rich se echó a reír.

—No hagas este tipo de ofertas porque podríamos tomárnoslas en serio. Voy a calentarte la comida.

Volvió al cabo de un rato con un plato de lasaña y una ensalada.

—Que aproveche.

—Eres un sol. ¿Qué tal tu día?

—Muchas bajas. Hemos perdido a tres pacientes.

—¡No! Qué duro. ¿Cómo lo llevas?

Rich se desahogó mientras yo comía y, cuando estaba a punto de terminar, me sonó el móvil. Número desconocido otra vez. Engullí el último bocado.

—¿Hola?

Silencio. Otra vez.

—Mira, Chloe, si eres tú y quieres hablar, habla, porque esto no tiene ningún sentido.

Escuché un sollozo con total claridad.

—Voy a colgar…

—No, no lo hagas —exclamó—. Necesito verte. —Su voz sonaba débil y temblorosa—. Tengo que preguntarte algo, pero no por teléfono.

—Me viste el sábado. ¿Por qué no hablaste conmigo entonces?

—No esperaba verte. Mi madre no nos dijo adónde íbamos hasta que nos adentramos en la carretera de la granja.

Sin duda, eso explicaba los minutos que pasaron hasta que salieron del coche. Seguramente le estaban echando la bronca a la tía Louise.

—¿Estás libre el jueves por la tarde, sobre las seis y media? —preguntó.

Estuve tentada de ser borde y darle largas, pero la curiosidad pudo conmigo.

—Puedo organizármelo.

—¿Podemos vernos en la granja? Creo que sabré llegar.

—Creía que tenías que descansar.

—Como si te importara.

—¡Chloe! No digas tonterías. Sabes que me importas.

—¿Podemos vernos el jueves en la granja o no? —espetó.

Suspiré.

—Sí. Nos vemos el jueves.

—¿Qué quiere? —preguntó Rich cuando colgué el teléfono.

—Ni idea. —No me apetecía nada volver a discutir con Chloe. Pero no había dicho que quisiera hablar, sino que quería pedirme algo. ¿Qué podía ser? Desde luego, no me iba a pedir que fuera su acompañante durante el parto ni la madrina del bebé.

Cuando me tumbé en la cama aquella noche, no podía dejar de pensar en ella. Repasé mentalmente la discusión del sábado, sobre todo el momento en que había dicho que ya no estaba enamorada de James. En cuanto pronuncié esas palabras, me di cuenta de que eran totalmente ciertas. Los dos meses siguientes a la boda habían sido duros, pero pronto comprendí que echaba mucho más de menos a Chloe que a James. Aquella punzada de dolor se había

desvanecido. Apenas había pensado en él estos últimos meses. Había dejado de ser el hombre al que amaba para convertirse en la causa de una enorme grieta familiar, y le guardaba rencor por eso.

Sonreí para mis adentros. Lo había superado por completo. Ya no lo amaba, pero tampoco quería empezar una nueva relación, por mucho que Lauren siguiera insistiendo en presentarme a alguien. Los romances solo traían dolor y complicaciones, y yo no tenía ni tiempo ni energía para eso ahora mismo. Mi primera y única prioridad era poner en marcha el Centro de Rescate Hedgehog Hollow y cumplir los sueños de Thomas y Gwendoline.

CAPÍTULO 46



Ya habían pasado las seis y media del jueves en la granja. Dieron las siete menos cuarto. Luego las siete. Podía entender un retraso de diez o quince minutos, pero media hora no era propio de Chloe. A menos que se hubiera perdido.

Papá me llamó diez minutos después.

—He pensado que debía avisarte: James llevó a Chloe al hospital porque creían que se había puesto de parto. Eran contracciones de Braxton-Hicks y ya está en casa.

—¿El bebé está bien?

—Sí. Todo va bien.

—Menos mal. ¿Y Chloe?

—Un poco estresada. Creo que el embarazo no es lo suyo. A nuestra Chloe nunca le ha gustado hacer nada difícil.

No pude contener la sonrisa ante la afirmación de papá, tan dura como cierta.

—Gracias por avisarme. Me había pedido que nos viéramos esta noche en la granja, así que eso explica por qué no ha venido.

—¿Quería verte? ¿Crees que ha entrado en razón y ha decidido dejarse de tonterías?

—No tengo ni idea. Y ahora tendré que esperar aún más para saberlo. No le digas nada a Chloe ni a nadie, ¿vale? Parecía un asunto un poco secreto.

—No diré ni una palabra.

—Gracias, papá. ¿Qué tal te ha ido la semana?

—No muy bien. Hoy nos han dado una noticia inesperada en el trabajo. —Habló con voz tensa—. Los Hermanos Macabros van a vender la clínica y me quedaré sin trabajo dentro de quince días.

—¿Qué? ¿Por qué? Creía que aún les quedaban unos años para jubilarse.

—Así es, pero una constructora les ha hecho una oferta que, según parece, era demasiado buena para rechazarla. Van a convertir la clínica en pisos para jubilados.

—¡Oh, no! —Me dejé caer contra los cojines—. Lo siento muchísimo. ¿Y por qué te han avisado con tan poca antelación?

—Los contratistas quieren empezar cuanto antes con las obras. Al menos nos pagarán todas las semanas de preaviso que nos corresponden. Algo es algo.

—¿Sabes si hay vacantes en otras clínicas?

—Todavía no he tenido tiempo de buscar, pero me pondré con ello el fin de semana. Oh, ha vuelto tu madre. Tengo que colgar. No te preocupes por mí. Pronto encontraré otro trabajo.

—De acuerdo. Llámame el fin de semana.

Pobre papá. Era una cosa tras otra, pero un veterinario tan bueno como él no tardaría en encontrar otra clínica, así que no me preocupé demasiado.

Miré el reloj y dudé. Podía volver a Brook Cottage o subir y empezar a revisar las pertenencias de Thomas.

Había traído cacao en polvo y un paquete de galletas de chocolate (las favoritas de Chloe), así que me preparé una taza, me serví unas cuantas galletas y cogí un rollo de bolsas de basura. Empezaría por la habitación que Thomas usaba como despacho. Sospechaba que casi todo acabaría en la basura o en el contenedor de reciclaje, pero quería revisarlo primero, por si acaso.



Dos horas después, estiré los brazos para destensar la espalda y los hombros. Había cajas y archivadores repletos de documentos,

recibos y extractos bancarios que se remontaban a los años sesenta. Por lo visto, Thomas y Gwendoline habían guardado los registros con meticulosidad. Encontré una carpeta con información sobre la historia de la casa y fotos antiguas. Me podría haber pasado una hora entera mirándolas, así que las aparté para llevármelas a Brook Cottage. Una caja más y daría la jornada por terminada.

Esperaba encontrar más papeles cuando quité la tapa de la caja de cartón, pero descubrí montones de cartas. Sobres de colores de distintos tamaños atados con cintas. ¿Cartas de amor, quizá? ¿Estaría mal leerlas? Pero también estaría mal tirarlas sin más. Volví a poner la tapa y decidí llevármelas para examinarlas con calma cuando tuviera un rato libre.

Cuando me dirigí al salón para coger el bolso, vi que me había llegado un mensaje al móvil:

De Chloe:
Siento no haber podido ir. Creía que ya venía el bebé, pero solo eran contracciones de Braxton-Hicks. No pude llamarte porque James me habría oído. Aún quiero preguntarte algo, pero no por teléfono. James saldrá de casa el miércoles a las 19 h. ¿Puedes venir a las 19:30?

—«James me habría oído… James saldrá de casa» —murmuré. ¿Qué estaba pasando? Tenía que estar relacionado con él si era tan misteriosa.

No me lo había pedido «por favor», así que parecía una orden. Al menos se había disculpado por no haber venido, aunque eché de menos los besos y los emojis. Me entristecía, pero no me sorprendía: los mensajes fríos y formales representaban nuestra relación actual.

Para Chloe:
Gracias por avisarme. Las contracciones de Braxton-Hicks son muy comunes y cuesta distinguirlas del parto real. Sí, nos vemos el miércoles a las 19:30. ¿Puedes darme alguna pista sobre lo que quieres preguntarme?

De Chloe:

No. No puedo contártelo ahora.

Para Chloe:
Vale. Hasta pronto. Cuídate. Besos

La hora me venía bien, ya que podía pasarme por allí al volver de Whitby. Papá me había puesto en contacto con Pauline Redcliffe, la dueña de Redcliffe Rescue, un centro situado entre Whitsborough Bay y Whitby. Acogía erizos, zorros, aves, tejones, conejos y cualquier otro animal salvaje que necesitara cuidados. Habíamos acordado que trabajaría allí como voluntaria durante los tres primeros días de las vacaciones de mediados de trimestre. Incluso me había ofrecido su habitación de invitados para ahorrarme la hora y media de trayecto de ida y vuelta.

Releí los mensajes de Chloe y suspiré. Podría haberle dicho que no, pero seguía teniendo mucha curiosidad. Y, por supuesto, lo que Chloe quiere…

CAPÍTULO 47



El sábado, Hannah me ayudó a empaquetar las pertenencias del dormitorio de Thomas y Gwendoline, una tarea que temía afrontar sola. Reconocía muchas de las prendas del armario de Thomas y recordaba la última vez que las había llevado puestas, así que me emocioné mucho mientras las revisaba.

—¡Vaya! —exclamó Hannah, con uno de los muchos vestidos de gala de los años cincuenta de Gwendoline en la mano—. Son preciosos. ¿El que te regaló Thomas por Navidad era de este estilo?

Asentí con la cabeza.

—Su mujer tenía buen gusto, ¿verdad?

—¿Vas a quedártelos?

—Thomas me dijo que podía hacerlo, pero no sé. No me parece bien. Además, ¿cuándo me los pondría?

—Seguro que encontrarías la ocasión —afirmó Hannah—. Pero tú decides. ¿Por qué no los guardas por ahora y tomas la decisión más adelante?

Si ya me costó revisar la ropa, resultó aún más difícil ordenar sus objetos personales. Decidí conservar sus anillos de boda y de compromiso y una pulsera de plata con un erizo grabado, pero aparté el resto de las joyas, ya que no sabía si tendrían valor económico. Si lo tenían, podría utilizarlas más adelante para recaudar fondos para el centro. Estaba convencida de que eso sería lo que Gwendoline habría querido.

Cuando Hannah se marchó, terminé de organizar el despacho y, el domingo por la mañana, empecé con el trastero. Papá pasó la tarde conmigo y me ayudó a terminar de ordenarlo todo. Luego pasamos a la cocina. Me sentía culpable por empaquetar toda su vida, pero no dejaba de recordarme que era lo que Thomas quería. Lo había dicho expresamente en su carta.

—¿Has podido mirar algunas ofertas de trabajo? —le pregunté a papá durante una merecida pausa para el café.

—He echado un vistazo rápido por Internet, pero no hay nada en Whitsborough Bay por ahora. Tengo que empezar a llamar por teléfono, pero tampoco hay prisa. Me van a pagar tres meses y solo tengo que trabajar dos semanas más, así que tengo tiempo de sobra.



El domingo por la noche, Dave y yo ultimamos los planes para el interior del granero y encargamos los materiales. Lo más seguro era que la construcción del altillo empezara el viernes, lo cual era muy emocionante.

Luego hice la maleta para mi viaje a Whitby. Rich y Dave no dejaban de bromear con que me iba a hacer unas «prácticas». En realidad, era lo que parecía, pero iban a ser las prácticas más importantes de mi vida. Tenía tres días y dos noches para absorber todo el conocimiento posible, porque la próxima vez que tuviera un erizo en las manos, yo sería la única responsable de su bienestar. ¡Qué miedo!

CAPÍTULO 48



—¡Bienvenida a Redcliffe Rescue!

Pauline Redcliffe me estrechó la mano con energía a la mañana siguiente. Era una mujer menuda, con un elegante corte de pelo *pixie* y unos ojos de un color azul intenso, realzados por unas gafas de montura roja. Sonreía con calidez y tenía una voz suave y tranquilizadora.

—Gracias por dejarme aprender de ti y por acogerme estos días.

—Jamás se me ocurriría rechazar un par de manos más, así que estoy encantada de ayudarnos mutuamente. Te enseñaré las instalaciones, pero primero lo más importante: café.

Me condujo hacia una sala para el personal y empezó a preparar las bebidas.

—No es la época más ajetreada para los erizos porque están hibernando, pero tenemos cuatro crías de otoño y un erizo herido, Elvis, al que estoy tratando ahora mismo con analgésicos y antibióticos, así que podrás ver cómo se hace.

Sabía a qué se refería con «crías de otoño». Los nacimientos se concentraban en verano, y esas camadas tenían tiempo de sobra para engordar antes de que llegara la época de hibernación. Sin embargo, los erizos nacidos en otoño crecían a contrarreloj y a menudo acababan en centros de rescate durante el invierno, ya que necesitaban ayuda para ganar peso. Lamentablemente, algunos no sobrevivían.

—¿Qué le pasó a Elvis? —pregunté.

—Estaba hibernando, pero un perro lo encontró. Tiene un par de mordeduras, aunque se están curando bien y estará perfectamente bien.

—Pobrecillo. ¿Les ponéis nombre a todos los erizos?

Sonrió.

—Les ponemos nombre a todos los animales. Solemos escoger un tema y lo exprimimos hasta la saciedad. Y como llevamos tantísimos años abiertos, estamos tirando de temas antiguos. Elvis inauguró la tanda actual, dedicada a cantantes, pero nuestras crías de otoño son Fred, Wilma, Barney y Betty.

—¿Los Picapiedra? Me encanta.



La cantidad de información que asimilé en los días siguientes fue enorme. Pauline me explicó la lógica de la organización del centro, desde el tamaño y la disposición de los habitáculos donde se alojaban los animales hasta los datos que se registraban en sus fichas. También me contó las cosas que no habían funcionado del todo bien y los aspectos que aún se podían mejorar. Había muchas cosas de la organización práctica del centro en las que jamás habría pensado.

Su pasión por la naturaleza era evidente, y su equipo de voluntarios compartía el mismo entusiasmo y la misma convicción de proteger todas las especies. Resultaba inspirador.

La variedad de animales y aves que habían tratado a lo largo de los años era asombrosa. En la sala de tratamiento había una gran pizarra blanca con las cifras de los animales liberados con éxito, tanto en el año en curso como en el tiempo que llevaba abierto el centro.

—La llamo «pizarra de las alegrías» —me informó—. La mayoría de los días son maravillosos, pero no podemos salvarlos a todos. Algunos llegan demasiado tarde; otros parece que mejoran, pero, de pronto, empeoran; y a veces tenemos que tomar decisiones difíciles.

Si un erizo que está sano pierde las patas, no puede sobrevivir en la naturaleza, y lo mejor que podemos hacer por él es decirle adiós. —Se le quebró la voz y se le humedecieron los ojos mientras negaba con la cabeza—. Me afecta muchísimo, incluso al hablar de ello, pero entonces vengo aquí, miro esos números en la pizarra de las alegrías y la tristeza se desvanece, ya que salvamos a muchos más de los que perdemos.

No había sostenido un erizo desde que era pequeña. Coger a Elvis, que se había acurrucado en mis manos, me devolvió un torrente de recuerdos olvidados. Luego me invadió una oleada de ternura por esas criaturas tan hermosas.

—Le gusta que le acaricien la tripa —comentó Pauline—. Si lo haces, se estirará aún más.

Deslicé el pulgar con suavidad por el vientre blando de Elvis y, efectivamente, se abrió un poco más en busca de mimos.

—Madre mía. Es increíble.

Pauline sonrió.

—Una de las muchas recompensas de este trabajo. ¿Quién no querría jugar con animales todos los días?



Para cuando llegó la hora de marcharme, estaba agotada. Las jornadas habían sido largas y físicamente exigentes, sobre todo porque algunos pacientes eran muy pesados de mover, como Whitney, el tejón que dejamos en libertad durante mi segunda noche allí. Fue muy especial ver cómo olfateaba el aire antes de internarse entre la maleza.

Con todas las malas noticias que se oían últimamente, resultaba reconfortante saber que aún había personas desinteresadas que se entregaban tanto a los animales, y me sentía honrada de que Thomas me hubiera elegido para continuar con esa labor.

Mis tres días en Redcliffe Rescue habían sido inestimables. El volumen de trabajo era un poco abrumador, pero no dejé de

recordarme que yo solo acogería erizos, así que el centro sería mucho más pequeño y crecería poco a poco. Podía hacerlo. Estaba preparada. Para lo que no estaba preparada era para ver a Chloe de nuevo.

CAPÍTULO 49



Veinte minutos más tarde, cuando llegué a las afueras de Whitsborough Bay, el corazón me latía con fuerza y sentí náuseas mientras me acercaba a la casa de Chloe y James. Al aparcar en la acera, caí en la cuenta de que la última vez que había estado ahí había sido unos días antes de la boda. James había salido con Toby, y Chloe me había invitado a pasar una «última noche de chicas» antes del gran día. A mí no me iban mucho esas cosas, pero era lo que Chloe quería y no puse objeciones. Nos probamos los vestidos, nos pintamos las uñas de los pies, nos pusimos mascarillas y nos acurrucamos en el sofá con una botella de vino. Fue una velada maravillosa porque la había pasado con la Chloe que quería: la joven alegre que podía charlar sin parar de cualquier tontería y, aun así, seguir siendo divertida e interesante. Chloe era fantástica cuando estábamos las dos solas y se relajaba. Por desgracia, la noche que nos esperaba hoy no iba a ser nada relajante.

Debía de estar esperándome, porque la puerta se abrió en cuanto pisé la entrada. No sonrió. Por un momento, dudé si iba a hablarme siquiera, pero cuando llegué al escalón murmuró:

—Gracias por venir.

«Sonríe. Sé amable».

—De nada. Sé que he llegado un cuarto de hora antes, pero dijiste que James salía a las siete y supuse que ya se habría ido.

—Sí, ya ha salido. Pasa. —Seguía tan hostil como siempre. Menuda noche me esperaba.

Chloe me llevó hacia el salón y se fue a preparar las bebidas. La estancia estaba igual que antes de la boda, salvo por un par de fotos de la ceremonia enmarcadas en plata sobre la estantería. Me acerqué para verlas mejor. En una salían bajo el arco de rosas de la entrada de la iglesia y, en otra, los dos se reían a carcajadas junto a la tarta, con un trozo de bizcocho en la mano y una mancha de glaseado en la cara. Me entristecía pensar que me había perdido ese momento. Me di la vuelta, me senté en el sofá y abracé un cojín.

—Toma —dijo Chloe mientras me tendía una taza de té. Hizo una mueca y se llevó una mano al vientre.

—¿Estás bien?

—Otra vez esas malditas contracciones de Braxton-Hicks —gruñó, y se sentó en el sillón. Antes solíamos sentarnos juntas en el sofá, aunque puede que el sillón le resultara más cómodo para la barriga. Tenía que dejar de asumir que todo lo que hacía era para menospreciarme.

—¿Estás segura de que no estás de parto? —pregunté.

—Sí, enfermera Wishaw. Segurísima. No necesito tu diagnóstico, muchas gracias.

Soplé el té y le di un sorbo para no tener que mirar su expresión de disgusto ni decirle lo que pensaba de su actitud.

—Dijiste que querías preguntarme algo —la animé. Si iba a ser desagradable, mejor acabar cuanto antes y volver con la gente que realmente quería estar conmigo.

Chloe asintió con la cabeza.

—Sí. ¿Estás teniendo una aventura con mi marido?

—¿¡Qué!? —Casi derramé el té—. ¿Lo dices en serio?

—Totalmente. —Su expresión impasible lo confirmaba.

—¡No! ¿Por qué estás tan obsesionada con James y conmigo? —Dejé la taza y volví a abrazar el cojín—. No, Chloe, no tengo una aventura con él y jamás te haría algo así. La última vez que vi a James fue en el hospital, cuando nació Amelia, y la anterior fue en vuestra boda. Y antes de que lo preguntes, no mantengo el contacto

con él, ni por teléfono, ni por mensaje, ni por correo. Puse fin a nuestra relación después de la boda.

Desvió la mirada hacia mi regazo, donde el pobre cojín sufría las consecuencias de mi rabia. Espiré y aflojé mi agarre.

—Te creo —dijo al cabo de un rato.

—Qué generoso por tu parte.

—Tengo otra pregunta para ti: ¿crees que James te fue infiel alguna vez?

—Por supuesto que no. ¿Qué clase de pregunta es esa?

Me miró con intensidad.

—¿Y por qué estás tan segura?

—Porque sabe lo horrible que es cuando te engañan. Prometió que nunca trataría a nadie así, y le creí.

—Ya, bueno, a veces la gente miente para protegerse. —Arqueó una ceja con aires de sabelotodo.

Suspiré.

—Si vamos a remover todo eso otra vez, me voy. —Me incliné para levantarme.

—No. Perdona. La cosa no va por ahí.

Me mordí el labio para no preguntarle si estaba bien cuando hizo una mueca y volvió a encogerse del dolor. Poco después, se recostó en el sillón.

—Estoy convencida de que James se está viendo con otra.

Abrí los ojos de par en par, atónita. Él nunca haría algo así. Tenía principios muy firmes sobre ese tema.

—No creo que fuera capaz de hacerlo —repliqué con suavidad—. ¿Por qué piensas eso?

—Lleva meses distante. Ha recibido llamadas misteriosas y sé que se ha cogido días libres sin decírmelo. Una vez cogió el tren y volvió a casa como siempre, pero no había ido a la oficina porque llamé y me dijeron que estaba de permiso. Y otra vez fingió que se había ido a trabajar y luego dijeron por la radio que los trenes se habían cancelado.

—Puede haber una explicación lógica para las dos cosas.

—¿Como cuál?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, pero seguro que la hay.

—Ha perdido todo el interés por… —Vaciló.

—¿Por el sexo? —sugerí.

Asintió con la cabeza.

—Ya sé que ahora parezco una ballena…

—No, no pareces una ballena. Estás embarazada, y eso es algo precioso.

—Pues yo me siento como una ballena, así que tampoco es que tenga muchas ganas de hacerlo, y entiendo que James tema hacerle daño al bebé, aunque sé que eso es imposible. Pero se aparta cuando lo toco y ha empezado a cambiarse en el baño, lo cual es rarísimo. Él dice que todavía me quiere y que sigo pareciéndole guapa, así que la única explicación que se me ocurre es que se acuesta con otra. Y pensé que podías ser tú.

—Pues no es así —mascullé, furiosa por que tuviera tan mala opinión sobre mí como para sospechar eso.

Las lágrimas le resbalaron por las mejillas y volvió a llevarse las manos al vientre.

—Malditas contracciones falsas. Estoy harta de ellas.

—¿Desde cuándo…?

Volvió a fulminarme con la mirada.

—¿Es que no me escuchas? Son las de Braxton-Hicks.

Levanté las manos en señal de rendición.

—Perdón. Solo intento ayudar.

—Pues céntrate en el problema real. James. Infidelidad. No eres tú, y ya te he dicho que te creo. Pero ¿seguro que nunca estuvo con nadie mientras salía contigo? Habría sido fácil para él, ya que vivía y trabajaba a una hora de distancia. Nunca te habrías enterado.

—Es cierto, pero confiaba en él. No era de esos. James nunca cruzaría esa línea.

Soltó una especie de bufido, y el estómago me dio un vuelco.

—¿Hay algo que no me has contado?

—No. —Evitó mi mirada.

—¡Chloe! ¿Qué pasa?

Jugueteó con el diamante de su anillo de compromiso, sin mirarme a los ojos.

—James te fue infiel.

Se me revolvió el estómago y apreté más el cojín.

—¿Con quién?

No respondió y, como ya me había soltado la bomba de la infidelidad, solo había una razón por la que no quisiera decirme con quién fue.

—¿Cuándo? —espeté—. No os conocisteis hasta la fiesta de cumpleaños del abuelo. —Se me aceleró la respiración al ver cómo se le encendían las mejillas—. ¡No! ¿Fue entonces?

—No queríamos hacerte daño —sollozó—. Simplemente… pasó.

—¿Pasó? No digas chorradas. Acostarte con el novio de otra no pasa sin más.

—Te juro que fue así. No pudimos evitarlo.

Temblando de rabia, me levanté de golpe y cogí el bolso, incapaz de mirarla a la cara.

—¿Adónde vas?

—Me largo de aquí.

—Pero necesito tu consejo sobre James.

—Pues no pienso dártelo —grité—. Me he desvivido durante toda mi vida para darte todo lo que querías. ¡Todo! —Empecé a contar con los dedos—. Querías mis juguetes, te los llevaste. Querías mi ropa, te la llevaste. Querías el amor de mi madre, te lo llevaste todo. Ah, querías a mi novio, y adivina qué… también lo conseguiste. ¿Y qué me llevé yo? Nada. Contigo siempre ha sido tomar, tomar y tomar, pero nunca diste nada a cambio. —Sabía que parecía una histérica, pero ya no podía más.

—¡Sammie, no! No fue así.

—¿No? Pues explícamelo, Chloe. Porque, hasta donde yo sé, lo que quieres, lo consigues.

Se encogió de hombros con un chillido de desesperación.

—Vale, sí, fue así, pero no puedes hacerte la inocente. También es culpa tuya. Me lo pusiste todo en bandeja sin protestar. ¿Qué esperabas? Nunca me dijiste: «Esa Barbie, ese vestido o ese novio son míos, así que no puedes llevártelos». Así que no me eches la culpa de todo. Eres una pusilánime y siempre lo has sido, así que no te sorprendas cuando la gente se aprovecha de ti.

—¿Gente manipuladora como tú?

—No soy manipuladora. Es culpa tuya. Eres una pusilánime.

—Prefiero ser una pusilánime a aprovecharme de los demás como haces tú. —Me dirigí a grandes zancadas hacia la puerta del salón y la abrí, ignorando el gesto de dolor que hizo mientras volvía a sujetarse la barriga—. Se suponía que eras mi mejor amiga. Éramos prácticamente hermanas. Y te acostaste con mi novio en cuanto lo conociste. ¿Quién hace eso?

—No sabía que lo querías.

—No debería haber importado. Seguía siendo mi novio.

—Lo sé, pero dijiste que solo era un rollo, así que pensé que te cansarías pronto, como siempre.

—¿Cuándo he hecho eso?

—Lo hiciste con Harry.

Negué con la cabeza.

—No me cansé ni dejé de querer a Harry ni a James. Ninguno de los dos me quiso jamás. Solo estaban esperando a alguien mejor. Esa es la historia de mi vida.

—Porque no luchas por ellos —gritó.

—¿Y por qué debería luchar? Si tienes que luchar para que alguien se quede contigo, esa relación no vale la pena.

—No se trata solo de los hombres. Te quejas de tu relación con tu madre y con la tía abuela Agnes, pero ¿alguna vez has intentado averiguar por qué no os lleváis bien o hacer las paces con ellas?

Me llevé las manos a las caderas, furiosa.

—Sabes que he intentado mil veces hacer las paces con mamá, pero apenas me presta atención. En cuanto a la tía abuela Agnes, sé perfectamente por qué me odia, y es ridículo. Después de lo que

hizo en tu boda, esa mujer me interesa tan poco que me da igual no volver a verla jamás.

Me colgué el bolso al hombro y abrí la puerta, pero me detuve y me giré hacia ella.

—Tengo una pregunta para ti, Chloe. Y más te vale contestarla porque, digas lo que digas, ya no puedes caer más bajo para mí. Entre el cumpleaños del abuelo y su funeral, ¿estuvisteis en contacto tú y James?

Silencio.

—Dímelo, maldita sea.

Suspiró.

—Sí.

—¿Y llegasteis a veros?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Él no fue a la despedida de soltero aquel fin de semana. Nos alojamos en un hotel en Ocean Ravine.

Se había puesto colorada y unas gotas de sudor le corrían por la frente, pero no tuve fuerzas para volver a preguntarle si estaba bien. Sentí náuseas. Él me había escrito desde esa supuesta despedida cuando, en realidad, estaba con ella. Cuando lo llamé el domingo, destrozada tras encontrar muerto al abuelo, y fue tan cariñoso y atento, estaba en la cama con mi prima.

—¿Cómo pudisteis? —pregunté despacio. Mis palabras estaban impregnadas de amargura—. ¿Cómo pudisteis hacerme eso? Y luego tuviste la desfachatez de echarme de tu boda y poner a toda la familia en mi contra, cuando la culpa siempre fue tuya.

—Sabía que me había pasado al echarte, pero me sentía tan avergonzada —sollozó—. Tenía que hacer algo. La tía abuela Agnes había montado una escena, y no podía abrazarte y decir que no pasaba nada, ¿verdad?

—Podrías haberlo hecho. Todo el mundo sabía que James fue mi novio primero, así que habrían entendido que aún sintiera algo por él.

—Sí, y todos me habrían juzgado por quitártelo. Todo el mundo habría empezado a decir «pobre Sammie» y «menuda bruja está hecha Chloe». Te habrías convertido en el centro de atención, y todos me habrían odiado. En mi boda. Tenía que hacer algo. Y luego, cuando te vi besándolo, pensé que era el karma. Creía que habías descubierto lo nuestro y querías vengarte.

Negué con la cabeza.

—Ahí está la diferencia entre tú y yo. Yo nunca habría hecho algo así. Jamás. Me alegro de haberte visto hoy. Por muy duro que haya sido escucharlo, al fin he obtenido algo de ti: la verdad. Y, por una vez, no he tenido que darte nada a cambio. Podría haberme pasado la noche convenciéndote de que James no te está siendo infiel, pero ¿sabes qué? No puedo hacerlo, porque acabas de demostrarme que nunca llegué a conocerlo. Después de prometerme y asegurarme que jamás me engañaría, se acostó contigo. Quizá el karma te lo esté devolviendo, como bien decías.

—Seguro que es lo que deseas.

—No, Chloe, vuelves a confundirme contigo. —Suavicé la voz—. Espero que James no te esté engañando, y no solo porque estés a punto de tener un bebé, sino porque es horrible ser la persona a la que engañan. No le deseo ese dolor a nadie. Ojalá que todo se aclare y los dos seáis felices para siempre. Sin embargo, espero que hayas aprendido algo de todo esto sobre cómo tratar a la gente que te quiere. Buena suerte con el bebé y con tu relación con James.

Salí al pasillo.

—¡No te vayas! —gritó.

Asomé la cabeza por la puerta y la vi inclinada hacia adelante.

—¿Por qué? Ya hemos dicho todo lo que teníamos que decir. No hay ningún motivo para que me quede más tiempo.

Alzó la vista. Tenía la cara sudorosa y las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Esto no son contracciones de Braxton-Hicks.

CAPÍTULO 50



—¡Ayúdame! —gritó Chloe, con el rostro descompuesto por el dolor mientras se aferraba al brazo del sofá.

—¿Lo dices en serio? ¿No son contracciones de Braxton-Hicks?

—Rompí aguas antes de que llegaras —jadeó.

—¡Chloe! ¿Por qué no me lo dijiste?

—Iba a hacerlo, pero primero quería preguntarte lo de James.

Volvió a aferrarse al sofá y soltó un grito. No era comadrona, pero sabía lo suficiente sobre el parto como para saber que, con contracciones tan seguidas, el tiempo no estaba de nuestro lado.

—¿Dónde está la bolsa para el hospital? ¿Está todo preparado?

—Sí. En la habitación del bebé.

Subí corriendo las escaleras y cogí una bolsa deportiva rosa que estaba en el umbral de una de las habitaciones.

—Te llevaré al hospital.

—¡No! No puedo caminar. —La voz de Chloe alcanzó un tono tan agudo que rozaba la histeria.

—Claro que puedes. Vamos, te ayudaré. —Estaba tan furiosa con ella por su confesión y por ponerse a sí misma y al bebé en peligro que me costaba contener la frustración.

—¡No! El bebé ya viene. ¡Haz algo!

—Tengo que llamar a una ambulancia. No empujes.

—Quiero empujar. —Chloe se dejó caer sobre la alfombra y se puso a cuatro patas mientras respiraba con dificultad.

—No, aún no. Voy a llamar a emergencias, pero estoy aquí contigo. Lo haremos juntas.

—¡James! —gritó Chloe mientras yo marcaba—. Llama a James.

Negué con la cabeza.

—Necesito una ambulancia, por favor —le pedí al operador de emergencias.



Aferrar la mano de Chloe mientras nos llevaban en ambulancia al Hospital General de Whitsborough Bay fue, sin duda, un giro inesperado de los acontecimientos. Por suerte, Chloe vivía en la misma zona donde se encontraba el hospital, así que llegamos enseguida.

Intenté llamar al móvil de James, al de la tía Louise, al del tío Simon, al de mamá y al de papá, pero todos me mandaban directamente al buzón de voz.

—¿Con quién está James? —le pregunté a Chloe—. ¿Tienes el número de alguno de ellos?

No obstante, Chloe estaba histérica y no dejaba de sollozar, incapaz de responderme. Lo único que pude hacer fue dejar mensajes en todos los buzones de voz y seguir intentándolo.

El pequeño Turner nació por cesárea de urgencia a las 20:37, ya que venía de nalgas y el cordón umbilical se le había enrollado alrededor del cuello. Si Chloe hubiera dado a luz de forma natural, es probable que no hubiera sobrevivido. Lo abrazó contra su pecho con una mano y, con la otra, me buscó.

—Lo has salvado.

Me encogí de hombros.

—Lo único que hice fue llamar a una ambulancia.

—Te diste cuenta de que venía de nalgas y me impediste empujar. —Negó con la cabeza—. Después de lo que te conté, tenías todo el derecho del mundo a marcharte y no volver a verme jamás.

Las lágrimas le resbalaban por las mejillas mientras acariciaba la cabeza de su hijo y volvía la mirada hacia mí.

—No sé qué me pasa. No sé por qué sigo intentando hacerte daño.

—Esa no es tu intención —respondí. Oh, Dios mío. ¿Y si lo era? Le solté la mano y me cubrí los labios con los dedos. Luego respiré hondo varias veces—. Por favor, Chloe, dime que de verdad amas a James.

Ella miró de nuevo a su hijo y le besó la coronilla con ternura.

—Te lo prometo, amo a James. Lo amo tanto que duele, pero sabía que tú también lo amabas, incluso cuando lo dejaste marchar e intentaste fingir que no te importaba. Sin embargo, ya había perdido los papeles y no habría podido detenerme aunque lo hubiera intentado… cosa que, por supuesto, no hice. Aun así, ha habido momentos en que realmente quise hacerte daño.

—¿Por qué? Creía que éramos mejores amigas.

—Lo éramos, pero… no sé. Todo parecía tan fácil para ti. En el colegio sacabas buenas notas sin esfuerzo, tienes una gran carrera y muchos amigos, y nunca te preocupa tu aspecto ni lo que la gente piense de ti. En cambio, yo siempre he tenido que luchar por todo, así que te quité todo lo que pude.

—¿Estabas celosa? —pregunté. Jamás lo habría imaginado.

—Era más que eso. Quería ser tú. Siempre estabas tan segura de quién eras. Siempre eras tan amable, tan auténtica, que la gente gravitaba hacia ti. Yo también quería eso.

Sonreí con amargura.

—Y yo quería ser tú. No por tu aspecto ni por tus novios, sino porque mamá te quería. Lo habría dado todo por recibir un abrazo o unas palabras amables de ella. Mi madre nunca…

La puerta se abrió de golpe y James se acercó corriendo a la cama.

—¿Estás bien? No me creo que me lo haya perdido.

—¿Dónde demonios estabas? —espetó Chloe.

James no respondió. Su mirada estaba clavada en el bebé que Chloe sostenía contra su pecho.

—Os dejo solos —murmuré.

—¿Te vas? —preguntó Chloe con urgencia.

—Estaré afuera.

Cuando entré en la sala de espera, inspiré profundamente.

—¡Sam! Me preguntaba si seguirías aquí.

Me giré y vi a Toby, que estaba sentado en una de las sillas.

—¿Qué haces aquí?

—Salí a tomar algo con James. Está bastante decaído por, eh… unos problemas que ha tenido en el trabajo. El idiota tenía el móvil en silencio. Cuando escuchó tu mensaje, ya llevaba unas cuantas copas encima, así que le dije que lo traería aquí y me quedaría un rato. —Sonrió—. ¿Es un niño, entonces?

—Sí. —Me senté a su lado—. La madre y el bebé están bien.

—Creía que no os hablabais. James no tenía ni idea de que ibas a ver a Chloe esta noche.

Me tomé un momento para buscar las palabras adecuadas.

—Chloe quería preguntarme algunas cosas, así que me invitó a su casa para charlar.

—¿Y ya está todo arreglado entre vosotras? ¿Vuestra relación vuelve a ser como antes?

Dudé un instante.

—No. Nunca volverá a ser como antes. Han pasado demasiadas cosas.

—¿Quieres un café? —preguntó tras un momento de silencio—. He visto una máquina cerca de la entrada.

—Me vendría genial, gracias. Que sea bien fuerte.

—De acuerdo. Vuelvo enseguida.

Me froté los ojos cansados y estiré los hombros. Luego volví a sacar el móvil del bolso para intentar llamar de nuevo a la tía Louise y al tío Simon. Nada, seguían sin responder, y dejar otro mensaje era inútil. ¿Dónde se habrían metido? Probé con papá y mamá, pero tampoco contestaron.

Me recosté en la dura silla de plástico y cerré los ojos un instante. Al menos la presencia de Toby confirmaba una cosa: James no había estado con otra mujer aquella noche. ¿De verdad tenía una

aventura? Lo que dijo Chloe sobre su falta de libido no me preocupaba, ya que era algo normal durante el embarazo. Pero lo de los días libres en el trabajo… eso sí que era más inquietante, aunque no tenía por qué ser una señal de infidelidad.

¿Estaba distante? ¿Evitaba cualquier tipo de intimidad? ¿Se tomaba días libres sin decírselo a Chloe? ¿Se cambiaba en el baño? Todo aquello me resultaba muy familiar. Recordaba una conversación muy similar que tuve con una paciente embarazada hacía un par de años. No habría sacado conclusiones si no fuera por la expresión de Toby cuando dijo que James estaba decaído, como si hubiera estado a punto de revelar algo que no debía. Estaba un noventa y nueve por ciento segura de saber lo que pasaba y, sin duda, no se trataba de otra mujer. Solo esperaba que las implicaciones no fueran tan graves como sospechaba.

CAPÍTULO 51



—¿James tiene cáncer de testículo? —le pregunté a Toby cuando me dio el café y se sentó a mi lado.

—Eh… no. ¿Qué te hace pensar eso?

—Toby Spiers, se te da fatal mentir. Hannah siempre lo dice.

Frunció la nariz.

—Le prometí que no le contaría nada a nadie, ni siquiera a Hannah. Soy el único que lo sabe.

—¿Es muy grave?

—Creen que lo han pillado a tiempo para evitar que se extienda, pero ha perdido a uno de sus pequeñines.

Suspiré. Pobre James. Menos mal que se había sincerado con Toby, porque pasar por algo así solo era impensable.

Toby me agarró del brazo.

—Chloe no lo sabe, ¿verdad?

—No, pero va a tener que contárselo. Ella cree que le está siendo infiel.

—Eso es imposible. —Negó con la cabeza—. James jamás miraría a otra mujer si tiene una relación seria con alguien.

—Ya, bueno, eso pensaba yo también. Y eso fue lo que le dije a Chloe, pero por lo visto no es cierto. Me fue infiel a mí.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Se acostó con Chloe prácticamente en cuanto se conocieron y pasaron juntos el fin de semana, aunque él y yo seguíamos juntos.

Toby abrió los ojos de par en par y se quedó boquiabierto, lo cual me alivió. Él no lo sabía, lo que significaba que Hannah tampoco. De

haberlo sabido, estoy segura de que me lo habría dicho.

—No me dijo nada. —Toby suspiró—. Sabía que lo suyo fue amor a primera vista, pero no tenía ni idea de que hubieran hecho eso. Lo siento, Sam. Debe de ser duro.

—Lo es. Nunca pensé… —Negué con la cabeza—. Da igual. Volvamos a lo del cáncer. ¿Por qué no se lo ha dicho a Chloe?

—Se notó el bulto y pidió una cita para que se lo revisaran. Iba a contárselo, pero ella empezó a sangrar, y como le dijeron que evitara situaciones de estrés, él no quiso someterla a eso. James sabe lo que significa para ella tener una familia numerosa y no estaba dispuesto a arriesgarse a que le ocurriera algo al bebé, sobre todo si resultaba ser cáncer y tenían que extirparle los dos testículos. No sé cómo se va a tomar Chloe la noticia. Puede que nunca llegue a tener esa familia numerosa que tanto quiere.

Contemplé la expresión preocupada de Toby. Era evidente que había cargado con buena parte del peso de la situación.

—Apuesto a que has sido un gran apoyo para James. Seguro que ahora estará bien, pero intenta convencerlo para que se lo cuente a Chloe más pronto que tarde, por favor. Ella debe saberlo y tiene que acompañarlo en todo eso. Yo no le diré nada, tranquilo.

Se oyeron unos gritos por el pasillo y, de pronto, la puerta de la sala de espera se abrió de golpe. La enfermera de guardia tuvo que mandarnos callar y pidió que solo entraran los padres de Chloe, no todo el mundo a la vez. Por supuesto, a mamá no le hizo gracia.

—Supongo que tú ya lo habrás visto —espetó.

—Sí. Estuve con ella cuando nació.

—¿Y cómo es que estabas tú en vez de James? No tiene sentido.

No tenía energía para darle explicaciones, así que me limité a aportar datos sueltos.

—Es un niño sano, 2,84 kilos, ha nacido a las 20:37 por cesárea de urgencia porque venía de nalgas. También tenía el cordón alrededor del cuello. Chloe está cansada, pero bien. James está con ella ahora. Había salido con Toby y no se había dado cuenta de que

tenía el móvil en silencio. De lo contrario, habría llegado para el parto.

La expresión de mamá se suavizó, pero la amabilidad se esfumó cuando masculló:

—Eso sigue sin explicar por qué estás aquí.

—No pretendía explicarlo.

—¿A alguien le apetece un café? —preguntó Toby mientras se ponía en pie. Estaba claro que quería huir del ambiente tenso.

Mamá negó con la cabeza y papá le dio las gracias, pero declinó la oferta.

—Pues voy a llamar a Hannah para ver cómo está Amelia —nos informó Toby. Si hubiera podido darse la vuelta y salir corriendo, creo que lo habría hecho.

—¿Estás bien, tesoro? —preguntó papá, y se sentó a mi lado.

—Claro que lo está. No es ella la que acaba de pasar por quirófano, sino nuestra pobre Chloe.

—¡Debs! No hace falta que…

—Déjalo, papá. —Me levanté y me enfrenté a mamá—. No sabes nada de mí ni de lo que he pasado esta noche, así que ahórrate tus comentarios inútiles.

Se quedó tan pasmada por mi réplica que no pudo ni contestar.

Se abrió la puerta de la habitación de Chloe y mi tío Simon asomó la cabeza.

—¿Puedes venir un momento, Sam? —Miró a la enfermera—. ¿Le importa? Prometemos ser rápidos.

La enfermera sonrió.

—Muy rápidos, por favor.

Con la mirada de mi madre clavada en mi espalda, seguí al tío Simon de vuelta a la habitación. James estaba sentado en la cama junto a Chloe, con el bebé en brazos. Podría haberme derrumbado al contemplar esa escena y desear que fuera nuestro bebé el que acunaba. Sin embargo, no sentí nada. Si quedaba alguna mínima duda sobre si había superado lo nuestro, se evaporó por completo.

Mi tía Louise estaba sentada en una silla junto a la cama. Se levantó y corrió hacia mí con los brazos abiertos.

—Chloe dice que le has salvado la vida.

—No exactamente. Si Chloe hubiera estado sola, habría llamado a una ambulancia.

—Eres demasiado modesta —afirmó cuando me soltó.

El tío Simon también me abrazó y se limitó a susurrar:

—Gracias.

James me dedicó una sonrisa agradecida, con los ojos brillantes.

—Toby sigue afuera —dije—. Os desea lo mejor.

Me sentía incómoda ahí plantada al pie de la cama mientras invadía ese momento familiar tan precioso, sobre todo porque no me sentía parte de la familia. ¿Por qué me habían llamado? Quizá solo querían darme las gracias. Bueno, ya lo habían hecho, o al menos los padres de Chloe.

—¿Eso es todo? Porque me gustaría volver a casa ahora que ya ha venido todo el mundo.

—¿Quieres coger a Samuel William? —preguntó Chloe.

—¿Samuel? —repetí el nombre mientras notaba todas las miradas fijas en mí.

Asintió con la cabeza.

—Samuel por la mujer que siempre ha estado a mi lado aunque no me lo mereciera y que incluso le salvó la vida. Y William por el abuelo, por supuesto. Pero lo llamaremos Sam para abreviar. ¿Qué te parece?

Abrí la boca, pero fui incapaz de pronunciar ninguna palabra. Al abuelo le habría encantado el homenaje. En cuanto a su decisión de querer honrarme a mí… otro giro que jamás habría previsto. La noche era cada vez más extraña.

—Toma —dijo James, y se levantó para tenderme a su hijo.

Cuando le acaricié la suave cabecita, Samuel abrió los ojos un instante para mirarme y, a continuación, chasqueó los labios y volvió a dormirse. Lo acuné contra mi pecho y contuve las lágrimas que me nublaban la vista porque temía que, si las dejaba caer, ya no

pararían. Había sido una velada difícil, llena de secretos dolorosos, pero el dolor se desvaneció al mirar el rostro de Samuel. Ese bebé era un nuevo comienzo para Chloe y James y, debido al cáncer de James, Samuel podría ser su primer y último hijo, lo cual era un cambio de planes inesperado y devastador para ambos. Sea como fuere, tenían a Samuel, y era un regalo precioso.

Alcé la vista hacia los rostros expectantes de los recién estrenados padres.

—Es precioso y me siento honrada de que, en cierto modo, lo hayáis llamado como yo. Gracias. —Ambos asintieron—. Bueno, ¿a quién le toca mimarlo? Porque debería irme ya o me dormiré al volante.

—¿Por qué no te quedas en casa de tu madre? —preguntó mi tía Louise.

Negué con la cabeza mientras le pasaba el bebé a mi tío Simon.

—Las dos sabemos que no soy bienvenida allí. —No conseguí disimular el rencor de mi voz.

—Volverás a visitarnos pronto, ¿verdad? —preguntó Chloe.

—Avisadme cuando estéis tranquilos en casa y lo organizamos.

Repartí abrazos de despedida y regresé a la sala de espera. Toby había vuelto de su paseo y miraba fijamente un vaso vacío.

La puerta de la habitación de Chloe volvió a abrirse.

—Toby, ¿quieres entrar a conocer a Samuel? —preguntó James.

Mamá soltó un jadeo.

—¿Samuel? ¿Como Samantha?

James asintió.

—Sí. Le hemos puesto el nombre por ella.

Me costó contener la sonrisa. Mamá no se lo esperaba para nada y, desde luego, no le gustó.

—Qué detalle tan bonito —dijo papá, con una sonrisa en los labios.

—¿Seguro que puedo pasar yo ahora? —preguntó Toby, y señaló a mis padres con la cabeza.

—Tranquilo, colega —replicó James—. Sé que tienes que irte ya y Chloe dice que el coche de Sam está en nuestra casa, así que pensé que podrías ver al bebé y luego acercarla a casa.

—Puedo coger un taxi —intervine.

—No. Chloe insiste en que Toby entre ahora para que podáis iros y luego pasen los últimos visitantes para que conozcan a Samuel.

Sin decir nada, mamá se dejó caer en el asiento que Toby acababa de dejar libre y pareció muy interesada en quitarse algo invisible de las uñas. No tenía energía ni ganas de intentar entablar conversación con ella.

—Me vendría bien un poco de aire. Toby, te espero en la entrada.

Toby asintió y entró a ver al recién nacido.

Cogí mi bolso de debajo de los asientos y abracé a papá, que me dijo que me llamaría mañana. James me siguió al pasillo y dimos varios pasos en un silencio incómodo. Me detuve y me volví hacia él.

—Sé lo que pasó en la fiesta del abuelo.

—¿Chloe te lo contó? —jadeó.

Cansada, apoyé la espalda contra la pared del pasillo.

—Ha sido una noche bastante reveladora.

—Lo siento muchísimo. No pretendíamos que pasara eso.

No iba a decirle que todo estaba bien porque no lo estaba, pero tampoco iba a removerlo todo otra vez.

—Me prometiste que me avisarías si conocías a alguien. Si no hubiera roto contigo después del funeral, ¿habrías tenido la decencia de dejarme?

Él suspiró y se apoyó en la pared junto a mí.

—Habíamos quedado para cenar el martes. Iba a contártelo entonces, pero tu abuelo murió el domingo y…

—Sí, lo sé. No era el momento.

—Lo siento de veras. Me odié por lo que hicimos. Yo no soy así.

Le toqué el brazo con suavidad.

—Lo sé.

—No habéis llegado muy lejos —dijo Toby cuando se unió a nosotros—. Ah. Ya me imagino de qué habláis. No le he contado lo

del cáncer, colega.

James se irguió.

—¿Lo sabe?

Hice una mueca.

—No hablábamos de eso, Toby. Pero sí, lo sé. ¿Estás bien, James?

—Sí, pero ¿cómo lo sabes?

—Es una historia muy larga y tienes que volver con tu familia, pero tienes que contárselo a Chloe. Y pronto —lo insté.

—Estoy de acuerdo —convino Toby—. No esta noche, obviamente, pero tiene que saberlo.

—¿Y si no puedo tener más hijos? —James sonaba devastado.

—Entonces, lo afrontaréis juntos —comenté—. Y seamos sinceros, acaban de abrirla y sacar a una personita de su interior después de un embarazo complicado, así que dudo mucho que ahora piense en tener otro bebé. Es un momento tan bueno como otro cualquiera para hablarlo.

James asintió con la cabeza.

—Gracias por todo. En serio, vales oro.

Cuando me abrazó, volví a ser plenamente consciente de mi falta de reacción. Sin taquicardia, sin mariposas, sin manos sudorosas.

—Vuelve con tu familia. Te necesitan y tienen que saber la verdad. Siempre.



En cuanto a mí, pensé en la conversación que tuve con Lauren el primer día, cuando le conté lo de la boda. «A veces pasan estas cosas, y la diferencia entre ser feliz o desgraciada está en cómo las afrontas. Puedes revolcarte en la mierda y apestar toda tu vida, o rociar ambientador y seguir adelante. Creo que tú eres de las que echan ambientador, ¿verdad?». Sí, era de las que echan ambientador. Era un asco que James nunca me quisiera, pero no podía controlar eso. Dolía que la mujer de la que se enamoró fuera

mi prima, pero en eso sí hice lo que estaba en mi mano: lo dejé marchar. El hecho de que se acostaran nada más conocerse quizá fuera prueba de lo que sentían. ¿Cómo sería sentirse tan atraído por alguien que tuvieras que poseerlo ahí mismo, en el acto? Yo jamás había sentido nada parecido. Pero quería creer que algún día, cuando me sintiera preparada para volver a confiar en alguien en un futuro lejano, encontraría a alguien que me hiciera sentir así. En cuanto a Chloe y James, no podía olvidar lo que hicieron ni que Chloe siguiera castigándome por un delito que había cometido ella. ¿Podría perdonarla? No las tenía todas conmigo. Era mucho pedir. No obstante, ahora era momento de celebrar una vida nueva.

CAPÍTULO 52



Papá me llamó el domingo por la mañana y me preguntó si podía venir a buscarme para comer en The Black Swan.

—Tengo algo que contarte y no quería hacerlo por teléfono —confesó cuando nos sentamos con las bebidas—. Tu madre y yo vamos a divorciarnos.

Aunque no me tomaba por sorpresa, escuchar las palabras en voz alta me dejó helada.

—Lo siento muchísimo. ¿Estás bien? —Parecía agotado. Llevaba una barba de varios días y tenía unas ojeras profundas bajo los ojos.

Se pasó los dedos por el pelo.

—Lo estaré. Sé que es lo mejor para los dos, pero ahora mismo es un poco raro. —Se encogió de hombros.

—¿Por qué ahora? Has sido infeliz durante años, pero nunca parecías dispuesto a dar el paso.

—Ver cómo te trató la semana pasada en el hospital fue horrible. Fue tan cruel contigo…

—Cierto, pero siempre ha sido así.

Los hombros de papá se hundieron.

—Lo sé. Me senté en aquella sala de espera e intenté recordar la última vez que te trató con amabilidad, pero no se me ocurrió ni una sola ocasión. Ni una palabra cariñosa, ni un cumplido. Todo eran ataques, todo eran enfados. También intenté pensar en la última vez que había sido agradable conmigo, pero tampoco me vino nada. En ese momento, supe que no podía más. No podía seguir casado con

ella. Luego me enfadé conmigo mismo por no haber actuado antes. No debería haber permitido que pasaras por todo aquello.

—No puedes culparte, papá. Y no puedes decir que no lo intentaste, porque sí que lo hiciste. Muchas veces. Pero ella no quiso cambiar.

Papá asintió y me miró con tristeza.

—Gracias, tesoro. De todos modos, necesitaba calmarme antes de hacerle frente, y hasta ayer no lo conseguí. De lo contrario, le habría pedido el divorcio allí mismo, en el aparcamiento del hospital.

—¿Y cómo se lo tomó?

—Sorprendentemente bien. Vamos a vender la casa. Demasiados recuerdos. Están construyendo una nueva urbanización cerca de donde vive Chloe, así que ayer fuimos a visitarla y tu madre ya ha escogido una casa.

—¡Madre mía! Qué rapidez.

—Ambos sabíamos desde hacía tiempo que lo nuestro se había acabado, así que creo que fue un alivio que alguien lo dijera en voz alta. Por ahora, me he mudado a tu antigua habitación, y mañana pediremos un abogado.

—¿Brindamos por los nuevos comienzos? —propuse mientras alzaba mi copa.

—Por los nuevos comienzos —repitió, y chocó nuestras bebidas.

Por fin lo había hecho y, aunque me sentí aliviada por él, también estaba triste. Había luchado mucho por salvar su matrimonio, pero ¿cómo iba a conseguirlo si una de las partes no quería?

Mientras comíamos, una idea empezó a tomar forma en mi cabeza. Si papá ya no tenía ni una mujer ni un trabajo que lo ataran a Whitsborough Bay, ¿era realmente necesario que se quedara allí?

—¿Por qué no te tomas un tiempo y me ayudas a poner en marcha Hedgehog Hollow? —le propuse cuando nos retiraron los platos—. Podrías vivir conmigo en la granja y sacaríamos el proyecto adelante juntos. Así ganarías tiempo para buscar otra clínica… o incluso abrir la tuya propia.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

—Por supuesto. Me encantaría que me ayudaras, pero depende totalmente de ti. No te sientas obligado ni presionado para tomar una decisión.

Se quedó callado durante unos minutos. No obstante, a juzgar por el brillo de su mirada, supe que no era porque estuviera buscando la forma de decirme amablemente que no.

—Eso estaría bien —respondió al cabo de un rato, con voz entusiasmada—. Necesito meditarlo bien, pero me gusta mucho la idea. Evitaría que entrara en pánico y aceptara el primer trabajo que encontrara.

—¿Por más nuevos comienzos? —sugerí, y volví a alzar la copa—. ¿O por las posibilidades que se presenten?

Papá sonrió y chocó su copa con la mía.

—Por Hedgehog Hollow.

CAPÍTULO 53



Chloe y yo habíamos intercambiado algunos mensajes desde el nacimiento de Samuel, pero no habíamos hablado. Me decía a mí misma que no la llamaba porque no quería pillarla dormida o amamantando, pero en el fondo sabía que era porque quería evitar una conversación incómoda y forzada. Me invitó a su casa el miércoles por la tarde y, cuando salí de trabajar, conduje hasta allí con un nudo en el estómago.

Aparecer con una bolsa llena de regalos para Samuel resultó ser la mejor forma de romper el hielo. Lo cogí en brazos mientras Chloe abría los regalos y los admiraba con cariño. Después de eso, tuvimos la típica charla de padres primerizos sobre el sueño, las tomas y la forma en que un bebé cambiaba por completo la vida que conocían.

En cuanto James salió de la habitación para cambiarle el pañal a Samuel, supe que la conversación iba a ponerse seria.

—Sé lo del cáncer —confesó Chloe—. Me siento tan estúpida por haber pensado que tenía un lío con otra, y más aún por haber creído que eras tú. Tú nunca me harías eso. Eres demasiado buena. No se lo harías a nadie.

Me encogí de hombros.

—Me gustaría pensar que no, pero nadie sabe cómo actuará hasta que se ve en la situación.

—Siento haberte llamado pusilánime.

—Siento haberte llamado manipuladora.

Lo había sido, pero me arrepentía de habérselo gritado en un ataque de rabia. Llevaba días dándole vueltas a su acusación y, en

parte, tenía razón. Tenía firmes convicciones sobre lo que estaba bien y lo que no y, en el trabajo, no dudaba en expresarlas. Sin embargo, cuando se trataba de la familia, hacía todo lo posible por mantener la paz y que todos fueran felices, como había hecho durante toda la vida. Era lo que tenía que hacer si quería recibir aunque fuera una pizca de atención de parte de mi madre. Darle mis cosas a Chloe parecía hacerla feliz, así que se volvió un hábito. Luego aprendí que lo que me hacía daño no era perder mis pertenencias, sino ver que la sonrisa fugaz de mamá se desvanecía poco después y volvía a ignorarme o enfadarse conmigo. Pero valía la pena por ese brevísimo instante en que podía fingir que le importaba.

James reapareció, me devolvió a Samuel y se marchó con la excusa de que tenía que hacer algo de papeleo.

—¿Crees que nuestra relación volverá a ser como antes? —preguntó Chloe en cuanto se cerró la puerta.

Ay, Dios. Menuda pregunta. Acaricié la diminuta mano de Samuel mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Me tomaré eso como un no —murmuró.

—No, no es un no… pero tampoco es un sí. Lo que ha pasado es muy fuerte. Ambas hemos dicho y hecho cosas que no se pueden deshacer ni olvidar…

—Querrás decir que yo he dicho y hecho cosas —me interrumpió.

Negué con la cabeza.

—No solo tú. Yo también solté de todo la semana pasada.

—Nada que no me mereciera, y yo también dije de todo.

—Tienes razón. —Cogí mejor a Samuel—. No podemos cambiar el pasado ni fingir que nuestra relación no se ha visto afectada por él. Para mí, el problema no es que tú y James os acostarais antes de que nuestra relación terminara. Mentiría si dijera que no dolió, pero es lo que hay. Lo que más me cuesta aceptar es lo que vino después. En tu boda, te volviste contra mí delante de toda la familia y me hiciste quedar como la mala de la película, cuando fuiste tú la que actuó mal. He estado marginada durante seis meses, Chloe.

Pasé la Navidad sin mi familia por tu culpa. Al final resultó ser mi último día con Thomas, así que no lo cambiaría por nada, pero no debería haberme sentido tan excluida. Quiero encontrar la manera de seguir adelante, pero ¿entiendes por qué no puede ser como antes?

Chloe asintió con la cabeza.

—Metí la pata hasta el fondo, ¿verdad?

—Hiciste lo que creías correcto en ese momento.

—Y ahí está el problema. Sabía que lo que hacía estaba mal. Con James, con la boda, con alejarte… y, aun así, lo hice.

—Porque eres impulsiva y estás acostumbrada a salirte con la tuya. —Hablé con voz suave para que entendiera que no era un reproche—. Soy consciente de que yo también he incentivado eso, así como mi madre y tus padres, pero ahora eres una mujer adulta y tienes un hijo. Es hora de decidir qué clase de persona quieres que sea este pequeño, porque muchas de sus conductas las aprenderá de ti y de James.

Juraría que vi cómo se le encendía la bombilla.

—Lo entiendo. ¿Sabes qué? El abuelo tenía razón sobre nosotras.

—¿En qué sentido?

—Siempre me exasperaba cuando recitaba alguna cita, pero solía decirme: «Sé amable siempre que sea posible. Siempre es posible». Por lo visto, lo dijo el Dalái Lama. —Me dedicó una sonrisa débil—. Luego añadía que, si quería saber lo que significaba, solo tenía que mirarte a ti.

—¿El abuelo dijo eso de mí?

—Eras su favorita, y no intentes negarlo.

—Tal vez, pero ¿quién es la favorita de la tía abuela Agnes? —Le guiñé un ojo, y las dos soltamos una risita. Cuanto más nos reíamos, más se desvanecía el dolor.

Cuando nos despedimos un poco más tarde, sentí que habíamos llegado a un nuevo entendimiento. Volveríamos a ser familia, pero nuestra amistad nunca volvería a ser la misma, ya que la confianza

se había roto. Aun así, si podíamos establecer unos límites y avanzar poco a poco para reconstruir esa confianza, a mí me bastaba.

CAPÍTULO 54



—¿Y esa carita? —preguntó Lauren mientras se dirigía hacia la impresora de la oficina del departamento durante el descanso del viernes por la tarde.

—Rich tiene que trabajar esta noche, así que me he quedado sin acompañante para tu fiesta.

Cuando Lauren me pidió durante mi primera semana en el TEC que me apuntara su fiesta de cumpleaños en el calendario, parecía que quedaba lejísimos. Sin embargo, el momento había llegado y temía lo peor, sobre todo ahora que Rich no podía acompañarme.

Lauren cogió sus papeles de la impresora y se apoyó en mi escritorio.

—Aún estoy a tiempo de encontrarte una cita cañón.

—Madre mía, ¿nunca te rindes?

—Te lo dije. Ya no quiero saber nada de los hombres, así que necesito vivir romances a través de los demás.

—Yo tampoco quiero saber nada de los hombres. Quizá no para siempre, pero sí en un futuro inmediato.

—Eres una aguafiestas. ¿Por qué no me dejas hacer de celestina solo por esta vez? Considéralo mi regalo de cumpleaños.

—¡Para ya!

Soltó una carcajada.

—Tenía que intentarlo. En fin, yo ya he acabado por hoy. Tengo que someterme a la tortura de hacerme el pelo y las uñas por culpa de mi adorada hermana gemela. Por lo visto, los vaqueros y las botas están prohibidos esta noche.

—¿Qué te vas a poner?

—Un vestido y tacones. ¡Tacones! Te sugiero que me mires bien y me hagas fotos, porque es un momento irrepetible en la vida y puede que tenga que emborracharme mucho para soportar tal calvario.

—Cualquier excusa es buena.

Se rió.

—No me creo que me dejara convencer. Debía de estar medio dormida o muy hormonal ese día.

Cinco minutos después, se fue y me quedé sola en la oficina. Lauren me tenía alucinada. Era divertidísima y tenía los pies en la tierra. Valoraba mucho su opinión y, aunque nunca lo admitiría por si se ofendía, la veía como una figura materna. ¿Cómo habría sido mi vida si mi madre se hubiera parecido a Lauren? Suspiré y negué con la cabeza. No tenía sentido pensar en lo que podría haber pasado. Papá había compensado con creces la ausencia de una madre cariñosa, y siempre le estaría agradecida por ello.



Cuando salí de trabajar, me duché y me planté en mi dormitorio de Brook Cottage con la toalla enrollada alrededor del cuerpo y el pelo chorreando sobre los hombros. Con el ceño fruncido, miré la blusa que pensaba ponerme con los vaqueros más elegantes que tenía para la fiesta de Lauren. Tenía una mancha de grasa que ni la lavadora había conseguido quitar. La froté con las manos. No se notaba mucho, pero no iba a poder relajarme si sabía que estaba ahí.

¿Qué podía ponerme? Mi mirada se posó en los vestidos de Gwendoline, todavía en sus fundas de tintorería. Abrí la cremallera de la que contenía el vestido que Thomas me había regalado por Navidad y acaricié el tul negro. ¿Me atrevería? Me dijo que me lo pusiera para una ocasión especial, y esto era lo más parecido a una en lo que llevábamos de año.

Me maquillé un poco más de lo habitual. Tras secarme el pelo, me lo recogí en un moño desenfadado en lo alto de la cabeza, lo sujeté con un broche brillante y solté un par de mechones a cada lado.

Me puse el vestido y, cuando me miré al espejo, apenas me reconocí. ¿Sería demasiado? Esperaba que no. Luego me puse una chaquetita negra de punto y unas manoletinas negras, porque no tenía ni un par de tacones.



El taxista se detuvo delante de Aversford Manor y cerré los ojos un momento. De todos los hoteles que Lauren podía haber elegido, ¿por qué tenía que celebrar su fiesta en el mismo sitio que la boda? Se había disculpado en cuanto me dio la invitación y le dije que no pasaba nada, pero ahora que estaba aquí, los malos recuerdos volvían en tromba. Menos mal que Chloe y yo habíamos hablado y acordado seguir adelante. De lo contrario, le habría dicho al conductor que diera media vuelta y me llevara directamente a casa.

—¿Estás bien, preciosa? —preguntó.

—Perdón, estaba en Babia. ¿Cuánto era?

—Ocho con setenta, por favor.

Le di un billete de diez y salí del coche. Luego me alisé el vestido.

Había llegado media hora tarde a propósito, lo cual chocaba profundamente con mi manía de ser puntual, pero era eso o sentarme sola con una copa de vino hasta que mis compañeros llegaran, y no me apetecía nada. Bastante me preocupaban ya. Pasábamos tanto tiempo en clase que, a pesar de que ya llevaba seis meses en el TEC, mi relación con la mayoría del departamento se limitaba a un mero intercambio de saludos en el pasillo. Iría bien. Y si no, sonreiría durante una hora y me marcharía con cualquier excusa. Lo importante era hacer acto de presencia.

Mientras me acercaba al salón Arundel (el mismo donde tuvo lugar la fiesta de la boda), casi esperaba encontrarme a la tía abuela

Agnes y a una Chloe furiosa, pero no había moros en la costa. Cuando me detuve frente a la entrada y mis ojos se acostumbraron a la penumbra salpicada de luces centelleantes, caí en la cuenta de que aquella noche ni siquiera llegué a entrar al salón. Era grande y tenía una pista de parqué, mesas redondas con sillas a cada lado, una barra al fondo y una mesa de bufé a rebosar cerca de la entrada.

Al principio, no reconocí a nadie y tuve que contener las ganas de salir corriendo de allí. Luego vi a Lauren al fondo. Parecía otra con el pelo rizado y, tal y como había prometido, llevaba un vestido y tacones. Alzó la mirada y me hizo señas para que me acercara cuando la mujer con la que hablaba se apartó.

—¡Vaya! Estás increíble —exclamé, y le di dos besos.

—Me siento ridícula.

—Para nada.

—Al parecer, tengo que hacer esto. —Lauren se cogió los bordes del vestido y dio una vuelta a trompicones.

—A pesar de tus movimientos torpes, sigues estando increíble.

—Eres muy amable. Deja que te vea. —Se echó hacia atrás y me vi obligada a girar también, sintiéndome igual de ridícula que ella—. Ese vestido es precioso. ¿Es *vintage?*

—Creo que sí. Era de Gwendoline.

—Ese estilo te favorece muchísimo. Deberías ponerte vestidos más a menudo.

—Tú también. Y me encanta tu pelo.

—A ver si dices lo mismo luego. Me lo recogeré en una coleta, me habré quitado los zapatos y probablemente habré roto el vestido.

La mujer con la que había estado hablando regresó y le dio una copa.

—Deja que te presente a mi hermana —dijo Lauren—. Esta es Connie.

Aunque sabía que eran gemelas no idénticas, las diferencias entre ellas eran muy sutiles.

—Feliz cumpleaños —la felicité con una sonrisa.

—Gracias.

—Y esta es mi nueva profesora estrella, Sam.

—¡Ah! Me han contado mucho sobre ti —afirmó Connie—. Tenía ganas de conocerte.

—Gracias. A mí también me han contado muchas cosas buenas de ti.

—Salvo esta tarde, cuando te puse a parir por obligarme a hacer cosas de chicas y ponerme un vestido —añadió Lauren—. Seguro que te pitaban los oídos.

—Siempre me pitan —replicó Connie, y soltó una carcajada.

—Uy, tengo que saludar a mis vecinos —exclamó Lauren—. Algunos del equipo están allí, escondidos detrás de esa columna. Si quieres, coge una copa y únete a ellos.

—Gracias. Eso haré.

—Encantada de conocerte —dijo Connie. Me dio una palmadita en el brazo y se fue a saludar a otra persona.

Miré hacia donde estaban mis compañeros con sus parejas. Habían acercado las sillas y se reían de algo, y los nervios volvieron a apoderarse de mí. ¿Y si me acercaba para saludarlos, pero simplemente me sonreían con educación y luego seguían a lo suyo? ¡Uf! Quizá debía tomarme un par de copas primero para armarme de valor.

Por desgracia, no parecía que hubiera nadie atendiendo en la barra. Sin embargo, alguien aparecería si me quedaba rondando por ahí. Me senté en un taburete, dispuesta a esperar.

—¿Te has peleado con alguna manguera últimamente? —preguntó una voz.

Giré la cabeza y me encontré de lleno con el Idiota del *Jeep*. Genial.

—¿Qué haces aquí?

—Casualidades de la vida. Pasaba por aquí, oí los dulces acordes del *Cha Cha Slide* y sentí la necesidad de parar y marcarme unos pasos.

—Por mí, no te cortes.

—No lo haré. Pero el *Cha Cha Slide* da mucha sed, así que necesito una jarra de cerveza.

—Pues vas listo. Llevo un buen rato esperando y no aparece nadie.

—Parece que tendré que servirme yo mismo. —Antes de que me diera tiempo a decir nada, se metió tras la barra, cogió un vaso y empezó a tirarse una cerveza—. ¿Qué te pongo?

—No puedes hacer eso —protesté—. Esto no es un autoservicio, ¿sabes?

—¿No? Bueno, dejaré algo de dinero. ¿Crees que bastará con una libra? —No sabía si estaba de broma o no—. ¿Quieres una jarra? ¿Una caña? ¿Gintónic? ¿Vino?

—Vino blanco seco. Que sea grande, por favor —murmuré.

—Marchando. —Dejó su cerveza en la barra para que reposara y me sirvió una copa de vino—. Este es mi blanco seco favorito —comentó—. Fresco y cítrico. Disfrútalo.

Le di un sorbo. Estaba delicioso.

—Gracias. —Saqué la cartera de mi bolso de mano y fruncí el ceño—. ¿Cómo te pago? Solo llevo un billete de veinte.

—Casualmente, una copa grande de vino blanco cuesta exactamente veinte libras. —Sonrió, con los ojos brillantes. Esta vez, era evidente que bromeaba.

—Qué gracioso.

—No te preocupes. Invito yo. Y antes de que entres en pánico, te prometo que luego lo apuntaré. Además, es verdad que estoy aquí para atender la barra. Mi mejor amigo es el encargado del bar y le han fallado un par de empleados. Trabajé aquí cuando era joven, así que me ofrecí a echarle una mano hasta que llegaran los refuerzos.

¿Había vuelto a acudir al rescate? Puede que no fuera tan malo como sugerían nuestros primeros encuentros.

—Espero que no tengas que estar mucho rato detrás de la barra. Bueno, gracias… —Me bajé del taburete y alargué el brazo para coger el bolso y la copa.

—Espera. ¿Tienes prisa por volver con alguien?

«Para nada». Eché un vistazo a mis compañeros, que seguían enfrascados en su conversación, y me encogí de hombros.

—No. No tengo mucha relación con nadie, salvo con una de las cumpleañeras. Iba a venir con un amigo, pero tenía que trabajar.

—Perfecto. Bueno, no porque tu amigo te haya dejado tirada, obviamente, sino porque así me haces compañía.

—¿Y por qué iba a querer hacer eso?

—Porque me da la impresión de que empezamos con mal pie, y los dos encuentros siguientes tampoco fueron mucho mejor, que digamos. No soy la persona que probablemente crees.

Lo miré fijamente.

—¿Ah, sí? ¿Y a qué clase de persona te refieres?

Se mordió el labio y frunció el ceño.

—Supongo que alguien gruñón, maleducado, agresivo y mal conductor.

—Más o menos, sí. Menuda autodescripción has hecho.

Me reprendí mentalmente. ¿Por qué siempre conseguía sacar mi lado respondón? Y, para ser sincera, yo tampoco me había ganado su simpatía. Le grité y lo sermoneé. Seguro que su opinión sobre mí era igual de negativa que la mía, y no tenía ganas de oírla.

—Siéntate. Por favor —me instó—. Prácticamente somos vecinos y es inevitable que nos crucemos en algún momento, así que estaría bien empezar de cero. ¿No te parece?

Me encogí de hombros otra vez.

—¿Qué tal va lo de la granja?

Volví a dejar el bolso y la copa en la barra. Aunque su compañía no me entusiasmaba, charlar con él era mejor que estar sola. Y estaba siendo sorprendentemente agradable esta noche. Me subí al taburete de nuevo.

—Va bien, pero aún falta un poco para que podamos acoger erizos.

—¿Qué clínica veterinaria has conseguido?

Me sonrojé y le di un trago al vino. Seguramente conocía a todos los veterinarios de la zona y sospechaba que sabía que no había

hablado con ninguno. Lo mejor sería que fuera sincera.

—Ninguna. No debería haber mentido. Pero mi padre es veterinario y su clínica acaba de cerrar. Él y mi madre por fin se van a divorciar, así que me ayudará al principio, lo cual me viene genial porque yo trabajo a tiempo completo. —¿De dónde salía tanta información? Eso era más que una charla entre dos desconocidos.

—Tengo que servirle a esta clienta… Dame un segundo. ¿Qué te pongo, Lesley?

—Una cerveza rubia y una Coca-Cola light, por favor, Josh —pidió la mujer que había aparecido en la barra.

Josh. Así que ese era su nombre. Al menos podía dejar de llamarle Idiota del *Jeep* o hijo del señor Alderson. O Chris, mi novio imaginario. Me sonrojé al recordar aquella conversación que tuve con mi familia.

Le sirvió a Lesley, le dijo que volviera luego a pagar y apuntó su nombre y la cantidad en una libreta que sacó de debajo de la barra.

—¿Por dónde íbamos? Tu padre. ¿Dices que es veterinario?

—Sí, pero los dueños de su clínica se la han vendido a un promotor y se ha quedado sin trabajo. Aun así, está animado. En realidad, es el momento perfecto. No es que esté bien perder el empleo, pero nos viene de perlas para poner en marcha el centro.

¡Menuda verborrea!

—Perdona. Cliente. —Josh se fue al otro extremo de la barra y sirvió varias bebidas.

Lo observé mientras le iba dando sorbitos al vino. Parecía que conocía a todo el mundo y me di cuenta de que no sabía de qué conocía a Lauren, aunque él tampoco me había preguntado de qué la conocía yo. Tenía que enterarme. Miré mi copa vacía. ¿En qué momento me la había terminado? La cabeza ya me daba vueltas (desventajas de beber con el estómago vacío) y era evidente que se me había soltado la lengua.

Josh me rellenó la copa.

—Más te vale apuntarme en la lista y dejarme invitarte a una copa —le ordené.

—No pasa nada. Invito yo. Y gracias, pero no: luego tengo que conducir, así que una es suficiente para mí. Y dime… ¿es buen veterinario tu padre?

—El mejor. Ya sé que no soy del todo imparcial, pero la clínica seguramente habría cerrado hace años si no fuera por él. Los clientes lo adoraban, los animales lo adoraban y el personal lo adoraba. Esta noche han salido todos para despedirse. —Hice una pausa y sonreí—. Aunque no creo que dejen entrar animales en el bar. Hay un pastor alemán que hace imitaciones de Elvis cuando va trompa y su mejor truco es apuntar al centro de la diana cuando mea. Salpica por todas partes, así que le han vetado la entrada.

Josh se rio.

—Qué bueno. Ojalá fuera verdad.

—¿Y quién dice que no lo es?

Se rió de nuevo y fruncí el ceño, sin terminar de encajar a esta persona con el impertinente que había conocido.

—Bueno, cuéntame lo de los erizos —pidió Josh mientras cogía un trapo para limpiar la barra.

—¿Qué quieres saber?

Se encogió de hombros.

—Lo que te apetezca contarme.

Durante unos veinte minutos, mientras Josh servía una bebida tras otra, le conté que me había encontrado a Thomas desplomado en su casa, que nos hicimos amigos y que su última voluntad era que cumpliera el sueño que compartía con su mujer.

—Me encanta esa historia. —Parecía realmente impresionado—. Lo que estás haciendo por ellos es una pasada.

—Solo espero estar a la altura.

—Seguro que harás que se sientan orgullosos. Estaba pensando…

—¡Joshy, colega! —Un chico de unos veinte se metió detrás de la barra y lo interrumpió. Se dieron una especie de choque de puños y un abrazo raro—. Mi compañero me dijo que estabas echando una mano. Eres un crack.

—Nada, hombre. Encantado de ayudar.

El recién llegado me miró de reojo.

—Lo siento, ¿estabas esperando?

Le sonreí con educación.

—Estoy bien, gracias. Josh ha estado cuidando de mí. —No sé por qué lo dije así, pero era verdad. Había conseguido disipar mi ansiedad por volver a Aversford Manor.

Desconecté mientras Josh ponía al día a su amigo y me giré para contemplar la fiesta. Lauren estaba cerca de la entrada, hablando con un grupito mientras gesticulaba a lo loco y seguramente derramaba su bebida. Mis compañeros se amontonaban ante el bufé y se me encogió el estómago. ¿Cuándo me había vuelto tan antisocial? Al menos podría haberme acercado a saludar. No era culpa suya que tuvieran buena relación y yo fuese la nueva. Jamás me habían hecho sentir incómoda y, de hecho, aquella noche era perfecta para conocerlos mejor.

—Bueno, ¿y de qué conoces a las anfitrionas?

Di un respingo al oír la voz de Josh. Ni me había enterado de que había acabado de hablar y se había acercado a mi lado de la barra. Se sentó en el taburete contiguo y, cuando nuestras piernas se rozaron, sentí mariposas en el estómago. «Uy. ¿A qué viene eso?».

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado—. Tienes las mejillas coloradas.

El corazón me iba a mil por hora y sabía que me había sonrojado. «¡Para ya! Puede que ya no me caiga mal Josh, pero de ahí a que me guste… Seguro que es porque no me había acercado tanto a un hombre desde lo de James».

—Estoy bien. No suelo beber y se me ha subido a la cara.

Sonrió y volví a fijarme en sus ojos. Nunca había conocido a nadie que irradiara ese brillo cada vez que sonreía, como si el mero hecho de sonreír encendiera una guirnalda de lucecitas en su iris. «Madre mía. ¡Basta!».

—A mí me pasa lo mismo —confesó—. Estoy de guardia tan a menudo, sobre todo desde que… eh… desde que uno de nuestros veterinarios se fue de sopetón, que casi nunca puedo beber. De

hecho… —Se giró hacia el chaval de la barra y le pasó su cerveza medio vacía—. ¿Me la rellenas con limonada? —Se volvió hacia mí—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, ¿de qué conoces…?

—Ah, aquí estás, Josh. Pensaba que ibas a llegar tarde, pero tu madre me dijo que estabas ayudando en la barra.

—Problemas de personal —respondió, y se bajó del taburete para abrazar a mi jefa—. Feliz cumpleaños, tía Lauren.

¿Tía Lauren? ¿Tía? ¿En serio? Eso significaba que Josh era el sobrino «dañado» del que me había hablado en mi primer día. ¡Vaya! No me lo esperaba para nada.

—¡Sam! —Lauren apoyó la mano en mi hombro—. Tenía pensado presentarte a mi fabuloso sobrino esta noche, pero veo que ya os habéis conocido vosotros solitos. —Le olía el aliento a alcohol. No había mentido cuando me dijo que tendría que emborracharse para soportar la noche. Se le trababa la lengua y hablaba muy alto—. Y tan juntitos. Sabía que encajaríais a la perfección. ¿A que te lo dije, Sam? Te dije que haríais una pareja estupenda.

El brillo desapareció de los ojos de Josh y fue reemplazado por… no sé muy bien qué. ¿Tristeza? ¿Dolor? Quizá pensaba eso porque Lauren me había dicho que estaba «dañado» y me sentía mal por él. Oh, Dios mío, ¿y si era por mí? Iba muy arreglada, pero ¿y si el maquillaje me hacía parecer un payaso? ¿Y si no conseguía disimular lo sosa que era y la idea de que yo fuera perfecta para él le resultaba ridícula?

—¡Tía Lauren! Solo estamos hablando, cosa que no podríamos hacer si nos sentáramos en extremos opuestos de la barra. Por eso estamos tan cerca. —Ay. Así que era por mí.

—Y hablar puede conducir a…

—Veo que no estás bebiendo nada. ¿Te pongo algo? —preguntó Josh, con la mandíbula tensa.

La sonrisa de Lauren titubeó un instante. Pobre mujer. Era famosa por decir lo que pensaba, pero normalmente era más delicada. Su filtro había desaparecido tras unos cuantos tragos (o más bien varios), y quizá acababa de darse cuenta.

—Tengo tres o cuatro copas esparcidas por toda la sala, pero gracias. Eres un buen chico. —Volvió a sonreír—. ¿Te ha contado Sam que trabajamos juntas?

—Justo íbamos a hablar de eso cuando has aparecido —intervine.

Lauren le apretó el brazo a su sobrino.

—¿Te ha contado que está montando un centro de rescate de erizos? Tal vez puedas ayudarla. —Lauren se giró hacia mí—. Es veterinario, ¿sabes?

Josh volvió a sonreír, pero esta vez no había brillo en sus ojos.

—Sí, tía Lauren, ya sé lo de los erizos. Y Sam sabe que soy veterinario.

Ella juntó las manos y nos miró con una sonrisa.

—Entonces, ya no tengo nada que hacer aquí. Disfrutad de la velada, chicos, y comed algo. Connie y yo hemos pagado un dineral por ese bufé y nadie se irá de aquí hasta que no quede ni una miga.

Todo habría ido bien y nos habríamos reído de la situación si lo hubiera dejado ahí, pero tenía que poner la guinda al pastel. Nos cogió una mano a cada uno y nos las apretó.

—Hacéis una pareja monísima, ¿sabéis? No os imagináis la ilusión que me ha hecho ver cómo os reíais antes. Tengo un buen presentimiento con vosotros dos. Dos almas atormentadas unidas en mi cumpleaños. El regalo perfecto. —Con una risita, nos soltó y se fue.

Se hizo el silencio.

«Tierra, trágame. Ya».

—Yo… quizá… —empecé a decir.

—Creo que… —dijo a la vez.

Los dos nos quedamos callados.

—Tú primero —me instó Josh.

—Iba a decir que voy al baño.

—Sí. Vale. Y yo tengo que saludar a algunos invitados.

Me bebí lo que me quedaba de un trago, agarré el bolso y me bajé del taburete.

—Disfruta de la fiesta.

—Sí. Tú también. Nos vemos. —Habló con ligereza, pero la ausencia de sonrisa y su postura rígida delataban su incomodidad.

Unos minutos después, en el baño de mujeres, apoyé las manos en el mueble del lavabo y respiré hondo. Lauren tenía buenas intenciones, pero el momento había sido incomodísimo. Era evidente que Josh no estaba interesado en mí (y probablemente en nadie) ahora mismo. Y era mutuo. Sí, nos habíamos reído y puede que incluso coqueteado un poco, pero aquello solo había servido para ponerlo en alerta. Hubo un pequeño revoloteo de mariposas, de acuerdo, pero lo achaqué al roce de la pierna de un hombre contra la mía. Hacía mucho tiempo desde la última vez que sentí algo así y había despertado recuerdos de James que, si teníamos en cuenta dónde estaba, era inevitable que volvieran a surgir.

Alguien tiró de la cadena. Luego se abrió una puerta detrás de mí, y una compañera, Angie, salió del cubículo.

—¡Oh, aquí estás! Lauren nos dijo que habías venido, pero no te veíamos por ningún lado.

—Me quedé charlando con alguien en la barra —expliqué mientras me lavaba las manos.

—¿Te vendrás con nosotros ahora? —preguntó—. Lauren nos dijo que tu amigo no ha podido venir y nos preocupaba que estuvieras sola.

—Sí, tenía que trabajar. Me encantaría unirme a vosotros, si no os importa.

—Claro que no.

Unos minutos después, salimos juntas del baño. No obstante, por mucho que le agradeciera a Angie su amabilidad, habría preferido llamar a un taxi e irme a casa.

Cuando volvimos al salón Arundel, no había rastro de Josh. ¿Habría aprovechado para huir de los intentos de casamentera de Lauren? ¿De mí? Se me hundieron los hombros. ¿Tan mal partido era? Mi historial con los hombres y su cara parecían indicar que sí. Miré el vestido de Gwendoline y se me encogió el corazón. ¿En qué estaba pensando? Como ya le dije a Thomas cuando me lo regaló,

no podía ponerme un vestido así de espectacular, y era evidente que Josh pensaba lo mismo.

CAPÍTULO 55



Intenté con todas mis fuerzas disfrutar de la fiesta, de verdad que sí. Mis compañeros no podían haber hecho más por hacerme sentir bienvenida. Sonreí, me reí y charlé, pero tuve un nudo en la garganta durante toda la noche y me ardían los ojos mientras contenía unas ganas abrumadoras de hacerme un ovillo y echarme a llorar. Viejoven, así me sentía.

Iban y venían de la pista de baile y no dejaban de pedirme que me uniera a ellos, pero no estaba de humor. Ni loca quería pasearme delante de todos para que vieran que me había esmerado demasiado con mi atuendo. Angie se había hecho daño en el gemelo y no bailaba, y los hombres no se separaban de la barra, así que usé la excusa de hacerle compañía para no bailar.

Aunque me tomé otro par de copas de vino, no conseguí relajarme. Si acaso, me dieron más ganas de llorar. Quizá comer algo habría ayudado, pero había esperado demasiado para acercarme al bufé. ¡Menuda fiesta de la autocompasión!

Josh había reaparecido media hora después de que me uniera a mis compañeros y vi que daba vueltas por la sala, pero nunca llegó a acercarse a nuestra mesa.

Poco después de las diez, había llegado a mi límite y necesitaba salir de allí. Me despedí de mis compañeros y les di las gracias por hacerme compañía. Luego me acerqué a Lauren y la felicité por la bonita fiesta. Casi me tiró al suelo cuando se me echó encima para darme un abrazo.

—Gracias por venir. Sé que es un rollo cuando no conoces a mucha gente.

—Ha estado bien —dije cuando me soltó, y se tambaleó un poco. Me fijé en que, como había predicho, se había quitado los tacones—. Me ha gustado pasar tiempo con el equipo.

—Y con mi sobrino Josh. —Me señaló con el dedo y me dedicó una mirada esperanzada.

—Solo hablamos un poco al principio de la noche.

Lauren frunció el ceño.

—La he cagado, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—No creo que Josh esté preparado para una relación todavía. —Y por si acaso malinterpretaba mis palabras, añadí con rapidez—: Y yo tampoco.

Me abrazó otra vez.

—Qué pena, porque mantengo lo que dije. Haríais una pareja perfecta.

No había nada más que decir, así que volví a abrazarla, le deseé feliz cumpleaños y me fui.

Mientras avanzaba por el pasillo hacia la recepción, contuve las lágrimas que habían estado a punto de caer durante toda la noche. «Aguanta. Ya falta poco».

Había reservado un taxi para las once. La recepcionista llamó a la compañía para ver si era posible que vinieran antes, pero no había taxis disponibles.

—¿Hay algún lugar donde pueda esperar el taxi sin gente alrededor? —le pregunté.

Sonrió.

—¿Abrumada por la fiesta?

—Algo así.

—Si pasa la sala Arundel hacia la parte trasera del hotel, verá un pasillo a su izquierda. Un poco más adelante hay un par de rincones con sillones que dan a los jardines. La mayoría de los huéspedes ni saben que existen.

—Gracias. Volveré a las once.

—¿Quiere que le lleven una bebida?

No podía beber más vino, pero me vendría bien un cubata mientras esperaba.

—Un vodka con Coca-Cola grande, por favor.

—Le pediré a alguien que se lo lleve.

Tras darle las gracias, seguí sus indicaciones y pronto di con el primer rincón. Había un par de sillones de respaldo alto orientados hacia los jardines. Me acerqué a uno y, cuando fui a sentarme, me di cuenta de que el otro estaba ocupado. Por Josh.

—Perdón. —Retrocedí un paso—. No quería molestarte.

Alzó la vista hacia mí, pero no dijo nada.

—He pedido un taxi para las once —balbuceé—. Como no pueden venir antes, la recepcionista me dijo que por aquí había un sitio tranquilo para esperar, pero no sabía que estabas tú.

—No pasa nada. Puedes sentarte. —Estaba desparramado en su asiento y su tono denotaba cansancio, pero tenía la impresión de que esa fatiga no se debía a mí.

—No. Iré al siguiente rincón. Tú sigue con… lo que sea que estés haciendo. —Vi que tenía un vaso lleno de un líquido oscuro en la mano.

—He cambiado de planes —comentó mientras alzaba el vaso—. Volveré a por el coche por la mañana.

—No te estaba juzgando.

—Lo sé. No era una insinuación. —Suspiró y, con un gesto de cabeza, señaló la butaca vacía—. No muerdo.

Mirarle a los ojos era como mirarme en un espejo: solo veía dolor y confusión.

—Está bien. —Me senté a su lado.

—Siento lo de mi tía Lauren. Si trabajas con ella, ya sabrás que no es precisamente de las que se andan con rodeos.

Sonreí.

—Es una forma de decirlo, sí.

—¿Te ha contado lo que me pasó?

Negué con la cabeza.

—Me dijo que tenía un sobrino y… eh… que lo habías pasado mal. —Probablemente no era buena idea mencionar la palabra «dañado».

Giró el vaso para remover la bebida, pero no bebió.

—Creo que es mejor que te lo cuente. Aquí todo el mundo se conoce. Nos habrán visto hablando y empezarán los rumores.

—No hace falta que…

—No es ningún secreto y prefiero que te enteres por mí, así oirás la verdad y no el cotilleo. —Respiró hondo—. Se llamaba Beth y era recepcionista en la clínica.

Josh desvió la mirada hacia los jardines. Afuera, todo estaba a oscuras, salvo por un par de guirnaldas blancas que iluminaban lo que imaginé que eran senderos.

—Llevaba unos tres años trabajando allí cuando empezamos a salir. Me gustó desde el primer momento, pero sabía que estaba con alguien, así que nunca moví ficha. Luego la encontré llorando en el trabajo. Me dijo que estaba saliendo con un hombre casado que le había prometido que su matrimonio se había acabado y que esperaba el momento adecuado para decírselo a su mujer, pero ese momento nunca llegó. Beth decidió que no iba en serio con ella ni con la relación, así que lo dejó. No debería haberme fiado, pero lo hice. Beth se hizo la víctima, y yo caí de lleno. Estaba convencida de que lo suyo se había terminado y dejó claro que yo le interesaba. —Negó con la cabeza—. Estuvimos dos años juntos y, tonto de mí, creía que éramos felices. Como el hombre casado la había hecho sufrir, quería ir despacio. No nos fuimos a vivir juntos ni nada, pero pensaba que lo nuestro iba en serio. Qué ingenuo fui.

—¿Seguía con el hombre casado? —pregunté cuando se quedó callado.

Asintió con la cabeza.

—Nunca lo dejó.

Hice una mueca.

—Lo siento. ¿Cómo…?

—¿Un vodka con Coca-Cola? —El mismo chico que había relevado a Josh en la barra apareció con dos bebidas en una bandeja.

—Sí, gracias.

—Y este debe de ser el tuyo, Joshy —dijo mientras le tendía el otro vaso.

—Gracias, tío. —Josh le dio algo de dinero.

—Deja que te invite —protesté, pero no hubo manera. Cuando el chico se fue, pregunté—: ¿Cómo te enteraste?

—Otra recepcionista me dijo que Beth estaba llorando en el baño. Llevaba semanas alicaída y yo estaba preocupado. Entré para ver cómo estaba y la encontré con una prueba de embarazo en la mano. Positiva.

—¿No era tuyo? —pregunté cuando volvió a quedarse en silencio.

Negó despacio.

—Pero yo di por hecho que sí. Creí que era el momento perfecto para pedirle que se casara conmigo, así que ahí estaba yo, de rodillas, cuando la puerta se abrió de golpe y entró él. Me miró a mí y luego a la prueba de embarazo, y fue como una epifanía. El bebé no era mío; era suyo. Él era el hombre casado. Durante todo ese tiempo, mi novia había estado saliendo con mi padre.

Solté un jadeo.

—Oh, Josh. Qué horror. ¿Tu novia y tu padre? Eso es un poco… —¿Asqueroso? ¿Repulsivo? ¿Enfermizo? Fui incapaz de decir ninguna de esas palabras.

Se estremeció.

—Sí, lo sé. Me repugna pensar que estaban juntos cuando nosotros… —Volvió a estremecerse—. Fue durísimo, y no solo para mí, sino también para mi madre. Habían tenido sus altibajos, pero jamás imaginó que él pudiera estar con otra.

—¿Cuánto tiempo llevaban juntos tu padre y Beth?

—A esas alturas, siete años.

—¿Siete? ¡Madre mía!

—La conoció una noche en Hull. La contrató en la clínica un par de años después para poder verla a todas horas y estuvieron liados

sin que nadie se diera cuenta.

—Qué cruel.

Se bebió el resto de la copa y cogió la que le acababan de traer.

—¿Verdad que sí? Mi madre lo echó de casa y él se fue a vivir con Beth. Siguen juntos, felices y comiendo perdices, y ya tienen otro bebé en camino. Sé que suena fatal, pero no puedo considerarlos mis hermanastros después de que Beth y yo… Es demasiado…

—¿Cuánto tiempo siguieron trabajando contigo? —pregunté cuando vi que no iba a terminar la frase.

—No mucho. Yo dirijo la mayor parte de la clínica, así que no le quedó más remedio que irse. —Se inclinó hacia delante y dejó el vaso sobre la moqueta—. ¿Te acuerdas del día que nos conocimos, cuando me pediste que moviera el coche y te contesté mal? Estaba al teléfono con Beth.

—Ah. Oí gritos.

—Llevaba días llamándome sin parar. Que si podía perdonar a mi padre, que si podía conocer al bebé, que si podían mudarse a la casa de la clínica porque el piso se les quedaba pequeño… Perdí los papeles y me desquité con ella ese día. La casa de la clínica era mía. Me encantaba vivir allí, pero tuve que mudarme cuando descubrí que a menudo la usaban para echar uno rapidito mientras yo estaba en la clínica. —Se tapó la cara con las manos y soltó un suspiro—. Siento que me oyeras gritar. No le he gritado a nadie en mi vida, pero ese día… Ya sé que suena duro, pero, en lo que a mí respecta, no tengo padre y, desde luego, no quiero tener nada que ver con Beth.

—No me extraña que pienses así. Yo también lo haría. Y supongo que por eso te pusiste hecho una fiera cuando fui a verte a la clínica aquella vez.

—Te pido disculpas por aquello también. Mencionaste el nombre de mi padre y fue como agitar un avispero.

—Ya, lo entiendo.

Nos quedamos un par de minutos mirando a la oscuridad.

—¿Por qué estaba contigo Beth? —pregunté—. ¿Para darle celos a tu padre?

—Eso parece. Beth le dijo que terminaría conmigo el día que dejara a mi madre. Pero claro, él no podía permitirse dejarla, porque sabía que ella le sacaría hasta el último penique, y con razón. El embarazo inclinó la balanza. Soy hijo único, pero no por elección. Mis padres querían tener más hijos, pero no pudo ser. Mi madre lo aceptó, pero, cuando Beth le ofreció a mi padre lo que siempre quiso, él la eligió a ella.

Me había pasado noches llorando cuando papá me contó que Chloe y James esperaban su primer hijo, pero lo de Josh era un millón de veces peor. Debió de sufrir mucho.

—¿No había ninguna posibilidad de que el bebé fuera…? —Me mordí el labio. ¿Había sido indiscreta?

—No. Las fechas no cuadraban. Tendría que haberlo sabido en cuanto vi la prueba. Hacía tanto tiempo que no… Pero, en ese momento, no caí. Solo pensaba en «hacer lo correcto», como diría mi abuelo. —Me dedicó una sonrisa apesadumbrada—. Seguro que te alegras mucho de haberte sentado conmigo.

—Pues sí. Lo siento mucho, Josh. Un padre debería ser alguien a quien admirar, no alguien que te traiciona de esa manera.

Chasqueó los dedos y me señaló.

—Lo cual me recuerda… Tu padre. Dijiste que iba a ayudarte con el centro, pero, si busca trabajo por la zona, nos sigue faltando un veterinario. Y si es tan bueno como dices, quizá hasta me plantee montar una cooperativa más adelante.

—¡Dios mío! ¿Lo dices en serio?

Se sacó la cartera de sus vaqueros y me tendió una tarjeta.

—Ahí está mi correo electrónico. Que me mande su currículum y vemos qué pasa. Sin garantías, ¿eh?

—Claro, lo entiendo. Gracias. —Me guardé la tarjeta en el bolso. Papá se alegraría mucho. Podría seguir echándome una mano con el Proyecto Púas, pero sabía que a la larga no sería suficiente para él. Además, necesitaba volver a ganarse la vida de alguna manera.

—¿Y tú qué? —preguntó Josh, y se acomodó hasta quedar de cara a mí—. ¿Alguna historia de traición que compartir?

—Ninguna que esté a la altura de la tuya.

Miró el reloj.

—Aún quedan veinte minutos para que llegue tu taxi, y se me da bien escuchar. —Sus ojos volvían a brillar, y esas condenadas mariposas cobraron vida de nuevo.

—Vale, aquí va. ¿Recuerdas que te conté que le salvé la vida a Thomas cuando me perdí de camino a la boda de mi prima? Pues la persona con la que se casaba era mi exnovio, y acabo de descubrir que se liaron (y no me refiero a unos simples besos) mientras yo aún estaba con él…



Media hora después, me acomodé en el taxi, con los dedos entrelazados con los de Josh y el corazón desbocado.

—A North Emmerby, por favor, Trev —indicó Josh al conductor, y aquellas mariposas alzaron el vuelo y empezaron a hacer acrobacias. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estábamos haciendo?

CAPÍTULO 56



Era obvio que Trev era uno de los clientes de Josh. Mientras ellos hablaban de los perros de Trev, yo era incapaz de concentrarme en lo que decían, ya que Josh no dejaba de acariciarme la muñeca con el pulgar. Ese simple gesto enviaba descargas eléctricas que subían y bajaban por mi brazo y me recorrían todo el cuerpo. «¡Dios mío! ¿Está pasando de verdad? Yo no hago este tipo de cosas». Nunca había tenido una aventura de una noche y no me hacía ilusiones de que esto fuera algo más que eso. Josh no estaba preparado para una relación después de todo lo que había pasado.

Le lancé una mirada de soslayo y me guiñó un ojo, lo que me dejó hecha papilla.

Tras contarle mi triste historia, me miró con tanta compasión que las lágrimas que había logrado contener durante toda la noche acabaron rompiendo la presa.

—No llores —susurró.

Me las sequé con la mano.

—Me había prometido que no lo haría, pero he estado al borde del llanto durante toda la fiesta.

Más lágrimas resbalaron por mis mejillas.

—No valen la pena. Ninguno de ellos.

—Lo sé. Y creí que ya lo había superado del todo, pero volver aquí me ha matado. Sé que no es justo porque el hotel es precioso, pero odio este lugar.

—Yo también.

—Pero tú trabajabas aquí.

—Lo sé. Y tengo un descuento de por vida como exempleado, así que adivina adónde traje a Beth la primera vez que… ya sabes. Y adivina con quién solía venir ella para correrse sus juergas.

—Supongo que se corría en más de un sentido —solté, y luego me tapé la boca—. ¿Demasiado?

Los hombros de Josh temblaron y estalló en una carcajada que se prolongó durante varios segundos. Contagiada por su risa, terminé riéndome con él.

—Eso ha sido asqueroso —replicó cuando por fin recuperó el aliento—. Pero hacía meses que no me reía así.

—Yo igual. Desde que… —Y mi risa se transformó de nuevo en lágrimas—. Lo siento. No debería haber bebido esta noche. Me ha vuelto demasiado sensible.

—Y a mí me ha vuelto melancólico, pero me has hecho reír de verdad, y eso es un gran avance.

—¿Sabes lo que creo que deberíamos hacer? —Me levanté y le tendí la mano—. Deberíamos largarnos de aquí.

Me agarró la mano y se puso de pie, y luego me tomó la otra. Nuestras miradas se encontraron. El corazón me retumbaba en el pecho y contuve el aliento un instante.

—¿Juntos? —susurró.

—Podría ser justo lo que necesitamos para seguir adelante.

Y así fue como terminamos en la parte trasera de un taxi, rumbo a la casa de Josh, con mi cabeza tan acelerada como mi corazón.



De pie en el sendero, mientras Josh le pasaba un par de billetes a Trev por la ventanilla abierta y le decía que se quedara con el cambio, tenía la sensación de que estaba soñando y que en cualquier momento me despertaría en mi cama, en Brook Cottage. Me negué a girarme cuando Trev se detuvo frente a la casa de Hannah y Toby; no quería ni imaginar lo que Hannah pensaría si me viera. Por suerte, habían ido a pasar el fin de semana fuera, así que

no presenciarían mi paseo de la vergüenza por la mañana. Me mordí el labio. ¿Sería por la mañana? ¿O Josh pediría un taxi y me mandaría de vuelta a casa en cuanto finiquitáramos el asunto? No tenía ni idea de cómo funcionaban estas cosas.

Cuando el taxi se alejó, Josh me tomó de la mano. En silencio, caminamos hacia Wisteria Cottage. Lo miré de reojo y el corazón empezó a latirme tan deprisa que temí que se me saliera del pecho.

La luz tenue de una farola, a unas cuantas casas de distancia, proyectaba sombras sobre sus pómulos, lo que le daba un aire misterioso y terriblemente atractivo. Mi cabeza me gritaba: «¡Sal corriendo! Tú no eres así. No haces estas cosas». Pero mi corazón y mi cuerpo no estaban de acuerdo. Jamás había deseado a Harry ni a James como deseaba a Josh en ese momento. Cada nervio de mi cuerpo ardía en llamas. Pensé en Chloe y James en la fiesta del abuelo. Me había preguntado cómo sería sentirse tan atraído por alguien que tuvieras que poseerlo ahí mismo, en el acto… Ahora lo sabía.

Josh sacó la llave del bolsillo y abrió la puerta. La empujó unos centímetros y, a continuación, se detuvo y se volvió hacia mí.

—¿Estás segura? —susurró, y tomó mi rostro entre sus manos.

—Más segura que nunca.

Cuando nuestros labios se encontraron, cualquier duda que pudiera haber tenido desapareció al instante. Aquel beso fue todo lo que había imaginado y mucho más: suave, tierno, lleno de deseo y promesas.

Se terminó demasiado pronto. Se apartó y temí que dijera las fatídicas palabras: «Lo siento, pero no puedo hacerlo». En lugar de eso, murmuró:

—Será mejor que entremos.

Me quité los zapatos y dejé caer el bolso en cuanto entré en el salón. Josh cerró la puerta con llave y volvió a mi lado al instante para besarme los labios, las orejas y el cuello. Le acaricié el pelo y la espalda, y luego le quité la camisa por encima de la cabeza sin desabrocharla siquiera. Esparcí besos por su pecho y su estómago y,

a continuación, subí hasta su cuello. Su respiración agitada hacía que lo deseara aún más.

—Vamos arriba. —Me cogió de la mano y me condujo hacia su habitación.

Encendió la lamparita y me abrazó de nuevo. Me quitó la chaqueta y me soltó el pelo, que me cayó sobre los hombros. Tras acariciarlo con los dedos, se separó y dio un paso atrás durante unos segundos, como si me estuviera devorando con la mirada.

—Eres preciosa —murmuró, con la mirada clavada en mi rostro.

El corazón me dio un vuelco. Nadie me había dicho algo así nunca, pero su voz y su mirada irradiaban tanta sinceridad que supe que lo sentía de verdad.

—Nadie me lo había dicho nunca —confesé entre susurros.

Abrió los ojos como platos.

—Entonces, no te merecían.

Me besó con tanta ternura que las lágrimas volvieron a rodar por mis mejillas. Se me derritió el corazón cuando las secó con sus besos.

—Y ella fue una idiota por dejarte marchar —afirmé mientras le acariciaba el pecho con suavidad.

—No valen la pena —convino—. Ninguno de ellos.

—Lo sé.

Mientras me desabrochaba el vestido, sentí una punzada de pánico al pensar en mi ropa interior. ¿Acaso combinaba? Pero estaba claro que Josh la aprobaba, porque se le aceleró la respiración y sus besos se intensificaron.

Me recostó en la cama, se quitó los vaqueros y se unió a mí, besándome, acariciándome, provocándome y haciéndome sentir como la mujer más hermosa y deseada del mundo.

Por primera vez en mi vida, experimenté lo que era hacer el amor. Puede que Josh y yo no estuviéramos enamorados, pero éramos dos almas atormentadas, como Lauren nos había llamado, unidas por el deseo, la pasión y la necesidad de fusionarse. Con Harry y James me lo había pasado bien, pero nunca hubo fuegos

artificiales. Ninguno de los dos me había amado. ¿Sería por eso que nunca sentí esa chispa? Pero Josh tampoco me quería y la sensación fue muy diferente, tan maravillosa, tan perfecta.

Cuando terminamos, me acurrucó a su lado bajo el edredón. Me acarició la espalda y me besó la coronilla de vez en cuando, pero ninguno de los dos habló. Me sentí… busqué la palabra adecuada… segura. Sí, me sentía segura con él, como si nunca fuera a hacerme daño a propósito. Y en ese momento supe que, de alguna manera, me había enamorado de Josh Alderson. Apenas lo conocía, pero ya había visto su alma y él, la mía, y juntos habíamos dado los primeros pasos hacia la sanación.

Para ser sincera, ya me había conquistado cuando me dijo: «Bueno, cuéntame lo de los erizos…»

CAPÍTULO 57



Algo me deslumbraba. Intenté abrir los ojos, pero la luz era demasiado intensa. Me di la vuelta y contemplé el desconocido dormitorio. ¿Dónde estaba? Luego sonreí. En casa de Josh. Anoche no bajamos las persianas (estábamos un pelín distraídos) y la luz del día inundaba la habitación.

Me giré para huir de la claridad y me quedé un rato tumbada, rememorando la noche anterior. Menuda noche.

Unos diez minutos después, me dirigí hacia la puerta al no ver señales de Josh y asomé la cabeza. La del baño estaba completamente abierta, así que era evidente que no estaba allí. Agucé el oído por si escuchaba ruidos abajo, pero había un silencio absoluto. Aunque estaba casi segura de que estaba sola, cogí una toalla del baño, me envolví en ella y bajé las escaleras.

—¿Josh?

Nada.

Mis manoletinas estaban colocadas cuidadosamente junto a la puerta y busqué el bolso con la mirada. Estaba sobre la mesa del comedor, y había una nota junto a él.

Sam:
Lo siento mucho, pero tuve que salir pitando. ¡Emergencia vacuna!
Gracias por lo de anoche. Era justo lo que necesitaba. ¿Quién es Beth?
Puede que tarde horas en volver, así que no hace falta que te quedes. Te dejo 20 £ por si no llevas efectivo para el taxi.
No te olvides de darle mi tarjeta a tu padre.
Josh

Al final de la nota, había garabateado los teléfonos de varias compañías de taxis. Se me encogió el estómago y arrugué la nota con la mano. «Bien. Será mejor que me vaya». Respiré hondo. No pasaba nada. Siempre supe que sería solo una noche, y eso era todo lo que yo quería… Al principio. Ten cuidado con lo que deseas, ¿eh?

Cuando cogí el bolso, rocé el billete de veinte con los dedos e hice una mueca. Sabía que no significaba nada y que era un simple gesto de amabilidad de Josh, pero aun así me hizo sentir sucia, como si fuera un pago por los servicios prestados.

La primera compañía de taxis de la lista era la misma que usamos anoche y no quería arriesgarme a encontrarme de nuevo con Trev, así que llamé a la segunda y pedí que me recogieran en diez minutos. De vuelta en el piso de arriba, fui al baño y suspiré al coger el vestido de Gwendoline. Aquí venía el paseo (o viaje en taxi) de la vergüenza. Seguro que Josh tenía unos pantalones de chándal y una sudadera que pudiera prestarme. Podría dejárselos en la clínica para no tener que volver a verlo, ya que, a juzgar por el tono de la nota, parecía que era lo que quería.

Había una cómoda junto a un armario de pino, la cual me pareció un buen sitio por donde empezar a rebuscar. Abrí el primer cajón, pero solo había calcetines y calzoncillos. En el segundo, todo eran camisetas, pero acerté con el tercero. Saqué una sudadera azul marino y me la puse por encima del sujetador. Luego abrí el cuarto, donde encontré unos pantalones de chándal grises. Los levanté y, de pronto, me quedé inmóvil. Debajo había un par de marcos de fotos en los que aparecían un Josh sonriente y una mujer rubia excepcionalmente guapa. Tenía los ojos de color azul claro y la melena rubia, lo que evidenciaba sus raíces escandinavas, como Chloe. ¿Así que ese era su tipo? No tenía nada que ver conmigo. «No seas tonta. No todo el mundo tiene un tipo en concreto y, aunque lo tengan, a veces eligen a alguien completamente diferente. Tú te enamoraste de James, que era rubio, pero prefieres el pelo oscuro. Como el de Josh». Negué con la cabeza mientras contemplaba la foto, con el estómago revuelto. «Josh te dijo que

eras preciosa, y sabes que lo decía en serio. Ignora la foto. Ignora lo que dijo la tía-abuela Agnes. Ignora a mamá».

Debería haber cerrado el cajón y haber salido por patas, pero, tonta de mí, aparté los marcos. Había más fotos sueltas de ambos y una cajita con un exquisito anillo de compromiso de platino y diamantes.

Con un suspiro, volví a guardar los pantalones en el cajón y lo cerré. Me quité la sudadera, me puse el vestido y me volví a poner la sudadera encima. Era lo bastante larga como para quitarle volumen a la falda, así que bastaría con eso.

Dos minutos después, en el taxi de camino a Brook Cottage, visualicé la expresión de Josh al mirar a Beth en aquellas fotos, así como el anillo de compromiso. No iba a superar un amor así de la noche a la mañana, y yo no debería haberme permitido pensar lo contrario.



Rich subía las escaleras tras su turno de noche cuando abrí la puerta de Brook Cottage.

—Vaya, vaya, vaya —dijo, con la mirada clavada en el vestido y el bolso de mano—. ¿Quién ha sido el afortunado?

—Nadie. —Y me derrumbé de nuevo. ¿Qué me ocurría?

—Eh. —Corrió hacia mí y me llevó al sofá—. ¿Qué ha pasado?

Las palabras salieron a borbotones y entre sollozos mientras le tendía la nota arrugada.

—Muy a lo *Pretty Woman* —señaló, y luego se dio un golpe en la muñeca—. Ha sido una broma de mal gusto, perdón. ¿Sabes lo que creo?

—¿Que soy tonta por dejar que otro hombre me haga daño?

—Creo que garabateó la nota a toda prisa para ir a atender su… ¿cómo era?… emergencia vacuna. Sinceramente, no creo que debas sacar conclusiones precipitadas. Da gracias de que te dejara una nota siquiera. Y sé que lo he dicho en broma, pero lo del dinero fue

todo un detalle. —Bostezó—. Necesito dormir un poco. ¿Estarás bien?

Asentí con la cabeza.

—Estoy demasiado sensible. No sé qué me pasa últimamente.

—Piensa en todo el revuelo emocional por el que has pasado desde que te conozco. Creo que te está pasando factura. Era inevitable.

—Puede.

—Yo no tengo ninguna duda. —Me dedicó una sonrisa suave—. Te veo luego.

Rich se fue a dormir y yo me tumbé en el sofá, dándole vueltas a lo que había dicho. Puede que tuviera razón. La vida había sido un torbellino desde que Thomas falleció, y no había tenido tiempo de llorar su muerte como es debido por la sorpresa de la herencia.

Volví a leer la nota.

Gracias por lo de anoche. Era justo lo que necesitaba. ¿Quién es Beth?

¿Qué quería decir esa última parte? ¿Que le ayudé a olvidarla, un pensamiento que me aceleró el corazón, o que la había sustituido? Me levanté del sofá y subí al baño a ducharme. Podía volverme loca sobreanalizando cada palabra, pero Rich tenía razón: la había garabateado con prisas. E incluso si quería decir que había sido justo lo que necesitaba para una sola noche, eso era lo que esperaba desde el principio. Él nunca me prometió nada más. No era culpa suya que yo bajara la guardia y lo dejara entrar. Había sido una aventura de una noche para superar a nuestras exparejas. Los dos lo sabíamos. Tenía que superarlo y volver al mundo real. En cuanto me duchara, le enviaría una foto de la tarjeta de visita de Josh a papá, dejaría la sudadera en la clínica y me pasaría la tarde leyendo tranquilamente las cartas de Hedgehog Hollow que aún no había tenido tiempo de mirar. No había nada que pudiera hacer para ayudar a Dave y a los chicos con el Proyecto Púas y llevaba al día las correcciones del colegio, así que iba a aprovechar para relajarme.

CAPÍTULO 58



—¿Qué haces? —preguntó Rich cuando bajó a media tarde. Yo estaba sentada en el suelo, apoyada contra el sofá, rodeada de montones de cartas por todas partes.

—Leyendo las cartas que encontré en la granja el otro día. —Levanté la que tenía entre las manos.

Rich se sentó en el sillón.

—¿Cartas de amor?

—Este montón, sí. —Señalé un fajo a mi izquierda—. Son todas de Thomas a Gwendoline, pero no las he leído. Me sentiría como una entrometida. Pero todas estas… —Apunté hacia los otros montones—. Estas son diferentes. Y algunas se remontan a hace cincuenta años.

Cogió una de las hojas desplegadas más cercanas a sus pies y empezó a leer.

—«Querida Gwendoline: ¿Quién te crees que eres para ignorar mis cartas? No eres, ni ahora ni nunca, mejor que los demás…» —Abrió los ojos de par en par—. Alguien tiene complejo de inferioridad. ¿Son todas así?

Asentí con la cabeza.

—Por lo que he podido entender, Gwendoline era la menor de cinco hermanos. Fue la única que destacó en los estudios y lo demás se lo reprochaban. Thomas provenía de una familia adinerada y también lo despreciaban por eso. Ambos recibieron insultos de todo tipo. Luego parece que cambiaron de actitud cuando ella se casó. Alguien debió de hacer las paces con ella y, a partir de ese

momento, empezaron las peticiones de dinero. Al principio, parece que ella accedió, pero cuando las cantidades fueron mayores, dejó de hacerlo y volvieron a darle la espalda.

—Qué familia tan encantadora.

—Ni te imaginas las cosas que le decían, Rich. Y vaya lenguaje utilizaban. Recuerdo que Thomas mencionó algo sobre que su familia se aprovechaba de ella, pero nunca imaginé que fueran tan crueles.

—Te dejo a lo tuyo. ¿Quieres un café?

—Ya tengo, gracias.

Mientras Rich trajinaba en la cocina, terminé de leer las últimas cartas sin dejar de chasquear la lengua y negar con la cabeza. Eran unas personas realmente horribles. Los padres de Gwendoline habían muerto antes que ella, igual que su hermano mayor. Por lo que pude deducir, los otros hermanos habían ido falleciendo con los años, pero sus hijos habían tomado el relevo con los mensajes de odio. Siempre era lo mismo: insultos y exigencias de dinero. ¿Qué les hacía pensar que eso funcionaría?

Se me rompía el corazón al imaginar a aquella pareja tan maravillosa recibiendo semejantes palabras crueles cada pocos meses y que, tras la muerte de Gwendoline, esa gente siguiera acosando a Thomas. En los últimos años, las cartas se habían reducido a una al año, normalmente en octubre, en la que hacían alusiones a lo caro que era celebrar la Navidad. «Pues búscate un trabajo», murmuré varias veces. Thomas no les debía nada. Nunca les había debido nada mientras vivía con Gwendoline y, tras su muerte, ni siquiera tenía relación con esa familia. Aun así, el acoso no cesó.

Ahora que ambos descansaban, si llegaba otra carta en octubre para pedir dinero, le pediría al señor Jeffreys que les mandara una notificación oficial para informarles de que Thomas había fallecido y que su herencia se había destinado a los erizos. ¡Ya me imaginaba su cara cuando la leyeran!

Mi padre me llamó poco después de que hubiera recogido las cartas para darme las gracias por pasarle el correo de Josh. Sin embargo, quiso asegurarse de que realmente no me importaba que se pusiera en contacto con él, ya que, si todo salía bien, eso echaría por tierra nuestros planes de que me ayudara a fundar Hedgehog Hollow.

—No digas tonterías —le aseguré mientras intentaba ignorar el latido acelerado de mi corazón al oír el nombre de Josh—. Claro que debes ponerte en contacto. Aún podrás ayudarme a ponerlo en marcha y, con suerte, Josh te dejará tratar a los erizos a precio de coste, así que me harías un gran favor si trabajaras allí.

A las nueve y media de la noche, ya no podía mantener los ojos abiertos. Josh no me había llamado ni me había escrito, aunque tampoco lo esperaba. Hasta que no me acurruqué bajo el edredón, no me di cuenta de que no habría podido hacerlo aunque quisiera, ya que no habíamos intercambiado nuestros teléfonos. Saber que no me estaba ignorando resultó reconfortante, y al final me dormí con una sonrisa.

CAPÍTULO 59



El lunes, recibí un mensaje de voz de mi padre a la hora de comer: «Hola, Sammie. Quería que fueras la primera en enterarte de la noticia. Me he reunido con Josh esta mañana y me ha ofrecido un trabajo. Iré el jueves y el viernes de esta semana para conocer al equipo y las instalaciones, así como para formarme sobre el sistema, y el lunes ya empezaré a ver pacientes. Muchas gracias por hablarle de mí. Ah, y Josh me ha dicho que había perdido tu número, así que se lo he dado. Espero haber hecho bien. Supuse que lo conocías bien».

«¡Demasiado bien, papá!» Se me aceleró el corazón. Oh, no. El domingo había estado perfectamente sin contacto alguno, tras darme cuenta el sábado por la noche de que no tenía manera de localizarme y de descubrir que no tenía redes sociales. Pero ahora…

Llamé a papá para felicitarlo, pero saltó el buzón de voz, así que le envié un mensaje.

Para papá:
Acabo de escuchar tu mensaje. ¡Qué maravillosa noticia! Me alegro muchísimo por ti. Llámame esta noche y me cuentas los detalles. Besos

No había visto a Lauren en todo el día, pero la localicé en el aparcamiento al final de la jornada, mientras guardaba algo en el maletero.

—¿Qué tal estuviste el sábado? —pregunté cuando me acerqué a ella.

—Para el arrastre, y ayer tampoco estuve muy fina —respondió —. Te pido disculpas por cualquier cosa que haya dicho sobre ti y Josh. Connie me sermoneó varias veces durante el fin de semana, así que supongo que solté perlas muy gordas.

—No te preocupes. Josh y yo estamos bien, y encima le ha ofrecido trabajo a mi padre, así que ahora mismo está en lo más alto de mi lista de felicitaciones navideñas.

Lauren frunció el ceño y comprendí que nunca le había mencionado que mi padre era veterinario, lo que explicaba por qué yo tampoco sabía que su sobrino «dañado» también lo era. Le expliqué rápidamente la situación de su clínica y su inminente divorcio.

—Me preocupa que tenga que desplazarse hasta aquí cada día —añadí—. Esperaba que pudiera mudarse conmigo a la granja, pero aún no está lista y Brook Cottage es demasiado pequeña.

—¿Sabe cocinar? —preguntó.

—Sí, bastante bien.

—En ese caso, puede quedarse en mi casa. Tengo dos habitaciones libres y detesto cocinar, así que puede quedarse gratis a cambio de unas cuantas comidas decentes a la semana.

—¿De verdad? Es mucho pedir.

—Será genial tener compañía. Y puedes asegurarle que no intentaré nada raro. Como te dije, estoy harta de los hombres, así que no tiene por qué temer por su recién estrenada soltería.

—Gracias. Hablaré con él esta noche a ver qué le parece.

Miró el reloj.

—Perfecto. Tengo que irme pitando. Nos vemos mañana.

Me quedé unos minutos sentada en el coche, mirando el móvil con la esperanza de que sonara. Pero, por supuesto, no lo hizo. ¿Por qué iba a hacerlo? Josh seguramente seguía trabajando. Pero me llamaría pronto, ¿verdad? Si no, ¿para qué le había pedido mi número a mi padre?

CAPÍTULO 60



Llegó la tarde del miércoles y Josh seguía sin llamar. Detestaba haberme convertido en una de esas mujeres. Nunca había sido de las que se quedan mirando el móvil con la esperanza de que un hombre la llame o le mande un mensaje, pero me sorprendió verme anhelando escuchar su voz y, más aún, sentir su contacto. ¡Uf!

—Casi se me olvida contártelo —dijo Dave mientras devoraba un salteado—. Esta tarde se han pasado un par de tipos por la granja haciendo preguntas.

—¿Del ayuntamiento?

—No. No eran funcionarios. Dijeron que eran parientes de Thomas.

Se me aceleró el pulso e intercambié una mirada con Rich.

—¿Qué querían? —preguntó él.

—Querían saber qué había pasado con Thomas y quién era ahora el propietario de la granja.

—¿Y qué les dijiste? —inquirí.

Dave dejó el tenedor y nos miró a Rich y a mí alternativamente.

—¿Qué me he perdido?

Lo puse al corriente sobre las cartas de odio procedentes de la familia de Gwendoline.

—Mierda —exclamó Dave—. Fue Pete quien habló con ellos. Dijo que no les dio detalles, pero le parecieron tipos decentes.

—Si vuelven, aseguraos de que nadie les diga nada. Llamaré al señor Jeffreys por la mañana.

Pegué un bote cuando me sonó el móvil. ¿Josh? Pero era papá. Había hablado con él el lunes por la noche para que me contara cómo le había ido en su primer día y para comentarle la oferta de Lauren, pero me daba mucha vergüenza preguntarle por qué Josh le había pedido mi número.

—Hola, papá.

—Hola, tesoro. He estado en casa de Lauren. Me cae bien y la habitación es fantástica, así que me mudo el sábado.

—¡Vaya! Qué rapidez.

Suspiró.

—No tiene sentido alargarlo. —Su voz irradiaba tristeza. Odiaba ver cuánto le dolía todo aquello.

—Estás haciendo lo correcto, papá —lo tranquilicé.

—Lo sé. Parece que ha tardado una eternidad en llegar este momento, y ahora todo está pasando tan deprisa… Es mucho que asimilar. En fin, tu madre y yo hemos aceptado una oferta por la casa. Es una familia y quieren mudarse durante las vacaciones de Semana Santa, así que será una compraventa rápida. La casa de tu madre no estará lista todavía, pero se quedará con Louise, así que puedo empezar mi nueva vida en los Wolds de inmediato.

—¿Y cómo está mamá?

—Parece otra. El otro día incluso se rió de algo que dije, en lugar de gruñirme. —Podía oír la sonrisa en su voz—. Deberíamos haberlo hecho hace años.

—Nunca habría vuelto a casa si hubiera sabido que iba a causarte tantos problemas.

—Ni se te ocurra culparte, Sammie. Esto venía de mucho antes de eso, pero no quería aceptar que se había acabado. En fin, tengo que irme, que he quedado con tu tío Simon, pero ¿te va bien cenar juntos mañana para celebrarlo?

—Me va perfecto.

—Te recojo a las siete. Evita los vaqueros, si puede ser. Esta vez no vamos a tu bar de siempre.

—¿Quieres que me ponga un vestido?

—¿Tienes alguno?

—Lo creas o no, tengo varios. Eran de Gwendoline.

—Pues ponte uno de esos, si te sientes cómoda.

Cuando colgamos, subí a mi habitación y miré los vestidos. Al rozar la tela del que había llevado el viernes, una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo. Me había sentido muy cómoda con él… pero aún más cuando me lo quité con Josh. «¡Basta! No te ha llamado ni lo hará en un futuro. Fue una noche y nada más».

Tenía asuntos más importantes de los que preocuparme. Si los odiosos y codiciosos parientes de Gwendoline habían estado en la granja, seguramente se habrían enterado de que Thomas había muerto. Después de leer sus cartas, no me cabía duda de que impugnarían el testamento. Lo último que necesitaba ahora mismo era una batalla legal, pero nada ni nadie iba a impedirme abrir ese centro de rescate.

CAPÍTULO 61



A la mañana siguiente, llamé al señor Jeffreys durante el descanso, y me aseguró que no tenía nada de qué preocuparme. Me dijo que no podía entrar en detalles, pero que tenía documentación legal en la que la familia de Gwendoline quedaba desheredada.

Aunque me tranquilizaba saber que nadie podría impedirme cumplir el legado de Thomas y Gwendoline, me horrorizaba pensar que se hubieran visto obligados a desheredar legalmente a su propia familia. Entre mi madre y yo nunca había habido amor, pero aquello era de otro nivel.

Dejé las cartas en el despacho del señor Jeffreys de camino a casa. Tenía mil reuniones, pero me atendió un momento y volvió a repetirme que no me preocupara por nada. Aun así, la ansiedad no desapareció. ¿Por qué nada me salía bien a la primera?



—Ay, mi niña ya se ha hecho mayor —gimió papá cuando le abrí la puerta aquella noche—. Ese vestido es precioso.

—¿No es demasiado? —Había escogido otro de los vestidos *vintage* de Gwendoline, esta vez de un rojo intenso. Era un vestido de los años cincuenta sin mangas, pero tenía una blusa de tul por encima del corpiño para suavizar el efecto. Me lo había probado la noche anterior para Rich y Dave, y me habían colmado de piropos, aunque insistieron en que debía llevar tacones. Hannah me prestó un par.

—Es perfecto —me aseguró papá con una sonrisa mientras daba una vuelta sobre mí misma.

—Mírate. Estás muy elegante con ese traje —lo elogié al tiempo que le alisaba la corbata—. ¿Qué tal va el trabajo?

—De maravilla. Te lo cuento en el coche.



Veinte minutos después, aparcamos en el restaurante The Silver Birch, en un pueblecito por el que pasaba de camino al trabajo. Lauren me lo había recomendado varias veces, aunque decía que era un sitio para ocasiones especiales porque el menú era caro.

Nada más cruzar la puerta, nos envolvió un murmullo animado de conversaciones. Para ser jueves, estaba bastante lleno. Me encantó la decoración: suelo de madera, paredes en tonos suaves de gris, verde y malva, y mesas y sillas desparejadas con un estilo elegante y desenfadado.

—Hay mucha gente —comenté—. Menos mal que reservaste.

—Tengo que ir un momento al baño —dijo papá—. ¿Por qué no vas pasando al comedor? La reserva está a mi nombre. Puedes ir sentándote.

El comedor estaba decorado con la misma gama de colores que el bar, pero la iluminación era más tenue.

—Por aquí, por favor —me indicó la camarera con una sonrisa en los labios.

La seguí por el comedor hasta que llegamos a una mesa situada en un pequeño rincón. Sin embargo, ya había alguien sentado allí. Me dio un vuelco el corazón.

—¡Sam! —exclamó mientras se ponía en pie—. Guau. Estás increíble.

—¡Josh! ¿Qué haces aquí?

Se echó a reír.

—Acabo de tener un *déjà vu*. ¿No tuvimos esta conversación el viernes por la noche?

—Sí, pero… No entiendo nada. No pareces sorprendido de verme.

—No lo estoy. Te esperaba.

—Solo hay dos sillas. Mi padre…

—Va a cenar con mi tía Lauren al pueblo de al lado. Esta noche solo estamos nosotros dos, si te parece bien.

Abrí la boca para hablar, pero no conseguí pronunciar ni una palabra. ¿Qué estaba pasando? ¿Sabía mi padre lo del viernes? ¿Era esto una cita?

—Te invitaría a sentarte, pero primero quiero hacer una cosa.

—¿El qué?

—Esto.

Me tomó la cara entre las manos y me besó con suavidad. Si ya me costaba mantener el equilibrio con los tacones prestados, aquel beso casi hizo que me desplomara.

—Llevo toda la semana soñando con hacer eso —confesó, y me apartó la silla.

Agradecida, me dejé caer en ella antes de acabar en el suelo.

—Yo también he soñado con que lo hicieras, pero…

Josh se sentó frente a mí.

—Pero pensabas que no estaba interesado porque no te he llamado —terminó por mí. Luego me tomó la mano, y las mariposas volvieron a revolotear en mi estómago—. Quería hacerlo. Cogí el teléfono mil veces.

—¿Y qué te detuvo?

—No paraba de darle demasiadas vueltas a todo. Lo siento. Creía que tardaría mucho en volver a confiar en alguien, pero, de repente, apareciste tú: una mujer preciosa y apasionada que salva la vida de un desconocido y crea un centro de rescate de erizos en su honor. ¿Sabes lo increíble que es eso? No sabía si era lo bastante bueno para ti ni si me veías de esa manera.

—¿Cómo puedes pensar que no eres lo bastante bueno para mí?

—No lo fui para Beth.

Le apreté la mano y le dediqué una sonrisa dulce.

—Y yo no lo fui para James. Pero ellos tampoco fueron lo bastante buenos para nosotros.

Me acarició la muñeca con la yema de los dedos y una corriente eléctrica me recorrió el cuerpo.

—Creía que solo querías una aventura de una noche —admití—. Esa nota que dejaste… —Hice una mueca—. Pensé que era una despedida.

Josh gimió.

—Lo siento muchísimo. No podía irme sin dejarte nada, pero no sabía qué escribir. ¿Y si te pedía una cita y no querías? ¿Y si te despertabas y te arrepentías de lo que habíamos hecho?

—No me arrepiento de nada. Lo único que me preocupó fue la nota.

—¿Me creerías si te dijera que esa era la mejor opción de varias versiones horribles?

—¿Escribiste más de una?

—Escribí… Bueno, de hecho, creo que siguen en el bolsillo del abrigo. Espera… —Desapareció un momento y regresó con varios papeles arrugados—. Intentos fallidos. Me parecían demasiado intensos.

Cogí el primero y lo alisé:

Querida Samantha:
Lo de anoche fue increíble. No esperaba…

El segundo estaba tachado, pero aún se podía leer:

Hola:
Ojalá siguiera tumbado a tu lado ahora mismo, pero me han llamado para una emergencia. Estabas tan guapa que no me atreví a…

Había otros dos intentos, ambos en la misma línea.

—Oh, Josh…

—Luego me arrepentí de haber dejado el dinero. Pensé que podrías pensar que estaba intentando pagarte por… —Bajó la cabeza

y la movió con pesar.

—Se me pasó por la cabeza, pero mi amigo Rich me dijo que no le diera importancia y que me considerara afortunada de que hubieras dejado algo, sobre todo cuando tenías una emergencia.

—Habrías vuelto a echarme la bronca —comentó él—. Tardé tanto en escribirte algo decente que tuve que volver a ir a ciento cincuenta por hora.

Fingí escandalizarme.

—Pues muy mal. ¿Salvaste a las vacas, al menos?

Sonrió y asintió.

—Me alegra poder decir que el desastre se evitó.

—Me alegro —contesté—. Por las vacas, quiero decir.

—Sí, por ellas —añadió con una sonrisa—. Porque mis notas y mi incapacidad de actuar fueron un desastre total. Lo siento, Sam. Debería haberte llamado, pero quería estar seguro. En realidad, lo estaba. Lo supe en el momento en que nos besamos. Pero temía que lo nuestro solo fuera por la emoción del momento, el primer rollo que tenía desde Beth. Luego dejé de preocuparme por que me hicieran daño y empecé a preocuparme por hacerte daño a ti. Pero no podía dejar de pensar en ti y deseaba que tú también pensaras en mí.

—Lo hacía. A todas horas. ¿Y a qué viene todo este montaje?

—Decidí lanzarme, pero descubrí que tu padre tenía planes contigo. Le confesé que me gustabas mucho y que temía haberlo estropeado por no ponerme en contacto contigo, así que le pedí que te hablara de mí, pero me propuso algo mejor: que le sustituyera. Creo que es un viejo romántico.

—Lo es. Por desgracia, mi madre nunca lo valoró, pero quizá encuentre a alguien que sí lo haga cuando se establezca aquí.

—¿Como mi tía Lauren?

Solté una carcajada.

—Se lo comería con patatas. Además, insiste en que ha renunciado a los hombres.

—No es tan dura como aparenta. En el fondo, es una romántica empedernida. Simplemente ha tenido mala suerte con el amor. Sin embargo, sigue esperando que, algún día, llegue la persona adecuada y pueda dejar el pasado atrás.

—¿Y tu pasado? ¿Lo has dejado atrás? —pregunté—. ¿Te referías a eso con lo de «¿Quién es Beth?»?

Asintió con la cabeza.

—Esa era la intención, aunque no sé si se entendió. Pero sí, el pasado ha quedado definitivamente atrás. ¿Y el tuyo?

—También.

Josh se inclinó y me besó de nuevo con suavidad.

—¿Y el futuro? —susurró.

—Lo averiguaremos juntos.

—Entonces, habrá que brindar por eso.

Josh hizo un gesto al camarero, que se acercó para tomar nota de nuestras bebidas y la comida.

Charlamos sin parar durante toda la cena y, mientras lo escuchaba hablar con entusiasmo sobre el impacto que había causado mi padre en el equipo en su primer día y de lo contento que estaba de haberlo contratado, sentí que el orgullo me desbordaba.

—Y tengo una gran noticia para ti —añadió Josh cuando nos retiraron los platos—. La clínica apoya una causa benéfica cada año fiscal, y me complace comunicarte que la organización elegida para el próximo año será… redoble de tambores… Hedgehog Hollow.

Me quedé boquiabierta.

—¿Lo dices en serio? ¡Madre mía! ¡Qué noticia tan fantástica!

—La decisión fue unánime después de conocer a tu padre y de que les contara vuestros planes. Sadie, una de nuestras recepcionistas, adora a los erizos y se acordaba de ti, así que fue la más entusiasta en apoyarte.

—Qué mona. Es encantadora.

—Y mucho más eficiente que su predecesora. —Puso los ojos en blanco y me alegró ver que ya podía bromear sobre Beth—. Como nuestro proyecto benéfico del año, pondremos una hucha en

recepción, organizaremos rifas y actividades para recaudar fondos durante todo el año y, al final del ejercicio fiscal, destinaremos un pequeño porcentaje de los beneficios a tu causa.

—Es muy generoso por tu parte. Muchísimas gracias.

—Es un placer. Además, proporcionaremos toda la medicación y mano de obra gratuitas.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Harías todo eso por mí?

—Sí, pero quiero que te quede clara una cosa. Aunque no hubiera pasado nada entre nosotros o lo del viernes se hubiera quedado en una sola noche, lo haría igual. Me odié a mí mismo aquel día que viniste a la clínica. Nunca le había hablado así a nadie, y fue un aviso de que me estaba convirtiendo en un hombre amargado que estaba permitiendo que su pasado le arruinara la vida. Quería arreglar las cosas contigo y enderezar mi vida, por eso fui a la granja. Sin embargo, no salió como esperaba. Pensaba intentarlo una vez más, pero entonces apareciste en la fiesta de mi tía Lauren… Y volví a meter la pata.

—Ya te has redimido con creces. —Me mordí el labio—. Creo que deberíamos pedir la cuenta.

—¿No quieres postre?

—Sí, pero tengo otro tipo de postre en mente.

CAPÍTULO 62



El sábado por la mañana, Dave y un par de sus compañeros estaban trabajando en el granero cuando llegué a Hedgehog Hollow. Les preparé unas bebidas y luego me dirigí hacia la casa.

En cuanto abrí la puerta, un escalofrío me recorrió el cuerpo al ver el sobre manuscrito que yacía en el felpudo. Sin sello. Lo que significaba que habían estado en mi propiedad cuando no había nadie, seguramente para husmear. Al menos no había nada que pudieran robar. ¿O sí?

Cogí la carta y salí corriendo hacia el jardín tras cerrar la puerta de un portazo. Suspiré, aliviada: el banco seguía allí. No quería ponerle una antiestética cadena con candado, pero quizá podría atornillarse al suelo. Era demasiado valioso para perderlo.

No quería leer la carta en aquel banco tan especial y manchar sus hermosos recuerdos con lo que sin duda serían palabras crueles y amenazas, así que volví a entrar en casa y me dirigí a la cocina.

—Acabemos con esto —murmuré, y rasgué el sobre.

A la señorita Wishaw:
Ha habido un gran error. Nuestra tía abuela y nuestro tío abuelo eran los dueños de esta granja y debería haber pasado a nuestra familia cuando murieron. No entendemos por qué crees que es tuya, pero no lo es porque no formas parte de la familia, así que tienes que devolverla.

Queremos darte la oportunidad de hacer lo correcto y devolver lo que nos pertenece sin recurrir a lo legal. Nuestros números de teléfono figuran a continuación. Puedes quedarte con la granja y pagarnos su valor o puedes venderla y pagarnos. Nos da igual. Lo único que nos importa es recibir lo que se nos debe.

Si no nos llamas hoy, volveremos para hablar contigo.
¡NO ES TUYA! ¡LÁRGATE!
Brynn y Cody Grimes

Llamaron a la puerta y, cuando se abrió, alguien gritó un «¡hola!».

—En la cocina, papá —grité.

—Buenos días. Uy… ¿Qué ha pasado?

Le tendí la carta y observé cómo se le iba tensando la mandíbula mientras la leía. Negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—Voy a llamar al señor Jeffreys —comenté—. Debería pillarlo antes de su primera cita.

El señor Jeffreys me pidió que le enviara una foto de la carta por correo electrónico. Me dijo que estaría encantado de llamar a los hermanos Grimes para advertirles que no tenían ningún derecho legal y que, si aparecían esa tarde, estarían invadiendo una propiedad privada y se tomarían las medidas necesarias.

—No tienen pinta de ser de los que hacen caso —añadió—, así que mantente alerta y asegúrate de no quedarte sola esta tarde.

—Gracias. Mi padre está aquí, y los obreros también.

—Justo lo que te faltaba, ¿eh? —dijo papá cuando colgué, y me tendió una taza de té—. Sobre todo ahora que todo te va tan bien.

Sabía perfectamente a qué se refería, y no pude contener la sonrisa.

—Aún no me creo que me dejaras plantada, pero gracias. Josh y yo pasamos una velada estupenda.

—Creo que has dado con el hombre adecuado.

—Todavía es pronto para decirlo. Los dos hemos sufrido mucho, así que nos lo vamos a tomar con calma.

—Me parece sensato. Pero es un buen chico. Mucho mejor para ti que James.

—Coincido.

—Creo que está deseando formar parte del proyecto, pero, igual que yo, entiende que es tu creación, y ninguno de los dos quiere apartarte.

—No creo que fuerais a hacer algo así —respondí—. Pero te lo agradezco.

Nunca he sido de las que necesitan estar al mando ni de las que se imponen como líderes, pero quería tener el control de este proyecto para demostrarle a Thomas que no se había equivocado al elegirme. Necesitaba un equipo que me ayudara, pero debía ser yo quien lo impulsara. Si salía bien, podíamos compartir el mérito. Si no, la responsabilidad sería mía.

—¿No se suponía que ibas a Whitsborough Bay para empaquetar tus cosas? —le pregunté cuando se terminó su té y llevó la taza al fregadero.

—Sí. Solo me he pasado para saludarte y darte las gracias otra vez por conseguirme el trabajo…

—Lo único que hice fue comentarle a Josh que eras veterinario y que habías perdido tu empleo. Fuiste tú quien consiguió el puesto.

—Pero no habría ocurrido sin ti. —Señaló la carta—. Ahora no me fío de dejarte sola.

Me levanté y lo abracé.

—¿Has visto la cantidad de obreros fornidos que hay en el granero? Estaré bien. Vete a casa y haz las maletas. Tu nueva vida te espera.

—¿Seguro? Esta noche saldré con Simon, pero volveré mañana. Avísame si pasa algo.

—Lo haré. No te preocupes por mí.

—Es mi obligación como padre.

Unos minutos después, me despedí de él y me dirigí al granero para pedirle a Dave que advirtiera a los demás que podía haber problemas y que no hablaran con ningún desconocido que apareciera por allí.

El interior del granero estaba casi listo. Dave calculaba que entre hoy y posiblemente el lunes terminarían los últimos retoques. Luego se centrarían por completo en la casa, aunque ya habían empezado los trabajos. Durante las últimas dos semanas, se habían vaciado los dos pisos superiores: se quitaron los baños, se retiraron las

moquetas, se arrancó el papel pintado, se revisó la instalación eléctrica y se enyesaron las paredes. Empezarían con la cocina en cuanto los baños estuvieran listos. Con suerte, papá y yo podríamos mudarnos a finales de abril.

Había fijado el 2 de mayo como fecha oficial para la apertura del centro de rescate, ya que ese día habría sido el cumpleaños de Gwendoline. Caía en sábado, así que la idea era hacer un pequeño acto de inauguración para la prensa, los amigos y la familia y, al día siguiente, celebrar una gran apertura para la comunidad.

El único obstáculo potencial eran Brynn y Cody Grimes. Si empezaban con pleitos legales, todo podría retrasarse. Crucé los dedos para que el señor Jeffreys lograra convencerlos de que se marcharan y aceptaran que su familia había quedado excluida hacía mucho tiempo.

CAPÍTULO 63



Josh y yo fuimos a York al día siguiente, y fue un día maravilloso. Paseamos cogidos de la mano por las murallas del castillo y luego disfrutamos de un almuerzo en un *pub*. No paramos de hablar, reír y besarnos. No me imaginaba que me sentiría tan cómoda tan pronto; parecía que nos conociéramos desde hacía años en lugar de semanas.

Tras deambular por The Shambles y otras callejuelas llenas de tiendas de regalos, condujimos hasta un centro comercial a las afueras, donde compré algunos textiles y accesorios decorativos. Ya había elegido y encargado los muebles.

No tenía sentido llevar las compras a Brook Cottage, así que fuimos directamente a Hedgehog Hollow. Eran casi las cinco y media cuando me adentré en la carretera que llevaba a la granja. Aunque estaba oscuro, todavía no era completamente de noche. Cuando aparqué en el patio, tuve una sensación extraña, como si algo no encajara.

—¿Qué pasa? —preguntó Josh al notar mi respiración entrecortada.

—Espero que nada —respondí, intentando mantener un tono alegre—. Simplemente estoy nerviosa tras recibir aquella carta.

Saqué una linterna del maletero y me dirigí con Josh hacia el granero.

—¡No! —El candado de la puerta estaba en el suelo, y alguien había cortado la cadena. Abrí la puerta de madera y encendí las luces—. ¡Oh, no!

Las jaulas de plástico que había limpiado con tanto esmero tras instalar la nueva manguera estaban hechas añicos. Los fragmentos de plástico estaban esparcidos por el suelo y se mezclaban con los trozos rotos de los platos que iba a usar para la comida y el agua. Parecía que alguien había cogido un mazo y había arrancado grandes trozos del fregadero Belfast. Por suerte, el suministro de agua seguía intacto, así que al menos no teníamos que lamentar una inundación. Habían vertido bolsas de té, café, azúcar y leche por todo el suelo, y habían volcado varias bolsas de comida para gatos, de manera que los distintos olores se entremezclaban en un hedor insoportable. Habían arrancado y destrozado la puerta del frigorífico, y las palabras «NO ES TUYA» y «LÁRGATE» aparecían pintadas con espray en varios de los pilares de madera.

Recorrí el granero con la mirada, incapaz de asimilar lo que veía. No podía llorar, ni gritar, ni moverme.

—Lo siento mucho —susurró Josh, y me abrazó con fuerza. Apoyé la cabeza en su pecho—. Lo limpiaremos y lo arreglaremos. Podemos comprar jaulas nuevas.

—Pero eran todo lo que me quedaba —dije entre sollozos, con la voz cargada de rabia y frustración—. Gwendoline los compró antes de que enfermara. Las jaulas y los platos eran suyos. Eran importantes.

Josh me besó en la frente.

—Aún te queda la granja, y eso era mucho más valioso para los Mickleby que cualquier cosa que esos matones hayan destrozado. Y tienes algo más que nadie podrá quitarte jamás.

—¿El qué?

—Su sueño. Hedgehog Hollow se basa en la fe y la pasión por hacer algo bueno por una especie en posible peligro de extinción. Puede que la familia Grimes crea que ha ganado al destrozar esto, pero nunca ganará porque jamás conseguirá quebrantar tu fuerza. ¿Verdad?

Le rodeé la cintura con los brazos.

—Tienes razón. Gracias. Me alegro de que estés aquí.

—Siempre estaré aquí —susurró.

Mientras me besaba para hacer desaparecer el dolor en medio de aquel destrozado granero, supe que tenía razón, pero no era tan ingenua como para pensar que todo había terminado. Aquello solo era el comienzo. Sin embargo, pasara lo que pasase, no podrían conmigo. No mientras estuviera rodeada de personas que se preocupaban por la granja y por el sueño de los Mickleby. No perderíamos ante ellos.

—Será mejor que llame a la policía —dije mientras sacaba el móvil del bolsillo.

No podía demostrar que hubiesen sido los hermanos Grimes, pero el grafiti reproducía las palabras exactas de su carta. Era obvio que no eran los más listos del mundo y, si habían cometido ese error, esperaba que también se hubieran equivocado al destrozar el granero sin ponerse guantes.

CAPÍTULO 64



Pasó una semana sin más incidentes. La policía vino y les entregué la carta, aunque había visto suficientes series policíacas como para saber que aquello solo era una prueba circunstancial. No había huellas, pero encontraron sangre en un fragmento de una de las jaulas rotas. Por desgracia, no coincidía con nadie en el sistema. Me dijeron que no perdiera la esperanza, pero, sin huellas, sabía que las posibilidades de que pudieran incriminar a los hermanos Grimes eran prácticamente nulas.

Reemplacé las jaulas de plástico y los platos de Gwendoline; las palabras de Josh me dieron fuerzas para no dejar que aquello me derrotara. También encargué un par de contenedores grandes con ruedas para la zona de recepción de Josh: uno para recoger periódicos con los que forrar las jaulas mientras los erizos hibernen o estén en tratamiento, y el otro para donaciones de comida o materiales de limpieza (comida húmeda o seca para gatos, pienso para perros, bolsas de basura, detergente, desinfectante, toallitas antibacterianas y rollos de cocina). Pauline, de Redcliffe Rescue, me había dicho que dependía por completo de las donaciones de los clientes y que debía procurar colocar contenedores en varios puntos. La clínica veterinaria era el lugar lógico por donde empezar, pero, a medida que fuéramos creciendo, estaba segura de que encontraría más establecimientos dispuestos a colaborar. También coloqué un par de contenedores al final de la carretera de la granja para que la gente pudiera dejar sus donaciones sin tener que subir hasta arriba.

Dave y yo revisamos la seguridad y encargamos una puerta nueva con una contraventana adicional. Su equipo instaló luces de seguridad con sensor de movimiento y cámaras de vigilancia en la casa y en el granero.

Debido al trabajo extra que había supuesto el granero, los plazos para terminar la casa iban a ser muy ajustados, así que todos nos pusimos manos a la obra para pintar las dos plantas superiores. El sábado, papá trajo a Lauren en coche, y Hannah y Toby dejaron a Amelia con los padres de él para venir a ayudar. Josh se uniría a nosotros después del trabajo.

—¿Crees que hay algo entre tu padre y Lauren? —preguntó Hannah mientras pintábamos las paredes del dormitorio principal de un suave azul verdoso.

Eché un vistazo al rellano, donde se suponía que papá y Lauren estaban pintando la habitación del fondo. En lugar de eso, estaban en el pasillo, riéndose a carcajadas uno frente al otro y con los rodillos en alto. Sospechaba que Lauren había iniciado la pelea de pintura, porque papá tenía una mancha de pintura de color arena en la cara y Lauren estaba impoluta… por ahora.

—No lo creo, pero quién sabe. Dos personas solteras que viven juntas y con relaciones fallidas a sus espaldas… Puede pasar cualquier cosa.

—¿Te molestaría? —preguntó Hannah.

—¿Papá y Lauren?

—Tu padre y cualquiera. O sea, acaban de separarse.

Negué con la cabeza.

—Conoces a mi madre. Ya sabes cómo es. ¿De verdad crees que su matrimonio iba bien desde… bueno, desde que nací?

—Tienes razón —admitió.

Mojé el rodillo en la pintura y cubrí otro tramo de pared.

—En un mundo ideal, preferiría que mi jefa no saliera con mi padre porque podría volverse incómodo, pero, a fin de cuentas, lo único que quiero es que sea feliz. Y si Lauren lo hace feliz, pues que

así sea. Además, yo salgo con el jefe de mi padre, así que no puedo ser tan hipócrita.

Pintamos en silencio durante varios minutos.

—¿Y cómo vas a compaginar las clases con el refugio? —preguntó Hannah.

Dejé el rodillo en la bandeja y me senté en el suelo con las piernas cruzadas.

—La verdad es que no lo sé. Sería más fácil si pudiera dar clases a tiempo parcial, pero ya lo hablé con Lauren y es imposible. No sería viable. Así que o trabajo a jornada completa o renuncio, y no creo que pueda permitírmelo.

—¿Y la herencia de tu abuelo? Ya no la necesitas para la entrada de una casa. ¿No podrías usarla para tus gastos?

—Pero eso no durará para siempre. —Me encogí de hombros—. Ya veremos cómo va. No tengo ni idea de cuántos erizos llegaré a tener. Puede que solo sea uno o dos y pueda compaginarlo fácilmente con el trabajo… o puede que cientos.

Volví a coger el rodillo y seguí pintando. No sabía de dónde sacaría el tiempo para dar clases y dirigir el centro, pero todo lo demás iba bien. El vandalismo en el granero había sido horrible, pero Josh tenía razón: se podía reparar. La casa empezaba a tomar forma y ya la sentía como mi hogar en lugar del de Thomas. La colaboración con la clínica veterinaria de Josh era emocionante y prometía buenos resultados económicos, y mi relación con Josh era tan inesperada como apasionante. Papá estaba más feliz que nunca y, tanto si lo suyo con Lauren acababa siendo una amistad, un romance pasajero o una relación duradera, a los dos les vendría muy bien.

Sin embargo, pensar en papá me hizo pensar en mi familia de Whitsborough Bay. No había vuelto desde que Chloe regresó del hospital con Samuel. Aunque me moría de ganas de achuchar al bebé, no sabía si sería del todo bienvenida.

Chloe y yo habíamos hablado por teléfono, me había desbloqueado en redes sociales y nos habíamos mandado mensajes.

Todo era muy civilizado y, si alguien ajeno nos hubiera oído hablar, habría pensado que éramos muy amigas. Pero no era lo mismo. La conversación era superficial y no le había contado nada sobre Josh. No podía quitarme de la cabeza las fotos que encontré de Beth en su cajón y lo mucho que se parecía a Chloe. La confianza se había roto y quería mantener a Chloe lejos de Josh. Aunque sabía que estaba siendo irracional, que ella amaba a James y que nunca abandonaría a su marido y a su hijo, no podía evitar tener mis recelos. Josh y Chloe tendrían que conocerse en algún momento, y solo me quedaba rezar para que la historia no se repitiera.

Y luego estaba el tema de mamá. No había tenido contacto con ella desde la escena que me montó en el hospital hacía ya tres semanas. ¿Debería haberla llamado para decirle que sentía lo del divorcio? Pero no lo sentía para nada, así que ¿cómo iría esa conversación? «Hola, mamá. Solo te llamaba para decirte que lo siento, aunque tampoco mucho. Te lo merecías después de haber tratado a papá como una mierda durante treinta años. Pero estoy aquí si quieres hablar… siempre y cuando no digas nada malo de él, porque es el mejor padre del mundo y tú, la peor madre». Mmm… Quizá no.

—Aquí tenéis los cafés —anunció Toby cuando apareció en el umbral de la puerta con una bandeja en la mano—. Y he traído galletas.

Nos abalanzamos sobre él, cogimos las tazas y abrimos el paquete de galletas como si no hubiéramos comido en días.

—Esto estaba en el felpudo. —Me tendió un sobre que se había guardado bajo el brazo.

Reconocí de inmediato el membrete jurídico del sobre.

—Ya me imagino lo que es. —Y, efectivamente, los hermanos Grimes habían contratado a un abogado para impugnar el testamento.

—Pues nada, tendré que volver a llamar al señor Jeffreys —murmuré.

—Mantente firme —dijo papá—. Sabes que llevan todas las de perder.

—Lo sé, pero eso no hace que sea menos desagradable.

Se me habían quitado las ganas de comer galletas, así que cogí mi café y bajé al salón para poder hablar tranquilamente con el señor Jeffreys. ¿Por qué cada vez que mi vida parecía encarrilarse, tenía que pasar algo que lo desbarataba todo?

CAPÍTULO 65



Al día siguiente, Josh y yo estábamos pintando uno de los dormitorios del primer piso en la parte delantera de la casa cuando un coche que no reconocía se acercó lentamente por la carretera. ¿Los hermanos Grimes? Seguro que no serían tan tontos como para presentarse aquí sin esperar a que su abogado les dijera qué hacer.

Josh me siguió al piso de abajo y cruzamos juntos el patio de la granja. El corazón me latía con fuerza, pero me calmé en cuanto vi que una mujer salía del coche y abría la puerta trasera para dejar salir a una niña de unos seis o siete años.

—¿Eres la señora de los erizos? —preguntó la pequeña mientras corría hacia mí.

Tuve una especie de *déjà vu* de cuando yo llamaba así a Gwendoline de pequeña. ¡Ahora era yo quien ocupaba su lugar!

—Eh… Sí, supongo que sí —respondí.

—Tenemos un erizo malito. —Corrió de nuevo hacia el coche y la seguimos.

La mujer sacó una caja de cartón del asiento trasero.

—Lo siento. Sé que aún no estáis abiertos, pero encontramos un erizo en nuestro jardín y leí en alguna parte que, si salen a plena luz del día, suele ser porque están enfermos.

Miré a Josh, presa del pánico. «¡Ah! ¡Un paciente!». Pero él asintió para darme ánimos y respiré hondo.

—Sí, en esta época del año, eso suele ser señal de que algo no va bien. En ciertos momentos del año, un erizo hembra podría salir a buscar material para el nido, pero a mediados de marzo están

empezando a salir de la hibernación, así que probablemente le pase algo. ¿Puedo echarle un vistazo?

—Mami lo cogió con guantes de jardinería y le dimos de beber —me informó la niña.

Levanté la toalla que cubría la caja. El erizo, que se había acurrucado, parecía bastante pequeño, aunque eso era normal tras la hibernación. Se le habían caído las púas en algunas zonas y parecía que tenía un corte en una de las calvas que habría que limpiar.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté mientras me agachaba junto a ella.

—Me llamo Molly Benson, tengo seis años y tengo una gata que se llama Willow.

Sonreí ante aquella avalancha de información.

—Gracias por traerlo, Molly. Creo que tu mamá y tú tenéis razón: está un poco malito, así que nos aseguraremos de que se recupere. ¿Te parece bien que se quede con nosotros mientras lo cuidamos?

Molly asintió con los ojos como platos.

—¿Se pondrá bien, verdad?

—Claro que sí. —Me incorporé y me dirigí a su madre—. ¿Puedo preguntarle qué le dieron de beber?

—Yo quería darle leche —declaró Molly—, pero mamá no me dejó. Dice que la leche le hace daño a los erizos.

—Solo agua —confirmó la señora Benson.

Sonreí.

—Perfecto. La leche puede ser muy peligrosa para ellos, así que gracias. ¿Le han dado comida?

—No. No sabíamos si debía tomar algún medicamento primero, así que preferimos no alimentarlo. Comen comida para gatos, ¿verdad?

—Sí, la comida para gatos les va muy bien, ya sea húmeda o seca, siempre y cuando no lleve pescado.

—Hemos traído esto. —Molly metió la mano en el bolsillo y sacó dos bolsitas de comida para gatos—. A Willow no le importará.

—Siento que no sea mucho —añadió la señora Benson—, pero nos quedaban pocas y no creo que a Willow le hiciera gracia que le dejáramos sin.

—Cada granito de arena cuenta. Gracias.

—Cuando se ponga bien, ¿podrá volver a nuestro jardín? —preguntó Molly.

—Tenemos un jardín grande y un campo al fondo —comentó su madre.

—En ese caso, me parece una gran idea. Si me da su número de teléfono, le escribiré cuando Spike se haya recuperado.

Molly soltó una risita.

—Me gusta ese nombre.

—Aunque quizá tengamos que cambiarlo por Spikette, si resulta que es una hembra —mencioné, lo que provocó más risas.

La señora Benson me dio sus datos y los anoté en el móvil. Antes de marcharse, se despidieron de Spike.

Me giré hacia Josh.

—Mi primer paciente. Y ni siquiera hemos abierto todavía. ¿Cómo crees que se han enterado?

—Las noticias vuelan por aquí. Sospecho que Spike será el primero de muchos.

—Menos mal que repuse las jaulas. ¿Te importa llevarlo al granero? Iré un momento a casa para coger lo que necesitamos.

Volví cinco minutos después con un bloc de notas y un bolígrafo, una caja, un par de cuencos, una jarra con agua, papel de periódico, una manta mullidita, toallitas antisépticas, polvos antipulgas y una báscula. Por suerte, la mayor parte de lo que había comprado estaba guardado en la casa, lejos de las obras, así que no habían sufrido ningún daño.

Atender a mi primer paciente fue aterrador y emocionante a la vez. Spike resultó ser Spikette, y estaba muerta de hambre y de sed.

—Está ocurriendo de verdad —le dije a Josh mientras regresábamos a la casa en cuanto Spikette estuvo limpia y acomodada en su nueva cama.

—Y todo es gracias a ti. Estoy muy orgulloso de ti.

En ese mismo instante, justo antes de que me tomara entre sus brazos y me besara, juraría que vi a Thomas y a Gwendoline de pie frente a la casa, dedicándome una sonrisa.

CAPÍTULO 66



Agotada emocionalmente tras el acto vandálico y molida físicamente después de pasarme el fin de semana pintando, el lunes por la noche me quedé en Brook Cottage. Me di un largo baño caliente para aliviar mis músculos. Después puse la tele bajito, me tumbé en el sofá y empecé a cotillear el Facebook. Apenas lo había mirado desde que empecé el Proyecto Púas, así que me vino bien ponerme al día de lo que hacían mis antiguos compañeros de Whitsborough Bay. Una de ellas, famosa por publicar cosas en busca de atención, había tenido otra ruptura dramática y había compartido una serie de memes sobre relaciones negativas:

> Cuanto menos respondes a la gente negativa, más tranquila se vuelve tu vida. Encuentra tu paz.
>
> La única forma de ganar con una persona tóxica es no entrar en su juego.
>
> Mi mayor error: mantener el contacto con personas durante mucho más tiempo del que merecían.
>
> Si lo hacen a menudo, no es un descuido; es su forma de ser.

Normalmente habría pasado de largo sin caer en la trampa de preguntarme qué pasaba ni involucrarme en un drama con gente que ni conocía, pero esta vez leí y analicé con cuidado cada mensaje mientras pensaba en mi relación con mamá. Cada día esperaba que se pusiera en contacto conmigo y detestaba sentirme culpable por

no llamarla ni visitarla, aunque sospechaba que se alegraba de que no lo hiciera.

Me había preguntado si me contactaría al enterarse del ataque en el granero, aunque fuera por mensaje. La tía Louise, el tío Simon, Chloe e incluso James me habían escrito para mostrar su sorpresa, darme ánimos y ofrecerme ayuda, pero mi madre no me había dicho ni pío. Y eso me hacía daño. Luego me pregunté si su silencio era una venganza por no haberla llamado tras su separación, lo que hacía que la culpa volviera a invadirme. Toda esta situación me provocaba muchísima ansiedad. Tenía que hacer algo.

Cuando subí a mi habitación, apareció otro meme:

> Excluir a personas de tu vida no significa que las odies. Significa que te respetas a ti misma. No todos los que entran en tu vida están destinados a quedarse.

Ya en la cama, no podía dejar de pensar en ello. ¿Había llegado la hora de cortar lazos por completo? ¿Podría hacerle eso a mi propia madre?



El martes y el miércoles por la noche, llamé a mamá varias veces, pero no me contestó ni me devolvió las llamadas, así que le mandé un mensaje para preguntarle cuándo le venía bien que habláramos o, mejor aún, que fuera a visitarla. Su respuesta instantánea fue como una bofetada:

> De mamá:
> No. No me interesa, Samantha.

Eso era todo. Me dejó planchada. Esas cinco palabras resumían nuestra relación a la perfección.

Mientras pensaba qué hacer acurrucada en el sofá, me llegó un mensaje:

De Chloe:
¡PRIMICIA! El niño que regresó, de E. J. Parnaby. Es de los que te tienen en ascuas. Te encantará. Besos

Sonreí al leerlo. Echaba de menos nuestros mensajes de «PRIMICIA». ¿Estábamos un paso más cerca de recuperar nuestra relación?

Busqué la sinopsis en Internet y parecía de mi estilo. Compré el libro digital y, cuando fui a escribirle a Chloe para darle las gracias, decidí llamarla. Charlar un poco sobre Samuel me vendría bien para distraerme de lo de mamá. Sin embargo, Chloe debió de notar el cansancio en mi voz, porque dejó de hablar de repente.

—Algo va mal, ¿verdad? —preguntó.

—Estoy bien. No es nada.

—No pienso colgar hasta que me digas qué te preocupa.

Así que se lo dije. No tenía intención de soltárselo, pero no pude evitarlo. Le conté todas las discusiones con mamá desde la boda, cómo reaccionó cuando me mudé, cómo se comportó en el hospital tras nacer Samuel, lo mucho que me había dolido su falta de contacto y cómo se había negado a hablar conmigo hacía un momento.

—No puedo seguir así. Si entendiera qué hice para que me odie tanto, quizá podría arreglarlo. Quizá podríamos poner un límite y seguir adelante, o decidir que ya no hay relación que valga y dejarlo estar. Pero ¿cómo hago una cosa u otra si no quiere hablar conmigo?

Chloe se quedó callada durante unos segundos.

—Creo que tengo una idea. Déjamelo a mí. Tengo que hablar primero con mamá.

—¿Puedes darme una pista?

—No quiero darte falsas esperanzas si mi madre piensa que es una tontería, pero sé que he empeorado las cosas entre vosotras, así que haré lo que pueda para ayudarte. Aguanta un poco más, Sammie, y hablamos pronto, ¿vale?

—Gracias, Chloe. Me ha venido bien hablar contigo.

—A mí también. Lo echaba de menos.

—Yo también.



No me gustaba ser tan rastrera, pero me sentí obligada. Tenía el estómago revuelto mientras conducía hasta Whitsborough Bay el jueves por la tarde.

Como acordamos, llamé al timbre a las 19:45. El tío Simon y James habían salido a jugar al billar, y Chloe había invitado a mamá y a la tía Louise a cenar comida china.

Chloe abrió y declaró en voz alta:

—¡Sammie! Qué sorpresa verte por aquí.

—Había quedado con una excompañera, pero le ha dado migraña. Pensé en pasarme por aquí para aprovechar el viaje. —Puse los ojos en blanco y Chloe me guiñó un ojo.

—Pasa. Estamos al completo. —La seguí hasta el salón—. ¡Mirad quién ha venido! —anunció.

La tía Louise se levantó.

—¡Sam! Qué alegría verte. —Me abrazó y me susurró—: Sé fuerte.

Cuando Chloe le contó el plan, estuvo de acuerdo en que valía la pena intentarlo.

—Hola, mamá —la saludé—. Estás muy guapa.

En lugar de los tonos oscuros de siempre, llevaba una blusa vaporosa de color crema con un colorido estampado floral. Se había cortado el pelo y parecía varios años más joven.

—No esperaba verte esta noche —dijo con tono monótono. No esperaba que se alegrara de verme, pero al menos no habló con hostilidad.

—¡Sorpresa! —No sé por qué agité las manos al decir eso. Malditos nervios—. Puedo irme si quieres.

—De eso nada —intervino la tía Louise mientras se sentaba en el sofá junto a mamá—. Vamos a ponernos al día.

—Perdonadme —se disculpó Chloe mientras le daba unas palmaditas a Samuel en la espalda—. Tengo que acostar a este renacuajo, pero bajo enseguida.

Le di un beso en la mejilla al bebé. Ojalá pudiera achucharlo, pero no había venido por él. Los mimos tendrían que esperar.

Me senté en uno de los sillones. Lo mejor sería empezar con algún tema ligero.

—Me han dicho que te has comprado una casa nueva a la vuelta de la esquina.

—Así es. —Jugueteó con el ribete del cojín que tenía al lado, sin mirarme siquiera.

Silencio.

—¿Dos habitaciones? ¿Tres? —Papá ya me lo había contado, pero era por hablar de algo.

—Tres —replicó.

—¿Adosada?

—Pareada.

No habíamos empezado muy bien, pero era de esperar.

—Siento lo de tu divorcio.

Alzó la vista y arqueó las cejas.

—Lo dudo mucho —afirmó con amargura—. Seguramente fuiste tú quien le metió la idea en la cabeza.

—¡Debs! Eso no es justo —exclamó la tía Louise—. No puedes culpar a Sam de tus problemas matrimoniales.

Mamá se cruzó de brazos.

—¿Quién lo dice?

«¡Sé fuerte! Puedes hacerlo».

—Sé que nunca hemos tenido una relación muy estrecha, pero esperaba que pudiéramos encontrar la forma de cambiar eso.

—Ah, ¿sí? —ironizó.

Ignoré su sarcasmo y seguí hablando.

—Sé que fue un engorro que volviera a casa después de lo de Harry, y siento de veras las molestias que causé, pero nuestra relación ya era difícil mucho antes y… —Miré a la tía Louise, que

asintió para darme ánimos—. Y pensé que, ahora que me he mudado para siempre, podría ser un buen momento para analizar por qué ha sido tan tirante. Si supiera lo que hice mal, quizá podría arreglarlo.

Me temblaban tanto las manos que me senté sobre ellas. La voz también me temblaba, pero no podía hacer nada con eso. Ojalá mamá no se diera cuenta.

—¿Por eso me has estado bombardeando a llamadas durante toda la semana? —espetó—. ¿Por qué de pronto te apetece hablar? ¿Y lo que yo quiero qué?

—No seas así —intervino la tía Louise—. No le cogías el teléfono, ¿qué esperabas? A mí me parece buena idea.

Mamá se volvió hacia ella y la fulminó con la mirada.

—¿Esto es cosa tuya y de Chloe?

Empezó a levantarse, pero la tía Louise tiró de ella para que se sentara.

—No vas a irte de esta casa hasta que habléis. No digo que lo arregléis todo hoy, pero ¿por qué no empezáis a hablar?

—¿Y cómo se supone que voy a hablar si me ha tendido una emboscada?

La tía Louise le apretó el brazo.

—Nadie te ha tendido ninguna emboscada. Sam solo quiere hablar de algo que no ha hecho más que empeorar con los años, y yo estoy totalmente de acuerdo. No podéis seguir así. Esta hostilidad no es sana para ninguna de las dos.

Soltó un bufido desdeñoso.

—Lo dice la mujer que se negó a hablarle durante meses tras la boda.

—Sí, bueno, fue un gran error del que me arrepiento profundamente. Ya me disculpé y lo hemos solucionado.

—Qué amable eres. ¿Así que ahora la mala soy yo?

—¡Debs! Nadie ha dicho eso. Sam solo quiere hablar, ¿verdad, Sam?

Asentí con la cabeza.

—Como he dicho, si hablamos del motivo por el cual tenemos una relación tan complicada, podríamos…

—¿Por qué? —gritó mamá, y se encogió de hombros—. ¿A qué viene esa obsesión por hablar? ¿Por qué hay que analizarlo y diseccionarlo todo? Hay muchos hijos que no congenian con sus padres. ¿No puedes aceptar que tenemos una de esas relaciones y dejarlo estar?

—Porque yo no quiero «una de esas relaciones». Quiero a mi madre.

—Ay, madura, Samantha. Tienes veintinueve años, no cinco. Ya es un poco tarde para jugar a las casitas.

—¿Por qué? ¿Por qué es demasiado tarde? —La voz me salió en un chillido agudo, y tragué saliva para calmar el pánico creciente. No esperaba que esto saliera bien, pero estaba yendo mucho peor de lo previsto. Su agresividad hacia mí se había intensificado y me temblaba todo el cuerpo.

—Porque sí —gritó.

—¿Por qué?

—Porque han pasado demasiadas cosas y ya no hay vuelta atrás.

—¿Cómo qué?

—¿De verdad quieres saberlo? —Se inclinó hacia delante, levantó la mano y empezó a contar con los dedos—: Porque volviste a casa sin pedir permiso y te quedaste demasiado tiempo, porque pusiste a mi padre en mi contra, porque pusiste a mi madre en mi contra, porque siempre fuiste muy dependiente y exigías mi atención a todas horas, y porque me quitaste a mi marido.

La tía Louise jadeó, pero yo era incapaz de emitir ningún sonido. ¿Era eso lo que pensaba de mí? La bilis me subió por la garganta y, por un momento, creí que iba a vomitar. Cerré los ojos para recomponerme, pero mamá había cogido carrerilla.

—Padre del año. Modelo a seguir. Siempre erais uña y carne, y nunca hubo sitio para mí. Tú rompiste mi matrimonio.

Se equivocaba de cabo a rabo si pensaba que yo iba a cargar con esa culpa. Intenté mantener la voz serena mientras la miraba con los

ojos entornados.

—Piensa eso si te hace sentir mejor, pero las dos sabemos que no es así. Papá tenía que prestarme atención porque tú nunca me hacías caso, pero yo quería que lo hicieras. Es lo único que siempre quise. Cuando era pequeña, eras mi heroína. ¿Lo sabías?

—No, Samantha. Tu héroe era, es y siempre será tu padre.

—Pero cuando era pequeña, tú también lo eras. Eras tan lista que quería ser igual que tú. Ibas a trabajar, cuidabas la casa, dejabas el jardín precioso, sabías coser, cocinar y pintar. Recuerdo que te miraba y me preguntaba cómo te daba la vida para hacerlo todo.

—¿Y con eso quieres decir que…?

—Quiero decir que un día me di cuenta de que la razón por la que tenías tantos talentos y la casa estaba impecable y el jardín, precioso, era porque dedicabas todo tu tiempo libre a esas cosas. Y a mí me ignorabas.

Puso los ojos en blanco y apretó la mandíbula, pero no dijo nada. Seguí hablando con el mismo tono, decidida a exponer los hechos sin mostrar emoción alguna.

—La única vez que me prestabas atención era cuando Chloe venía a casa y, cuando digo atención, me refiero a que estabas en la misma habitación que yo. La atención se la llevaba ella, y nunca entendí por qué la adorabas a ella y a mí no. No era una niña traviesa y mantenía mi cuarto ordenado, así que pensé que era porque Chloe era preciosa y yo no. Pensé que te avergonzabas de mí.

—No digas tonterías —masculló mamá.

—Déjala terminar. Necesitas oírlo —señaló la tía Louise. Me sonrió para darme ánimos y susurró—: Sigue.

—No podía cambiar mi aspecto, pero pensé que quizá te fijarías en mí si me esforzaba aún más en el colegio. Y me salió el tiro por la culata. Me acusabas de dejar mal a Chloe por sacar mejores notas, o montabas una fiesta si ella sacaba un notable y a mí me preguntabas qué había hecho mal si sacaba un sobresaliente en lugar de una matrícula de honor. Solo quería que me dijeras: «Bien

hecho, Samantha. Estoy orgullosa de ti, Samantha». Pero nunca me dedicaste ni una palabra amable. Nunca. Así que si fui dependiente, fue porque tú me obligaste a serlo. Y si estaba unida a papá, a la abuela y al abuelo, fue porque eran lo único que tenía. Yo no hice nada para poner a nadie en tu contra, y ni siquiera era consciente de que lo estuvieran. Todos te querían.

—Me odiaban.

—No, no te odiaban —le aseguró la tía Louise. Luego le tendió la mano, pero mamá la apartó de un manotazo—. ¡Debs! Es cierto y lo sabes. Mamá y papá siempre te quisieron. Lo que no les gustaba era cómo tratabas a Sam. Y si de verdad crees que Jonathan habría aguantado tanto si no te quisiera…

Mamá se levantó de un salto.

—Y ahora te ha puesto a ti en mi contra. Tendría que haber sabido que era cuestión de tiempo.

—¡Debbie! —La tía Louise se puso en pie e intentó abrazarla, pero mamá se zafó—. Yo nunca te daría la espalda.

—Pues acabas de hacerlo. —Cogió el bolso y salió disparada hacia la puerta.

Me quedé clavada en el sitio, atónita. ¿Qué demonios acababa de pasar? Había venido para hacer las paces con mamá y, en cambio, había empezado una nueva guerra.

Mamá abrió la puerta de un tirón, se detuvo un instante y me miró con tanto odio que me dejó helada. Luego habló con la voz cargada de veneno:

—Yo no quería tenerte, ¿sabes? Pero tu adorado padre me obligó, y mira lo que ha pasado. Le dije que destruirías nuestra relación, y lo has hecho. Lo has estropeado todo.

Cerró la puerta de un portazo y se fue.

Me quedé sin palabras. Ni siquiera podía pensar. Me mecí en la butaca, y cada bocanada de aire rasgaba el pesado silencio.

Percibí que la tía Louise se dejaba caer en el sofá y se llevaba las manos a la cabeza. Luego Chloe bajó las escaleras despacio y se tapó la boca con la mano.

¿Había pasado de verdad? ¿De verdad había dicho eso?

—No lo decía en serio —susurró la tía Louise.

—Las dos sabemos que sí.

Chloe se dejó caer en el sofá junto a su madre.

—Sammie. Lo siento muchísimo.

Asentí despacio.

—No… No puedo… Tengo que irme. Lo siento.

Y huí.

Apenas había recorrido un tramo de la calle principal con el coche cuando se me acumularon tantas lágrimas en los ojos que prácticamente no veía nada. Me metí en el aparcamiento de un *pub,* aparqué en el rincón más lejano y oscuro… y grité. Solté de golpe años de rabia y frustración acumuladas contra aquella mujer fría y amargada, mientras aporreaba el volante con los puños, pateaba el suelo, chillaba, maldecía y berreaba. No me importó que alguien pudiera oírme o verme. Tenía que desahogarme.

De camino a Brook Cottage, paré el coche tres veces para vomitar y, cuando llegué, me arrastré hasta la cama, temblorosa y empapada en sudor. El *shock* podía causar estragos en la gente.

CAPÍTULO 67



A la mañana siguiente, llamé al trabajo para decir que estaba enferma, algo que no había hecho en años.

Chloe y la tía Louise me llamaron entre lágrimas, destrozadas por cómo había terminado la noche. La tía Louise me prometió que intentaría hablar con mamá para hacerla entrar en razón, pero le dije que no se molestara. Había ido en busca de la verdad, y eso fue exactamente lo que obtuve, aunque me la hubieran ofrecido con total brutalidad.

Papá vino a verme nada más salir de trabajar. La expresión de su cara mientras le relataba la conversación de anoche fue desgarradora. Le supliqué que me contara toda la verdad, y me quedé atónita cuando me reveló que, antes de que yo naciera, mamá había estado embarazada de una niña a la que perdieron a los siete meses.

—Después tuvo una especie de crisis —me contó papá—. Estaba convencida de que había sido culpa suya: que si no había comido bien, que si había hecho demasiados esfuerzos… Pero el médico nos dijo que había sido una de esas desgracias inexplicables. —Se dejó caer en la silla y negó con la cabeza—. No conseguía superarlo y yo debería haber insistido en que buscara ayuda profesional o, al menos, que hablara conmigo, pero se derrumbaba cada vez que sacaba el tema y lo dejé pasar. Un día llegué del trabajo y me encontré todo lo que habíamos comprado para el bebé apilado en el jardín delantero. Era la fecha prevista de parto y yo ni me había dado cuenta.

—Oh, no.

—Oh, sí. Me gritó y me lanzó cosas y, cuando por fin se calmó, le pregunté por lo del jardín. Me dijo que no soportaría volver a pasar por ese dolor y esa pérdida, así que iba a quemarlo todo porque no quería ir a por otro bebé. Tendría que haberlo visto venir, pero me pilló totalmente desprevenido. Los dos queríamos dos o tres hijos y perder a tu hermana había sido horrible, pero yo daba por hecho que lo superaríamos juntos y, con el tiempo, lo volveríamos a intentar. Ella se negó en redondo, pero resultó que ya estaba embarazada de ti.

Por primera vez en mi vida, lo vi llorar.

—Lo siento mucho, Sammie. Siempre pensé que, algún día, se daría cuenta del regalo tan precioso que eras, pero nunca lo hizo. No supe arreglarlo. Os fallé a las dos.

—Tú no tienes la culpa. —Lo abracé con fuerza—. Hiciste todo lo que pudiste por ella y por mí. Todo. No vuelvas a pensar que nos fallaste, porque no es así en absoluto.



Josh vino cuando papá se marchó y nos quedamos hablando hasta las tantas, algo que nunca había hecho con James ni con Harry.

—Por dolorosa que haya sido la verdad —le dije, acurrucada a su lado en el sofá—, al menos ahora entiendo por qué mamá estuvo tan ausente durante toda mi vida. Siempre pensé que era culpa mía, que había hecho algo mal, que la había decepcionado. Pero lo único «malo» que hice fue no ser mi hermana, y no podía hacer nada para cambiar eso. Por raro que parezca, ese pensamiento me consuela.

—Lo entiendo. —Me estrechó contra él—. Siento muchísimo que todo haya sido tan duro para ti. Ojalá pudiera decir o hacer algo para aliviar ese dolor.

—Solo con estar a mi lado, ya me ayudas —le aseguré.

Y era verdad. Mi relación con Josh era toda una revelación. Aún no me había dicho que me quería ni yo a él, pero lo sentía en cada

mirada, cada caricia, cada palabra y cada gesto. Había querido a James, pero ahora me parecía un encaprichamiento comparado con la profundidad de lo que sentía por Josh. En cambio, a Harry no lo había querido, y empecé a preguntarme por qué había estado con él durante tres años. Entonces, caí en la cuenta: mamá. Cuando me gradué y conseguí trabajo en Whitsborough Bay, me dejó clarísimo lo que opinaba de que volviera a casa. También me ridiculizaba constantemente por estar soltera e ir desaliñada mientras mi deslumbrante prima encadenaba un novio guapo tras otro. No empecé a salir con Harry porque me gustara, sino porque fue el primero que me prestó atención y me aferré a él. Y no me fui a vivir con él por amor, sino para escapar de mamá. Me asustó ver cuánto control había tenido sobre mi vida y mis decisiones. Pero se acabó. Ya no tendría ninguna influencia sobre mí.



De camino a la granja el sábado por la mañana, me sentí mucho más animada, y me alegré aún más cuando llegó un segundo erizo nada más aparcar. El hombre que lo trajo dijo que lo había encontrado en la carretera cerca de su casa, y sospechaba que lo había atropellado una bicicleta en lugar de un coche porque tenía «una pata chunga», pero nada más. Lo revisé en el granero y descubrí que era nuestro primer residente macho, así que lo bauticé como «señor Snuffles». Tenía la pata rota, de manera que le administré analgésicos, le coloqué una férula y lo vendé. Luego lo dejé descansar en la jaula junto a Spikette.

Estaba deseando ver los avances de la casa. Habían desmontado la vieja cocina a principios de semana, habían empezado a renovar la instalación eléctrica y habían enyesado las paredes. Me emocioné cuando entré en la estancia vacía, ya que era el último lugar donde había visto a Thomas con vida. Me lo imaginé con sus seis gorritos de papel y ese ridículo protector bucal, riéndose a carcajadas. Si no hubiera sido por mi relación con mamá, no habría pasado ese día

con él. Hay algunas cosas que están marcadas por el destino, ya que no habría cambiado esas últimas horas con aquel maravilloso hombre por nada del mundo. Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeé para contenerlas. «No. Solo pensamientos felices a partir de ahora».

Los dormitorios estaban listos para amueblar y mi baño privado, terminado. Al baño principal le quedaban unos días más de trabajo y la cocina tardaría otra semana más aproximadamente. Quedaban un par de habitaciones por hacer en la planta baja, pero podían esperar. Dave estaba bastante seguro de que todo estaría listo en un par de semanas, justo al inicio de las vacaciones de Semana Santa.

Me preparé una taza de té y me la llevé al banco de Thomas y Gwendoline; quería aprovechar la calma antes de que llegaran los obreros. Las flores silvestres le habían dado color al prado con una mezcla de amarillos y dorados: ranúnculos, prímulas, celidonias y narcisos silvestres se mecían con la brisa primaveral. Las margaritas y las anémonas de bosque añadían un toque de blanco, como si fueran nubes entre los rayos del sol, y había algunas pinceladas de morado y rosa, aunque aún no había identificado esas flores.

Los pájaros cantaban y reconocí el sonido del mirlo, el zorzal común y el chochín (el abuelo estaría impresionado) entre el zumbido suave de las abejas en el prado. Inspiré hondo. La fragancia de las flores y la hierba me llenó de energía y emoción por el futuro.

—Espero que os guste lo que hemos hecho —dije, y alcé la taza hacia el prado a modo de brindis.

Quería pensar que estaban ahí, sonriendo y asintiendo con la cabeza.

CAPÍTULO 68



Dos semanas después, la casa estaba lista. El sábado por la mañana, me desperté con una sonrisa enorme en los labios. «¡Por fin! ¡Llegó el día de la mudanza!». Ya había llevado la mayoría de mis cosas, así que podría haber dormido allí la noche anterior, pero quería prepararles una cena de agradecimiento a Rich y a Dave por haberme acogido en su hogar, por brindarme su amistad y por ayudarme a cumplir el legado de Thomas y Gwendoline.

Papá había decidido no mudarse conmigo. Me dijo que estaba muy a gusto en casa de Lauren y no quería agobiarme. Protesté, pero comprendía su decisión. Él necesitaba su espacio, y yo también.

El señor Jeffreys me había llamado al trabajo el día anterior con una magnífica noticia: el abogado de los hermanos Grimes había reconocido que no tenían ningún derecho legal y habían retirado la demanda. Fue increíble abrir mi nueva puerta esa mañana y encontrar una carta del señor Jeffreys en el felpudo en la que me confirmaba que todo había terminado.

Ahora sí podía empezar de cero.

El primer día en mi nuevo hogar fue maravilloso. Desempaqueté la vajilla, los cubiertos y los utensilios de cocina y busqué un lugar para cada cosa. Luego hice lo mismo con los baños y mi dormitorio. Y, por

supuesto, fui a ver cómo estaban los cinco erizos que ya tenía a mi cargo.

Había elegido una habitación con vistas al prado para montar mi despacho. Por ahora, solo había amueblado esa habitación, el dormitorio principal (situado en la parte delantera de la casa) y el que habría sido el de papá. Quería vivir un tiempo en la casa antes de decidir qué hacer con el resto de habitaciones.

Cuando terminé de guardar la ropa, bajé al salón, quité el lienzo con el paisaje del prado y lo colgué en la pared frente a la cama. Podía ver el prado real desde el salón y el despacho, pero quería verlo también desde el dormitorio.

Cuando desempaqueté a Mickleby, el erizo de peluche que Thomas me había regalado por Navidad, lo llevé al despacho y lo coloqué sobre la estantería vacía. Luego añadí tres marcos con fotos muy especiales: una de Thomas el día de Navidad con sus seis gorritos de papel, el selfi que me hice con el abuelo antes de que empezara su fiesta de cumpleaños, y una de Nanna, Gwendoline y yo con seis años en el jardín trasero de Meadowcroft, las tres con erizos en las manos.

Pasé los dedos con suavidad por la última foto.

—Thomas me dijo que querías que me quedara en la granja para ayudaros con los erizos, y aquí estoy. Aunque sea un poco más tarde de lo previsto, tu deseo se ha cumplido, señora de los erizos. Prometo que no te defraudaré. —Dirigí la mirada hacia la foto de Thomas—. Y a ti tampoco. Te echo tanto de menos… Pero no estáis muy lejos, ¿verdad? Os siento cerca de mí.



Josh apareció a última hora de la tarde con un par de ramos de flores, una botella de champán, una caja de bombones y envases de comida india. Me moría de ganas de enseñarle la casa, pero no pasamos del dormitorio.

Cuando bajamos al cabo de un rato, muertos de hambre, la cena estaba fría, así que la recalentamos en el microondas. Josh fue a abrir el champán, pero lo detuve.

—Estás de guardia esta noche. Mejor lo guardamos para mañana, cuando podamos compartirlo.

—Ojalá no lo estuviera —gruñó mientras me besaba el cuello—. Preferiría quedarme contigo toda la noche.

Poco después de medianoche, cuando nos estábamos preparando para acostarnos, le sonó el teléfono.

—Problemas de parto con un labrador —me informó mientras se vestía tras atender la llamada. Se inclinó y me besó con suavidad—. Duerme un poco.

Me tumbé en la cama y escuché el ruido de su todoterreno mientras se alejaba. Me dolían los brazos de cargar tantas cajas y me pesaban tanto los párpados que, por mucho que lo intentara, me resultó imposible esperarlo despierta.



Caminaba por el prado mientras rozaba con los dedos las copas de los ranúnculos, las amapolas y los acianos. Unas nubes finas flotaban en el cielo azul claro, y los rayos del sol me calentaban el pelo y la cara. Una mujer con un vestido amarillo y gris de los años cincuenta caminaba a mi lado. Gwendoline. Llevaba una cesta de mimbre en el brazo, cubierta con un paño de cuadros rojos y blancos. Apartó la tela y, en lugar de comida, había cinco erizos.

—¿No son las criaturas más adorables del mundo? —preguntó, con una sonrisa radiante.

—Así es —respondí—. Ya tenemos cinco erizos en el granero y ni siquiera hemos abierto todavía.

—Lo sé. Gracias por rescatarlos. —De repente, su sonrisa se desvaneció y todo el prado se oscureció. La brisa suave se transformó en un viento feroz que me azotó el pelo contra la cara—. Te necesitan, Sammie. Te necesitan ahora.

Alguien gritaba mi nombre. ¿Thomas?

Me desperté sola en la cama, sin aliento y empapada en sudor. Algo iba mal. Corrí hacia la ventana y alcancé a ver las luces traseras de un vehículo que se alejaba por la carretera. «¿Los hermanos Grimes? ¡No! ¡El granero!».

Bajé corriendo las escaleras, cogí las llaves de la cocina y me calcé las botas de agua. Las luces de movimiento se activaron e iluminaron el patio y el granero… Y fue entonces cuando lo olí. Humo.

—¡Ya voy! —grité, y forcejeé con las llaves del candado nuevo. Abrí la puerta de un empujón y el calor me hizo retroceder. Las llamaradas se alzaban al fondo del granero, pero ya eran demasiado grandes como para intentar apagarlas con un extintor.

«Tengo que salvar a los erizos».

Me cubrí la boca y la nariz con la camiseta del pijama y corrí hacia las jaulas. Cogí las tres primeras y las apilé una encima de otra. Apenas podía ver por encima de las jaulas, pero salí corriendo al exterior y las dejé junto a la casa. No tenía tiempo para comprobar si estaban bien, así que recé a Gwendoline y a Thomas para que protegieran a mis bebés con púas. Cuando corrí de vuelta al granero, vi que unos faros se acercaban por la carretera. Ojalá fuera Josh. Entré de nuevo, con los brazos en alto para protegerme del calor, y tosí mientras cogía las dos jaulas restantes.

—¡Joder! ¡Sam! —gritó Josh, y corrió hacia mí cuando salí del granero.

—¡Llama a los bomberos! —grité. Apenas lo miré mientras dejaba las dos jaulas en el suelo—. He sacado a los erizos.

Las llamas ya salían por el techo, naranjas y doradas, y se elevaban en la oscuridad. Me dejé caer contra la pared de la casa, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón desbocado, mientras Josh le explicaba la situación al operador de emergencias. «Mi granero. Mi precioso granero».

Entre jadeos, abrí la tapa de la primera jaula y levanté la manta con manos temblorosas: Spikette estaba acurrucada y seguía

respirando. Gracias a Dios. Seguro que la manta y su bola protectora la habían salvado del humo. Hice lo mismo con las tres jaulas siguientes: el señor Snuffles, la señora Tiggy Winkle y Sonic también respiraban. Cuando abrí la de Quilly y aparté la manta, el corazón se me paró al instante. Vacía.

Mi mente retrocedió al día anterior. El erizo había derramado su cuenco de agua, así que lo pasé a otra jaula, pero me distraje cuando el señor Jeffreys me llamó para asegurarse de que había recibido su carta y no lo volví a trasladar. Sentí náuseas.

Josh seguía al teléfono, de espaldas a mí. Era ahora o nunca. Eché a correr hacia el granero.

—¡¡Sam!! ¡¡No!!

—¡Quilly sigue dentro!

Lo último que recuerdo fue el calor. Un calor muy intenso. Y el ruido, como el rugido de una cascada.

Después… nada.

CAPÍTULO 69



Oía la voz de Hannah. ¿Estaba leyendo un cuento? Parecía *La pequeña oruga glotona*. Me encantaba ese libro de niña. Se lo había comprado a Amelia hacía poco…

La música llegó a mis oídos. Reconocía a los artistas. Mis favoritos. Intenté cantar, pero resultaba un esfuerzo enorme. Dormir. Solo quería dormir…

Papá y el tío Simon hablaban. ¿De qué? ¿Algo sobre el granero? ¿El fuego? ¡Quilly! Tenía que decirles que lo salvaran. Quizá cuando despertara…

Josh me agarraba la mano y me acariciaba la muñeca con suavidad, igual que aquella primera noche en el taxi. Me encantaba que hiciera eso. Lo quería. Debería decírselo. Pero era tan relajante… Solo necesitaba dormir un poco más…

Alguien me apartó el pelo de la cara.

—Te pondrás bien —susurró una mujer—. Gracias por salvar a mis erizos.

¿Gwendoline?

—Has devuelto la alegría a mi vida —añadió Thomas. Entreabrí los ojos. Estaba sentado al borde de la cama—. Tu felicidad está por llegar. Los malos tiempos se han acabado. Te lo prometo…

Había gente a mi alrededor. Luces brillantes. Un pitido constante. Murmullos apagados. ¿Por qué no hablaban más claro? Quería gritarles que subieran el volumen, pero tenía la boca seca y los párpados me pesaban.

—¿Samantha? ¿Puedes oírme, Samantha? ¿Puedes abrir los ojos?

Me lamí los labios. Qué secos los tenía… ¿Dónde estaba mi bálsamo labial?

—¿Samantha? ¿Podrías abrirlos por mí, por favor?

«Sí, sí, dame un minuto. Acabo de despertarme». Abrir los ojos me costó un mundo, como si los tuviera pegados con cinta adhesiva.

—¿Samantha?

«¡Por Dios! ¡Cálmate! Lo estoy intentando».

Había varios rostros inclinados sobre mí, todos borrosos. «¿Por qué había tanta gente en mi habitación? ¿Dónde estaba? Ese no era mi edredón».

—Lo estás haciendo muy bien, Samantha. Soy el doctor Javid. Estás en el Hospital de Hull.

—¿Por qué? —Fue lo único que conseguí pronunciar.

—Será mejor que no intentes hablar todavía. Tienes la garganta irritada y seca. Ahora te traeremos un poco de agua. Has tenido un accidente.

El doctor Javid fue tomando forma. Tenía un rostro redondo y amable, con una mata de pelo negro azabache.

—¿Recuerdas algo del incendio? —preguntó—. No hables. Basta con que asientas o niegues con la cabeza.

«El fuego. Sí. Mi granero. Destruido. ¿Y mis erizos? ¿Estaban a salvo?». Asentí despacio, pero los ojos se me cerraban de nuevo.

—Probablemente se irá durmiendo a ratos —comentó el doctor Javid—. Pero ha respondido bien. Se recuperará.

Claro que sí. Thomas y Gwendoline me lo habían dicho.

CAPÍTULO 70



Al día siguiente, me sentí como si acabara de despertar del sueño más reparador y profundo de mi vida. A pesar de estar débil, me notaba despejada, hambrienta y ansiosa por saber qué había ocurrido. A lo largo del día, los médicos me explicaron lo de mi traumatismo craneal, el grado del coma en el que había estado sumida y el tratamiento que había recibido en la UCI. Al parecer, una parte del granero se había derrumbado cuando entré por segunda vez y me dejó inconsciente, pero Josh me sacó de allí. Me había roto el brazo izquierdo, tenía algunas quemaduras leves en ambos brazos, el cuerpo cubierto de cortes y moratones (la mayoría ya curados) y había inhalado un poco de humo. Había tenido muchísima suerte.

Cuando Hannah y yo recibimos las notas de la carrera, fuimos al bar de la facultad y luego a Liverpool para celebrarlo… y se nos fue de las manos. A la mañana siguiente, me desperté con el sello de una discoteca en el dorso de la mano, y ninguna de las dos recordaba haber estado allí. Perder los recuerdos de toda una noche y saber que nunca los recuperaría fue una sensación extraña que no quise repetir nunca. No obstante, ahora había perdido nueve días de mi vida sin haber bebido ni una sola gota de alcohol. Nueve.

La experiencia había sido surrealista. Era como nadar bajo el agua en una piscina llena de gente, de manera que oías las risas, las conversaciones y los gritos, pero todo amortiguado. Mientras estuve en coma, escuché fragmentos de conversaciones y sentí las caricias

de mis seres queridos, pero fui incapaz de salir a la superficie. No podía decirles que estaba allí ni responder a su tacto.

Hannah vino esa tarde con Amelia. Me contó que había venido varias veces a visitarme.

—Puede que sea una pregunta tonta, pero… ¿me leíste *La pequeña oruga glotona*? —pregunté.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Podías oírme?

—A ratos, sí. También escuché mi música favorita.

—Eso también fue cosa mía.

Sonreí.

—Gracias por hacerlo.

Hannah asintió y me apretó la mano.

—Estoy tan contenta de que estés bien. Estaba muy preocupada, ¿sabes?

Josh llegó por la noche, sin afeitar y con unas profundas ojeras bajo los ojos.

—¿No debería ser yo la que tenga mala cara? —bromeé cuando se sentó en mi cama, con cuidado de no golpearme el brazo roto.

—Digamos que no he dormido mucho últimamente.

—Yo he dormido nueve días seguidos. Te lo recomiendo.

—Pensé que te había perdido. —Me acarició suavemente la mejilla, con los ojos cargados de preocupación—. No he pasado tanto miedo en mi vida.

—Lo siento. Sé que fue una estupidez, pero no podía dejar a Quilly allí. —Josh se mordió el labio—. No sobrevivió, ¿verdad?

—Lo siento mucho.

Una lágrima me resbaló por la mejilla y me tragué el nudo que se me había formado en la garganta.

—¿Y los demás?

—Todos están bien, gracias a ti. Spikette ya cogió peso, así que volvió con los Benson la semana pasada y la liberaron. Sonic también estará completamente recuperado para finales de semana.

—Necesito saber qué ha pasado con el granero. —Negué con la cabeza—. Me estoy imaginando lo peor, así que prefiero que me lo digas sin rodeos.

—Las vigas se quemaron y las paredes se vinieron abajo. Los bomberos solo pudieron evitar que el fuego se propagara a otros edificios.

Me dejé caer sobre las almohadas y miré fijamente al techo, a punto de llorar otra vez. ¡No! No pensaba permitir que ellos ganaran. Inspiré hondo y volví a incorporarme.

—¿Te he dicho cuál es mi película favorita?

—*¿El gran showman?*

Asentí con la cabeza.

—Cuando el circo de Barnum se quema hasta los cimientos, parece que no hay esperanza. Lo pierde todo, pero se da cuenta de que aún tiene a sus seres queridos. El circo no era más que un edificio, y los edificios se pueden reconstruir. Cantan sobre volver a levantarlo, y eso es lo que vamos a hacer nosotros. Ya sé que será imposible abrir para el cumpleaños de Gwendoline, pero lo haremos. Hedgehog Hollow resurgirá, más grande y mejor que antes. Tengo un seguro contratado. Solo es un pequeño contratiempo. ¿Acaso hay algún proyecto de construcción que no los tenga?

Josh sonrió y me besó.

—Tengo algo que enseñarte. —Sacó el móvil del bolsillo y me puso un vídeo.

—¡Dios mío, Josh! ¿Quién es toda esa gente?

—Albañiles, granjeros, peones… Todos se indignaron por lo que te pasó y querían echar una mano. Me lo ha mandado Dave.

Asombrada, observé el ajetreo que había habido en la granja, desde limpiar los restos carbonizados hasta volver a levantar el edificio con las piedras recuperadas. Eran grabaciones cortas tomadas a lo largo de varios días, y mostraban un gran avance en la reconstrucción del granero.

—Se presentaron tantos voluntarios que incluso pudieron desmantelar aquel deteriorado granero de madera —explicó—. Creo

que podrás abrir para el cumpleaños de Gwendoline, después de todo.

—No me creo que haya ido tanta gente. Cuántos desconocidos. Cuánta bondad.

—En esta comunidad, nos cuidamos los unos a los otros. Ya estaban molestos con el ataque anterior, pero esto ya ha sido demasiado, sobre todo porque tú casi… —Se le quebró la voz y le acaricié la mano.

—Estoy bien. He sobrevivido, y ha sido gracias a ti. Me salvaste la vida.

Josh me apartó el pelo de la cara con delicadeza.

—Tú salvaste la mía primero. Antes de conocerte, existía, pero no vivía. —Me besó con ternura—. Tengo que decirte algo. Sé que no es el escenario más romántico, pero si esta tragedia me ha enseñado algo, es que hay que aprovechar cada día al máximo. Sé que no llevamos mucho tiempo juntos, pero no creo que el tiempo importe cuando encuentras a la persona adecuada. Me inspiras. Cuando estás conmigo, siento que puedo conseguir cualquier cosa, y quiero estar ahí para ayudarte mientras salvas a todos los erizos del mundo.

Solté una risita y le apreté la mano, a la espera de que continuara.

—Iba a decírtelo antes de que me llamaran aquella noche, y no sabes cuánto me he martirizado desde entonces por no habértelo dicho. Te quiero, Sam. Te quiero muchísimo.

¡Por fin! Llevaba mucho tiempo deseando escuchar esas palabras, y las había pronunciado con tanta pasión que no dejaban lugar a duda.

—Yo también te quiero, Josh. Más de lo que imaginaba que fuera posible. Podía sentirte, ¿sabes? Mientras dormía, sentía tu tacto y oía tu voz, y mi principal objetivo era volver contigo.

Él se inclinó y me besó de nuevo con suavidad.

—No sé cuántas horas me habré pasado aquí sentado, mirándote y deseando que abrieras esos preciosos ojos. Y no era el único.

Tuviste muchas visitas.

—¿Quién vino? —pregunté, con la esperanza de que mencionara a mi madre.

—Tu padre vino un montón de veces. Chloe se pasó en varias ocasiones con su madre y el bebé. Rich y Dave, James, Hannah y Toby, tu tío Simon, mi tía Lauren…

Tenía que preguntar, aunque ya sabía la respuesta.

—¿Y mamá?

Negó lentamente con la cabeza.

—Lo siento.

Esbocé una sonrisa suave. Se acabó. Podría haber muerto, y mi madre no vino a verme ni una sola vez. Por fin podía dar por terminada nuestra relación. Aunque tampoco es que hubiéramos tenido una, para empezar.

CAPÍTULO 71



—¡Feliz día de inauguración! —Josh me rodeó con los brazos y me llenó de besos—. ¿Estás emocionada?

—Mucho. Aún no me creo cuánto se ha implicado la gente para dejar listo el granero. Cuánta bondad entre desconocidos, ¿eh?

Los había invitado a todos a la inauguración del domingo para darles las gracias y, aunque no había tenido tiempo ni energía para llevar a cabo todos mis planes originales, prometía ser un gran día. La de hoy, en cambio, sería mucho más íntima.

—Tengo unos regalitos de inauguración para ti.

Josh se levantó de la cama y volvió con tres paquetes.

—Puede que haya un tema recurrente —comentó cuando me entregó el primer regalo, pequeño y envuelto en un papel con dibujitos de erizos.

—Mmm… Déjame adivinar cuál será el tema… —Rasgué el papel y saqué un par de calcetines grises cubiertos de erizos—. Qué bonitos.

—Y sé que ya tienes un colgante y una pulsera de erizos, pero pensé que esto completaría el conjunto.

Desenvolví un par de pendientes plateados con forma de erizo.

—Son preciosos. Gracias.

—Y con esto me he arriesgado un poco. —Me pasó el último paquete, grande y blando.

Dentro había tres vestidos largos de distintos colores y estilos, todos con estampados de erizos.

—Dijiste que ahora te gusta llevar vestidos, y pensé que los de Gwendoline quizá no eran los más adecuados para limpiar las jaulas, pero puede que estos sí.

—Tienes un gusto increíble —admiré mientras levantaba un vestido tras otro—. Y acabas de resolver mi dilema sobre qué ponerme hoy y mañana.

—¿De verdad te gustan?

—Me encantan. Pero no tanto como tú.



La inauguración oficial estaba prevista para las cuatro de la tarde, así que teníamos tiempo de sobra para prepararlo todo. Era por eso que, cuando miré por la ventana del granero a media mañana, me sorprendió ver que un coche se acercaba por el recién asfaltado camino de acceso. A medida que se fue aproximando, me di cuenta de que era un coche de policía.

Josh estaba subido a una escalera, colgando unas guirnaldas de erizos en la fachada del granero.

—¡Josh! Ha llegado la policía.

Nos reunimos con los dos agentes en el patio y los guiamos hacia la cocina para ofrecerles una bebida. Reconocí a la agente Griegson del acto de vandalismo anterior, aunque no conocía al otro, el agente Sunning. Me preguntaron cómo estaba y si tenía todo listo para la inauguración mientras Josh preparaba unas tazas de té. Luego fueron al grano.

—Tenemos noticias —afirmó la agente Griegson—. Buenas noticias.

Le apreté la mano a Josh por debajo de la mesa.

—Como ya sabe, las grabaciones del incendio de las cámaras de seguridad no fueron concluyentes…

Aquello me había dejado destrozada. Habían captado a los dos pirómanos, pero llevaban capuchas y no se distinguían sus rostros. Se me revolvió el estómago cuando me mostraron las imágenes y vi

que uno lanzaba un ladrillo contra una ventana trasera y el otro arrojaba una antorcha encendida. La matrícula del coche se veía con claridad, pero habían denunciado su robo unas horas antes. También los captaron otras cámaras mientras recorrían la ciudad de Hull a toda velocidad, pero en ninguna imagen se veían bien sus caras.

—Sin embargo —prosiguió—, volví a comprobar el sistema con la muestra de sangre de los fragmentos de plástico del primer ataque y obtuve una coincidencia con Brynn Grimes. Al parecer, lo han incorporado recientemente al sistema tras una agresión.

El agente Sunning asintió.

—Cuando lo interrogamos, afirmó que la idea era romper algunas ventanas únicamente, pero su primo, Cody Grimes, fue más allá y provocó el incendio.

Me llevé los dedos a los labios, incapaz de creer lo que oía.

—¿Así que han pillado a los dos?

—Ambos han sido acusados de vandalismo, robo de vehículo, acoso e incendio provocado —confirmó la agente Griegson.

Me levanté de un salto y les estreché la mano a ambos.

—Muchísimas gracias. No saben qué alivio supone esto.

—No hay de qué —replicó ella—. Le dejamos que siga con los preparativos de la inauguración. Suerte.

—Gracias otra vez, y transmitan mi agradecimiento a todos los que han trabajado en el caso. Si mañana no trabajan, vengan a la barbacoa de apertura oficial. Traigan a sus amigos y a su familia. Habrá un castillo hinchable, cerdo asado, puestos de artesanía… y puede que Josh se disfrace de erizo. —Le eché un vistazo a su cara de sorpresa—. Luego lo hablamos.

CAPÍTULO 72



—Gracias a todos por venir hoy —declaré ante el pequeño grupo reunido aquella tarde—. Es un enorme placer presentaros un proyecto que empezó hace más de dos décadas, cuando un hombre maravilloso llamado Thomas Mickleby compró esta granja para su mujer, Gwendoline, con el fin de cumplir el sueño de toda su vida: crear un centro de rescate de erizos. Por desgracia, Gwendoline enfermó y falleció antes de que pudiera hacerlo realidad. Thomas y yo nos quedamos asombrados cuando descubrimos que yo había conocido a Gwendoline cuando era pequeña, ya que su mujer solía liberar erizos en el jardín de mis abuelos. Nos hicimos muy buenos amigos, y él decidió que yo fuera la persona que por fin haría realidad su sueño.

Hice una breve pausa para serenarme. «Ni se te ocurra llorar».

—Ha sido un camino difícil, y hace unas semanas perdimos el granero, los suministros y el instrumental. También perdimos a nuestro tercer paciente, Quilly, y yo casi pierdo la vida.

«Respira hondo. Puedes hacerlo».

—Pero gracias al trabajo incansable y a la generosidad de mi amigo de por vida, Dave Williams, a su equipo y al apoyo increíble de esta comunidad, lo reconstruimos y ha quedado incluso mejor que el original. Me siento abrumada por todas las donaciones que hemos recibido, pero quisiera mostrarles mi enorme agradecimiento a ciertas personas. A mis buenos amigos Hannah, Toby y Rich. A mi jefa, Lauren, y a mis compañeros por mantenerse firmes mientras yo decidía echarme una siestecita de nueve días. A mi maravilloso

padre y a mi increíble novio, Josh: no podría haberlo hecho sin vuestro apoyo ni vuestra fe en mí. Y también a todos los trabajadores de la Clínica Veterinaria Alderson & Son, por convertirnos en su organización benéfica del año y por su generosidad desde el primer momento. Así que, sin más dilación, en el que habría sido el septuagésimo noveno cumpleaños de Gwendoline Mickleby, me complace anunciar que el Centro de Rescate Hedgehog Hollow está oficialmente… —corté la cinta amarilla que cruzaba la puerta— ¡ABIERTO!

Hubo aplausos y vítores, e incluso se oyó un fuerte silbido. Me sentía tremendamente orgullosa mientras sonreía a todo el mundo, y las ganas de llorar desaparecieron y fueron sustituidas por una sensación de felicidad absoluta. Lo había conseguido. Con la ayuda de mi familia, mis amigos y muchos desconocidos, había hecho realidad el sueño de Thomas y Gwendoline.

Posé para las fotos con el alcalde y varios empresarios locales que habían aportado materiales, mano de obra o patrocinio. Luego les hice una visita guiada por el interior y les presenté a algunos de nuestros doce pacientes. Había perdido unas dos semanas entre el ingreso hospitalario y el tiempo de reposo en cama, así que no había podido poner en marcha las redes sociales o hacer publicidad. Aun así, la noticia había corrido como la pólvora.

La prensa se marchó una hora después, tras atiborrarse de té, bollos de nata y tarta. Seguro que la noticia de que los hermanos Grimes habían sido detenidos y acusados ocuparía todas las portadas. Cuanta más difusión, mejor. Así concienciaríamos a más gente sobre la difícil situación en la que se encontraban nuestras preciosas criaturas autóctonas. Le entregué a cada periodista un folleto con instrucciones sobre qué hacer si encontraban un erizo herido o enfermo, así como consejos sobre cómo adecuar los jardines para ellos. Todos prometieron incluir parte de la información en sus artículos.

Cuando mis obligaciones oficiales terminaron, mi tía Louise, mi tío Simon y Chloe se acercaron para abrazarme y felicitarme. James se

quedó un poco apartado con Samuel en brazos, y hubo un par de segundos de incomodidad.

—Por el amor de Dios, dale un abrazo —ordenó Chloe mientras le quitaba al bebé—. Ya he aprendido la lección. No voy a montar otro numerito.

James me abrazó y me besó en la mejilla.

—Lo siento, y gracias otra vez por todo —me susurró.

—No pasa nada. Cuídala, y dile siempre la verdad.

—Lo haré.

Chloe me había contado que James había ido a un par de revisiones en el hospital y que todo pintaba bien: el cáncer no se había extendido.

—Gracias a todos por venir. Significa mucho para mí. —Me mordí el labio al mirar hacia la entrada del granero.

Mi tía Louise me apretó la mano.

—Lo siento. No quiso venir.

—Ya contaba con ello. Es que…

Mi tía me abrazó.

—Lo sé. Yo también tenía esperanzas. Todos lo intentamos.

Me aparté y esbocé una sonrisa demasiado animada.

—Es lo que hay. Bueno, ¿quién quiere conocer a los erizos?



Veinte minutos más tarde, sentada en el borde del banco de Thomas y Gwendoline, aspiré grandes bocanadas de aire fresco. Misty-Blue estaba tumbada bocarriba en el césped, disfrutando del sol. El prado era ya una explosión de colores: amarillos, naranjas, lilas, azules… Mientras contemplaba su belleza y escuchaba el canto de los pájaros, una calma profunda me envolvió.

Las emociones del día (en especial, la inevitable decepción por la ausencia de mamá) me habían sobrepasado de repente, así que había salido del granero antes de echarme a llorar. ¿Por qué había pensado siquiera que vendría? ¿Por qué me había aferrado a ese hilo

de esperanza? Tenía que sacármela de la cabeza de una vez por todas, porque era evidente que yo no estaba en la suya.

—Feliz cumpleaños, Gwendoline —susurré—, y feliz día de apertura. Lo conseguimos. Hemos hecho realidad tu sueño. Gracias por enviarme a Josh. Sé que fue cosa tuya, y seguramente también de la abuela y del abuelo.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza sobre las manos.

—¿Estás bien, tesoro? —preguntó papá unos minutos después.

Levanté la vista y sonreí.

—Había una diminuta parte de mí que pensaba… que esperaba… que mamá viniera. Qué tontería. Si no vino al hospital, tampoco iba a aparecer hoy.

Se sentó a mi lado, me rodeó con el brazo y me besó la coronilla.

—No eras la única que lo esperaba. ¿Por eso saliste del granero?

Asentí con la cabeza.

—De repente, me vi sobrepasada por todo y no quería ponerme a llorar delante de todos. —Me moría por cambiar de tema—. ¿Y cómo va lo tuyo con Lauren?

—Es divertidísima. Hacía años que no me reía tanto. Creo que me has presentado a una amiga para toda la vida.

—¿Solo amigos?

Papá soltó una carcajada.

—Sabíamos que tú y Josh estabais especulando. Sí, solo amigos. Me ha ayudado mucho y creo que he conseguido demostrarle que no todos los hombres son idiotas.

—No. Algunos son héroes.

—Como Josh, que te salvó del incendio.

—Sí. Y como tú, que me has protegido de la furia de mamá durante todos estos años.

—Ojalá hubiera podido hacer más.

—Hiciste muchísimo.

Nos quedamos en silencio durante un rato, mientras escuchábamos las risas que llegaban desde el granero.

—Nunca pensé que encontraría mi hogar fuera de Whitsborough Bay —comentó papá—, pero hay algo en este lugar que es tan… — Inspiró hondo, como si estuviera buscando la palabra adecuada.

—¿Mágico? —sugerí.

—Pues sí, creo que sí. —Se levantó y me dio un suave apretón en el hombro—. No te quedes mucho rato aquí fuera. Empieza a refrescar. —Típico comentario de padre.

Diez minutos más tarde, Josh apareció con una de mis chaquetas.

—Tu familia se ha metido en casa —me contó mientras me la ponía sobre los hombros.

—Enseguida voy.

—¿Puedo sentarme contigo o prefieres estar sola?

—Prefiero estar contigo. Siempre.

—Yo también. —Se sentó a mi lado, me pasó el brazo por los hombros y me acurruqué contra él. Ambos nos apoyamos sobre la placa del banco. Luego preguntó—: ¿En qué piensas?

—En algo que me dijo el abuelo el día antes de morir. Me dijo: «La fragancia permanece en la mano que regala la rosa».

—¿Qué significa?

—Que los actos de bondad también benefician a quien los realiza. Lo decía por mí, porque tenía que dejar marchar a James para que pudiera estar con Chloe. Por aquel entonces, no entendía en qué podía beneficiarme eso, pero aquí estoy, contigo y con todo esto. — Hice un gesto que abarcaba todo lo que nos rodeaba—. Si James y Chloe no se hubieran casado, nunca habría conocido a Thomas ni me habría mudado. Nunca habría heredado la granja ni habría montado el centro. Nunca te habría conocido a ti.

Misty-Blue saltó sobre mi regazo y sonreí.

—Ni a ti tampoco, pequeñina. Un solo acto de bondad y mira todo lo que he ganado. El abuelo tenía razón: la fragancia permaneció en mi mano.

Josh acarició a la gata.

—Ojalá hubiera conocido a tu abuelo y a Thomas.

—Sí. Les habrías encantado.

Suspiró, relajado.

—Qué bien se está aquí.

—Lo sé. Es mi rincón favorito de toda la granja. Siempre me siento en este banco para admirar el prado que ellos crearon. Siento que están aquí conmigo.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos, hasta que el viento arreció y empecé a tiritar. Misty-Blue saltó al suelo y corrió hacia la casa, seguramente por culpa del frío.

Josh me cogió la mano.

—Estás helada. ¿Preparada para volver adentro y seguir tendiendo puentes con tu familia?

—Con parte de mi familia —aclaré.

—Mejor eso que nada. Y no olvides que a veces el abismo es demasiado grande como para construir un puente, por mucho que duela aceptarlo. —Sabía que estaba pensando en su propio padre, pero también podía aplicarse a mamá y a mí. Sin duda, aquel abismo era demasiado grande, y debía aceptarlo y seguir adelante con mi vida. Mi maravillosa nueva vida con Josh y los erizos.

Me ayudó a levantarme, me rodeó con los brazos y me besó. Mientras me fundía con él, recordé lo que Thomas me había dicho sobre su amor por Gwendoline: «Era la mejor persona del mundo… Lo era todo para mí… Esa mujer llenaba mis días de dicha». No sabía lo que se sentía al tener algo así, pero ahora sí, porque había encontrado lo mismo con Josh. Había encontrado mi «felices para siempre». Había cumplido la última promesa que le hice al abuelo.

—Gracias —murmuré.

—¿Por qué?

—Por comprender lo de mi madre, por darle trabajo a mi padre, por todo lo que has hecho para ayudarme a cumplir los sueños de Thomas y Gwendoline, y por enseñarme lo que es el amor verdadero.

Me besó despacio y con ternura.

—Dedicaré el resto de nuestras vidas a enseñártelo. Te quiero muchísimo y estoy muy orgulloso de ti. Seguro que Thomas y Gwendoline también lo estarían.

Miré hacia el prado, desde donde Thomas y Gwendoline me saludaban, agarrados de la mano. Me llevé los dedos a los labios y les lancé un beso.

—Oh, lo están. Están muy orgullosos de mí.

ERIZOS: VERDADERO O FALSO



Los erizos nacen con púas
FALSO – ¡Imagínate a la pobre madre dando a luz si ya tuvieran púas! ¡Ay!

Cuando los erizos bebés nacen, su piel está cubierta de líquido y, tras unas horas, este se reabsorbe y brotan unas suaves púas blancas.

Los erizos son buenos nadadores
VERDADERO – Son muy buenos nadadores y, quizá te sorprenda saber que también pueden trepar árboles. A veces se ahogan, eso sí. No es que no sepan nadar; el problema es que luego no siempre pueden salir del agua.

Los bebés de erizo se llaman hoglets en inglés
VERDADERO – ¿No es adorable? A veces se les llama piglets o cachorritos, pero el término oficial es hoglets.

Los erizos son nocturnos
VERDADERO – Son animales nocturnos. Puedes avistarlos durante el día, pero suele ser una señal de que algo no va bien.

Los erizos pueden correr en ráfagas cortas a velocidades de hasta 3 mph

FALSO – En realidad, pueden ir aún más rápido. Son sorprendentemente ágiles y pueden alcanzar velocidades de hasta 5,5 mph en trayectos cortos. ¡Vamos, erizos!

Los erizos pierden la mitad de su peso corporal durante la hibernación

FALSO – En realidad pierden poco más de un tercio, pero sigue siendo una cantidad considerable, y los erizos recién salidos de la hibernación necesitan darse buenos festines para recuperar fuerzas rápidamente.

Los erizos recibieron su nombre en la Edad Media a partir de la palabra «hygehoge», que hoy se traduce como «seto» y «cerdo»

VERDADERO – ¡El nombre lo dice todo! Husmean alrededor de los setos en busca de comida y esos ruidos de olisqueo y gruñidos recuerdan mucho a los de un cerdo.

Los erizos tienen buena vista

FALSO – A menudo se cree que tienen muy mala vista, pero no es así. Simplemente no dependen de ella porque no la necesitan demasiado. Tienen un sentido agudo del olfato, del gusto y del oído, y utilizan mucho más estos sentidos que la vista.

Los erizos comen en silencio

FALSO – Son muy ruidosos al comer. Les encanta la comida y sorben, crujen y chascan los labios con la boca abierta. ¡No serían los mejores invitados en una cena!

QUÉ HACER Y QUÉ NO HACER CON LOS ERIZOS



Comida y Bebida

NO les des leche a los erizos. Son intolerantes a la lactosa. Los productos lácteos les provocarán diarrea, lo que puede deshidratarlos y llegar a causarles la muerte.
SÍ dales agua, pero ponla en un recipiente poco profundo. Si es demasiado hondo, existe el riesgo de que caigan dentro y no puedan salir.

SÍ puedes darles comida para perros o gatos —en lata, sobre o croquetas—, pero evita las variedades con pescado.

SÍ intenta crear una estación de alimentación para que otros visitantes del jardín (incluidos los gatos) no se adelanten al erizo. No necesitas comprar nada caro. Hay muchos tutoriales y guías en línea para crear una estación sencilla por tu cuenta.

Tu jardín

SÍ evita tener vallas sin huecos en la parte inferior. Los erizos pueden recorrer largas distancias en una sola noche y dependen de

poder pasar de un jardín a otro. También puedes crear una "autopista para erizos" en tu valla.

SÍ coloca una rampa en tu estanque para que, si un erizo cae dentro, pueda salir fácilmente.

NO dejes salir a tu perro al jardín durante la temporada de crías (mayo/junio y septiembre/octubre) sin comprobar antes que no haya erizitos por ahí.

SÍ construye un hotel de insectos y SÍ planta especies que atraigan insectos. Eso atraerá un montón de deliciosa comida para tus erizos.

NO uses gránulos para babosas. A los erizos les encantan las babosas, así que los pellets reducen su fuente de alimento y/o pueden envenenarlos.

SÍ ten un montón de compost o una zona "desordenada" en tu jardín. Si puedes apilar ramas o troncos en un rincón seguro, será un hábitat perfecto para la hibernación.

SÍ revisa tu jardín antes de desbrozar o cortar el césped. La maquinaria de jardín puede causar accidentes terribles o incluso fatales.

NO dejes redes fuera, ya que los erizos pueden quedar atrapados.Si tienes porterías de fútbol en el jardín, recoge la red por la noche y asegúrala bien para evitar lesiones o muertes.

SÍ revisa las hogueras antes de encenderlas, porque podría haber erizos descansando dentro.

Encontrar erizos

NO asumas de inmediato que un erizo visto a plena luz del día está en peligro. Normalmente sí lo está, pero obsérvalo primero. Podría ser una mamá construyendo su nido. Si se mueve con rapidez y parece estar recogiendo comida o materiales para el nido, déjalo tranquilo. Si no es así, es probable que algo vaya mal. Busca ayuda.

SÍ manipula a los erizos con guantes de jardinería —sus púas están ahí para protegerlos y pueden hacer daño—, pero mantén el manejo al mínimo. Mantén la calma, habla poco y sé suave con ellos. Trasládalos a una caja o cajón de paredes altas con una toalla, manta de forro polar o papel periódico triturado (y una capa gruesa de papel en el fondo para absorber sus frecuentes visitas al "baño"). Esto los mantendrá calientes y les dará un lugar donde esconderse. Asegúrate de que la caja tenga muchos orificios de ventilación.

NO muevas a los erizitos si accidentalmente descubres un nido. Si la madre no está, vigila el nido y busca ayuda si no regresa. Los hoglets no sobreviven mucho sin la leche materna. Coloca agua y comida cerca para que la madre, en caso de volver, no tenga que ir muy lejos para alimentarse. Si los erizos bebés están chillando, significa que tienen hambre y tal vez debas pedir ayuda si continúan así y no hay señal de la madre.

AGRADECIMIENTOS



Muchísimas gracias por leer *Encontrar el amor en Hedgehog Hollow*. Esta es mi décima novela. ¡No me creo que ya haya pasado a las dos cifras!

Mucha gente me ha ayudado con esta historia, sobre todo para consultar información sobre enfermería, Servicios Sociales e incineraciones. De esta manera, aunque sea ficción, la historia parece real. Mi prima, Nikki Richardson, es enfermera comunitaria del NHS y me ofreció una visión inestimable del día a día típico de una enfermera de su calibre. Mi prima, Amanda Miller, es profesora y me aclaró si Sam podía dar clases en un colegio técnico sin titulación docente. Una amiga mía, Claire Potter, trabaja en una funeraria y me orientó sobre las incineraciones y sobre cuánto hay que esperar para recoger las cenizas. Y quiero hacer una mención especial a mi cuñada, Linda Fisher. Linda trabaja en Servicios Sociales y hablé con ella sobre el momento en que Samantha se plantea derivar a Thomas allí para que le ayuden con el tema de la comida. Tras esa llamada, descubrí que un punto clave de la trama no era viable y, como consecuencia, tuve que reescribir partes del libro de forma significativa. Me frustré mucho al principio, pero al final encontré una solución alternativa. Lección importante: ¡no dejes para el final la consulta de información clave! Así que, Linda, te estoy enormemente agradecida por el tiempo que dedicaste a buscar una idea alternativa.

He dedicado este libro a mi tía Gwen, que es una auténtica «señora de los erizos». Durante años, su garaje ha sido un refugio

para erizos rescatados. Es un contacto de referencia para las clínicas veterinarias locales y, a lo largo de los años, ha cuidado a cientos de erizos para curarlos y/o engordarlos para la hibernación. Mis padres tienen un bungaló en un pueblo que da a campo abierto (el lugar de inspiración de Meadowcroft) y a veces mi tía los libera allí. No veo a mi tía Gwen tanto como me gustaría porque vivimos un poco lejos, pero recuerdo que me quedaba con ella durante las vacaciones escolares cuando era pequeña. Debido a sus turnos de trabajo, no siempre podía ir, pero a veces pasaba unas noches allí sin mis hermanos y era maravilloso tener a mi tía solo para mí. Tía Gwen… esperaba verte este mes, pero mientras escribo estos agradecimientos estamos confinados por la COVID-19, así que te envío mi cariño de forma virtual y confío en que os veré pronto, tanto a ti como al tío Stan.

Además de la valiosa aportación de mi tía Gwen, he aprendido muchísimo sobre los erizos gracias a la British Hedgehog Preservation Society (BHPS), una fundación de la que soy miembro y que hace una labor fantástica de sensibilización y de campaña para la protección de los erizos. El documental del Canal 5, *Saving Britain's Hedgehogs,* también fue una gran fuente de información sobre cómo funciona un ajetreado centro de rescate.

Siempre le doy las gracias a mi marido por apoyarme con mi pasión por la escritura, pero esta vez también tengo que agradecerle que me ayudara con un punto de la trama. Normalmente no le cuento mis historias porque no le gusta leer y, si le gustara, mis libros no serían de su estilo. Sin embargo, cuando tuve que reescribir la historia, me pidió que le explicara el problema y me sorprendió con una idea nueva: que Samantha hubiera conocido a Gwendoline cuando era pequeña. Me encanta cómo ha encajado todo. Ahora no deja de bromear sobre que soy su «escritora fantasma». ¡Qué morro!

Muchísimas gracias a mi equipo de lectoras beta: mi madre, Joyce Williams; mi talentosa amiga y colega escritora, Sharon Booth;

y mi querida amiga, Liz Berry. Gracias por vuestras atinadas observaciones. Sois fantásticas.

Y, por supuesto, mi gratitud infinita al equipo de Boldwood Books. Este es mi sexto libro con ellos y cada publicación ha sido una alegría. Nia Beynon, mi editora, es sencillamente increíble. Respondió con rapidez y tranquilidad a mi crisis de reescritura y me amplió el plazo de entrega. Gracias a Dushi Horti y a Sue Lamprell por su magnífico trabajo en las fases de corrección de estilo y de pruebas, y a Debbie Clement, diseñadora de esta preciosa cubierta.

Por último, gracias a ti, lectora o lector, por tu apoyo. Las reseñas y mensajes de cariño que recibo me emocionan y me dan fuerzas, y vienen genial cuando la trama se tuerce y la autora entra en pánico. Si te ha gustado la historia de Samantha, te agradecería muchísimo que dejaras una reseña y la recomendaras a tus amigos y familiares.

Con cariño,

Jessica

Lira Ediciones le agradece la atención dedicada a *Encontrar el amor en Hedgehog Hollow*, de Jessica Redlant.

Esperamos que haya disfrutado de la lectura y le invitamos a visitarnos en www.liraediciones.com, donde encontrará más información sobre nuestras publicaciones.

Primera edición en este formato: enero de 2026
Título original: *Finding Love At Hedgehog Hollow*
Publicado originalmente en inglés por Bolwood Books Ltd.

© Jessica Redland, 2020
© de la traducción, Isabel Fuentes, 2026
© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2026

Esta traducción se ha publicado mediante acuerdo con The Agency srl di Vicki Satlow.
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño e imagen de cubierta: Debbie Clement Design
Ilustración de cubierta: Shutterstock - t.dalton - YANUSHEVSKAYA VICTORIA - Baurz1973 - gigi rosa - GreyLilac - yasstudio - Macrovector - Val_Iva - Marina Popmarleo - Ramona Kaulitzki - jagoda
Corrección: Andrea Arroyo

Publicado por Lira Ediciones
Calle Roger de Flor, 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013 Barcelona
info@liraediciones.com
www.liraediciones.com
ISBN: 978-84-19235-35-0
THEMA: FBA

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Tabla de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64

Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Erizos: Verdadero o falso
Qué hacer y qué no hacer con los erizos
Agradecimientos

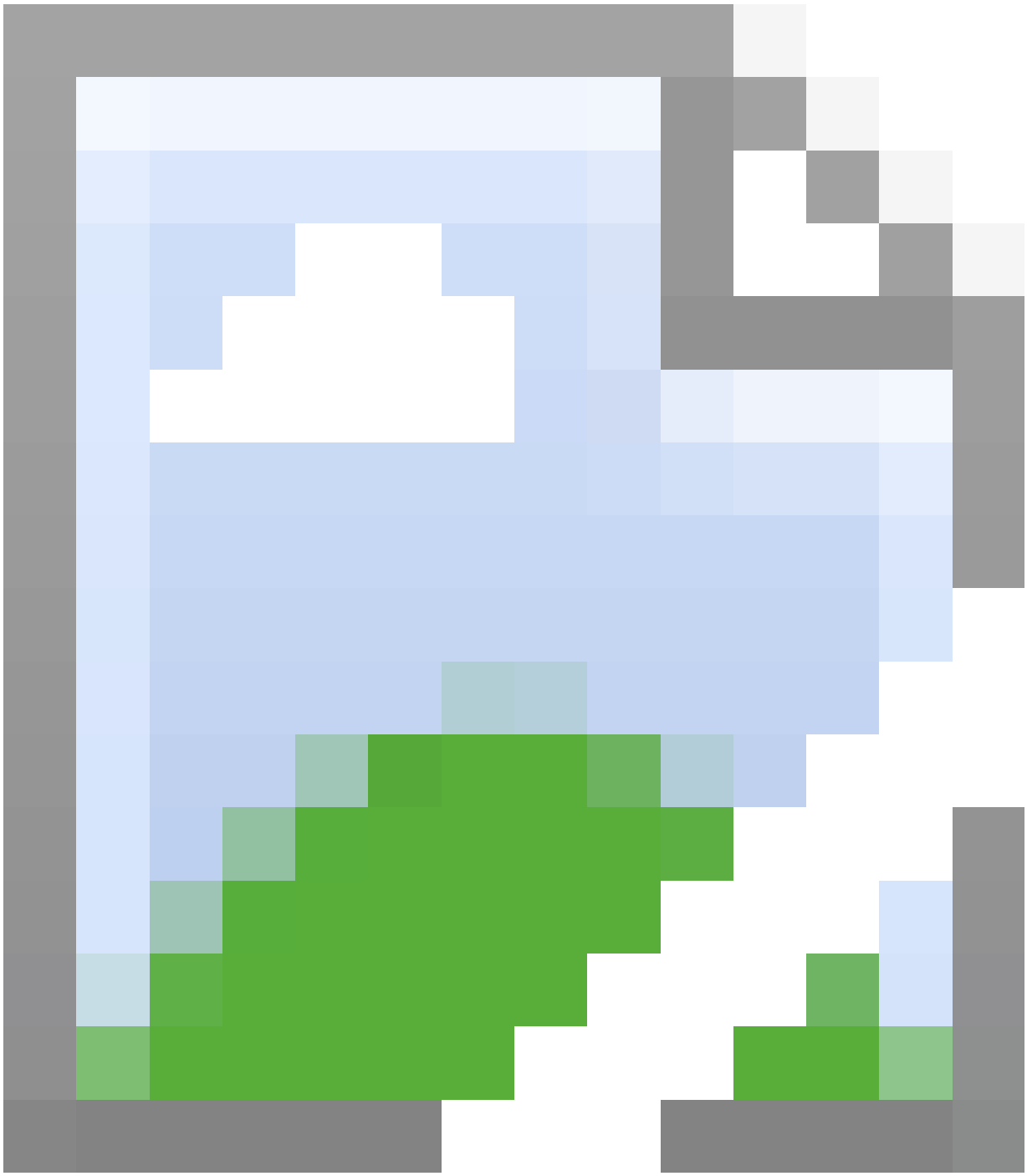


Table of Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68

Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Erizos: Verdadero o falso
Qué hacer y qué no hacer con los erizos
Agradecimientos